
SONATA
de mentiras
LIBRO 2 EL TRÍO DE LA BRATVA ZAKREVSKY
NICOLE FOX

SONATA DE MENTIRAS

LA BRATVA ZAKREVSKY

LIBRO 2

NICOLE FOX

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Nicole Fox
Sonata de Mentiras

1. Clara
2. Demyen
3. Demyen
4. Demyen
5. Demyen
6. Clara
7. Demyen
8. Demyen
9. Demyen
10. Clara
11. Demyen
12. Demyen
13. Demyen
14. Clara
15. Clara
16. Demyen
17. Demyen
18. Clara
19. Demyen
20. Demyen
21. Demyen
22. Clara
23. Demyen
24. Clara
25. Clara
26. Clara
27. Clara
28. Clara
29. Demyen
30. Clara
31. Clara
32. Demyen
33. Clara
34. Demyen
35. Clara
36. Clara
37. Demyen
38. Clara
39. Demyen
40. Clara

41. Demyen
42. Demyen
43. Clara
44. Demyen
45. Clara
46. Demyen
47. Clara
48. Demyen
49. Clara
50. Demyen
51. Demyen
52. Demyen
53. Clara
54. Demyen
55. Clara

Copyright © 2023 por Nicole Fox

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo. Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NICOLE FOX

La Bratva Oryolov

Paraíso Cruel

Promesa Cruel

La Bratva Bugrov

Purgatorio de Medianoche

Santuario de Medianoche

La Bratva Stepanov

Pecadora de Satén

Princesa de Satén

La Bratva Pushkin

Cognac de Villano

Cognac de Seductora

La Bratva Orlov

Champaña con un toque de veneno

Champaña con un toque de ira

Herederos del imperio Bratva

Kostya

Maksim

Andrei

La Bratva Viktorov

Whiskey Venenoso

Whiskey Sufrimiento

La Bratva Uvarov

Cicatrices de Zafiro

Lágrimas de Zafiro

la Mafia Mazzeo

Arrullo del Mentiroso

Arrullo del Pecador

la Bratva Volkov

Promesa Rota

Esperanza Rota

la Bratva Vlasov

Arrogante Monstruo

Arrogante Equivocación

la Bratva Zhukova

Tirano Imperfecto

Reina Imperfecta

la Bratva Makarova

Altar Destruido

Cuna Destruida

Dúo Rasgado

Velo Rasgado

Encaje Rasgado

la Mafia Belluci

Ángel Depravado

Reina Depravada

Imperio Depravado

la Bratva Kovalyov

Jaula Dorada

Lágrimas doradas

la Bratva Solovev

Corona Destruída

Trono Destruído

la Bratva Vorobev

Demonio de Terciopelo

Ángel de Terciopelo

la Bratva Romanoff

Inmaculada Decepción

Inmaculada Corrupción

SONATA DE MENTIRAS

LIBRO 2 DE LA TRILOGÍA DE LA BRATVA ZAKREVSKY

Demyen me robó la libertad para encerrarme en la peor celda imaginable.

Su cama.

Lo entiendo: soy la mentirosa que puso a su hermano tras las rejas.

Y estoy pagando por mi traición un gemido a la vez.

Él promete que me va a arruinar.

Entonces, ¿por qué me lleva a su cama todas las noches?

Veo la verdad detrás de esos ojos helados:

Es adicto.

Desafortunadamente para mí…

Yo también lo soy.

Y desafortunadamente para ambos, esto ya no tiene fin.

Ni ruptura limpia.

Ni posibilidad de alejarse.

Porque tengo al bebé de Demyen en mi vientre…

Y él acaba de ponerme en subasta para sus enemigos.

***SONATA DE MENTIRAS* es el Libro 2 de la trilogía de la Bratva Zakrevsky. La historia de Demyen y Clara comienza en el Libro 1, *RÉQUIEM DE PECADO,* y termina en el Libro 3, *RAPSODIA DE DOLOR*.**

CLARA

—Clara…

No puedo respirar.

No puedo respirar.

No puedo respirar.

—Clara.

Una mano presiona mi pecho. Me lleva al momento, fuera de la niebla borrosa en la que estoy nadando.

Los ojos de Demyen encuentran los míos.

Estoy en algún lugar… No en el coche patrulla. No, estoy en el coche de otra persona.

No es un coche. Algo más grande. Una camioneta, creo.

Vuelve a presionar su mano contra mi pecho y apoya su frente en la mía. Me doy cuenta de que estoy sentada en el asiento del pasajero y él está inclinado sobre la consola central. En algún momento, cortó las cuerdas que me rodeaban las muñecas. Todavía me duelen un poco, pero soy libre de moverme.

—Respira conmigo. Dentro… fuera…

Respiro con él. Lento, constante. Cuando empiezo perder el control, presiona de nuevo.

Dentro… fuera…

Dentro… fuera…

Cuando por fin dejo de hiperventilar hasta la inconciencia, me besa la frente.

—¿Dónde estamos? —grazno. Dondequiera que sea, es fresco, oscuro y algo reconfortante.

—El Meridiano —Demyen se recuesta en su propio asiento—. Estacionamiento.

Me siento agotada. Así que me dejo caer en mi asiento y miro el garaje casi vacío. —¿Qué pasó?

—Te salvé el trasero. De nuevo.

Probablemente, debería mirarlo con ira. No tengo la energía para hacerlo. —¿Me estabas vigilando? —arrugo la cara y suspiro—. Ay. El tipo del periódico. Era tan obvio.

Demyen me mira con disgusto, como si estuviera ofendido por yo jamás haber soñado que él sería tan poco sutil. —No. Gladys. La camarera.

La camarera. Me río. Es débil y ronca, pero tengo que hacerlo. Por supuesto que tendría a alguien vigilándome, en caso de que la cagara y la mierda se fuera a pique. Simplemente no esperaba que la dulce dama del vestido rosa y rizos perfectos fuera una informante de la Bratva.

Pasan solo unos segundos antes de que mi risa se convierta en lágrimas. Empiezo a sollozar. Sollozo, tiemblo y oigo a Demyen saltar de la camioneta y cerrar la puerta de golpe. No lo culpo… yo también odio cómo estoy.

Pero entonces mi puerta se abre y él está ahí, tomándome en sus brazos. Cierra la puerta de una patada y me lleva a través del estacionamiento hacia un pasillo tranquilo entre las puertas del muelle y una entrada lateral al hotel.

Sé que no debería sentirme tranquila y reconfortada en sus brazos. Sé que es una manera peligrosa de apegarse a alguien que no siente… y no quiere y físicamente no *puede*… sentir lo mismo por mí.

Pero no puedo evitarlo.

Mi temblor cesa casi de inmediato. Mis sollozos se calman hasta que solo estoy lagrimeando. Su calidez, su firmeza, el corazón latiendo en su pecho… todo eso, todo de *él*, me envuelve como un manto de seguridad.

—A partir de aquí, tendrás que caminar —Demyen me baja con cuidado junto a las puertas dobles que conducen al hotel—. ¿Estás bien?

Asiento con la cabeza. Tampoco paso por alto el hecho de que todavía me está tocando. Primero presionó una mano en mi espalda cuando entramos al vestíbulo lateral del hotel, luego tomó mi mano entre las suyas para llevarme a donde quiera que vayamos. Estoy haciendo todo lo posible para no interpretar nada de eso.

Nos lleva a una parte del hotel que aún no he visto. La vegetación se asoma a través de las ventanas que recubren el techo abovedado y las puertas son doradas, con enredaderas grabadas en los paneles. Demyen tira de una de las manijas y me hace pasar.

Es… ¿un invernadero?

Lo es. Es un lujoso invernadero, con arrullos de pájaros tropicales y cascadas que caen sobre las rocas hasta formar un arroyo que atraviesa la habitación bajo senderos de piedra. Al principio, no puedo creer que todas estas sean plantas vivas y en crecimiento… parece tan surreal. Pero un toque de una *Mimosa peduca* y verla alejándose de mis dedos confirma que, de hecho, son reales.

Reales y exóticas. Mi cielo personal.

—¿Dónde está este lugar? —le pregunto a Demyen. Sueno sin aliento. Me *siento* sin aliento.

—Es el centro entre el casino y el hotel. Lo llamamos El Oasis —Demyen camina casualmente por un camino paralelo hasta que el follaje nos oculta el uno del otro—. Está abierto a los huéspedes, para que vengan y se relajen. Pero casi nadie viene aquí.

—Demasiado borrachos para apreciarlo.

Él se ríe. —Probablemente.

Suspiro con nostalgia al ver una orquídea cattleya en flor. —Prácticamente habría vivido aquí cuando era niña.

—¿Ah?

—Sí —agradezco el fino velo de hojas y ramas entre nosotros. Así, no puede ver lo repentinamente insegura que me he vuelto—. Ya era solitaria en la escuela. Mantenía mi nariz en los libros y trataba de evitar a los matones tanto como podía. Pero cuando ocurrió el juicio…

Demyen permanece en silencio. Lo tomo como una señal para seguir hablando. ¿Por qué no? Mejor que aprenda más sobre mí antes de que de repente decida que no valgo todo el esfuerzo.

—Uno pensaría que sería aclamada como heroína por subir al estrado. O que al menos sería felicitada por sobrevivir a un intento de secuestro —suspiro y tiro una piedra dentro de una de las macetas—. No esos niños. Sus padres trabajaban para el imperio Zakrevsky y me *odiaban* por las cosas que dije contra Tolya. Me culparon por destrozar a la familia.

El silencio es mucho más pesado ahora. Me doy cuenta de lo que he dicho demasiado tarde. Cuando nos encontramos en el cruce de caminos, me aclaro la garganta y trato de aligerar el ambiente.

—Y así es como me convertí en una nerd de las plantas —digo con un gesto de mis manos al follaje que nos rodea—. Una niña solitaria y condenada al ostracismo con tiempo libre. El tío Mike… Michael Little… me compró uno de esos libros de la *Enciclopedia de Descubrimiento* sobre flores exóticas y pasaba todo el tiempo memorizando los nombres.

Demyen me estudia. No estoy segura de si me gusta la intensidad de su mirada. Pero luego inclina la cabeza hacia un lado, con una sutil sonrisa en los labios. —¿Todos?

—Bueno, no me hagas una prueba —me río, solo para no sentirme como una mariposa clavada en el tablero por su mirada—. Pero recuerdo mis favoritas.

—Dime.

Arrugo la nariz. —Los corazones sangrantes encabezaban la lista. *Lamprocapnos spectabilis*. También me encanta el color del azafrán de otoño, *Colchicum autumnale*. La pesadilla del lobo fue una sorpresa…

—¿Por qué?

Me sonrojo y pongo los ojos en blanco ante mi yo más joven. —Porque pensé que solo aparecían en los cuentos de hadas. Ya sabes, para defenderse de los hombres lobo.

Demyen se ríe y niega con la cabeza. —Tú sí lo pensarías.

—¡Tú también! —mi yo de niña pisotea con mi pie adulto el camino de piedra—. No es como si creciera en el centro de jardinería local.

—Me parece justo.

Caminamos por otro sendero en silencio, ya sea disfrutando de la serenidad del invernadero o evitando conversaciones incómodas. Probablemente ambas.

—Entonces, ¿continuaste tus estudios, Srta. Botánica?

Quiero sonreír y sonrojarme. Pero la verdad ensombrece mi rostro.

Él se da cuenta. —Déjame adivinar: Martin.

—Él no pensó que valiera la pena —le explico con un murmullo avergonzado—. Lo llamó "una pérdida de tiempo". Ni siquiera me dejó cultivar un pequeño jardín en el alféizar de la ventana.

—Deberías haberlo hecho de todos modos. Que se joda.

—Probablemente sea mejor que no lo haya hecho —Demyen me mira confundido. Suspiro y me encojo de hombros—. ¿Mis flores favoritas? Son hermosas —pateo una piedra suelta por el camino—. Y muy, muy venenosas.

Habría sido muy tentador. Había dos cosas que Martin me exigía hacer sin dudar: follar y darle de comer. ¿Qué tan fácil hubiera sido meter unos cuantos corazones sangrantes en la cafetera?

—Tengo que admitir —dice Demyen—, que es la misma razón por la que me he mantenido alejado de las relaciones serias. Las mujeres pueden ser muy hermosas… y muy, muy venenosas —rápidamente, me mira—. Excepto tu. Lo cual… me sorprendió.

No… sé qué decir. Pensé que era su enemiga número uno, o al menos su prisionera favorita. ¿Cree que *él* está sorprendido? Yo estoy anonadada. —Ah. Eh… gracias.

—No me malinterpretes. Igual sigo pensando que eres jodidamente peligrosa.

Le lanzo una mirada. Él me está mirando. Esa sonrisa arrogante se funde en algo más… bueno, *más*. Me quedo sin aliento. Cuando se inclina más cerca, creo que está a punto de…

Se detiene justo antes del beso que podría cambiar las cosas para ambos para siempre. En cambio, se endereza y se pasa una mano frustrada por el cabello, exhalando con cansancio mientras lo hace.

—Necesito un trago —espeta—. Tú también. Ven conmigo.

DEMYEN

La llevo a un sillón de cuero en uno de los rincones más privados del Lounge del Jugador. El camarero ya sabe lo que prefiero y le hago una señal para que haga dos. Ambos necesitamos algo fuerte.

La idea era inocente, pero a mi polla no le importa. Inmediatamente, me recuerda que tengo más de una cosa fuerte para darle.

Nos sentamos en silencio, cada uno en su propia silla. Es mejor. Estar tan cerca suyo afecta mis sentidos. No puedo pensar con claridad y, sin embargo, al mismo tiempo, la claridad es tanta.

Tal vez ella tenga razón… tal vez *sí* es venenosa.

Y yo estoy jodido. Porque nada puede impedirme beber de ella.

Su nariz cruje cuando bebe el bourbon. Jodidamente adorable. Con cautela, deja el vaso en la mesa auxiliar. —Por cierto, lo siento.

Enmascaro la tos repentina de mi propio sorbo con una inhalación. —¿Por qué?

Clara suspira y apoya la cabeza en la silla. —Debí haberte escuchado. Tenías razón. Era una trampa, y una obvia.

Bajo mi vaso y hago una señal para pedir otro. Tengo la sensación de que debería decirle que nos deje la botella. —No quería tener razón. Habría sido bueno ver a alguien con un padre decente, para variar.

Ella gira su cabeza lo suficiente para poder mirarme a través de sus largas pestañas. —Nunca hablas de tus padres.

No estoy seguro de si es una pregunta o una acusación. —¿De qué hay que hablar? Mi padre era un gilipollas egoísta, y mi madre una puta infiel.

Clara respira profundamente. —Dem…

Sí. Necesitaré esa botella. —No lo digo con malicia. Es un hecho. Mis padres solo se ponían a ellos mismos en primer lugar; al diablo con el bienestar de sus hijos. Al final, mi madre… si se le puede llamar así… se fugó con uno de sus novios. Y mi padre simplemente decidió que ya no era responsable de nadie y se fue a la mierda.

—¿Cuántos años tenías?

Resoplo. —Suficientemente mayor para saber lo que estaba pasando. Suficientemente joven como para necesitar un cuidador. Tolya intervino como el nuevo *pakhan* y pudo solicitar mi tutela.

Sé lo que piensa. O imagina, dadas las lágrimas que brotan de esas pestañas. Se imagina a un niño inocente con los ojos muy abiertos perdido en el mundo, abandonado por sus padres, aferrado a la mano de su hermano mayor. Me imagina como una cosita débil e indefensa.

Difícilmente.

La verdad es que yo ya era adolescente cuando Papá nos dio a nosotros y a su Bratva un dedo medio gigante y desapareció. No podríamos haber sentido más alivio. Joder, prácticamente hicimos una fiesta solo para celebrar nuestra nueva libertad.

Pero, con su ausencia, surgieron nuevas responsabilidades para Tolya.

Clara me mira en silencio. —A veces me pregunto si las cosas habrían sido diferentes si hubiera tenido un hermano —reflexiona—. Mamá hizo lo mejor que pudo. Pero… no creo que sea lo mismo. No como tú y Tolya.

Me pregunto si las cosas habrían sido diferentes si a mi madre le hubiéramos importado un carajo. Pero no reflexiono sobre esto en voz alta. No sirve de nada ahondar en sentimientos que nunca me he molestado en tener.

—Puedes entender mi furia —no lo digo como un insulto; realmente quiero saber si Clara entiende por qué la odiaba tanto.

Quisiera entender cuándo “odio” se convirtió en una palabra en tiempo pasado.

—Sí —bebe un sorbo de bourbon y mira hacia otro lado—. No puedo culparte.

—No fuiste solo tú. La esposa de Tolya…

Su cabeza gira rápidamente. —¿Él está casado?

—Ella lo dejó en el momento en que fue declarado culpable. Ella… —ahora es mi turno de dejar escapar el aliento—. Te creyó. Te creyó y no quería que él lastimara a sus futuros hijos. Ella se sentó en esa sala de tribunal, te vio y se fue a la mierda. Le envió una carta a prisión, básicamente diciéndole que se fuera a la mierda y se muriera.

Incluso en la penumbra del salón, puedo ver la piel pálida de Clara. Traga saliva y mira a todo menos a mí.

—Casi ordené que te asesinaran, ¿sabes? —de nuevo, la veo tragar con fuerza. Sus dedos comienzan a temblar. Pero necesito que lo sepa. No sé *por qué* necesito que lo sepa, pero joder. Aquí estamos—. A ti y a tu padre. Pero entonces apareció Bambi y me explicó por qué cometer un asesinato contra testigos destacados públicos no ayudaría precisamente al caso de Tolya.

Lo digo de manera alegre, pero Clara no comparte mi oscuro sentido del humor.

Empujo su pie con el mío para que me mire. —Yo era un adolescente malhumorado cuando

Tolya fue a prisión. Uno de esos mal humores era la ira. En un segundo, todo lo que tenía que hacer era ir a la escuela y no meterme en líos. Al siguiente, tengo dieciséis años y un jodido complejo en medio del puto desierto lleno de hombres armados que necesitan ingresos y un plan. No es precisamente la receta para una toma de decisiones racional.

Finalmente, esboza una leve sonrisa. —Probablemente no.

Asiento y bebo aún más licor. —La explicación de Bambi también me ayudó a entender eso. Que hay un momento y un lugar para decidir las cosas.

—Ella es verdaderamente algo. ¿Cómo la conociste?

Sé lo que quiere decir con "algo". Bambi es una fuerza a tener en cuenta, eso es seguro. —Tenía diecinueve años cuando empezamos el servicio de acompañantes. Tolya me hizo reclutar hermosas mujeres jóvenes de las calles con promesas de mejores salarios y mejores condiciones de vida a cambio de su lealtad. Encontré a Bambi trabajando en la parte trasera de la calle Strip.

Recuerdo no sentirme particularmente atraído por Bambi en la forma en que otras mujeres me tentaban a ir a la cama. Con ella, la atracción era profundamente diferente. Nueva. Como si una mirada me dijera que ella sería la mejor inversión que haría en mi vida y no pude irme hasta que estuvo abrochada en el asiento trasero de mi coche.

Incluso después de que me llamó gilipollas y me dijo que me comiera mi propia polla.

Ahora que lo pienso, eso realmente me hizo quererla a mi lado todavía más.

—Hasta entonces, había tenido una vida difícil, pero era inteligente. Se prostituyó desde los quince años para alejarse del idiota de su padrastro, pagar la escuela secundaria y mantener las apariencias hasta graduarse. Con honores.

Clara resopla. —De alguna manera, realmente lo creo.

—Le pregunté si quería ser mi abogada. Pagué su educación, le di un anticipo. Ella nunca miró hacia atrás.

—A diferencia de ti.

Sé que no quiso decirlo como un golpe. Sin embargo, igual funciona como tal. —Puede que tenga problemas para dejar pasar las cosas. Especialmente, cuando en realidad no se ha resuelto nada.

Clara concede, encogiéndose un poco de hombros. —Supongo que eso es justo.

Más silencio. No sé si lo amo o lo odio esta vez. Las cosas están tensas entre nosotros, pero no de la manera habitual, llena de ira. Más bien, ambos estamos al borde de algo aterrador… y maravilloso.

Y preguntándonos quién saltará primero.

—Haré lo que sea necesario —la voz de Clara de repente es firme y clara, y me mira con total determinación en su cuerpo—. Lo que sea necesario para demostrar que no soy quien crees que soy. No soy una mentirosa, y no soy alguien que destroza familias.

¿Debería decirle que ya comencé a darme cuenta de eso?

No. Me gusta hacia dónde va esto.

Ella se inclina más cerca de mí. Tal vez sea el bourbon que alimenta su coraje, tal vez sea la claridad después del pánico. Sea lo que sea, es peligrosamente tentador.

—Estoy de tu lado, Dem. Me creas o no. Te guste o no. Así que es hora de acostumbrarnos al hecho de que somos aliados, no enemigos.

Yo trago. Puede que tenga razón. Simplemente, no se lo voy a decir.

Así que, en lugar de eso, levanto mi vaso en señal de acuerdo.

DEMYEN

—Una vez más, no puedo expresar cuánto lamentamos el malentendido.

La superintendente, nerviosa, retuerce un bolígrafo entre sus dedos. Aunque está flanqueada por dos de sus administradores, está claro que nos tiene terror. De lo que podríamos… *deberíamos*… hacer.

Bien.

—"Malentendido" es una forma muy leve de describir aterrorizar a una niña pequeña y tratar de que arresten a su madre justo en frente de ella —años de diplomacia pública mantienen mi tono tranquilo, aunque mi sangre todavía hierve.

—De nuevo, yo…

—Le costaste el día más importante de su vida —la voz de Clara es mucho más suave que la mía, pero está llena de tanta furia controlada como la que siento yo. *Joder*, me está provocando una erección en el peor momento posible—. Mi pequeña soñó con su primer día de clases y eso no tiene remedio. No puedes simplemente retroceder el tiempo y devolverle la alegría que debió haber sentido. En cambio, tuve que pasar el resto del día explicándole a mi hija, que sollozaba, por qué no podía ir a la escuela. Por qué las personas que se supone deben protegerla a ella y a su familia le hicieron imposible comenzar su educación.

Con cada frase que sale de su boca, Clara se inclina más hacia adelante y su voz se vuelve más espinosa. No recuerdo haber visto llorar a Willow, pero tampoco cuestionaré la palabra de Clara al respecto.

A veces, es mejor no pinchar a la mamá osa.

La superintendente levanta lentamente las manos en señal de rendición. —Nuestra plena intención fue y siempre ha sido garantizar la seguridad de nuestros niños. Por eso…

—¿Hay algún problema con su nueva seguridad? —me recuesto en mi silla y hago un gesto a los hombres… *mis* hombres… que patrullan los pasillos fuera de la oficina.

Ella parpadea. —¿Disculpe?

—Su nueva seguridad. La tecnología, los guardias, todo el nuevo sistema que Industrias Zakrevsky instaló en esta academia y en sus ubicaciones afiliadas, para mejorar la seguridad y el

bienestar de sus niños. ¿Hubo algún problema?

Uno de los administradores se aclara la garganta nerviosamente. La superintendente lo piensa un momento, y luego niega con la cabeza. —No. ¿Por qué…?

—Entonces, cuando tu tío vio mi nombre en la lista de contactos de Willow, pensaste, ¿qué? ¿Que otro Demyen Zakrevsky debía estar conduciendo el coche?

Nadie tiene nada que decir. Me sorprendería que pudieran justificar lo que tuvieron que ser los actos de error de juicio más ridículos que he visto en mucho tiempo.

No soy de ninguna manera una persona privada… parte de tener un pretexto sólido para la Bratva implica ser uno de los ejecutivos corporativos más respetados de Las Vegas. No hay hombre, mujer o niño en edad de leer que no haya visto mi cara pegada en un periódico o publicada en una alerta de noticias local sobre una adquisición u otra.

—Esto es lo que va a pasar —espeto—. Todo lo configurado con el personal de seguridad y los sistemas tecnológicos permanecerá en su lugar —hago una pausa, disfrutando de cómo se aferran a cada palabra, esperando aterrorizados a ver si voy a rescindir la generosa donación que hice el día que llevé a Willow a su revisión de admisión—. Igual que la contribución de becas realizada en nombre de Industrias Zakrevsky.

Todos menos Clara se relajan visiblemente y dan un suspiro colectivo de alivio. Ella, sin embargo, me mira de reojo con curiosidad.

Solo espera, mi atrevida impaciente. Voy al punto.

—Sin embargo, habrá una investigación exhaustiva de los libros financieros, el personal y las operaciones de esta institución.

La superintendente se recompone y se arregla las mangas de su chaqueta, intentando recuperar un poco de autoridad. Lástima que no tenga ninguna puta posibilidad. —Sr. Zakrevsky, no pienso que…

—Tienes toda la razón en eso: no piensas. No *pensaste*. Si lo hubieras hecho, no estaríamos sentados aquí, discutiendo las medidas que estamos dispuestos a tomar para proteger a nuestra hija y a los niños de esta escuela.

Ella frunce el ceño por encima de una sonrisa falsa. —Lo lamento. Siento como si hubiera entendido mal algo. ¿Eres el padre de Willow?

Rechazo la voz interna que quiere gritarle a todo el puto mundo que Willow es mi pequeña. El hecho de incluso sentir ese impulso es profundamente desconcertante. —No creo que tengas el puto derecho de hacerme esa pregunta —hago una pausa, luego pongo el rostro radiante de un CEO y digo—: Además… soy solo un hombre de negocios que protege mis inversiones. Los niños son nuestro futuro, ¿no?

—Por supuesto —responde de inmediato. Es a la vez un acuerdo y una rendición.

—Maravilloso —me levanto del asiento y tomo la mano de Clara—. Entonces creo que hemos terminado aquí. Mi contador se pondrá en contacto.

No espero su respuesta. Saco a Clara de la oficina y los atónitos administradores se quedan a nuestro paso con la boca abierta.

Estoy feliz de invertir dinero en esta escuela mientras Willow esté aquí. Pero huelo una rata en alguna parte. Y esa oficina apesta a tratos clandestinos y libros manipulados, algo con lo que estoy muy familiarizado en mi propia línea de trabajo. Si hay algo turbio sucediendo detrás de puertas cerradas, seré *yo* quien vigile y me asegure de que todos se mantengan en línea.

Willow pudo comenzar la escuela el lunes pasado, después de que Pavel llamara a su viejo amigo, el comisionado de policía, y conversara sobre las Alertas AMBER. No sé todo lo que se dijo, pero la alerta desapareció, y también la búsqueda de Clara y Willow.

—Oye… ¿Dem? —la miro. Clara está mirando su teléfono. Luce muy confundida—. ¿Por qué…? ¿Qué… por qué hay tanto dinero en mi cuenta bancaria?

Reprimo una sonrisa. —¿Qué quieres decir?

—Me refiero a mi cuenta corriente. Y la de ahorros. Revisé la aplicación ayer y pensé, sí, está bien, eso es normal. Pero ahora soy…

—¿Asquerosamente rica?

Sus ojos se salen de su cabeza y me hace un gesto para que baje la voz.

Me río entre dientes. —Por mucho que me duela admitirlo, ganaste ese dinero de manera justa. Simplemente nos aseguramos de darle un buen uso antes de liberar la mayor parte de los fondos.

Clara frunce el ceño. —¿Qué quieres decir?

Le abro la puerta de pasajero y la hago entrar al coche. —Hay un fondo universitario para Willow, totalmente financiado, además de jubilación y algunas cosas más. Infórmale a Bambi si quieres que tu cheque de pago se envíe a alguna de esas cuentas. Deberías estar bien, siempre y cuando no empieces de repente a comprar mega mansiones en Malibú a diestra y siniestra. Willow, por otro lado, no podría gastar todo su dinero, incluso si tuviera varias vidas para hacerlo.

Cierro la puerta antes de que pueda hacer más preguntas.

El otro día decidí dar una muestra de confianza y, al mismo tiempo, probar cuánto puedo confiar en que Clara cumplirá su palabra. Ahora que tiene sus ganancias al alcance de su mano, que es dinero más que suficiente para alquilar un jet privado y volar a Reykjavik si quisiera, la gran pregunta es…

¿Lo hará?

¿O seguirá siendo fiel a su palabra y cumplirá con esto? ¿Ayudarme, ayudar a Tolya y demostrar que ella es nuestra aliada y no nuestra enemiga?

Me deslizo en el asiento del conductor y pretendo no notar la forma en que me mira. Estoy disfrutando demasiado de esto.

—¿Oye, Dem?

—¿Ajá?

—Estas ventanas están polarizadas, ¿verdad?

—Sí. ¿Por qué?

Sus labios azucarados se pegan a los míos antes de que tenga la oportunidad de abrocharme el cinturón. Clara toma mi rostro entre sus manos y luego arrastra sus dedos por mi cabello cuando gruño de placer y profundizo el beso.

Maldita sea. Si no estuviéramos en el estacionamiento de una escuela…

Pero las ventanas están polarizadas. Puedo salirme un poco con la mía. Froto mis manos a lo largo de sus costados, hasta justo debajo de sus tentadores senos. Mis pulgares frotan su suave carne, provocando esos dulces pezones a través de su sujetador. Ella se estremece y me lanza un gemido de placer.

Cuando arrastra sus dientes a lo largo de mi labio inferior y jala, estoy muy cerca de jalarla hasta mi regazo.

De vuelta a la realidad, gilipollas.

Lo último que necesitamos es un cargo de indecencia justo después de destrozar a la escuela por tratarnos como criminales. Así que, con un gemido de frustración y un inmenso arrepentimiento, hago retroceder a Clara lo suficiente como para recuperar el aliento y dejar que un poco más de claridad penetre en mí.

Quiero preguntar por qué fue eso, pero tampoco quiero saberlo. Me encanta la espontaneidad, la forma en que ella se hace cargo de su vida, la forma en que ve lo que quiere y lo busca sin pedir más permiso.

—Gracias —es todo lo que respira contra mis labios antes de colapsar, sin aliento, en su propio asiento.

No sé qué decir, así que simplemente asiento y enciendo el coche. Y, en algún punto entre la puerta de salida y el drive-thru de café, entrelazo mis dedos con los de ella sobre la consola central.

No tengo idea de qué carajo estoy haciendo. O qué carajo es esto. O incluso si es una buena idea.

La parte de mí que no puede confiar en nada espera que pase algo malo.

A la parte de mí que ha estado esperando toda la vida por algo como esto no le importa un carajo.

DEMYEN

Joder, lo sabía.

Sabía que las cosas eran demasiado buenas para ser verdad.

He estado ignorando la forma en que Clara sigue teniendo conversaciones secretas en su teléfono, agachándose cuando me ve o ve a alguien más acercándose. Pensé que probablemente sería Roxy, lo cual no sería un problema. Hice que revisaran a la mujer y está lo más limpia posible.

Así que estoy haciendo todo lo posible para no explotar con la repentina rabia y traición que siento mientras veo a Clara salir furtivamente de su habitación a la 1:30 de la maldita mañana. Es la más obvia en eso… mira a su alrededor, se esconde en las sombras, camina de puntillas con cuidado fuera de la vista de las cámaras que claramente ha mapeado de antemano.

Tendré que reorganizarlas.

Algo me mantuvo inquieto en la cama. No podía dejar de dar vueltas y vueltas. Incluso intenté masturbarme pensando en el momento candente que compartimos hoy en el coche, pero no tuve tanta suerte. Mi polla quiere lo que quiere y ahora que sabe lo increíble que se siente Clara, mi mano ya no es suficiente.

Así que, cuando salí furioso y frustrado de mi habitación, vi a la pequeña ninfa traicionera escabulléndose entre las sombras y saliendo del patio principal.

Debería hacer sonar la alarma.

Debería hacer que mis hombres la ataquen en la puerta.

O… podría seguirla y ver a dónde diablos cree que va.

Sigo sus movimientos a través de la oscuridad. Me digo a mí mismo que solo manejaré esto sin involucrar a los guardias porque quiero ver dónde se debe mejorar la seguridad alrededor del complejo antes del próximo intento de fuga de Clara.

Y sé que habrá un próximo intento. Willow está profundamente dormida en su habitación, o sea que Clara probablemente esté haciendo una prueba antes de realizar el sprint completo. Solo quiero ver hasta dónde llegará… y lo estúpida que planea ser cuando estén abandonadas en medio del maldito desierto.

Cuando escala la pared, hago una pausa. De hecho, estoy impresionado.

Espero hasta que se haya ido y luego salto el muro detrás de ella. A cien metros delante de mí, Clara avanza de puntillas por la carretera.

Hay algo grande y oscuro debajo de un árbol de Josué. Se acerca de puntillas, luego abre una puerta lateral y entra.

Es un coche.

Con un hombre sentado al volante.

La luz tenue los muestra hablando. Clara mira nerviosamente a su alrededor. No me ve, o ya estaría cayendo sobre sí misma, tratando de huir del vehículo.

Debería. Si sabe qué es lo mejor para ella, debería salir del maldito auto *ahora*.

La luz se desvanece. Ahora están en total oscuridad. Juntos. En un coche.

Lo juro por Dios, si esa cosa empieza a balancearse…

Pero luego vuelve a salir y cierra la puerta con cuidado para que no sea de golpe ni haga un ruido fuerte. Me escondo detrás de otro árbol para no ser visto, aunque ella está demasiado concentrada en dónde va para mirar hacia arriba y me verme.

Estoy furioso. Mis puños están apretados con tanta fuerza que mis uñas se clavan en mi piel. Quiero sacudirla como a una muñeca de trapo y preguntarle qué *carajo* cree que está haciendo. Pero necesito esperar hasta que esté dentro del alcance.

Se acerca… más cerca… más cerca…

Ahí.

Su grito de sorpresa es amortiguado por mi mano firmemente apretada sobre su boca. Si fuera cualquier otra persona, le rompería cada hueso del cuerpo por tal traición.

Pero ella no es cualquier persona.

Y ese es todo el maldito problema.

Prácticamente, la cargo a un camino mejor iluminado y la hago girar para empujarla contra la columna. Pasan unos momentos de ebullición antes de que pueda aflojar la mandíbula lo suficiente como para decir—: ¿Qué? ¿Carajo? ¿Estás haciendo?

Clara me parpadea. Y, sorprendentemente, no derrama ni una lágrima.

Eso me cabrea aún más.

—Dem…

—Lo juro por Dios, Clara Everett —mi rabia quiere estrangularla. La parte de mí que aún es marginalmente lógica me susurra que la escuche—. Si me estás jodiendo…

—¿Qué? —frunce el ceño. Luego… se ríe. Se *ríe*, joder—. Ay, Dios mío, Dem. *No*. No… ni siquiera estuve allí el tiempo suficiente para *eso*.

Vale. Quizás tenga razón.

No es que mi furia tuviera un cronómetro.

—Entonces, ¿qué carajo estás haciendo escabulléndote, *saliendo*, en medio de la maldita noche? ¿Tienes alguna idea de qué hora es?

—Vale, Papi. Vaya.

Joder. Que me llame así no debería, de ninguna manera, ponerme tan duro como lo hace. Le echo la culpa a la adrenalina.

Clara no se inmuta ante mi enfado. Aunque es irritante, es una señal típica de alguien que no tiene nada que ocultar.

Ella busca en el bolsillo de sus pantalones cortos y saca un trozo de papel doblado. —Revisé los registros públicos del certificado de defunción de Michael Little y noté algo extraño. Hay dos de ellos.

Arrugo la frente. —¿Dos?

¿Y cómo nos perdimos eso, si es verdad?

—Sí. Dos certificados. Al principio, pensé que era un problema técnico, ya sabes, como en esos sitios web de genealogía que mezclan registros con nombres idénticos. Pero la ubicación, las fechas, todo eso coincidía. Creo que sigue siendo un problema técnico, pero del tipo que el departamento de policía no planeaba introducir en alguna base de datos de búsqueda de árboles genealógicos.

Ahora mis manos ya no están encima suyo por completo. Bueno, no del todo. Más bien simplemente descansan en su cintura, porque incluso cuando estoy hirviendo de rabia, tengo este estúpido deseo de tocarla todo el tiempo.

—¿Qué has descubierto?

—Hay dos certificados, porque el primero fue borrado. O intentaron borrarlo. Intenté llamar al médico forense en el primero, pero ella ya no trabaja en el laboratorio.

Arrugo la frente. —¿Cómo lo sabes?

Clara sostiene el papel entre nosotros. —Porque el tío del auto era su asistente. Y todavía trabaja en el laboratorio. Él estaba allí cuando la despidieron y la reemplazaron con un médico forense que rehizo la autopsia y firmó un nuevo certificado.

—Pero por qué…

—Porque la bala no mató a Michael Little. No… no de la manera que todo el mundo ha estado diciendo.

Saco el papel de entre sus dedos y lo desdoblo. Malditas sean estas estúpidas luces solares. Apenas puedo distinguir una dirección bajo un nombre precedido por “Dr.”

Pero puedo distinguir claramente otra palabra: ***Fiyi***.

Clara se recuesta contra la columna y suspira. —Ya estaba muerto cuando le dispararon.

Miro su rostro. No está mintiendo. O al menos, cree cada palabra que sale de su boca. —¿Qué diablos significa eso?

—Lee el primer certificado de defunción. El que imprimí y puse en tu escritorio con una nota adhesiva antes de escabullirme del complejo para encontrarme con el técnico de laboratorio y conseguir la dirección de la forense original para poder interrogarla.

Debería castigarla por ser tan engreída. Ponerla sobre mis rodillas y azotar ese trasero desnudo de rosa a rojo, y luego…

Concéntrate, maldita sea.

Mi mano, todavía en su cintura, frota hasta la curva de su cadera y aprieta. No duro, pero sí lo suficientemente firme como para hacerle saber que hablo en serio. —Cuéntame todo. Ahora.

Intenta ocultar el sutil mordisco de su labio, pero lo veo. Y maldita sea si no quiero aprovechar toda esta adrenalina de la mejor manera posible.

Clara se aclara la garganta y respira profundamente, probablemente para aclarar su cabeza de la misma niebla en la que la mía sigue queriendo flotar. —La causa original de la muerte figuraba como un infarto de miocardio, debido a toxinas encontradas en su torrente sanguíneo. Que él ingirió.

Mi ceño se profundiza. —¿Qué carajo?

Ella asiente lentamente. —Sí. Ya sea que Tolya le haya disparado o no, la verdad es que Michael Little sufrió un infarto porque alguien lo envenenó. Probablemente, murió antes de que se disparara el arma.

DEMYEN

Ya no estoy agarrando a Clara para mis propias necesidades egoístas.

Me aferro solo para mantenerme firme mientras el mundo gira a mi alrededor.

Probablemente murió antes de que se disparara el arma.

Lo que significa que alguien nos jodió gravemente a todos. Michael, Tolya, yo…

Y sobre todo Clara.

Ella me ofrece una leve sonrisa y levanta su mano para tocar mi brazo. Luego parece pensarlo mejor. —Te lo dije: estoy de tu lado. Y no descansaré hasta que descubramos qué diablos le pasó realmente a Michael Little. Para que podamos sacar a Tolya de esa prisión y de vuelta a casa, donde pertenece.

Meto el papel en el bolsillo de mi pijama y resoplo. —Podrías haberlo hecho simplemente retractándote.

—¿Podría? —ella arquea una ceja—. Conociste a mi padre, el oficial que lo arrestó. Y has investigado lo suficiente de mi vida para saber exactamente qué tan bien iría *eso*. Incluso si el tribunal me creyera, ¿qué le impediría castigarme a sus espaldas?

—Yo —mis dos manos sujetan firmemente sus caderas y la acercan un poco más a mí—. Sabes que no dejaré que él, ni nadie, se acerque a ti.

Me sonríe suavemente. —Lo sé.

Mil contradicciones dan vueltas en mi cerebro. Sabía con certeza que Tolya no estaba allí… hasta que confesó que sí. Sabía con certeza que Clara era una perra egoísta y mentirosa… hasta que descubrí que no. Sabía con certeza que Michael Little fue asesinado a tiros… hasta ahora, con una nueva pista sobre una causa de muerte completamente distinta.

Clara rompe el torbellino con su voz suave. —Ahora que tenemos esta nueva pista, una vez que tengamos el testimonio y las pruebas, puedo ayudarte a presentar otra apelación. Con mi declaración y su evidencia, no hay manera de que un juez pueda ignorar lo obvio.

—¿Harías eso?

—¿Ir frente a un juez y a una sala llena de gente que adora a mi padre y contarles cómo me

golpeó hasta que dije lo que él quería que dijera? —los dedos de Clara acarician ligeramente mi pecho. Ella sonríe y me mira a los ojos—. Sí. Lo haría. Porque es lo correcto. Y… porque sé que estarás ahí conmigo cuando lo haga.

No sé qué me sacude más: su nuevo coraje o su confianza implícita en mí.

Confía en que la apoyaré.

Confía en que la protegeré.

—Tienes toda la jodida razón: sí lo haré.

Es lo único que puedo exprimir antes de que mi boca choque con la de ella.

Me digo a mí mismo que esto es para aliviar mis nervios. Es solo una manera de resolver algunas tensiones seriamente reprimidas. Para ambos.

Esto es solo otra cosa de una sola vez, prometo.

Luego, escucho su pequeño gemido necesitado y mis labios viajan hacia su cuello para chupar ese dulce pulso que ya puedo sentir acelerado por mí.

Sí, claro, joder.

Ella pronuncia mi nombre y eso solo alimenta el fuego que calienta mis venas. No sé cómo lo hace, cómo se las arregla para hacer que mi sangre corra tan caliente que siento como si fuera a quemarme la piel si no la tomo hasta que se enfríe.

Se supone que debo estar enojado con ella por escabullirse de mí. No estar jodidamente orgulloso de su coraje al hacerlo para salvar a mi hermano.

Se supone que debo asustarla para que se someta a una obediencia sumisa. No envolver sus piernas alrededor de mi cintura y llevarla a mi habitación para sacar ese lado de ella de otra manera mejor.

Ella encaja perfectamente en mis brazos. No puedo dejar de probar sus labios dulces como el azúcar, o de chupar esa lengua pecaminosa, y la forma en que se aferra a mí hace que sea fácil llevarla a mi habitación sin separarme de ella ni por un segundo.

Cierro la puerta de una patada y solo entonces arrastro mis labios de los de ella para saborear su mandíbula, su cuello, la línea de sudor salado que goteaba entre sus pechos cuando ella estaba fuera siendo mi pequeña y buena espía.

Clara me suelta el tiempo suficiente para quitarse la camiseta y tirarla al suelo. Cuando sus brazos rodean mi cabeza, aprovecho la oportunidad para enterrar mi cara entre sus pechos.

Giro mi lengua, luego la muevo y ella mueve sus caderas en mis brazos para apretarse contra mi cintura. Cuando la toco, veo que está mojada. Mojada, caliente y jodidamente necesitada.

Si no estuviera tan emocionado por todo lo que pasó esta noche, probablemente me tomaría mi tiempo para atormentarla con más hasta que solloce mi nombre y me ruegue que calme el dolor dentro suyo.

Pero soy yo quien sufre.

Y todo es su maldita culpa.

Así que “tomarme mi tiempo” no sucederá.

La dejo caer sobre la cama y le arranco los pantalones cortos y las bragas con un rápido tirón. Cuando toco su coño, sonrío. Está oscuro en la habitación, pero puedo sentirla, y definitivamente la siento apretar su raja caliente, hinchada y ahora goteante contra mi palma.

—Demyen —respira—. Por favor…

Presiono más firme. Clara se estremece y gime.

Levanto su pierna hacia mi pecho para abrirla más para mí. Ella lo necesitará, porque esta noche no seré gentil. La única advertencia que recibe es la sensación de que me alineo con su raja.

Y luego se arquea, gritando y sollozando de alivio mientras la empalo en mi polla.

Me inclino hacia adelante para saborear su piel, lo que empuja su pierna hacia atrás y la hace abrirse aún más para mí. Toco fondo dentro de ella y gimo.

Joder. Se siente tan jodidamente perfecta a mi alrededor.

Todo lo que puedo ver son destellos sombríos aquí y allá, de ella retorciéndose debajo de mí. Todo lo que puedo escuchar es el golpe húmedo de mis caderas contra las de ella, nuestros jadeos y gemidos, sus maullidos cada vez que empujo particularmente fuerte o profundo.

Todo lo que puedo sentir es ella buscándome, aferrándose a mí. Pulsando a mi alrededor. Ordeñándome dentro suyo.

Necesito más.

Necesito mucho más.

Agarro su otra pierna y las envuelvo alrededor de mi cintura, moviéndome contra ella mientras lo hago. Clara jadea y se estremece y le meto la polla hasta que solloza para que siga follándola.

Está al borde de la cama, justo donde la quiero. Me agacho y tomo su trasero, atrayéndola hacia mí para que cada embiste llegue lo más profundo que pueda.

Cuando ella se corre, la beso con fuerza. Quiero saborear sus gritos. Son solo para mí, y que me condenen si no los bebo directamente de la fuente.

La forma en que se agita y sufre espasmos alrededor de cada centímetro de mi polla palpitante casi me arranca el orgasmo. Pero no terminé con ella. Aún no. Necesito poseerla, reclamarla. Márcala como mía.

Mía.

Toda jodidamente *mía*.

Aparto mis labios y beso un camino por su cuerpo, hasta donde nuestros cuerpos unidos me lo permiten. Es mucho más íntimo de lo que jamás pretendí ser con esta mujer, pero a la mierda. Lo quiero. La quiero *a ella*.

Y siempre consigo lo que quiero.

Ella tiembla tan deliciosamente cuando me aparto. Me encanta la forma en que gime suavemente ante la sensación de vacío… y me encanta saber que soy yo, y solo yo, quien puede llenar ese vacío.

No te preocupes, bebé. Te tengo.

La pongo boca abajo. Clara grita sorprendida, pero no me pregunta qué estoy haciendo. De hecho, solo tengo que guiar sus caderas hacia donde quiero que esté en la cama… instantáneamente abre sus rodillas y arquea su trasero hacia mí en el momento en que me siento detrás de ella.

Maldita sea. Ella es demasiado, jodidamente perfecta.

Alejo los pensamientos susurrantes de que *todo* esto es demasiado jodidamente perfecto para durar mientras me hundo en ella. Ahogo mis sentidos en sus gritos ahogados mientras muerde mi almohada.

Cuando beso un camino ardiente a lo largo de su columna, puedo sentirla follándose en mi polla. ¿Sabe lo que me hace? ¿Sabe lo fácil que es para ella ponerme de rodillas, como ahora?

Cuando Clara se vuelve a correr, no sé qué le susurro al oído. Tampoco creo que ella sepa. Todo lo que mi mente puede procesar con claridad es la necesidad de cubrirla, estar con ella, recordarle que estoy aquí.

Estoy aquí y no voy a ninguna parte.

—Maldita sea, bebé… —es todo lo que puedo decir mientras mi propia respiración se acelera hasta alcanzar su punto máximo. Hundo mis dientes en la curva de su cuello. Lo último que me queda de autocontrol se rompe.

Me meto hasta las bolas dentro suyo, tan profundo como puedo. Gruño, gimo, le doy cada puta gota de mí hasta que se llena hasta el borde y me siento más agotado que en días.

De repente, se me ocurre una idea. No estoy usando condón. Y ella no toma anticonceptivos.

La idea debería asustarme muchísimo.

En cambio, me hace estremecer, gemir y surgir una vez más dentro suyo, como si mi cuerpo necesitara estar más seguro. Como si quisiera, *necesitara*, que ella lleve una parte de mí dentro de ella.

Joder.

Estoy perdiendo la maldita cabeza.

Pero eso no me importará esta noche. Lo único que me importa es permanecer dentro de esta mujer el mayor tiempo posible. Y luego, cuando finalmente tengo que salir de ella, lo único que me importa es acostarla contra mi costado y asegurarme de que no vaya a ninguna parte.

Porque claro, lo primero que hace después de recuperar los sentidos es intentar salir de la cama.

—¿A dónde diablos crees que vas? —murmuro mientras la rodeo con mis brazos con más fuerza.

La siento dudar. —Em… ¿a mi habitación?

—Estás *en* tu habitación —acaricio su cuello y la aspiro. Huele a mí, y no solo porque usa mi gel de baño. Debería follármela antes de que vaya a juicio, para que toda la sala sepa que es mía.

—Dem…

—Chito. Estoy intentando dormir —nos envuelvo con una manta ligera y pongo una pierna encima de la suya. No hay manera de que la deje escapar otra vez.

No estoy seguro de si susurro eso en voz alta. Podría, porque por alguna razón ella deja escapar una suave risita. Pero luego se relaja y se gira en mis brazos lo suficiente como para ponerse cómoda, su aliento recorriendo mi piel mientras ambos nos quedamos dormidos.

CLARA

Sigo diciéndome a mí misma que todo lo que tengo que hacer es pasar el día.

Este es un día totalmente normal, totalmente mundano, como cualquier otro.

Simplemente no es tan fácil de hacer cuando mis piernas todavía están un poco temblorosas por la noche anterior.

Pensé que le estaba haciendo un favor a Dem cuando me desperté esta mañana y decidí desenredarme de sus extremidades, dejarlo dormir hasta tarde e ir a preparar a Willow para la escuela. Por un lado, él definitivamente necesita dormir.

Por otro… no sé si recuerda lo que me susurró mientras él… eh…

¿Cómo decía el refrán?

Me montó duro y me dejó en el agua.

Sé que el significado es completamente diferente, pero honestamente no puedo pensar en otra forma de describirlo. En un momento, Demyen me tenía inmovilizada contra una pared, cabreado como el infierno, exigiendo respuestas después de sorprenderme saliendo a escondidas del complejo.

Al minuto siguiente, me tenía inmovilizada en su cama, dándome exactamente lo que he necesitado desde…

Bueno, desde aquella vez en la lavandería.

El hecho de que estuviera demasiado oscuro para verlo solo exaltó toda la experiencia. Nunca supe lo alucinante que podía ser el sexo con un hombre como él. O cualquier hombre. En absoluto. Pero Demyen llevó mi cuerpo a niveles de placer completamente nuevos. Todavía estoy temblando.

Y la plenitud. *Joder*. Todavía me siento tan… tan… *llena*.

En mi cuerpo, sí. Esa es una obvia. Pero en mi corazón también, desde la dulzura que respiró a lo largo de mi piel hasta la forma en que desperté completamente envuelta en sus brazos, su rostro prácticamente enterrado en mi pecho, sus suaves ronquidos retumbando entre nosotros. Y cuando comencé a alejarme y él instintivamente trató de volver a meterme en él…

Dios me ayude, estaba tan tentada a quedarme. Tenía muchas ganas de quedarme en sus brazos y ver la luz del sol bailar sobre su rostro. Quería ser lo primero que viera cuando despertara… y, tal vez, lo primero que probara antes de comenzar el día juntos.

Pero luego me acordé de mí misma.

Y recordé lo rápido que Demyen puede cambiar de opinión sobre las cosas. Como sobre mí.

Así que me aparté, me vestí en silencio y salí a hurtadillas de su habitación.

Bambi se ofreció a llevar a Willow a la escuela. Ella inmediatamente saltó de alegría y me hizo imposible decir que no. No es que tenga ningún problema con que Bambi lleve a mi hija a cualquier parte. Sé que puedo confiar en ella.

Solo que realmente esperaba tener esa excusa para alejarme de Demyen por un tiempo.

Supongo que… empezaré a limpiar.

Debería haberlo pensado mejor y no empezar mis rondas por la cocina. Normalmente lo hago, pero si quiero evitar con éxito a Demyen y la incomodidad que seguramente surgirá entre nosotros, ese es el último lugar donde debería estar.

Pero el piloto automático es una mierda. Y me tiene limpiando los mostradores y revisando el inventario en la cocina justo al mismo tiempo en que Demyen sale de su habitación y entra arrastrando los pies para tomar su café de la mañana.

Está tan deliciosamente desaliñado. De hecho, me alegro de que seamos solo nosotros. No estoy segura de cómo me sentiría si alguna de las otras mujeres estuviera cerca y viera la forma en que su cabello sobresale en todas direcciones, en parte por el sueño, pero principalmente por mis dedos. O la forma en que su pecho y espalda, desnudos todavía, muestran las tenues líneas rosadas del arrastre de mis uñas en su piel.

Me ocupo limpiando una mancha inexistente de uno de los desayunadores para que no tenga que ver mi cara sonrojada.

—Buenos días —la voz de Demyen es baja y atontada.

—Buenos días —intento no sonar demasiado alegre, como una mujer a la que le volaron la espalda de la mejor manera posible.

Arrastra los pies por la cocina hasta encontrar una de sus tazas de café favoritas. La deja sobre el mostrador, luego se acerca a la cafetera y la señala. —¿Esto está recién hecho?

—Sí. Lo hice hace aproximadamente media hora.

Demyen asiente y lentamente se sirve una taza de café. Por lo general, toma el suyo con dos azúcares y una cantidad increíble de crema, así que sutilmente deslizo el azucarero por el mostrador hacia él y me meto en el refrigerador por la botella de crema.

—No-no —él murmura detrás de mí—. La otra.

“La otra” resulta ser una botella de crema irlandesa importada. Claro, técnicamente es cremosa, pero también es *licor*. A las nueve de la mañana.

—¿Seguro?

Él suelta una carcajada y asiente. —Positivo. Será uno de esos días.

Cierro la puerta del refrigerador con el pie y llevo la botella de crema irlandesa a donde está apoyado contra la isla de la cocina. —Espero que no estés creando una adicción. Tendremos que organizar una intervención.

Dejo la botella y me giro para irme, pero no llego muy lejos antes de que su brazo se deslice alrededor de mi cintura y me atraiga hacia él. Demyen entierra su cara en mi moño desordenado y me aspira.

—¿Adicto? No. Al menos, no al alcohol.

Mi corazón late contra mi caja torácica. Si dice algo más, podría estallar y huir hacia Sierra Nevada.

Pero eso es todo lo que dice Demyen antes de abrazarme fuerte, inhalar una última y profunda vez y luego soltarme para regresar a su precioso café.

Y eso es todo lo que me dice durante el resto del día.

Lo pillo mirándome de cerca, pero desde una buena distancia, varias veces durante mis rondas de limpieza. En la piscina, arreglando toallas recién lavadas, lo veo apoyado en una columna y mirándome trabajar.

En la entrada principal, mientras limpio el polvo de los alféizares de las ventanas y limpio los cristales, lo veo reflejado y se detiene en el arco para observarme cuando cree que no sé que está allí.

Y durante el almuerzo, cuando decido sentarme junto a una de las fuentes a comer mi sándwich y disfrutar del último sol del verano… siento sus ojos sobre mí.

Mentiría si dijera que no me gusta. Me encanta, de hecho. Me encanta la forma en que su mirada acaricia mi cuerpo. La forma en que se sonroja cuando lo pillo en el acto.

Es increíblemente adorable y ni en un millón de años se lo diré. Demyen está destinado a ser este señor del crimen grande, malo e intimidante que dirige un imperio dual de cumplimiento de fantasías y bienes de contrabando. La autoridad se filtra por sus poros, y la seguridad lo mantiene entero.

Así que, ¿pillarlo vacilando a mi alrededor? Pues, sí. Me hace sentir muy especial.

Simplemente no puedo admitirlo en voz alta. Jamás. No si quiero conservarlo.

No si quiero conservarlo *a él*.

Me termino el sándwich y miro el reloj. Ya es poco después del mediodía, o sea que que tengo un par de horas antes de tener que aguantar y recordarle a Demyen que tenemos que ir a recoger a Willow. O quizá pueda pedirle a uno de sus guardias que lo haga.

Sus guardias. Qué concepto. Por extraño que parezca, en realidad es reconfortante saber que mi niñita tiene su propio ejército privado. Martin no tiene ninguna posibilidad.

En el camino de regreso a mi habitación para guardar rápidamente mi bolsa de almuerzo ahora vacía, Gloria me detiene y me hace saber que hoy terminamos temprano. Así que ahora soy libre de quitarme el uniforme y relajarme hasta que llegue el momento de buscar a Willow.

—Ve a buscar algo que hacer, mija —dice, con un guiño travieso y completamente inexplicable. Se aleja antes de que pueda preguntar qué la hace sonreír tanto.

Cambio un vestido por otro… mi uniforme por un vestido de verano color salvia claro con pequeños estampados florales cosidos en el lino. Me pongo las sandalias después de comprobar la transparencia del vestido… no se ve nada, gracias a Dios… y salgo a relajarme junto a la piscina.

Pero Demyen está justo ahí, en mi puerta, con el puño en alto, como si estuviera a punto de tocar.

—Clara —se aclara la garganta y baja la mano.

Sonrío y me balanceo sobre las puntas de mis pies, esperando que continúe. Me mira fijamente durante un largo silencioso momento, sus ojos examinándome lentamente.

Nota personal: usar este vestido con más frecuencia.

—Por aquí —Demyen gira sobre sus talones y se aleja, esperando que lo siga.

—¿A dónde vamos? —pregunto.

Sin respuesta.

Cruzamos el complejo hasta su enorme garaje. No sé por qué un hombre necesitaría ochenta coches, pero Demyen no tiene prisa por responder a ninguna de mis preguntas en este momento, así que no me molesto en preguntar.

—Por aquí.

No me doy cuenta de que no estoy prestando atención, solo mirando los autos, hasta que escucho el eco de la voz de Demyen unas filas más abajo. Está parado junto a un Lexus LX 600 negro, según el emblema estampado en la puerta trasera.

—Tiene capacidades todoterreno y un excelente rendimiento de combustible, pero hay un galón almacenado en la parte trasera, por si acaso —Demyen golpea el costado varias veces mientras lo rodea, señalando diferentes características—. Cerradura de seguridad instalada a medida, para que nadie pueda abrir las puertas a menos que quieras. Hay una pistola escondida dentro del reposacabezas del asiento del pasajero… solo usa el cuchillo escondido debajo del asiento del conductor para rasgar las costuras. O apuñala al tipo, no me importa.

Intento no reírme de su broma oscura. —Em, ¿vale? Pero ¿por qué me cuentas todo esto?

Demyen da la vuelta y abre la puerta trasera. —Hay dos kits de seguridad guardados en el compartimento de la rueda de repuesto, junto con la rueda. Con suerte, nunca tendrás que usarlos, pero tienen raciones de comida, mantas de aluminio, y deberían durar al menos tres días con el sistema de filtración de agua…

—Dem —paso una mano por mi cabello hasta que mis dedos se enredan en los rizos—. ¿Qué está sucediendo?

Se apoya en la puerta abierta. —Es tuyo. Te estoy regalando un coche.

—Ah, no —me pongo blanca—. No. No puedo… Simplemente, no.

—¿Por qué no?

Resoplo. Debo estar soñando. Sí, eso es. Todavía estoy en su cama, todavía está oscuro, estoy profundamente dormida y sueño con Demyen Zakrevsky regalándome uno de sus vehículos de lujo como si fuera un chicle. —Es… no voy… digo, yo… —respiro profundamente—. Gracias. En serio. Pero no puedo. Apenas conducía una lata, y esto… Esto ni siquiera es un coche. ¡Es básicamente un tanque!

—Si quieres un tanque, te conseguiré un tanque.

Espera un momento y luego se sienta en el asiento trasero. Yo espero un momento antes de seguirlo.

—¿Por qué estás haciendo esto? —dejo escapar.

Me estremezco de inmediato. *¿Qué pasó con "a caballo regalado no se le miran los dientes", idiota?*

Culpo a mis problemas de confianza. Según mi experiencia, las cosas buenas nunca vienen sin un precio.

Demyen quita una pelusa del techo. —Quiero que Willow y tú estén a salvo. Y te prometí que nunca dejaría que te pasara nada. Es parte del cumplimiento de esa promesa.

No voy a llorar.

No voy a llorar.

No voy a llorar.

Sus ojos encuentran los míos. Casi me sorprende la intensidad en ellos. —Necesito que me lo prometas, Clara: si pasa algo y alguien, cualquiera, asalta este lugar… prométeme que tomarás a Willow y llevarás esta cosa tan lejos como puedas.

Mi aliento está atrapado en mi garganta. —Lo prometo. Pero… —me muerdo el labio con incertidumbre—. ¿Cómo nos encontrarás?

Demyen sonríe. —Hay un pequeño secreto más. Esta cosa tiene micrófono, está conectada e intervenida. Puedo oírlo, verlo, seguirlo. Así que no habrá planes de escape, ¿entendido?

Pongo los ojos en blanco con un suspiro dramático. —¿Por qué querría escapar? Todo lo que siempre quise está aquí.

Me acerco más a él. No somos exactamente… Bueno, mierda, no sé qué somos. Pero me está haciendo un gran regalo que tiene que ver con algo más que una camioneta de lujo construida para la guerra. Tengo que darle algo a cambio, para agradecerle.

Así que me inclino hacia adelante y beso su mejilla. —Gracias —susurro suavemente.

Quiero alejarme, pero Demyen se mueve lo suficiente para que nuestras cejas se junten. Y quizá

eso era todo lo que pretendía hacer. Pero… no puedo *no* presionar mis labios contra los suyos.

De nuevo.

Y otra vez.

Demyen gruñe y pasa una mano por mi cabello, profundizando el beso mientras jala. *Joder*, es una locura lo rápido que el hombre puede llevarme de la incertidumbre a la necesidad abrumadora. Y, aunque me ha dolido todo el día desde anoche, ya puedo sentir que me mojo dentro de las bragas.

Es la forma en que me toca. La forma en que me besa. Como si tuviera hambre y no solo me deseara. Como si me *necesitara*. Como si fuera la única mujer en el mundo que puede darle exactamente lo que quiere.

Y, que Dios me ayude, quiero ser esa mujer para él.

No recuerdo haberlo empujado boca arriba, pero debo haberlo hecho. En algún momento entre chuparle la lengua y mordisquearle el labio inferior, no solo lo empujé para que se acueste boca arriba, sino que le arranqué los botones de la camisa. Todavía puedo oír a uno o dos de ellos rebotando en el suelo de cemento, fuera del coche.

—Gracias —susurro de nuevo. Me siento a horcajadas sobre su cintura para poder inclinarme y besarlo. Una y otra vez, porque, *Dios mío*, lo deseo.

—Tú me haces esto —Demyen me agarra la muñeca y guía mi mano para frotar su bulto—. Me haces esto todo el maldito tiempo. Todos los malditos días.

No sé lo que me pasa. Qué súcubo me posee de repente.

Pero sin pensar y sin dudar, le abro el botón del pantalón y bajo la cremallera.

Demyen respira profundamente en el momento en que deslizo mi mano debajo de la cintura de sus boxers y envuelvo mis dedos alrededor de su eje. Al menos, hasta donde pueden llegar.

—Joder. Sí. Cariño.

Me sonrojo mucho. Me encanta oírlo decir cosas así. Lo saco con cuidado y hago lo mejor que puedo para acariciarlo largo, completo y lento, incluso en este extraño ángulo de estar medio torcido. Y parece que lo mejor que puedo hacer funciona, porque Demyen deja escapar un gemido y se mece en mi mano.

—Joder. Así —cierra los ojos por un momento. Cuando su boca se curva en una sonrisa, no puedo evitarlo. Me inclino para besarlo de nuevo. Lo beso mientras lo acaricio.

Después de uno o dos minutos de acariciarlo hasta que literalmente palpita contra mi palma, Demyen gime y envuelve sus manos alrededor de mi cintura. —Joder. Basta. Te necesito. Ahora mismo. Súbete.

No me atrevo. Mi mano se detiene por completo. —¿Qué?

—Móntame. Súbete a mi polla y móntame, cariño —Demyen me da una palmada en el trasero.

—Em, no… sé…

Por lo rápido que se sienta erguido, casi se golpea la cabeza contra el techo. —¿Nunca has estado arriba?

Bueno, este momento sexy terminó oficialmente. Frunzo los labios y miro fijamente el rincón más alejado del asiento. —Bueno… no. No precisamente.

Supongo que ese es el final de esta conversación, así que me muevo para salir del vehículo. Pero Demyen me agarra de las muñecas y tira de mí hacia él con tanta fuerza que no puedo evitar caer sobre él.

Y luego me devora, con labios y lengua. Gime y gime mientras ejerce su magia seductora en todos mis sentidos. En una fracción de segundo, logra tomar mis inseguridades y ahogarlas en un torrente de deseo.

Todavía debajo de mí, él está en todas partes a la vez. Apenas noto que me sube el vestido hasta las caderas y me masajea los muslos hasta que estoy a horcajadas sobre él. Esta vez no su cintura, sino más abajo. Justo donde puedo sentir su dura longitud rozando mi coño cubierto por las bragas.

—Eso es, cariño. Justo así —sus palabras de aliento me hacen dar cuenta de que comencé a apretarme contra él sin pensar. Puro instinto. Lo siento y lo deseo—. Mueve esas caderas para mí. Buena chica.

Hm, joder. Dijo la frase mágica.

Mis bragas están oficialmente arruinadas.

Las manos de Demyen se deslizan sobre mi trasero y aprietan mis nalgas. Luego sus dedos tiran de una esquina de mis bragas y las destrozan. El sonido de la tela rasgándose, la sensación de su fuerza desnudándome ante él… No sé cómo es posible mojarme más por este hombre, pero eso es exactamente lo que sucede.

—¿Mejor? —su sonrisa es muy arrogante, pero sé exactamente lo que quiere decir en el momento en que tira mis bragas arruinadas a un lado. Su eje largo y pulsante ahora está presionado a lo largo de mi hendidura desnuda y, Dios mío, se siente mucho mejor.

Así que asiento. Gimo, tiemblo, lucho por recuperar el aliento. Y asiento.

Me aprieta el trasero otra vez. —Hazlo como antes. Eso es. Sí… buena chica. Esa es mi buena chica.

Me sonrojo. Nunca en mi vida he montado a un hombre. Nunca me lo han permitido. Siempre estoy atrapada y hecha para tomar, o volteada para tomarlo desde diferentes ángulos.

Pero siempre debajo. Siempre por debajo. Siempre *inferior*.

Ahora estoy encima, a horcajadas sobre Demyen y frotándome contra su polla, y soy claramente consciente de cuánto más debe estar viendo. Todavía llevo puesto el vestido, pero mis pechos están a punto de salirse de la parte superior en este ángulo.

No me doy cuenta de que ha alcanzado entre nosotros hasta que empujo hacia atrás y de repente siento la punta de su polla clavada en mí.

—Joder —Demyen aprieta los dientes mientras su respiración se acelera—. Sí. Siéntate en esa polla, cariño. Siéntate en mi maldita polla.

Incluso conmigo encima, él sigue teniendo el control. Sus manos me empujan hacia él y grito, jadeando. Apoyo mis manos en su pecho para mantener el equilibrio mientras me mueve para introducir su eje más profundamente en mí.

Y ¿cuando finalmente estoy completamente sentada sobre él? *Joder. Joder. Joder.*

Pensé que me sentía llena *antes*.

¿Esto? Esto es cien veces más.

Soy vagamente consciente de que Demyen mueve sus manos hacia mi cara. Me guía hacia abajo para besarlo. Le doy mis gemidos, mis maullidos temblorosos, y él devora cada uno con un gruñido hambriento que retumba a través de su pecho.

Sé lo que está esperando. Y no sé si yo… Espera. Sí, puedo. Sí…

Sí.

Síííí.

Ay, joder. Joder, esto se siente bien.

Esto se siente jodidamente bien.

—Eso es, bebé —Demyen me da una palmada en el trasero con una mano y lo aprieta con la otra —. Móntame.

Mientras me guía, me siento completamente sobre su longitud, haciéndonos jadear a ambos por un momento mientras lo dejo empujar profundamente. Cierro los ojos por un momento, disfrutando de la sensación completa de sus bolas presionando contra mi trasero, su eje palpitando contra mis paredes internas mientras se estiran a su alrededor.

—Solo una regla, hermosa —Demyen me sonríe—. Mantén tus ojos abiertos. Quiero verte.

Es muy exigente.

Me encanta.

Demyen no mentía. Cuanto más persigo mi propio placer, más parece que él disfruta lo que hago. Y lo que estoy haciendo es básicamente masturbarme. *Encima* de él.

Respira profundamente y aprieta la mandíbula. Siento sus dedos apretar su agarre, hundiéndose en la suave carne de mi trasero. —Sí, bebé. Eso es.

Nuestros ojos se encuentran. Me aterroriza nombrar lo que veo en los suyos, pero de todos modos está ahí.

—Eso es —susurra entre sus propios jadeos—. Tómalo. Tómalo. Es todo tuyo.

Mío.

—Dem… —no sé qué pedirle que haga. Lo estoy tomando tal como él dice, y me estoy

acercando mucho a ese dulce borde de liberación.

Pero no importa lo cerca que esté, simplemente está fuera de mi alcance.

Demyen estudia mi rostro y luego me dedica una sonrisa de complicidad. —Ven aquí, bebé —envuelve un brazo alrededor de mi cintura y pasa su mano por mi espalda, tirando de mí hacia su pecho—. Dame ese dulce coño.

Intento moverme como antes, pero no puedo. Él me está manteniendo en mi lugar. Y, cuando comienza a entrar y salir de mí, todo lo que puedo hacer es sollozar su nombre en su cuello.

—Córrete para mí, bebé —Demyen me agarra del cabello y tira de él para que tenga que mirarlo a los ojos—. Sé mi buena chica y córrete.

Y luego, sin previo aviso, presiona un dedo en mi culo.

Tiemblo. Sollozo. Mis caderas están jodidamente borrosas mientras lo uso para correrme y él presiona ese dedo lo suficiente como para hacer que los dedos de mis pies se doblen tan jodidamente fuerte y estoy viendo estrellas.

Creo que me desmayo. *Definitivamente* me quedo flácida. Demyen me abraza contra su pecho y toma lo que quiere de mí, aguantando mi orgasmo hasta que gruñe y empuja con más fuerza y siento que el calor de su propia liberación se extiende a través de mí.

Nos quedamos ahí, sin más, en el asiento trasero recién bautizado del Lexus mejorado. Los brazos de Demyen me rodean, una mano acaricia mi cabello y la otra frota mi espalda lentamente. Lo aspiro. Su colonia mezclada con su gel de baño mezclado con algo tan exclusivo de *él*… y ahora, de mí.

Él huele a mí. Lo he marcado tanto como él me marcó a mí.

Darme cuenta me hace sentir un pequeño espasmo alrededor de su eje suavizado.

No sé cuánto tiempo permaneceremos así. Realmente no me importa, si soy honesta. Es un raro momento en el que tengo todo lo que quiero aquí, en mis brazos, y nadie está haciendo nada para arrebatármelo todo.

Ni siquiera Demyen. Que probablemente no se da cuenta de que *él* es todo lo que siempre quise.

Yo sí que no me di cuenta hasta ahora.

Toma mi mano entre las suyas y luego levanta mi brazo. Frunzo el ceño, solo para darme cuenta de que está maniobrando mi muñeca para poder ver mi reloj. —Willow nos necesitará pronto.

Suspiro. Tiene razón. De mala gana, lo alejo poco a poco. Todavía estoy un poco mareada y desorientada.

—¿Dónde están mis…? Ah, mierda —encuentro mis bragas completamente destrozadas y las cuelgo en un dedo.

—Me llevaré esas —Demyen me las quita y se las mete en el bolsillo antes de que tenga oportunidad siquiera de intentar protestar. Con calma, se coloca los pantalones en su lugar y se sube la cremallera al mismo tiempo que se baja de la parte de atrás.

No puedo moverme tan rápido por razones más obvias. Razones de las que no me arrepiento y que con mucho gusto volvería a hacer. Así que me giro con cautela lo más erguida que puedo y luego me acerco con cuidado al borde. Mi cara se calienta cuando me doy cuenta de cuánto… eh, *desastre*… hemos hecho.

Solo estoy rezando que mi vestido oculte mis pecados.

Demyen me mira por un momento. Luego se quita la camisa abierta… los botones todavía están esparcidos por todos lados… y me alcanza.

No estoy preparada para la forma en que me tira hasta el borde del asiento, y menos aún para cómo de repente me abre a cada lado de sus piernas. Pero luego usa su camisa para limpiarme. Despacio. Con ternura. Sin decir una palabra mientras estudia mi rostro y luego mira hacia abajo para asegurarse de que hizo un trabajo minucioso.

Y luego se mete la camisa debajo del brazo y se aleja. En serio, justo antes de que doble la esquina, lo escucho silbar.



TODAVÍA ESTOY VIBRANDO cuando entro al estacionamiento de la escuela. Me tomo un momento para verificar que la nueva configuración del asiento elevado de Willow esté en su lugar, luego cierro la puerta y prácticamente salto los escalones para encontrarme con las clases emergentes.

Una de las administradoras de nuestra "reunión" me sonríe, pero parece un poco confundida. —¡Srta. Everett! ¿Le puedo ayudar en algo?

—Solo estoy aquí para recoger a Willow —respondo con mi propia sonrisa genuina.

—¡Ah! Oh —su ceño se frunce y mira hacia la oficina.

El corazón cae hacia mi estómago. —¿Sucede algo?

Otra mirada. Su ceño se profundiza. —¿Él no te llamó? ¿O alguien de la oficina?

Voy a vomitar.

Voy. A. Vomitar.

Sacudo la cabeza los pocos centímetros que puedo sin vomitar sobre sus zapatos. No quiero oír lo que sé que está a punto de decirme.

—Lamento mucho la confusión, Srta. Everett, pero el padre de Willow ya la recogió. Dijo que era asunto de la policía. No tuvimos otra opción.

DEMYEN

Tiro mi bañador en la maleta como pensamiento de último momento. Fiyi llama.

Pavel se ofreció a hacer el viaje por mí, pero esta es una de esas cosas que tengo que hacer yo mismo. Quienquiera que sea este médico forense deshonrado, tiene información que podría conducir a la libertad de mi hermano.

Le prometí a Tolya que no descansaría hasta que lo liberaran.

Tengo la intención de cumplir mi promesa.

No le he contado a Clara sobre mi pequeño viaje. Pero solo imaginármela en bikini en la cálida playa de arena me distrae lo suficiente como para hacerme olvidar lo que estoy haciendo. Realmente no puedo permitirme eso.

Mierda. ¿Qué estaba agarrando? ¿Pasta dental?

De repente, mi teléfono empieza a vibrar bajo la tapa dura de mi maleta. Cuando veo quién llama, contesto de inmediato. —Hola.

Silencio.

Luego, un sollozo fuerte y jadeante. Seguido de más.

Dejo caer lo que tenía en la mano y me congelo. —Clara. Háblame.

—Ella… él… él… —Clara tiene hipo y respira varios jadeos temblorosos—. Ella se ha ido. Mi bebé se ha ido.

Ya estoy en la mitad del camino hacia el garaje. —¿Qué? ¿Qué diablos pasó?

—¡Él s-se la llevó! ¡Él… él *se la llevó*, joder!

Pavel está en el garaje, esperándome junto a uno de los sedanes. Cuando ve la expresión de mi cara, inmediatamente se pone de pie de un salto y agarra las llaves de uno de los Hummers. Todo lo que tengo que hacer es asentir en silencio. En segundos, tiene a Bambi al otro lado de su línea y un puñado de mis *vors* entran corriendo al garaje. Me indican que están justo detrás de nosotros y hago un movimiento hacia las llaves en la mano de Pavel.

Él esquiva mi agarre y niega con la cabeza. Quiero darle un puñetazo por desafiarme, pero lo

entiendo.

Estoy demasiado cabreado para conducir este tanque literal hacia el estacionamiento de una escuela.

—Clara, escúchame.

Ella tiene hipo un poco más. Prácticamente puedo oírla temblar de pies a cabeza.

—Clara —me deslizo en el asiento del pasajero y bajo la voz mientras me abrocho el cinturón—. Cariño, escúchame. Necesito que me escuches, ¿vale? Estoy aquí.

Pavel me mira de reojo, pero lo ignoro deliberadamente. Lo único en lo que debería centrarse es en sacarnos de aquí e ir directamente a la escuela de Willow.

—V-vale… —Clara gime.

—Respira hondo —espero hasta oír que lo hace—. Eso es. Gran inhalación… Bien. Bien. Solo sigue respirando profundo. Estamos en camino, ¿vale?

—Vale…

—La recuperaremos. Lo prometo.

La respiración de Clara se estremece, y sus lágrimas brotan de nuevo. —¿Cómo? Él se la llevó. Se llevó a mi bebé y es demasiado poderoso…

—Prometí que cuidaría de ti, ¿no?

—Sí… pero…

—Y prometí que nunca dejaría que nada te pasara a ti o a Willow, ¿verdad?

—…Sí…

—Entonces, ¿qué diablos te hace pensar que no estoy en camino con un ejército para destruir el lamentable trasero de Martin Patterson mientras hablamos?

Silencio. Y luego deja escapar una risa suave.

Miro el tablero. Pavel tiene el pedal hasta el piso y vislumbro a mis hombres siguiéndonos de cerca. —Solo espera, bebé. ¿Dónde estás ahora mismo?

—En el coche.

—Quédate allí. Quédate ahí y mantente agachada. No vayas a ningún lado hasta que yo llegue allí. ¿Entendido?

—Sí.

Tengo que colgar para poder coordinar con el equipo de seguridad de la escuela, que se supone debe asegurarse de que cosas como esta no sucedan. Rodarán cabezas por esto. Pero ¿la idea de Clara completamente sola? No me sienta bien.

—Estaré allí en diez.

Cuelgo antes de que ella tenga la oportunidad de preguntar. No necesita saber qué tan rápido conducimos.

Ella no sabe hasta dónde estoy dispuesto a llegar.



CLARA SALE VOLANDO del Lexus en cuanto me ve llegar con Pavel. Sus ojos están rojos e hinchados. Ya no llora, pero todavía dice mi nombre con un sollozo. —¡Dem!

La envuelvo en mis brazos sin pensarlo dos veces. Que se joda cualquiera que vea… lo único que importa es asegurarse de que esté bien, que esté a salvo y que no irá a ninguna parte sin mí pegado a su lado.

Cuando entierra su rostro en mi pecho, beso la parte superior de su cabeza. —Estoy aquí. Estoy aquí, bebé. Resolveremos esto.

Pavel ya se ha dirigido directamente al supervisor de seguridad, que luce como una combinación de vergüenza y terror por su vida.

Bien. Quiero respuestas, y las quiero ahora.

—Vamos —empujo a Clara hacia la oficina—. Recuperemos a nuestra niña.

Ella asiente y se mueve lo suficiente para caminar conmigo, pero no se aleja y no la dejaré si lo intenta. Ella es mía, y la gente está a punto de descubrir qué sucede cuando intentan quitarme lo que es mío.

—¿Qué carajo pasó? —ignoro las miradas penetrantes del personal de la escuela, que camina torpemente por el perímetro. Los niños se fueron hace mucho, así que no me contendré. Y, si no estuviera consolando a Clara, no me contendría ante el líder del equipo de seguridad cuando está al alcance de mi mano.

El hombre hace una mueca. —No la íbamos a entregar, lo juro. Pero hizo todo lo posible, y tenía las credenciales…

—¿Qué carajo quieres decir?

Suspira y saca su teléfono para mostrarme la cámara. Efectivamente, el puto Martin Patterson aparece ante la cámara, con una mano en el cinturón y la otra sosteniendo su placa. Se acerca al escritorio, charla con la secretaria y vuelve a mostrar su placa. Ella realmente parece insegura y, al principio, parece que le niega el acceso o la información. Pero él vuelve a mostrar su placa, arroja algo sobre el mostrador y cualquier cosa que diga la hace palidecer visiblemente. Ella asiente lentamente y luego alza el teléfono.

El guardia avanza rápidamente, hasta que vemos a Willow siendo llevada al escritorio por un maestro.

Quiero aplastar el teléfono en mi puño.

La niña parece aterrorizada. Está callada, asiente y toma su mano, pero es puro *miedo* plasmado

en toda su cara.

Cuando llegan a la puerta, ella de repente se hunde y se niega a irse con él. Tiene que levantarla, pataleando y gritando, solo para llevarla a su coche.

Voy a asesinar a alguien. Y, ahora mismo, mirando alrededor del campus escolar cada vez más silencioso, veo muchos candidatos viables.

—¿Cuál es su excusa? —gruño.

El guardia le entrega a Pavel un montón de papeles a medio enrollar. —Esta es la orden que presentó, alegando que era en aras de proteger a la niña.

Pavel frunce el ceño mientras lee la orden. —Joder. Esto es legítimo.

—¿Quién lo firmó?

Entrecierra los ojos ante la firma. —Ah —la forma en que lo dice, y la forma en que su rostro de repente se vuelve entre divertido y sorprendido, me da esperanza—. El juez Cartwell.

Bingo.

—Pon a Bambi al teléfono. ¿Y todavía te llevas bien con Rick?

Pavel asiente. —Ya estamos en eso.

A una distancia no muy lejana, mis *vors* reúnen a la administración de la escuela… recepcionista incluida… y los interrogan sobre cada detalle de este puto desastre.

—¿Qué está sucediendo? —Clara mira al grupo y luego me mira a mí, con lágrimas frescas secándose en las puntas de sus largas pestañas—. ¿Qué estamos haciendo?

No puedo evitarlo… tomo su rostro con mi mano, luego bajo mis labios hasta su rostro y beso suavemente sus lágrimas. Todavía tengo ganas de desgarrar al superintendente miembro por miembro, pero tengo que admitir que algo en cuidar de Clara calma la furia dentro de mí.

Un poco.

—Exactamente lo que dije que haría —respondo antes de besar profundamente sus dulces labios —. Voy a recuperar a Willow.

DEMYEN

Clara no ha dicho una palabra desde que subimos al coche.

Solo son diez minutos en coche entre la escuela y la comisaría, pero estamos atrapados en el tráfico. Una mitad de mí quiere gritarles a las luces que ya se pongan en verde. La otra mitad reconoce esto como una oportunidad para que ambos nos calmemos lo suficiente como para no ser arrestados.

A la mierda eso. Quemaré el lugar si es necesario.

Tengo que decirle a esa parte de mí que se calle antes de empezar a escucharla. La parte que se deleita con el caos y la destrucción, que anhela la sensación de gargantas aplastadas en mi puño cada vez que alguien piensa que puede joderme a mí y a los míos.

Pero Martin… en realidad podría hacer una excepción con él. De hecho, podría matarlo allí mismo, en la comisaría, por la mierda que ha hecho.

No hace esto porque quiera a Willow. No precisamente. Ella es solo un medio para un fin, y ese fin es Clara arrastrándose sobre manos y rodillas, rogándole que la acepte de regreso solo para poder estar con su hija.

Entonces, ¿por qué estás haciendo tú esto? Me pregunto.

No se me ocurre ninguna respuesta que esté realmente dispuesto a admitir.

Debería estar en el hangar, ultimando el plan de vuelo con mi tripulación. Debería estar abordando mi jet privado a Fiyi, revisando las preguntas que tengo para esta persona misteriosa que obviamente se esconde de la policía de Las Vegas. Debería centrarme en sacar a Tolya de prisión, no en… lo que carajo sea esto.

Ella ni siquiera es mi hija.

Pero, en el momento en que ese pensamiento cruza por mi mente, se siente mal.

Miro a Clara, que mira aturdida por la ventana. De ninguna manera la dejaría ir sola a la guarida de los leones. No con todo lo que he estado aprendiendo sobre su padre, sobre Martin y sobre la repugnante negligencia de la policía de Las Vegas cuando se trata de protegerla de esos monstruos. Prefieren proteger a los suyos… y sacrificar a una mujer inocente y a su hija en el proceso.

Llegamos al estacionamiento de la estación varios minutos tensos después. Siento que Clara se pone rígida a mi lado.

—Debería encargarme de esto. Sola —ella da un vistazo, pero más que todo mira fijamente la consola.

Resoplo. —A la mierda eso. No vas a hacer nada de esto sola.

—Pero…

—Clara —le hago girar la cara para mirarme a los ojos—. No entrarás allí sola. Y sí que no te enfrentarás a Martin o a tu padre sin mí allí. ¿Entendido?

Parece confundida, pero, poco a poco, cede y asiente.

Le doy un apretón tranquilizador en la mano antes de salir del auto. Mantengo la puerta abierta para ella mientras sale de su lado. Es importante que todos vean con quién diablos están tratando.

Bambi está con nosotros. Nos acercamos a los escalones de la puerta principal. Nos recibe con uno de sus monos a rayas más elegantes, un portafolios y una tableta debajo de un brazo. El otro se acerca a Clara para darle otro apretón tranquilizador y le dice en silencio—: *Nos ocuparemos*.

No veo a Pavel por ninguna parte, pero tengo un presentimiento de dónde puede estar. Y, si estoy en lo cierto, Martin Patterson está a punto de comerse su carrera.

Mantengo la puerta abierta para ambas mujeres y miro detrás de nosotros, hacia el estacionamiento. Justo en el momento justo, veo a dos de mis *vors* casualmente apoyados en sus autos, hablando mientras miran la estación.

El resto probablemente siga en la escuela, explicándoles a los administradores la gravedad de esta cagada.

La recepcionista nos mira y está a punto de preguntarnos de qué se trata nuestro séquito, cuando…

—¿Clara?

De nuevo, ella se pone rígida a mi lado, pero la acerco más a mi lado. Ambos miramos fijamente a Greg Everett, que se acerca lentamente. Su expresión pasa de una estricta determinación a la sorpresa y el miedo.

Un escalofrío recorre mi columna.

Greg Everett me tiene miedo.

Perfecto.

—¿Qué hacen aquí? —pregunta, ahora mirando al resto de nuestro conjunto.

—Estamos aquí para devolverle una niña secuestrada a su madre —responde secamente Bambi —. De inmediato.

La recepcionista alza una ceja, pero sabiamente se hace a un lado para dejar que Greg se encargue de esto solo.

—¿Secuestrada? —él se ríe nerviosamente—. Difícilmente. Sabes tan bien como yo que Martin tiene derecho a su hija…

—Oh, absolutamente no —si la sonrisa de Bambi pudiera causar daño físico, Greg Everett estaría muerto. Ella tranquilamente saca un sobre de su carpeta y se lo entrega, sin romper ni una sola vez el contacto visual—. Como puede ver, el detective Patterson no solo ha cometido un grave mal uso de los recursos policiales y abuso de poder, sino que secuestró oficialmente a una niña basando su orden judicial en cargos falsos.

Greg rechaza las acusaciones con el sobre. —¡Qué ridículo! El juez Cartwell…

—…está a punto de ser detenido por solicitación, agresión, soborno y una serie de otros graves delitos menores. Incluyendo la firma de órdenes que él sabía que eran ilegítimas —Bambi muestra sus dientes con su sonrisa. En serio, a la mujer le podrían salir colmillos literales y no me sorprendería—. Lo llamé yo misma. Las evidencias mantendrán ocupada a su división CSI durante bastante tiempo.

El detective mayor parece a punto de vomitar.

Perfecto.

Bambi no le da ni un ápice de piedad. —Estoy segura de que no tenía conocimiento de nada relacionado con la mala conducta de Cartwell. Como detective, está legalmente obligado a informar estos asuntos a sus superiores. Así que tenga la seguridad de que le hice saber a la oficina del fiscal de distrito que no hay forma de que usted haya sido cómplice, a pesar del interesante número elevado de casos en los que testificó en la sala del tribunal de Cartwell.

Traducción: probablemente fue lo primero que le dijo al fiscal de distrito que investigara.

—Además —añade mientras saca un segundo sobre y se lo entrega—, Martin Patterson no tiene ningún derecho paternal legal sobre Willow Everett. Nunca se casó con la Srta. Clara Everett, ni antes ni después del nacimiento, y no firmó el certificado de nacimiento.

Ahora, la risa afable de Greg suena más como un jadeo frenético. —Esto es definitivamente un error…

—Véalo usted mismo. Intencionalmente o no, el detective Patterson fue negligente al velar por sus derechos y deberes paternales —Bambi suaviza su sonrisa cruel hasta convertirla en algo mucho más condescendiente e inclina la cabeza hacia un lado—. No podía ni firmar un papel, detective Everett. ¿Qué le hace pensar que es apto para ser padre?

Ojalá pudiera tomar una foto del rostro de Clara ahora mismo. Es jodidamente invaluable.

Greg intenta calmar la situación apelando a su hija. —Clara, cariño…

Ella niega lentamente con la cabeza. —No, Papá. No daré marcha atrás en esto. Y deberías respaldarme *a mí*, no a Martin. No me importa si es tu socio o tu protegido. Soy tu *hija*. Debiste haberme llamado en cuanto lo viste traer a Willow.

—Yo…

—¡Mami!

Todas las cabezas se vuelven hacia el sonido de esa dulce vocecita, que llama desde el otro lado del vestíbulo. Willow está sentada en una silla de escritorio, sin duda la de Martin, y se ilumina en el momento en que nos ve.

Cuando me ve, jadea y se pone de pie de un salto. —¡Demmy!

Sus pequeños pies vuelan sobre el suelo de baldosas. Me apresuro a encontrarla a mitad de camino. La levanto en un abrazo de oso gigante que la hace chillar y reír de alegría. Cuando me abraza fuerte, me sorprende la repentina e intensa comprensión de que no dejaré ir a esta niña.

Jamás.

Excepto dejarla ir a abrazar a su madre, que es lo que realmente debería estar haciendo ahora. Así que la pongo de pie y la empujo hacia Clara, quien ahoga un sollozo de felicidad y toma a Willow en sus brazos.

—¡Ay, mi dulce bebé! ¡Estaba tan preocupada por ti!

Me giro para darles un poco de privacidad…

Y me encuentro cara a cara con un Martin Patterson muy enojado.

—Sr. Zakrevsky —rechina entre dientes, mirándome de arriba abajo—. Qué sorpresa verte aquí —él mueve su mirada a mi alrededor—. Con mi familia.

—No es tan sorprendente como encontrar a Willow aquí.

Martin gruñe y pasa a mi lado. —Willow, cariño, ven aquí.

No es difícil ver la forma en que ella se queda quieta instantáneamente. Sus deditos empiezan a temblar y se inclina más cerca de Clara.

—Martin…

Pero él no la escucha y no le importa. Solo se acerca a ellas y tira con fuerza a Willow del brazo. Ella grita de dolor y miedo, pero él solo tira más. —¡Dije *ahora*!

Él se da vuelta para arrastrarla lejos.

Encuentro su cara con mi puño.

Joder, qué bien se siente.

Martin tropieza hacia atrás y su agarre sobre Willow se afloja al instante. Clara aprovecha la oportunidad para recuperarla, lo que yo aprovecho como *mi* oportunidad para finalmente darle a este gilipollas la paliza de su vida. Me importa un carajo si estamos rodeados de policías. Me importa un carajo si me arrestan, me disparan o incluso me matan.

Me llevaré a este hijo de puta conmigo.

Agarro la parte delantera de su camisa y lo golpeo la cara de nuevo, esta vez rompiéndole la nariz. La sangre brota por todas partes. Él grita y cae al suelo cuando lo suelto.

Lo hago solo porque Greg, la recepcionista y otros tres policías me apuntan con sus armas.

—¡Papá! —Clara se levanta rápidamente e intenta bajar sus brazos.

—¡Es un hombre malo, Clara! —Greg solo la mira brevemente, sin querer perder de vista mis movimientos—. ¡No sé qué tienen ustedes dos, pero esto termina ahora! Tienes que dejarlo y volver a casa.

—¡Papá! —ella repite su súplica y tira de su brazo con más fuerza—. ¡Demyen me cuida mejor que Martin! Y viste lo que acaba de pasar. Solo protege a Willow, *tu nieta*.

Eso lo hace dudar. Al menos tiene la decencia de hacer un gesto a sus colegas para que guarden las armas y luego, muy lentamente, baja la suya.

Me mira fijamente, con no poco desdén y disgusto. —No sabes de lo que es capaz este hombre.

—Y tú tampoco —Clara mantiene su voz suave, pero lentamente se interpone entre nosotros y se mantiene firme—. Demyen es un buen hombre. ¿Quién crees que inscribió a Willow en su escuela? ¿Quién crees que me trajo hasta aquí para recuperarla?

Greg vacila. Puedo verlo en sus ojos: está perdiendo cualquier terreno que creía poder sostener. —Aun así, está mal interponerse entre una familia. Tienes que hacer las cosas bien, Clara. Dale a Willow la familia que se merece…

Clara respira profundamente y retrocede hacia mí. —No voy a volver con Martin.

—Todo el mundo comete errores, Clara. Tú lo sabes. ¿Serás tan egoísta e implacable con el pobre? —Greg señala hacia donde Martin logró gatear hacia un lado y cuidar su nariz probablemente rota—. Y ¿qué pasa con tu hija? Necesita a su padre…

—Necesita un padre, no un donante de esperma de un solo embiste.

Las cejas de Bambi se encuentran con su línea del cabello. Hace todo lo posible por no sonreír.

Yo, sin embargo, he terminado de escuchar el engaño de este bastardo egoísta. —Es comprensible que no reconozcas la diferencia. Afortunadamente, Clara y yo sí. Ahora, a menos que haya alguna otra razón de mierda para mantenernos aquí, nos vamos.

Giro a Clara conmigo y rápidamente levanto a Willow con un brazo. Está muy feliz de aferrarse a mí. Por el rabillo del ojo, veo a Bambi mirándome con una expresión extraña en su rostro, pero lo descarto y me concentro en llevar a mis chicas hacia la puerta.

—¡Espera! —Martin se mete un pañuelo en la nariz y, furioso, nos persigue—. ¡Espera un maldito minuto!

—¡Detective Patterson!

Martin se congela. La poca sangre que le quedaba se le escapa de la cara.

La mía, sin embargo, estalla en una sonrisa de comemierda.

El comisario de policía camina casualmente hacia nosotros, con las manos en los bolsillos, pero con los ojos penetrantes enfocados directamente en Martin. Junto a él está Pavel, riéndose de algo de lo que debieron haber estado hablando antes de decidir unirse a nosotros.

Ya era hora…

—¡Sr. Zakrevsky! —el comisario Richard Jackson, conocido cariñosamente por su amigo de la familia de toda la vida, Pavel, como "Rick", me sonríe y me tiende la mano—. ¡Qué placer!

Cambio a Willow a mi otro brazo y le doy la mano. —Igualmente. Pav me dice que has estado luchando con tu driver de golf desde el punto de salida.

Rick se ríe y, juguetonamente, le da un codazo a Pavel en las costillas. —Solo lo dejo ganar para no tener que esperar seis horas para tomar una cerveza —él le sonríe a Willow y levanta su mano para estrechar suavemente la de ella—. Vaya, hola, señorita.

—Willow, él es el comisario de policía Jackson —le explico.

Ella se sonroja un poco, pero le toma la mano y le dice tímidamente—: Hola.

—Pavel me contó todo sobre ti. ¿Parece que realmente te gusta la escuela?

Willow asiente, y luego hunde su rostro en mi hombro.

Rick se ríe y le extiende la mano a Clara. —Es un placer conocerla finalmente, Srta. Everett. Tienes una hija hermosa.

Clara parece asombrada. Y confundida. Ella sigue mirándome, pero le estrecha la mano y sonríe amablemente. —Gracias.

—Estoy seguro de que ella también está lista para irse a casa. Ha sido un día largo, y sé por experiencia propia lo que eso puede significar para la hora de dormir más adelante —él le guiña un ojo y luego se vuelve hacia Bambi—. ¡Bam! Espero que no hayas desollado demasiado a Patterson. Todavía lo necesito entero para encargarse de las tareas de escritorio.

Martin balbucea. —P-pero…

—La *única* razón… —Rick de repente se gira hacia Martin y baja su tono a uno que incluso un idiota puede reconocer como no negociable—, para suspenderte por dos semanas y no entregando tu placa ni tu arma es porque el detective Everett me explicó los problemas con los que has estado lidiando últimamente. Pero te lo juro, Patterson, un paso en falso más y haré que la I.A.B. te salte el cuello más rápido de lo que puedas empacar tu escritorio.

—Señor, si puedo explicar…

—Apenas tengo tiempo para limpiar personalmente tus desastres. Definitivamente no tengo tiempo para escuchar tus excusas. Cálmate y actúa como alguien que realmente se preocupa por su deber para con el público —Rick se vuelve hacia Clara y le ofrece una pequeña pero sincera sonrisa—. Lamento muchísimo toda la confusión. Por favor, ten la seguridad de que ni el detective Patterson ni ninguna otra persona en este distrito volverá a usar indebidamente el procedimiento policial en tu contra. No si tienen la intención de conservar sus trabajos —se endereza y sonríe—. Ahora, si me disculpan, tengo una reunión con el capitán sobre todo este… digamos, "descuido".

Willow se despide tímidamente mientras se va. Una vez que lo hace, la veo mirar rápidamente a Martin y ella se aferra con más fuerza a mí.

No te preocupes, cariño. Te tengo.

—Oye —murmuro en el oído de Clara. Envuelvo mi brazo libre alrededor de su cintura—. Vamos a casa.

Ella suspira, sonríe y se inclina hacia mí.

Y sé, mientras pasamos junto a los dos detectives enojados, que este es el dedo medio más grande que puedo mostrarles.

DEMYEN

Decido hacer una parada en el camino a casa.

Después de tres horas de hacer llover fichas en el Manicomio de Mazzo y luego de llenarse la cara con pizza de pepperoni, Willow se estrelló con fuerza en su asiento elevado. Clara usó el unicornio de peluche gigante que le gané para amortiguar su cabeza.

No puedo ocultar lo jodidamente *bien* que me siento.

Cada grito de alegría cuando le entregué a Willow más fichas, cada grito de sorpresa y deleite cuando los boletos fluían de los juegos… acarició mi ego. Me encanta ser la fuente de su felicidad.

Lo que más me gusta son las miradas furtivas de Clara cuando cree que no la estoy mirando. Veo la forma en que se muerde la comisura del labio inferior, o cómo se sonroja cuando ha estado mirando fijamente durante demasiado tiempo y se da cuenta. Más de una vez se le nublaron los ojos mientras su hija y yo celebrábamos una nueva victoria.

Ahora estamos juntos en el coche, camino a casa. Es tranquilo, pero agradable.

Todavía estoy esperando que me pregunte si todos los coches de mi garaje tienen ahora un asiento elevado para niños en la parte trasera. Me pregunto cuánto tiempo le tomará darse cuenta. Porque la respuesta es sí.

Nos detenemos en el camino de entrada, pero, en lugar de conducir directamente hacia el garaje, doy la vuelta al camino principal, donde nos esperan Gloria y Pavel. Gloria rápidamente desabrocha a Willow y ayuda a Clara a llevarla a ella… y al unicornio… a su habitación.

Pavel me saluda con la cabeza, y luego le hace una señal a un guardia para que tome mis llaves cuando me reúno con él.

—Definitivamente le rompiste la nariz —es la primera noticia que me da Pavel mientras caminamos por la entrada principal.

—Tiene suerte de que eso sea todo lo que rompí.

—Y *tú* tienes suerte de que no te arrestaran. O dispararan.

Le alzo una ceja. —¿Me estás criticando?

Pavel se burla. —Diablos, no. Joder, yo habría hecho lo mismo. Pero no es precisamente la mejor imagen para darle a Rick justo después de recordarle que eres un ciudadano honrado.

Quiero poner los ojos en blanco, pero tiene razón. Simplemente no lo reconoceré. —¿Qué dice Bambi?

—Todas las órdenes de arresto actuales y recientes de Cartwell se están analizando bajo un microscopio y algo más. También se están examinando las sentencias que presidió, incluidas las apelaciones anuladas ante Tolya. Aunque llevará tiempo.

—Qué sorpresa —debería sentirme agradecido, no irritado. Estamos dando pasos agigantados en la dirección correcta después de tantos años de llegar a callejones sin salida. Pero ahora mismo nada me sienta bien—. Ajusta el plan de vuelo para mañana. Saldremos al mediodía.

—¿"Saldremos"? —Pavel arquea una ceja y no hace ningún esfuerzo por ocultar su pequeña sonrisa.

Entrecierro los ojos hacia él. —Simplemente hazlo, hombre.

Él se va con un rápido movimiento de cabeza y yo me dirijo a mis habitaciones. Necesito terminar de empacar y asegurarme de que todo esté en su lugar para cuando llegue a la isla. Ahora que hemos empezado a revelar nuestras intenciones, no puedo darme el lujo de perder ningún detalle menor… ni personas.

El juez Cartwell era una carta que sostuve durante un tiempo, pero, para ser honesto, dudé en jugarla. No pasó mucho tiempo antes de que sus hábitos de alto nivel revelaran una inclinación por un tipo particular de acompañante. Me aseguré de tenerlas en abundancia.

Entre las cámaras de las suites compensadas, sus micrófonos y los mensajes de texto entre Cartwell y los teléfonos descartables de las acompañantes, tuvimos lo que necesitábamos en una semana.

El hecho de que Cartwell se volviera adicto fue simplemente una ventaja agradable.

¿La forma en que calmaba su adicción? Menos agradable.

Terminé dejando ir a su acompañante favorita después de pagar sus facturas médicas, una considerable indemnización por despido y bonificaciones por cada noche que pasó con Cartwell. No porque haya hecho un mal trabajo… al contrario, ella estuvo espectacular. Una de mis mejores.

Pero el juez Cartwell está enfermo. Es un hijo de puta enfermo que se las arregla infligiendo dolor y miedo y tratando a sus mujeres como esclavas. Tenía cuidado de no lastimarle la cara ni hacer nada permanente, pero iba demasiado lejos. Mas de una vez.

Así que, una vez que nos dimos cuenta de que teníamos al hijo de puta donde lo queríamos… nos pusimos a trabajar.

No sé qué significará esto para el caso de Tolya. Es posible que la decisión de apelación siga vigente, que todavía estemos de nuevo en el punto de partida.

Es demasiado pronto para considerarlo una victoria.

Pero se siente bien librar al mundo de una sanguijuela más que chupa sangre y abusa de mujeres.

Cierro la cremallera de mi maleta y la dejo junto a la puerta. Todo lo que necesito hacer es dormir bien por la noche y despertarme lo suficientemente temprano para tomar un café, verificar tres veces la seguridad y conducir hasta el hangar del aeropuerto.

Dormir, sin embargo… eso no será fácil. Cada vez que cierro los ojos, veo el rostro aterrorizado de Clara. Escucho su voz en mi oído diciéndome que Willow se ha ido.

Y, a pesar de lo que me digo a mí mismo, no puedo evitar la sensación de que no importa cuántos guardias ponga o cuántas veces realice controles de seguridad, alguien va a hacer algo de mierda y robar a mi hija mientras estoy fuera.

Arrugo la frente. Ella no es… maldita sea, Willow *no* es mi hija.

Y así siguen dos horas de vueltas y vueltas en mi cama, diciéndome a mí mismo que Willow *no* es mi hija y Clara *no* es mi esposa.

Estos son hechos.

Entonces, ¿por qué no los creo?

~

TENGO CUIDADO de ser lento y silencioso cuando abro la puerta de la habitación de Willow. Es tarde, ya pasó la hora de acostarse. Willow debería estar profundamente dormida y no quiero despertarla. Yo solo…

Solo quiero ver cómo está. Quizás eso me ayude a dormir mejor.

Clara está acurrucada en la pequeña cama junto a Willow, acariciando ligeramente su cabello hacia atrás desde su frente. Ella me mira mientras me acerco y me ofrece una pequeña sonrisa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —susurra.

—Solo estoy controlando a mis chicas —le susurro. Me arrodillo junto a la cama y envuelvo más a Willow con la manta—. ¿Cómo está?

—Se despertó y tenía muchas preguntas, pero estaba bastante agotada por todo eso —Clara toma mi mano y la aprieta—. Gracias.

Asiento. —¿Y tú cómo estás?

Clara deja escapar un profundo suspiro. No responde durante un largo momento. —Estoy… aterrorizada, sinceramente. Sé… sé que estamos a salvo aquí. No lo dudo, ni dudo de ti, ni por un segundo —traga con dificultad—. Pero tengo tanto miedo de que se vaya si parpadeo. No puedo… no puedo dejar de revivir ese momento en que me dijeron que se la llevó.

Aprieto los dientes. Dije que rodarán cabezas por esto, y lo harán.

Pero eso no deshará el dolor que siente en este momento.

—Lo odio —la voz de Clara suena un poco más fuerte, apenas por encima de un susurro—. Lo odio mucho. Pero, si se la lleva… si él se la lleva y no puedo recuperarla… —parpadea para contener las lágrimas—. No tendré opción. Tendré que volver con él.

—Clara…

—Tendré que hacerlo, Dem —vuelve a apretar mi mano, entrelazando sus dedos con los míos—. No porque quiera. Preferiría morir antes que dejar que me toque de nuevo. Pero no puedo dejar que Willow lo sufra sola. No puedo dejar que la use como…

Cuando pienso en mis patios en silencio… sin risas de niña, sin el suave canto de Clara mientras saltan la cuerda o juegan… Mi maldito corazón se vuelve de piedra.

Joder. ¿Qué está mal conmigo? ¿Por qué me importa tanto?

No debería. Realmente no debería.

No puedo permitírmelo.

—Me voy a Fiyi. Mañana.

—Ah. Ah —Clara solloza y asiente—. Vale.

—Así que voy a necesitar que hagas una maleta para ti y Willow.

Ella se sienta erguida. —¿Qué?

Buena pregunta. Me estoy preguntando lo mismo.

Se supone que es un viaje de trabajo. Y lo será. Voy a dedicar la mayor parte de mi tiempo a realizar investigaciones, comprobar los informes de inventario del almacén y perseguir todas las pistas posibles. No tengo tiempo para entretener a los invitados.

Pero me niego a seguir apostando por su seguridad. No lo diré en voz alta, y menos a Clara, pero la idea de volver a una casa vacía me asusta muchísimo.

—No permitiré que Martin ponga las manos encima de ninguna de las dos. —aunque trato de mantener mi voz en un susurro, esto sale en un gruñido bajo y posesivo—. Nunca volverá a llevarse a nuestra hija. Jamás. Y eso comienza con asegurarse de que tú no estés cerca para que él lo intente.

Tiro de su mano para ayudarla a levantarse de la pequeña cama. Clara sigue mi ejemplo, no sin antes arropar rápidamente a Willow y besar su mejilla.

Toma algunas cosas de la cómoda a juego y las mete en la mochila de Willow. Unos cuantos conjuntos y sandalias después, vamos de la mano de camino a la habitación de Clara para empacar sus cosas también.

Una vez que estamos dentro y la puerta está cerrada detrás de nosotros, deja escapar una risa temblorosa. —Fiyi. Vaya. Ni siquiera he salido de este estado.

Ignoraré el placer que eso me hace sentir. Me gusta ser el hombre que le muestra el mundo.

—¿Puedo preguntar… por qué? Quiero decir, sé que nosotros…

Cruzo la habitación en dos zancadas y la atraigo hacia mis brazos. “Por qué” es una pregunta muy complicada para la que no estoy seguro de tener la mejor respuesta, y no voy a intentar inventar ninguna mierda.

Entonces, en lugar de eso, la beso.

Esto es más fácil.

Esto tiene muchísimo más sentido.

Quiero besarla solo esta vez. Un beso sólido y tranquilizador para sellar la promesa de que, mientras ella esté conmigo, no hay nada que temer.

Pero que Dios me ayude, sabe muy bien. Como miel y vino, y no puedo saciarme.

Y así, una cosa lleva a más cosas. Manos que separan la ropa, besos que se convierten en mordiscos y gemidos ahogados. La devoro hasta que no queda ni un ápice de tela entre nosotros y cuando me deslizo dentro suyo, nuestras inhalaciones se detienen a la vez.

La beso cuando se corre. Me trago sus gritos de placer, los gemidos que siguen mientras sufre espasmos y se muele contra mi polla.

Me muelo de vuelta, dándole cada centímetro tan profundo como puedo.

Y pronto, le estoy dando mis propios gruñidos y gemidos. Me estremezco y empujo aún más profundamente cuando siento que mi cuerpo se vierte en ella.

Mía.

Así nos quedamos dormimos juntos. Enredados, jadeando, temblando, pero saciados. Satisfechos.

Seguros.

CLARA

—Guao…

Dejo que Willow hable asombrada por las dos. Principalmente porque mi mandíbula se niega a levantarse del suelo.

Cuando Dem dijo “jet privado”, me imaginé algo así como un pequeño… no sé… ¿como un avión de hélice?

No sé. Lo único que sé es que el avión hacia el que nos dirigimos es *enorme*. Otro testimonio más de lo increíblemente rico que es en realidad Demyen.

No me malinterpretes. En realidad, no me importa el dinero. Podría estar arreglándoselas con el salario mínimo y aun así prendería fuego mis entrañas. Pero maldita sea, se siente bien ser atendida por alguien que realmente quiere compartir su riqueza y recursos con nosotras.

—Mujeres primero —Demyen le tiende la mano a Willow, que ríe y la toma mientras sube las escaleras de embarque. Se asegura de que ella llegue a medio camino antes de que la azafata extienda su propia mano y ayude a Willow el resto del camino.

Se da vuelta y me tiende la mano a continuación. Lo tomo e instantáneamente siento el calor subir a través de mis dedos y directo a mi centro.

—Después de ti —murmura en mi oído. Siento el sonrojo mis mejillas mientras él me guía hacia arriba.

El interior del avión es básicamente un palacio. Willow no puede dejar de jadear y señalar todo, desde la mesa de café de mármol negro hasta los lujosos sofás de cuero y varios sillones mullidos que giran. Hay una pequeña cocina y un minibar, un televisor de pantalla plana y un pequeño pasillo que parece conducir al baño y…

—Hay un dormitorio en la parte de atrás —menciona Demyen, señalando el pasillo—. Cama tamaño king, tocador, armario pequeño, etcétera.

—*Etcétera* —murmuro en voz baja con una risita—. Estás loco.

—¡Mami! ¡Mami! ¡Mira! —Willow literalmente salta al sofá y continúa saltando, con sus coletas balanceándose alrededor de su cara.

Mi corazón cae hacia mi estómago. —¡Willow! ¡Bájate! —siseo. Principalmente por su

seguridad, pero también porque sus zapatos ahora están sobre el costoso cuero de Demyen y, Dios mío, ni siquiera sé cómo limpiar cuero real…

Mis pensamientos de pánico son interrumpidos cuando Demyen se lanza en picado y la atrapa en medio del salto alrededor de su cintura. —¡Hola! ¿Qué tal si dejamos que el avión vuele, ¿eh?

—¡Vale!

En serio, él podría decirle que comiera coles de Bruselas y ella lo haría sin problemas. Willow está tan enamorada de Demyen que es como si hubiera colgado la luna en el cielo solo para ella.

Mi corazón se aprieta. No solo por lo mucho que ama y confía en este hombre…

También porque cada día lo veo a él envolverse cada vez más alrededor de su dedo meñique.

La azafata le hace una señal a Demyen, que asiente y lleva a Willow a una de las lujosas sillas. —Muy bien, es hora de abrocharse el cinturón, *malysh*.

Nos preparamos para el despegue, Willow acurrucada entre Demyen y yo. Sus pequeños pies no pueden dejar de patear con emoción, y no la culpo. Mi corazón se acelera ante la realidad de que estamos a punto de dejar atrás el suelo y la nación.

Por primera vez en toda mi vida, estoy a punto de estar en un lugar donde Martin y Papá nunca jamás me encontrarán.

Se siente bien.

~

LLEVAMOS APROXIMADAMENTE una hora en el aire, arqueándonos sobre las montañas para poder disfrutar de una suave navegación sobre el Pacífico. Poco después de que nos niveláramos lo suficiente como para desabrocharnos el cinturón, Demyen nos hizo saber que tenía trabajo que hacer durante la mayor parte del vuelo. Entiendo completamente. No puedo esperar que él deje todo constantemente por nosotras.

Willow… no lo entiende del todo.

Comenzó preguntándole si colorearía con ella. Demyen le recordó gentilmente que realmente necesitaba trabajar un poco en su laptop, pero cuando su rostro se puso triste, rápidamente la invitó a sentarse a la mesa con él y colorear mientras trabajaba. Esto pareció animarla y se puso manos a la obra con el libro de actividades y la caja nueva de crayones que “casualmente” tenían a bordo.

Pero luego se quedó atascada en un rompecabezas. Ella le pidió ayuda en voz muy baja, y él estuvo más que feliz de tomarse un segundo para señalar una posible solución.

Unos minutos más tarde, volvió a quedar atascada.

Y otra vez.

Ahora están haciendo un crucigrama juntos y él está más interesado en ello de lo que creo que querrá que le señale. Su laptop ha sido apartada para tener más espacio para mirar el

rompecabezas, y sigue mirando la portada para comprobar el grupo de edad para el que fue diseñado el libro.

—¿Necesitan ayuda? —ofrezco desde el sofá, donde en realidad estoy demasiado cómoda para levantarme.

—No. Lo tenemos.

—¿Seguro?

Demyen me mira entrecerrando los ojos. —Creo que sé una palabra de cinco letras que dices cuando te golpeas el dedo del pie.

—¿Rima con "comer" u "oler"?

Abre la boca para replicar y luego se detiene. Luego, garabatea la respuesta apropiada para niños con un crayón. —Vale, niña. Nueve letras, algo con dos ruedas, pero a veces con cuatro.

Willow frunce el ceño. —Hm…

—Puede que ella no esté muy familiarizada con esta —le digo mientras ella lo piensa—. Nunca ha tenido una.

Demyen frunce el ceño. —¿Qué? ¿En serio?

Asiento.

Pone los ojos en blanco y suelta un silbido bajo. —Está bien. Supongo que sé lo que haremos una vez que regresemos, ¿eh?

Willow lo mira. —¿Qué? ¿Qué haremos?

—Resuelve el acertijo y lo descubrirás.

Ella le arruga la cara, pero él le hace lo mismo y ella estalla en un ataque de risa.

Ay, mi corazón. No puedo… No, ni siquiera empezaré a imaginar el día en que tendremos que irnos. No sé por qué lo haríamos. No se me ocurre nada, pues técnicamente soy su empleada. Ha invertido mucho en Willow, desde su educación hasta su seguridad y bienestar, y la forma en que reaccionó ante su desaparición dejó muy claro que se preocupa profundamente por ella.

Entonces, ¿por qué tengo miedo de perderlo?

Quizás sea porque nunca lo había pasado tan bien. No sé lo que es relajarse y solo disfrutar de la vida, y definitivamente no sé cómo confiar en que algo bueno dure.

Porque no puede. Nunca lo hace y nunca lo hará.

Y, sin embargo, me siento tan tonta y desesperadamente *esperanzada*. Como si pudiera existir la posibilidad de que Demyen realmente se preocupara por mí, me *quisiera*, más que solo como un medio para un fin o un ama de llaves extra o un… *ejem*… calientacamas. Es solo algo en la forma en que me mira últimamente y en la forma en que me toca. Me susurra.

Me besa.

Me hace el amor.

Me doy una pequeña sacudida. *No*, eso no es lo que pasó anoche. Anoche fue simplemente, no sé, un… un consuelo. Sí. Una tranquilidad de que estoy aquí, él está aquí, todos estamos aquí y bien y todo va a estar bien. El hecho de que fuera más tierno e íntimo que nunca antes fue solo parte del estado de ánimo en el que estábamos.

El hecho de que se despertara antes del amanecer con la cabeza entre mis piernas fue solo un extra.

Un extra realmente agradable.

Después de varios minutos más de Willow y Demyen resolviendo el crucigrama, él cierra el puño en victoria y choca los cinco con ella. —¡Bum! Lo hicimos.

Willow se levanta de su asiento para traerme el libro de actividades y mostrarme el su crucigrama conquistado. —¡Mira, Mami! ¡Demmy me ayudó!

Mi corazón se aprieta de nuevo. Efectivamente, la elegante letra de Dem se encuentra en varios de los cuadrados que explican las respuestas a los acertijos. Los intentos mucho menos legibles de Willow también llenan los espacios, pero lo que me ahoga son los márgenes, donde se tomó el tiempo para mostrarle cómo escribir diferentes letras.

Intento que mi mirada hacia Demyen no sea demasiado obvia. Está de vuelta en su laptop y probablemente enterrado en el trabajo que necesita actualizar ahora. Ni siquiera sé qué tipo de trabajo hace de forma remota un poderoso señor del crimen y propietario legítimo de un casino, pero estoy segura de que es considerable.

Simplemente no puedo equiparar al peligroso y rudo jefe de la mafia con el tipo que dibuja margaritas y caritas sonrientes en un libro para colorear.

—¿Podemos ver una película? —la dulce voz de Willow me saca de mis pensamientos, y probablemente sea mejor que lo haga. Antes de que me pille mirándolo.

—¡Claro! ¿Creo…? —lo miro porque no sé cómo funciona eso aquí.

—Tenemos Netflix —responde sin levantar la vista de la pantalla de su computadora—. Y palomitas de maíz en la cocina.

Willow me sonríe y me pongo de pie. —Muy bien. Palomitas de maíz y una película.

—¿Podrías traerme una cerveza mientras estás en eso?

Le sonrío. —Sí, señor. ¿Hay algo más que desee, señor? —pregunto en mi impresión más sensual de asistente de vuelo.

Hace una pausa. Veo que sus ojos se abren un poco y la comisura de su boca se curva hacia arriba. —Varias cosas, pero… tendré que esperar —él mira de reojo a Willow y yo me sonrojo.

—Volveré a tus necesidades más tarde —bromeo.



NO RECUERDO HABERME QUEDADO DORMIDA, pero aparentemente lo hice. También lo hizo Willow, que está acurrucada conmigo bajo la gran manta. El bol de palomitas de maíz, ahora vacío, está sobre la mesa de café.

Demyen se acerca y con mucho cuidado levanta a Willow en sus brazos. Ella se queja un poco mientras duerme, pero él la hace callar y la mece en sus brazos hasta que ella se acurruca cerca y se calma.

Joder. Las cosas que le hace a mi corazón y a mis ovarios.

Señala la puerta que conduce al dormitorio y lo tomo como una señal para seguirlo.

Puta madre. Es fácil olvidar que estamos en un avión… este lugar es enorme. La cama de tamaño king ocupa la mayor parte de la habitación, pero hay un armario, como dijo, y mucho espacio para relajarse en el tocador, si es necesario. La cama en sí luce lujosa con sábanas de seda y un edredón de terciopelo, y una manta de piel opcional está doblada al final de la cama.

Demyen acuesta con cuidado a Willow en la cama. La arropa bajo el edredón de terciopelo y le esponja la almohada debajo de la cabeza. Luego, después de sólo un momento de pausa, se endereza y toma mi mano para guiarme fuera de la habitación, cerrando la puerta detrás de nosotros.

Quiero agradecerle por todo. Por ser tan maravilloso con Willow. Por llevarnos en este increíble viaje en este increíble jet privado…

Y aun así no encuentro las palabras.

Se sienta en el sofá y tira de mi mano para que me siente con él. Pero, en lugar de ocupar el lugar a su lado, me coloca en su regazo, con mi espalda contra su pecho.

—¡Dem! —me río y jadeo de sorpresa.

—Chito —él pone un dedo en mis labios—. No quieres despertar a Willow.

Le entrecierro los ojos juguetonamente. Luego, chupo la punta de su dedo.

Me encanta la forma en que gime en su pecho. Finalmente, me lo quita, pero solo para poder agarrar la manta y cubrirnos con ella. Una vez que lo hace, vuelve mi rostro hacia el suyo y me da un beso cálido y sensual en los labios.

—Ahora —murmura después de dejarme sin aliento—, sobre "volver" para atender mis necesidades…

Mis ojos se agrandan y miro hacia el dormitorio. Luego, la cabina. —¡¿Y si alguien nos ve?!

—¿Y si, efectivamente? —Demyen me clava suavemente los dientes en el lóbulo de la oreja y tira.

Unhhh, joder...

—En serio. ¿Y si? —él besa, luego vuelve a chupar antes de susurrarme al oído. Mientras habla, sus manos comienzan a recorrer mi cuerpo debajo de la manta—. ¿Qué pasaría si la azafata entrara aquí mientras te tengo rebotando en mi polla?

Me estremezco. Y me retuerzo en su regazo, que es exactamente lo que quiere que haga. Puedo sentirlo presionando contra mi trasero, y deja escapar otro gemido cuando le doy un poco de esfuerzo a propósito.

—¿Y si…? —sus dedos lentamente suben mi vestido por mis piernas, hasta que el dobladillo está lo suficientemente alto como para poder tocar mis muslos desnudos—. ¿Qué pasaría si los pilotos vinieran a mirar?

Agarra firmemente mis muslos con sus manos y me abre, hasta que mis piernas están a cada lado de las suyas. Me siento tan lasciva, tan expuesta y, sin embargo, todavía estamos cubiertos por la manta. Él no puede ver debajo de mi cuello más que cualquier otra persona.

—¿Sabes lo que haría? —pregunta, arrastrando sus dedos cada vez más cerca de mi coño.

Intento estabilizar mi respiración, pero es difícil. —¿Qué?

Demyen me sonríe con malicia y muerde la piel justo debajo de mi oreja. —Te follaría tan fuerte, hasta que gritaras mi nombre. Para que sepan exactamente a quién perteneces.

Sus dedos acarician mis labios exteriores ahora, justo alrededor de mi raja. Hago lo mejor que puedo para contener un gemido, pero no puedo contener los escalofríos de placer que sigue enviando a través de mí.

—Y les haría mirar mientras te tomo una vez más… y otra vez… y otra vez…

Un dedo rodea mi clítoris al mismo tiempo que sus susurros. Me muerdo el labio para no maullar.

—Pero no te preocupes, bebé. Eres mía. Solo mía. Soy el único que puede probar tus dulces besos o llenar tu coño. ¿Entendido?

Asiento con la cabeza. Asiento y asiento y asiento porque entiendo y me siento aliviada. Sé que esto es solo una fantasía, una especie de juego previo, y es apasionante imaginarlo. Pero escucharlo prometerme que no es del tipo que comparte…

Bueno, digamos que hay algunas amenazas que Martin casi cumplió.

Muevo mi trasero contra el bulto de Demyen y él gruñe con aprobación. —Hm, mi gatito necesitado. ¿Quieres jugar a un juego?

—Siempre —jadeo.

—Buena chica —Demyen saca una mano de debajo de la manta y me alisa el cabello de la frente, presionando suavemente mi cabeza hacia atrás para que repose sobre su hombro—. Pase lo que pase, no puedes emitir ningún sonido. Si lo haces, pierdes el juego. Y podrías despertarla.

Eso es lo último que quiero: tener que explicarle a Willow lo que Demmy y yo estamos haciendo en el sofá. Debajo de una manta. Con la cara roja y jadeando. —Vale.

Sus piernas me mantienen abierta mientras su brazo me mantiene en su lugar… y luego su otra mano se adentra entre mis muslos.

Me salto en su regazo, pero él me sostiene firme. Sus dos dedos más largos acarician y luego se

sumergen en mi raja húmeda. Lentamente me abren, poco a poco, nudillo a nudillo, hasta que presiona por completo y frota ese delicioso lugar en lo más profundo de mi interior.

Ayyy, joder… ¿qué acepté?

Estoy jadeando por la nariz. Tragándome mis gemidos y llantos. Mis ojos se ponen en blanco un poco cuando la palma de su mano comienza a masajear mi coño al mismo tiempo que sus dedos trabajan ese punto dulce y *ayDiosmío*, quiero gritar, quiero montar su maldita mano. Quiero…

—¡Toc, toc!

Me congelo. Demyen se ríe en mi oído.

La azafata entra a la habitación desde la cabina, con una hermosa sonrisa en su rostro, que combina con su hermosa figura. Estaría celosa si no tuviera los dedos de Demyen enterrados en mi coño en este momento.

Ella se acerca, pero mantiene una distancia respetuosa. —¿Solo quería ver cómo están y ver si hay algo que necesiten?

Intento fingir que estoy dormida. Es más fácil decirlo que hacerlo, especialmente cuando *alguien* no deja de mover los dedos. Incluso si ha disminuido la velocidad, todavía me está acariciando y provocándome hasta la locura.

—Podría tomar un martini —dice Demyen, con una voz tan tranquila como el océano debajo de nosotros. Como si no estuviese todo sólido contra mi trasero—. ¿Y tú, cariño?

—¿Hm? —finjo somnolencia, luego respiro profundamente y hago todo lo posible por disimularlo como un bostezo cuando él pellizca mi clítoris entre sus dedos—. Ah, un ginger ale está bien. Me tranquiliza el estómago.

—¿Volando por primera vez? —pregunta en un tono inocente.

Claro, vayamos con eso.

—Sí —no puedo evitar sonrojarme y espero que lo atribuya a que soy una mujer adulta sin experiencia en viajes. Y no, ya sabes, porque ella me mira mientras Demyen masajea mis regiones inferiores.

—Te entiendo. No hay problema. Incluso agregaré un poco de granadina para que sea más fácil de digerir.

—Gracias.

El rostro de Demyen no podría ser más engreído. Es el epítome del profesionalismo en el exterior, pero, debajo de la manta, poco a poco me está haciendo pedazos.

Se siente como una eternidad de tortura sensual antes de que la azafata regrese del mini bar con nuestras bebidas. La mía incluso tiene un pequeño paraguas clavado en las cerezas marrasquino. Es lindo y quiero agradecerle por su toque extra.

Solo que hablar es un poco difícil en este momento.

Deja las bebidas en la mesa de café, con cuidado de usar posavasos sobre el lujoso mármol. —

¿Hay algo más en lo que pueda ayudar?

Ay, gracias a Dios. Ella se está yendo.

—¿Podría darnos algunas pajitas? —pregunta Demyen casualmente, con una sonrisa tranquila—. ¿Por favor?

Te odio tanto.

—¡Claro! —sonríe y regresa al minibar para buscar en el armario de suministros.

Intento lanzarle una mirada furiosa a Demyen, pero tiene que ser el intento más débil jamás realizado. Él me da la misma sonrisa tranquila y me besa la frente. —¿Cómo te sientes, nena? —pregunta tan casualmente.

Jó. De. Te.

Así es como me siento.

Probablemente sea exactamente lo que quiere, y lo que haría si no estuviéramos rodeados por una tripulación de vuelo y una niña.

—Estoy bien —logro suspirar.

—¿Solo bien? —finge fruncir el ceño, pero sus dedos masajean cada lado de mi clítoris mientras su palma regresa a ese roce profundo en mi coño que amaba antes—. Creo que podemos hacerlo mejor que simplemente “bien”.

La asistente regresa con las pajitas y coloca una en cada bebida. —Tienen bebidas, tienen pajitas… ¿Algo más?

Lo asesinaré…

—No, creo que estamos bien por ahora —Demyen le dedica una sonrisa encantadora—. Gracias, Katy.

Ella nos da una sonrisa más antes de salir y cerrar la puerta detrás de ella. Ojalá pudiera bloquearla con telequinesis.

—Ahora… —Demyen me coloca en su regazo, abriéndome más con sus rodillas y envolviendo suavemente su mano libre alrededor de mi cuello—. Sé mi buena chica y córrete en mi mano.

Eso es todo lo que se necesita. Voy y exploto tan pronto como me da permiso. El orgasmo dura una eternidad, pero, cuando finalmente lleva sus relucientes dedos a mis labios, no lo dudo. Envuelvo mis labios alrededor de uno y lo chupo en mi boca, acariciando mi lengua para limpiarlo de mí. Lo miro a los ojos mientras lo hago, deseando que vea cuánto realmente deseo esto con él.

—Joder —es todo lo que logra suspirar.

—Si tenemos tiempo…

Demyen sonríe. —Ay, créeme. Si estuviéramos solos tú y yo aquí, ya te tendría sentada en esa mesa de café. Demonios, ya te tendría gritando en la cama.

De repente, espero que este no sea el único viaje que hagamos juntos. Porque deseo mucho ambos escenarios. —Pero…

—Pero hay algunas conversaciones que simplemente no estoy preparado para tener con una niña de cinco años.

Sonrío y lo beso de nuevo. —¿Quieres que “vuelva a tus necesidades” más tarde?

—Una y otra y otra vez, cariño.

DEMYEN

—Pensé que habías dicho que nos alojaríamos en un “pequeño lugar en Fiyi” —acusa Clara mientras está a mi lado en el barco de alquiler.

Me encojo de hombros. —“Pequeño” es solo una cuestión de perspectiva.

En ese momento, el barco se detiene en el muelle de la literal isla privada, donde el complejo de villas se extiende a lo largo de diez acres de exuberante paraíso tropical. Como era de esperar, nuestro personal privado nos espera, incluidos mis guardias cuidadosamente seleccionados, que llegaron un día antes para preparar para nuestra llegada.

Willow jadea y saluda a uno de los guardias. —¡Mako! ¡Estás aquí!

Mako sale de su habitual máscara estoica para saludar a su nueva persona favorita. —¡Hola, señorita! ¿Cómo estuvo tu vuelo?

—¡Bien! —ella sonríe y salta sobre sus pies—. Pude ver una película y comer palomitas de maíz, y luego dormí mucho.

Se ríe y extiende una mano para ayudar a Clara y luego a Willow a salir del bote una vez que estamos atados. —Suena como un viaje perfecto.

No puedo culpar a mi guardia, que alguna vez fue el más duro, por derretirse alrededor de la niña. Solía estar apostado fuera de su habitación durante el día precisamente *porque* era mi soldado más estoico e inamovible.

Ella lo convirtió en un pastelito en poco tiempo.

Se queda detrás del asombrado séquito para ponerme al día. —Barrimos el perímetro y revisamos todo el lugar en busca de micrófonos, señor. Está limpio y adecuado para nuestro uso.

Traducción: jodidas cámaras por todas partes.

—¿Alguna noticia de Estados Unidos? —quiero preguntar específicamente sobre Martin, pero no quiero que su nombre manche los primeros cinco minutos de nuestra estancia aquí.

Mako niega con la cabeza. —Ni un pío de nadie. Tampoco se reportó actividad alguna. Mi último control fue hace una hora y nuestros ojos puestos en Patterson confirmaron que está trabajando en el escritorio de la comisaría y que no ha realizado ningún movimiento financiero significativo.

—Bien.

—Además, tengo esto… —saca un trozo de papel—. Te lo advierto: no es mucho. Nuestro forense rebelde ha hecho un muy buen trabajo manteniéndose oculto. Pero puedo confirmar que querrás buscar en Suva y hacer las rondas allí antes de ir a otros lugares o islas cercanas.

Tomo el papel. Es un conjunto de coordenadas para acotar el punto de partida de mi búsqueda. Es mejor que volar a ciegas, eso es seguro. —Suena bien. Que la seguridad esté cerca en filas aquí. Me iré en unos minutos.

Mako asiente y rápidamente se marcha para cumplir mis órdenes.

Clara y Willow ya han cruzado la puerta principal, girando en el lugar mientras asimilan todo. Su asombro y admiración ante lo que considero normal para mi mundo me hace detenerme y apreciarlo un poco más.

Me aclaro la garganta. —Hay algunas reglas que debemos seguir mientras estemos aquí —Clara agarra la mano de Willow para que preste atención mientras le explico—. No les impediré que vayan a hacer turismo. Pero sí impediré que vayan solas —asiento hacia donde está Mako afuera hablando con otro guardia—. Si quieren ir a algún lado, encuentren a Mako u otro guardia, y no vayan hasta que al menos tres de ellos vayan con ustedes.

—Listo —Clara suspira, aliviada—. No tienes que decírmelo dos veces.

Asiento, satisfecho. Me resultará más fácil concentrarme en mi investigación si no tengo que preocuparme constantemente de que ella intente huir. —Si necesitas algo dentro de la casa o en la isla, Fetuani es la jefa de limpieza y te ayudará.

Clara frunce el ceño. —¿Te vas?

De alguna manera, esa pregunta y la forma en que la hace, abrazando a Willow contra ella, ambas mirándome con creciente decepción…

Me doy una pequeña sacudida. *No es mi familia. Yo no hago familia.*

—Sí. Tengo mucho trabajo que hacer aquí y poco tiempo para trabajar. Pero volveré a tiempo para cenar.

Aterrizamos en las primeras horas del amanecer; el sol apenas sale por el horizonte mientras hablamos. Así que, básicamente, las dejo aquí y salgo corriendo a buscar al médico forense durante el resto del día.

Por lo menos, Clara parece entender esto. Después de todo, ella fue quien descubrió la pista. Ella asiente y acaricia el cabello de Willow. —Ten cuidado.

Asiento con la cabeza. Luego salgo antes de hacer algo estúpido…

Como darle un beso de despedida.

~

EL COMERCIANTE VUELVE A NEGAR con la cabeza. —Escucha, hombre, no conozco a nadie que se

haga llamar Helen Cooper. Turistas, tal vez, sí, pero nadie permanente.

Quiero golpearme la cara contra su mostrador. Tripas de pescado y todo. Este es el quinto callejón sin salida en la última hora.

—Pero si ella está aquí y se esconde —añade—, quizá dejemos que permanezca escondida. —el hombre alza una ceja y se encoge de hombros antes de volver a filetear un mahi mahi.

—Esta es una cuestión de vida o muerte —normalmente no soy tan abierto acerca de mi razonamiento, pero tengo ganas de *algo*. Migas. Hilos. Algo que me acerque más pronto que tarde—. No puedo darme el lujo de dejarla "permanecer escondida".

—¿Qué hace ella?

—Ella tiene información que podría…

—No, quiero decir, ¿a qué se dedica?

Yo suspiro. —Médico forense —aunque, ahora que se ha hecho la pregunta, en realidad no sé qué hace en este momento. ¿Aún está en algo relacionado con la medicina? ¿O dejó todo eso atrás para convertirse en algo diferente? ¿Como una instructora de surf?

Joder. Estoy jodido. Estamos jodidos. Todo este plan está jodido.

El comerciante levanta otro pez enorme sobre su mostrador y luego me señala con su cuchillo. —Como dije, no conozco a nadie con ese nombre. Y tenemos muchos turistas estadounidenses por aquí. Lo mismo con los australianos. Pero no tenemos muchos que se quedan para siempre.

Me enderezo cuando se me ocurre algo. —¿Dónde está la oficina de inmigración?

Se apoya en el mostrador y me mira. —¿Luzco como Google Maps?

Dejo el equivalente a doscientos dólares americanos sobre la parte limpia del mostrador. —No, pero luces un poco más rico.

Se encoge de hombros y solo mira el dinero. —Sigue por este camino durante tres cuadras, luego gira a la derecha y sigue hasta la Calle Rodwell. No te perderás.

Le agradezco al hombre su ayuda y agrego otro billete a la pila. Él gruñe y logra sonreír antes de guardarse el dinero en el bolsillo.

Al menos una cosa es universal: el dinero manda.

Esa misma inquietud pica debajo de mi piel mientras camino por la calle. Nadie de la villa me ha enviado mensajes de texto ni me ha llamado para informarme de nada, y el silencio me irrita. Casi preferiría que hubiera algo que informar para estar al tanto de lo que están haciendo Clara y Willow.

Tengo las transmisiones de cámara. Puedo comprobarlas.

Abro la aplicación en mi teléfono y hago exactamente eso: me conecto a las transmisiones para poder echar un vistazo a mis chicas. La mayoría de las cámaras muestran habitaciones vacías o personal doméstico ocupado con sus asuntos.

No hay señales de Clara o Willow.

El corazón se me sube a la garganta y siento que se me humedecen las palmas de las manos.

Y entonces, de repente, ahí están. Willow pasa rápidamente junto a una cámara, riéndose a carcajadas sin una prenda de ropa. Clara está detrás de ella, extendiendo una mano y agarrando una toalla en la otra.

—¡Vuelve aquí, pequeña nudista!

Me echo a reír antes de poder contenerme. No le contaré a Clara sobre las cámaras, al menos no ahora que Willow ha pasado desnuda oficialmente por al menos cuatro de ellas. Parece que la mujer tiene las manos ocupadas.

Algo en mi pecho se aprieta con fuerza. Susurra: *Tenemos que regresar* y otras sugerencias molestas y tentadoras.

Sacudo la cabeza. No… tengo que llevar esto a cabo. Este no puede ser un viaje en vano.

No pasa mucho tiempo antes de que esté en el edificio de Servicios de Migración. Si mi corazonada es correcta, tendrán registros de inmigrantes estadounidenses que datan de al menos diez años atrás. Puede que Helen Cooper ya no sea Helen Cooper, pero lo era cuando se mudó aquí.

Y ¿cuántos médicos forenses estadounidenses podrían vivir en la isla?

“Ninguno” es la respuesta que me dan en la recepción. El recepcionista suspira y niega con la cabeza. —Lo siento, señor, pero no tenemos a nadie con ese nombre en nuestra base de datos.

—Eso es imposible —tamborileo los dedos sobre el mostrador mientras trato de pensar en un nuevo ángulo—. Helen Cooper era de Las Vegas. Habría llegado hace unos diez años.

Se encoge de hombros con un suspiro. —Lo lamento. No sé qué decirle. Francamente, no podría decírselo si lo supiéramos.

Suspiro también. Empiezo a sentir que estoy persiguiendo a un fantasma.

—Excepto…

Levanto la cabeza. —¿Excepto?

Él niega con la cabeza. —Lo siento. No puedo…

Como antes en la pescadería, saco un fajo de billetes locales y lo agito delante de su nariz.

Él entrecierra los ojos hacia mí. —¿Estás tratando de sobornarme?

—Solo estoy tratando de ayudarnos a llegar a un entendimiento mutuo.

—Americanos —murmura en voz baja—. Guarda tu dinero. Y no dejes que los demás te vean mostrando eso por ahí —recorre con la mirada la habitación, donde varios policías locales conversan y, en general, inspeccionan el lugar—. No puedo ayudarte. Pero puedo decirte que a veces a las personas les resulta más fácil hacer una escala en Hawái antes de ir a toda velocidad. Pasar unos años allí, reinventarse…

—Cambiar sus nombres.

Se encoge de hombros. —Es posible. Sucede. Es solo una especulación, claro.

—Por supuesto.

Por supuesto, joder. Es brillante, de verdad. Hawái sigue siendo un estado estadounidense, por lo que no habría necesitado pasaporte para llegar allí. Y después de uno o dos años viviendo como residente, podría cambiar legalmente su nombre, establecer la nueva identidad con una dirección hawaiana, luego solicitar un nuevo pasaporte y largarse a la mierda.

Lo que solo consolida la necesidad de encontrarla. ¿Que alguien, cualquiera, haga *tanto* esfuerzo para huir de la policía de Las Vegas?

Algo salió muy mal.

Le agradezco al empleado su tiempo y, no tan accidentalmente, "olvido" algunos de los billetes en su mostrador.

—Pav —ladro en mi teléfono mientras salgo.

—¿Qué pasa?

Entrecierro los ojos bajo el sol tropical y me agacho debajo de un cocotero en busca de sombra mientras llamo a Estados Unidos. —Quizás tenga una pista. Necesito que investigues un poco por mí. Quizás tengas que involucrar a Bambi en esto.

—Oh, me encantan los buenos desafíos. Dímelo.

Me froto el puente de la nariz. —Necesito saber si podemos acceder a algún registro de cambio de nombre en Hawái, aproximadamente dos o tres años después de que Helen Cooper dejara la oficina del médico forense en Las Vegas.

—Claro que sí. ¿Qué estamos buscando?

—Necesito saber si ella cambió su nombre, su identidad, su color de cabello mientras vivía en Hawái. Consulta expedientes judiciales, encuentra copias de pasaportes, cualquier cosa.

—Listo. ¿Algo más?

Haz que aparezca mágicamente frente a mí. —Empecemos por ahí. Es algo. Pero consíguelo lo antes posible. No puedo estar aquí mucho tiempo.

—Entendido.

Cuando colgamos, lo primero que compruebo es la señal de la cámara de la villa. Nuevamente, tengo que esperar unos momentos conmovedores antes de que aparezcan Clara y Willow. Parece que resolvieron el tema del vestuario y ahora están leyendo libros en el porche trasero con vista al océano.

Miro mi reloj. Es poco más del mediodía.

A la mierda esto. No voy a andar por ahí persiguiendo callejones sin salida hasta tener noticias de Pavel. Y mis nervios están al límite por preguntarme constantemente dónde están las chicas,

qué están haciendo, si seguirán allí cuando regrese.

Lo cual… es un problema.

~

DEBERÍA SALIR a la calle y buscar en cada centímetro de Suva hasta encontrar a la antigua Helen Cooper.

Debería sobornar a la mitad de la policía y abofetear a los recepcionistas beligerantes para que obedezcan.

No debería estar corriendo por el muelle hacia la villa, ardiendo por la necesidad de ver a Clara y Willow.

Solo necesito saber que están a salvo. Que están aquí y a salvo.

Por mucho que odie admitirlo incluso ante mí mismo, Martin la jodió. Estaba tan seguro de que tenía esa escuela bajo llave, pero aun así logró secuestrar a Willow. Y ahora, con Clara confesando sus miedos más profundos, esos miedos rápidamente se han convertido en los míos.

Que Martin se lleve a Willow cuando menos lo esperemos.

Y que Clara vuelva con él, solo para mantener a su bebé a salvo.

El silencio en el vestíbulo es inquietante. Pero es un lugar grande, me recuerdo a mí mismo, así que, antes de entrar en pánico, reviso rápidamente la sala familiar, el salón, el comedor… la cocina…

No. Joder... no...

Estoy a punto de coger un arma de uno de mis escondites cuando escucho una risita familiar que entra en la cocina. Una de las amas de llaves abre la puerta del patio que conduce a la piscina y la voz de Willow se hace más fuerte. Cuando la puerta se cierra, se calla.

Ay, gracias a Dios. Ahora, tranquilízate. Calmado. Reservado.

Estoy de regreso y ellas están aquí. Mejor podría trabajar un poco y simplemente… vigilarlas. Desde una distancia segura.

Como el muelle. Allí es donde instalo mi oficina móvil después de cambiarme rápidamente el traje por unos bañadores más informales y una camiseta sin mangas.

—¡Demmy! —Willow me saluda desde donde está sentada en el césped con Clara. Parece que hicieron un picnic afuera y decidieron disfrutar de la luz del sol y del cielo azul sin nubes en su manta.

Sonrío y le devuelvo el saludo. *Voy* a trabajar un poco. Hay toda una hoja de cálculo de importaciones que necesito revisar y necesito empezar a mirar el calendario para programar una nueva apelación para Tolya. Además, ya casi es hora de revisar el presupuesto del hogar y quiero ver cómo darle un aumento a Gloria…

Pero mis pensamientos se desvanecen en el momento en que veo a Clara ponerse de pie. La luz del sol hace que su vestido sea prácticamente traslúcido y la sombra de su figura es deliciosa. Pero, cuando desliza las tiras sobre sus hombros y deja caer la tela al suelo, estoy casi a punto de jadear.

Ese… ese es un bikini muy sexy.

Es simple y negro. Pero la tela se adhiere a su trasero perfectamente redondeado lo suficiente como para brindarle cobertura mientras sigue tentándome, las tiras descansan en la parte superior de sus caderas y se mueven con cada movimiento como rogándome que las desate.

Willow necesita ayuda para quitarse su propio vestido de traje de baño, por lo que Clara se inclina para ayudarla a quitárselo por la cabeza.

Joder. Quiero morder ese trasero con tanta fuerza.

—¡Demmy! —Willow me saluda de nuevo—. ¡Ven a nadar con nosotras!

Le doy una sonrisa arrepentida. —Ojalá pudiera. Tengo mucho trabajo que hacer.

Y no creo que pueda ponerme de pie durante unos minutos.

Clara le dice a Willow algo que alivia su puchero y caminan de la mano hacia la piscina infinita con otro rápido saludo.

Miro la pantalla de mi computadora.

Y luego a la piscina, donde Willow me saluda una vez más, toda una sonrisa con dientes y chapoteo divertido.

A mi pantalla.

A la piscina.

Pantalla. Piscina. Pantalla. Piscina. Y luego…

A la mierda.

La única advertencia que les doy es mi sombra invasora, que cubre a Clara justo antes de lanzarme de bomba hacia lo más profundo.

Willow está extasiada. Cuando me acerco a ella, grita mi nombre y envuelve sus bracitos alrededor de mi cuello. —¡Quiero ir al fondo!

Sacudo la cabeza. —No tan rápido, chiquilla. No sabes nadar.

—Sé nadar —hace una pausa y agrega—: Más o menos.

—Es ese “más o menos” lo que me preocupa.

—Pero tú me salvarás —ella vuelve sus ojos brillantes hacia mí. La confianza inquebrantable casi me desconcierta—. ¿Verdad?

Sé que solo está hablando de nadar en esta piscina. Pero, cuando abro la boca para responder, sale algo mucho más serio.

—Por supuesto que lo hare. Siempre estaré para salvarte, Willow.

Incluso si es de mí mismo.

Miro por encima del hombro a Clara, que está sentada con los pies en el agua, y lo único que puedo pensar es que *quiero que use eso todo el maldito tiempo*. Luce como un sueño, con la piel brillando al sol, las gotas de agua en su cabello captan la luz y se convierten en un velo de diamantes.

Entonces, Willow envía una ola a mi cara. Me giro hacia ella con un gruñido, agradecido por la distracción mientras la agarro y la lanzo juguetonamente a través del agua.

Y así pasamos el resto de la tarde. Willow, nuestra princesa sirena a quien no le faltan juegos para jugar, chapoteando y riéndose bajo el cálido sol de Fiyi. Clara, diosa sexy de la piscina, hace todo lo posible por ser una madre buena y atenta mientras coquetea descaradamente cada vez que logro tocarla bajo el agua.

Casi olvido por qué estamos aquí. Casi me olvido por completo de Helen Cooper y Michael Little y Martin Patterson y todos los demás nombres que nunca quise conocer en primer lugar.

Casi olvido que Clara no es mi esposa, Willow no es mi hija y esta no es la vida que siempre quise.

Casi olvido que este no es nuestro felices por siempre.

Sería muy, muy fácil de olvidar.

DEMYEN

—¿Oye, Dem? —la voz de Clara llama desde la habitación de al lado—. ¿Qué es esto?

—Es tu traje para hoy.

—Vale… pero ¿por qué?

—Vamos a surfear.

La cabeza de Clara se asoma por la esquina de mi puerta en un milisegundo. —Disculpa… ¿qué?

—Me escuchaste —termino de atarme los bañadores y le dedico una sonrisa casual.

Se le cae la mandíbula. —Pero… pero… Willow es demasiado joven…

—Contraté a una niñera para que la cuide, además Fetuani está aquí y acordó vigilarla mientras estamos fuera.

Clara no parece saber qué decir. Ella simplemente regresa a su habitación, espero que a irse a poner el nuevo bikini para el que le pedí a Ani que fuera a la ciudad cuando decidí que esto era lo que haríamos hoy.

No es que no me guste ese sexy bikini de hilo negro que llevaba ayer. Simplemente no me encanta la idea de que una ola la golpee y rompa las cuerdas.

Ella es mía para disfrutarla… de nadie más.

Efectivamente, solo unos momentos después, Clara regresa con el nuevo traje de baño. Es más sólido y seguro, sin hilos que las olas… o yo… puedan romper, y modifica sus curvas lo suficiente como para no distraer tanto.

A otros.

¿A mí, sin embargo? Ella nunca deja de distraerme.

—No… quiero decir, no estoy… —Clara suspira con un poco de escalofrío y sus dedos tocan el borde de la parte inferior de su bikini—. ¿Estás seguro de que Willow estará bien?

Cruzo la habitación para abrazarla. Metiendo un dedo debajo de su barbilla, hago que me mire. —¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo solo por ti misma? No para una tarea, no para cuidar de Willow y no para hacer feliz a otra persona. *Tú*. Solo tú.

Abre la boca para decir algo y luego la vuelve a cerrar. —Yo… no lo sé —ella deja escapar una risa suave y tímida—. No sé si alguna vez lo he hecho.

Presiono un cálido beso en esos dulces y nerviosos labios. —Ahora lo harás.

—Pero nunca antes había practicado surf —su mirada se detiene en mi boca, y estoy medio tentado a olvidarme del surf y hacer otras cosas solo para ella. Pero cuando sus palabras llegan a mis oídos, sonrío.

—Perfecto. Te enseñaré.



ESTAMOS PARADOS A LA ORILLA, con tablas metidas bajo el brazo. —¿Estás seguro…?

—Ani tiene todo controlado y viste cómo Willow amó instantáneamente a Leila. Estarán bien.

Pasan unos minutos más de silencio ansioso por parte de Clara. Luego vuelve a mirar hacia atrás. —Pero que pasa si…

—Mako está a la vista, con seguridad en alerta máxima. Y, aunque técnicamente estamos solos, todavía tenemos gente a nuestro alrededor en caso de una emergencia.

La arena está caliente y salpicada de conchas marinas, brillando casi tanto como el agua bajo el sol de última hora de la mañana. Pero Clara está demasiado ocupada mordiéndose el labio y mirando hacia la villa que ahora está fuera de la vista.

Le doy un pequeño tirón en la mano para atraer su atención hacia mí. —¿Estás preocupada por Martin?

Clara resopla de inmediato y niega con la cabeza. —Ay, no. Él es la menor de mis preocupaciones.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Yo… em… —mira hacia el océano. Y luego a mí—. Tengo… tengo miedo.

—¿De qué?

Ella se sonroja. —Del océano —murmura.

Intento no reírme. —¿Qué?

—Le tengo miedo al océano, ¿vale? —Clara suspira y echa la cabeza hacia atrás para declararlo al cielo—. Es grande, y es… es… azul, y es… es *tan grande*.

—Eres bastante buena manejando cosas grandes —bromeo.

Ella me mira entrecerrando los ojos. —Sabes lo que quiero decir.

—No, realmente no lo hago —le froto la espalda, esperando que eso calme sus nervios—. Háblame. Guíame a través de ello.

Clara suspira. —Puedo manejar grandes multitudes. Extraños. Nuevas experiencias en general. Solo… mira eso. Eso no es solo agua. Eso es… es todo nuestro planeta. Ese océano es literalmente todo lo que se interpone entre nosotros, aquí y ahora, y cualquier continente. Es como… si me meto en esa agua, me meto en la misma agua en la que otra persona nada en Perú. O Australia. Y eso sin mencionar la vasta nada entre esta pequeña isla y América del Norte. Mi hogar. Nada que no sabemos lo que realmente contiene. Lo que hay abajo. Lo que podría estar acechando justo donde estoy nadando.

No puedo evitar que mi ceja se levante. —Realmente pensaste en esto.

—No dormí mucho anoche —ella sonríe tímidamente y toca la arena—. Probablemente parezco loca.

—Para nada.

—¿En serio?

Asiento. —Que tiene sentido. Pero sabes que solo hay una cosa que podemos hacer para superar este miedo y que puedas vivir un poco.

Clara arruga la frente. —¿Qué cosa?

—Algo como… *esto*.

Nuestras tablas de surf caen a la arena cuando de repente la levanto por la cintura, la pongo sobre mi hombro y corro hacia las olas. Sus gritos de sorpresa y risas me animan hasta que chocamos contra la suave marea. Tengo un agarre firme en su trasero para que no se caiga, pero soy solo un ser humano, así que no puedo resistirme a darle una buena nalgada y apretón mientras la hago girar y camino hacia aguas más profundas.

—¡Demyen! ¡Bájame! —hago como que no la oigo y sigo caminando por el agua—. ¡Dem!

Finalmente, la bajo, pero solo deslizándola por mi pecho hasta que está de pie en el océano conmigo. Pero ahora que ella está aquí, tan cerca, tan tangible…

—¿Qué? —ella se ríe y parpadea para quitarse la espuma del mar de las pestañas.

No me di cuenta de que estaba mirando. —Nada. Tú solo eres…

Hermosa. Asombrosa.

Increíblemente perfecta.

—Eres mucho más pesada de lo que pareces.

Clara jadea juguetonamente y me salpica. —¡Qué grosero!

La levanto de nuevo solo para arrojarla a las olas, lo que hace que su rostro se ensanche con una expresión de asombro que me hace reír a carcajadas.

¿Realmente no sabe lo jodidamente maravillosa que es?

—Lo siento, mala mía —anuncio casualmente mientras ella salpica y farfulla hacia mí—. En realidad, tienes el peso perfecto.

—¿Ah? —ella sonríe y se aparta el cabello mojado de la cara—. ¿Para qué?

—*Esto*.

Esta vez, cuando la levanto, lo hago por debajo de sus muslos, levantándola con facilidad hasta que sus piernas se envuelven alrededor de mi cintura y sus brazos alrededor de mi cuello. Mis manos vagan por debajo de su bikini para agarrar su trasero y ella no se queja ni un poco.

Probablemente porque su boca está demasiado ocupada siendo devorada por la mía. El dulce y salado de sus labios combinado con el movimiento inocente de su lengua me vuelve loco, y estaré más que feliz de dejarnos flotar a los dos en el agua para siempre así si eso significa que puedo seguir saboreándola. Disfrutándola. Ahogándome en ella.

—¿Dem? —Clara vuelve a jadear—. ¿No se suponía que íbamos a surfear?

—¿Hm? —tengo que salir de la bruma de su dulce seducción para recordar de qué está hablando —. Ah, vale. Si insistes.

Ella se sonroja de nuevo. —Bueno, quiero decir… —vuelve a mirar el horizonte distante, y ese miedo tembloroso vuelve a sus ojos.

—Oye —paso una mano por su espalda—. Está bien. Te tengo.

—Pero estamos tan lejos…

—Oye —digo de nuevo, con firmeza esta vez. Apoyo mi frente en la suya para que no tenga más remedio que mirarme—. Te tengo. No voy a permitir que te pase nada.

Su corazón realmente está acelerado dentro de su pecho. Pero estoy decidido a eliminar esos miedos, junto con todo lo que la mantiene despierta en las horas solitarias después de que se pone el sol.

Quiero ser lo único que la mantenga despierta por la noche.

—Clara. Concéntrate en mí, ¿vale? ¿Alguna vez he dejado que te pase algo malo?

Ella hace una pausa. Me doy cuenta de que es una pregunta muy complicada, y probablemente no debería haberla hecho. Estoy seguro de que se le ocurre una lista considerable de momentos en los que sí, de hecho, lo hice.

—No —al menos, ella reconoce la ironía con una pequeña risa—. Lo sé. Eres un gran jefe de la mafia rusa con varias cosas por arreglar y yo he estado en el primer puesto de tu lista de objetivos durante años. Pero…

—¿Pero?

Clara inclina la cabeza mientras me mira. Como si me estuviera viendo por primera vez. —Eres un buen hombre, Dem. Y… tú me cuidaste. Siempre me has cuidado.

—Siempre te cuidaré —rechino las palabras como un juramento, el mismo que le juré a Willow ayer. Ahora mi propio corazón está acelerado, pero el miedo es de otro tipo—. Siempre te mantendré a salvo.

Esta vez, es ella quien sella la promesa con un beso. Tomo la distracción momentánea como una

forma de llevarla a aguas aún más profundas, hasta que las suaves olas llegan a nuestros cuellos y no puedo mantener los pies en la arena con tanta facilidad.

Clara deja escapar un suave gemido de miedo. —Dem…

—¿Sientes eso? —sonrío contra sus labios. La sostengo lo más cerca y fuerte posible, dejando que las olas nos lleven hacia la orilla.

Ella duda. Luego sonríe y, a medida que esa sonrisa crece, asiente. —Sí. ¡Sí!

—Bien —la beso de nuevo mientras otra ola nos eleva y luego nos deja caer aún más cerca del agua poco profunda—. Eso es lo que vamos a montar.

DEMYEN

Una hora más tarde, Clara ha surfeado el gran total de una ola, aunque eso lleva la palabra “surf” al límite absoluto. Aun así, sonríe de oreja a oreja, incluso aunque sus ojos se cierran por el cansancio cuando nos tumbamos en la arena mientras la marea nos llega a los dedos de los pies.

—¿Dónde aprendiste a surfear? —murmura Clara.

—Tolya me enseñó —admito—. Cada vez que íbamos de vacaciones, él me invitaba a salir.

—¿Ibas mucho de vacaciones en familia?

Respiro hondo y me recuerdo a mí mismo que está haciendo preguntas totalmente normales que cualquier persona haría. Ella no sabe lo cargadas que están.

—¿Íbamos de vacaciones? Sí. ¿Como una familia? No tanto.

—Ah —espero que me pida que se lo explique, pero no lo hace.

—A nuestro padre le encantaba viajar. Le daré eso. Nos llevaba por todo el mundo, a todos esos lugares exóticos con playas y complejos turísticos privados… —suspiro.

—¿Pero él no pasaba tiempo contigo?

Sacudo la cabeza. —Demasiado ocupado con su trabajo o sus mujeres. Y cuando estaba cerca, él y nuestra madre peleaban. Era mejor para él solo dejarnos allí e irse.

Clara asiente y se gira de lado para mirarme. —Puedo entender eso.

Le creo. Ella tampoco tiene precisamente el mejor padre del mundo.

No la estoy mirando directamente; no sé si puedo ahora mismo. Las heridas están abiertas y se sienten demasiado crudas.

Trago y cambio de tema. —De todos modos, así fue como Tolya terminó enseñándome a surfear. Teníamos tiempo, estábamos aburridos y, a veces, si teníamos suerte, nos topábamos con algunos lugareños que nos daban consejos.

—¿Al menos te divertías?

—Algo así, al menos.

Es un largo y pesado momento de silencio entre nosotros. Las olas sorben la arena. Las gaviotas graznan en lo alto. Mantengo mis ojos en un mechón de cabello de Clara donde el viento lo seca.

—¿Las cosas con tu mamá son la razón por la que odias a las mujeres? —pregunta de repente.

Si estuviera bebiendo algo, me subiría directamente a la nariz… *así* de desprevenido me pilla su pregunta. —¿Qué? No odio a las mujeres.

—Bueno, tal vez no Bambi. Pero es diferente. Me refiero a las mujeres en general.

No me gusta cómo va esta conversación. Me gusta todavía menos la forma en que me hace sentir *culpable*. No tengo nada de qué sentirme culpable.

¿Verdad?

—No odio a las mujeres —repito. Pero parece una mentira tosca—. Simplemente no *confío* en las mujeres. En general.

Clara guarda silencio. Luego—: Puedo verlo. Tiene sentido. No quieres repetir la historia.

Incluso esa simple evaluación duele. Miro hacia el cielo despejado y me pregunto si el sol brilla lo suficiente como para cegarme, así no tengo que mirarla a la cara después de esta charla.

Suspira cuando todavía no respondo. —Bueno, lo entiendo. Puedo decirte que repetir la historia apesta. Y no puedo decirte cuántas veces deseé poder regresar en el tiempo y patear a Martin en las bolas cuando tuve la oportunidad. Así que entiendo. Realmente entiendo lo que quieres decir.

Quiero mirarla, pero no lo hago. Estoy bastante seguro de que es el agua salada que me pica los ojos y no necesito que me pregunte si estoy bien. Porque estoy perfectamente bien. Siento el pecho como aplastado por una roca, pero estoy bien.

—Si te sirve de consuelo, definitivamente serías un mejor padre para tus hijos, sin duda.

La roca invisible se vuelve más pesada. Yo suspiro. —Si mi madre hubiera sido la mitad de buena que tú con Willow, estoy bastante seguro de que no me habría convertido en… en lo que soy.

Las gaviotas graznan mientras mis palabras se desvanecen, tragadas por las olas. Incluso respirar se siente difícil.

Cuando finalmente logro mirarla, Clara está apoyada en los codos y entrecierra los ojos hacia el horizonte color zafiro. No me mira y es casi como si supiera que preferiría que no lo haga.

Me da lo mismo. Me levanto, me limpio la arena de las piernas y recojo mi tabla. Quiero decir algo, pero no sé qué. O si debería decir algo de lo que podría decir.

Así que empiezo a caminar de regreso hacia la villa. Solo desacelero un poco cuando la escucho seguirme.

Ambos seguimos en silencio. El peso sobre mi pecho solo se alivia marginalmente. Ojalá supiera qué lo causa. O más bien, desearía no ser tan jodidamente cobarde y poder mirarlo a la cara y llamarlo como es.

Pero como soy un cobarde encerrado que no puede mantener una sola conversación sincera con

una mujer hermosa como Clara, hago lo mejor que se me ocurre: tomo su mano y luego la llevo por un cruce en el camino que nos lleva a otra ala de la villa.

En el camino, coloco nuestras tablas de surf contra un árbol para que alguien del personal las recoja, luego tomo su mano nuevamente y sigo adelante.

Cuando reservé esta villa, me aseguré de que hubiera una casa de huéspedes no muy lejos del edificio principal, pero lo suficientemente lejos como para tener cierta privacidad. Me alegro de que también sea privada, porque cuando llegamos allí, es menos una "casa" y más una cabaña grande y modernizada. En lugar de paredes, se cuelgan cortinas y se atan a cada poste para cuando el ocupante está listo para acostarse. La cama en sí es un testimonio tamaño king del lujo de la isla, repleta de almohadas y sábanas de seda y sobre una plataforma baja. Un minibar completamente abastecido y tumbonas de playa con más de los mismos cojines decorativos y toallas suaves están perfectamente ubicadas para que los huéspedes disfruten de la puesta de sol.

Que es exactamente lo que planeo hacer.

Ayudo a Clara a sentarse en su tumbona y luego me recuesto en la mía. Disfruto y odio el silencio que aún se consume entre nosotros. Hay tantas cosas que quiero decir, y tantas cosas que quiero escucharla decir en respuesta, pero… ese miedo. Ese mismo maldito miedo no permite que mi lengua se mueva ni mis labios formen las palabras.

La quiero y es aterrador.

La necesito y eso también me asusta.

Pero lo que me impide pronunciar un sonido es que decirlo en voz alta lo haría real, y hacerlo real es algo que no se puede hacer o perderé todo lo que tengo…

No tuve cuidado. Me acerqué demasiado.

Y estoy bastante seguro de que me he enamorado.

CLARA

Vaya, yo sí que no sé cuándo callarme.

Excepto ahora. Ahora mismo lo sé mejor. Ahora mismo, sé que abrir mi bocaza para hacerle otra pregunta a Demyen es solo pinchar a un oso dormido que ya me advirtió que no me acercara demasiado.

Es solo que me emocioné. Y me dio curiosidad. Quise ver más allá de los muros que rodeaban su corazón y, por un breve momento, fue casi como si acabara de abrir la puerta para dejarme pasar.

Me dijo cosas que nunca pensé que compartiría. Él confió en mí.

Y luego tuve que ir a hacer una maldita pregunta estúpida.

¿Es por eso que odias a las mujeres?

¿Qué diablos esperaba ganar con una respuesta?

Tal vez solo quería saber por qué un chico como él seguía soltero. O sea, sí, vale, es un gran señor criminal o lo que sea, pero… es un caballero. Y es tan dulce, divertido y compasivo, y Dios mío, es increíble con los niños. Él es todo lo que siempre quise para Willow en un padre. Él es todo lo que siempre quise para mí en una pareja.

Así que me sorprende por qué, con todo lo que tiene a su favor, no había nadie en su vida cuando me estrellé en ella. Ni siquiera una exnovia reciente.

Ahora lo sé.

Casi desearía no saberlo.

Necesito disculparme con él por mencionarlo. Claramente, es un tema tan doloroso que ahora está demasiado dolido para hablar. Y es mi culpa. Abro la boca para pedir perdón, pero, antes de que pueda…

—¿Realmente volverías con Martin? ¿Si se llevara a Willow?

Me pongo pálida. Eso es inesperado. Pero justo, supongo. Mi turno para la inquisición.

Suspiro y me acomodo más en la tumbona, contemplando la impresionante puesta de sol. —Sí. Sin duda.

—¿Por qué?

Cruzo los brazos sobre el pecho y de repente tengo frío. —No quiero. Nunca volveré *voluntariamente* con él. Es una excusa repugnante de hombre y no puedo creer que yo alguna vez… —me estremezco de disgusto al recordarlo tocando mi piel, y mucho menos en lugares que nunca quise que tocara—. Pero si se lleva a Willow, hasta el punto de no poder recuperarla, no tendré otra opción. No la dejaré sola con él. Sé que probablemente terminaría matándome, pero mejor yo que mi bebé.

El rostro de Demyen se contrae en una mueca. —A la mierda eso. No deberías ponerte en peligro de esa manera.

—¿Pero debería dejar que Willow lo haga?

—Por supuesto que no.

—Entonces, entiendes.

Él se recuesta, frunciendo el ceño. —En realidad, no lo hago. No entiendo siquiera cómo empezó todo esto entre tú y Martin.

—Y quieres saber qué horrible serie de malas decisiones llevaron a donde estamos ahora —suspiro de nuevo—. Bueno, empezó cuando se unió a la policía. A Papá le asignaron ser su mentor. Supongo que en ese momento no pensaron que terminarían como socios o lo que sea. No sé. Lo único que sé es que un día Papá llegó a casa con noticias de su nuevo "protegido", y le dijo a Mamá que lo invitaríamos a cenar.

—¿Cuántos años tenías?

En ese momento, no parecía gran cosa. Ahora, como madre de una hija, se me revuelve el estómago con solo decir el número. —Quince.

Demyen prácticamente salta de su silla. —*¡¿Quince?!*

Levanto una mano antes de que salga corriendo a buscar un arma y personalmente le dispare a Martin en la cabeza… porque eso es exactamente lo que parece que quiere hacer ahora mismo. —No pasó nada. No de inmediato.

Él entrecierra los ojos hacia mí. —Define "de inmediato".

Mi corazón se aprieta. Algo dentro de mí sabe que Demyen destruiría absolutamente a cualquier hombre que se atreviera a tocar a Willow antes de que crezca. —Apenas reconocía mi existencia excepto cuando venía a cenar. Al menos, hasta los dieciséis años. Luego empezó a invitarme a cenar, al cine…

—¿Qué carajo?

—No pasó nada —suspiro y cierro los ojos, fingiendo que es para disfrutar de los últimos cálidos rayos del atardecer y no para esconderme del rostro enfurecido de Demyen. Sé que no está enojado conmigo. Solo me siento cada vez más enojada conmigo misma. Por no haber visto lo que él capta tan claramente cuando cuento mi historia—. Quiero decir, no pasó nada parecido al sexo en toda regla. Una vez me metió mano, en el cine, pero se lo dije a mi padre y él habló con

Martin para que se calmara.

—¿Nadie señaló nunca que era demasiado mayor para ti?

—Mi mamá le dijo algo una vez a mi papá. No se sentía cómoda con que un chico de veintitantos años pasara tanto tiempo conmigo, pues yo todavía era menor de edad. Pero Papá le dijo que era mejor para mí pasar tiempo con un policía bajo su supervisión que con algún chico cualquiera de la escuela que pudiera dejarme embarazada.

Demyen se recuesta en su tumbona. —Maldito *mudak*.

—Sí, bueno, yo era una solitaria a quien le encantaba la atención. Después… —lo miro para ver si tiene alguna reacción cuando menciono el juicio de Tolya—. Después de todo lo que pasó cuando era niña, mi reputación se derrumbó un poco. Nadie quería salir conmigo. Así que, cuando comencé a ser recogida en la escuela por un chico atractivo con una placa y una pistola que me traía flores, me sentí bien. La gente empezó a fijarse en mí y… bueno, me empezaron a tener miedo. Definitivamente detuvo el acoso.

Él arruga su cara con disgusto. —Y luego, ¿qué pasó?

Me encojo de hombros. —Nada más directamente. Después del incidente, mantuvo las manos quietas. Pero a medida que crecía, empezaba a hacer comentarios sobre mi apariencia y me trataba como si le perteneciera. Por ejemplo, si me ponía una falda que él pensaba que era demasiado corta, me obligaba a quitármela. Quería que yo fuera la dama perfecta y adecuada para él. No podía masticar demasiado fuerte o me llamaría vaca y me preguntaría si quería más bolo alimenticio. En un restaurante y fuertemente.

Oigo a Demyen murmurar algo en voz baja. Creo que es en ruso, y estoy bastante segura de que es una grosería. —Ignora eso —dice después de un momento y de pasarse la mano por la cara—. Por favor continua.

—Cuando cumplí dieciocho años, Martin insistió en invitarme a una cena especial. Mamá no quería. Le rogó a Papá que le dijera que teníamos otros planes. Él podía esperar hasta el día siguiente. Pero Papá dijo que ahora era una mujer adulta y Martin tenía derecho, como mi hombre, a llevarme a donde quisiera.

—¿Qué querías *tú*?

Trago el repentino nudo en mi garganta. La verdad duele demasiado. Los recuerdos duelen aún más. Nunca antes le había dicho esto a nadie. Nunca antes había dicho la verdad en voz alta.

—No quería ver a Martin en absoluto. Al menos, no esa noche. Solo quería quedarme en casa con mi mamá y comerme el pastel que me hizo.

El pastel que pasó todo el día preparándome. Que intentó esconder en la nevera como sorpresa. No pude comer el pastel, ni siquiera apagar las velas, porque Martin prácticamente me arrastró hasta la puerta para nuestra cita. Todo mientras Papá se quedaba allí y nos decía que “la pasáramos muy bien”.

Trago saliva. —Fuimos a un restaurante elegante y me dejó pedir lo que quisiera. También me compró un postre grande y elegante. Yo solo…

No sé si puedo contarle el resto. Apenas pude afrontarlo yo misma. En ese momento las cosas eran diferentes. Mi perspectiva era diferente. No sabía entonces lo que sé ahora.

Demyen se sienta erguido, luego toma mi mano y tira de ella. Al principio, no sé lo que quiere, pero luego tira de nuevo y me doy cuenta de que quiere que me acerque a él. Así que lo hago… y en el momento en que estoy lo suficientemente cerca, me sienta en su regazo y luego se recuesta en la tumbona, abrazándome contra él.

—No tienes que seguir hablando si no quieres —me acaricia el cabello detrás de la oreja—. Pero estoy aquí, si quieres. Estoy escuchando.

Las lágrimas me pican los ojos. No quiero que me vea llorar, así que parpadeo y me aclaro la garganta para que mi voz suene lo más normal posible.

—No sabía que el restaurante estaba conectado a un hotel. O que nos consiguió una habitación.

La mano de Demyen deja de moverse en mi cabello. —Él te…

—Sí.

—¿Tú querías?

Vuelvo a tragar ese molesto bulto. —No.

—Ese maldito…

—Tampoco lo detuve —puedo escuchar el arrepentimiento ahogando mi voz, así que sé que él también puede—. No sabía qué decir. Y no quería insultarlo ni hacerlo sentir mal. Gastó tanto dinero en la cena, y pensé… pensé que sería de mala educación rechazarlo.

—Clara…

—Lo sé. Lo sé y todavía me odio por ello —cierro los ojos y me pregunto, si los cierro lo suficiente fuertemente, ¿borrará el recuerdo de Martin inmovilizándome contra la cama?—. Me dolió mucho. No estaba lista y no sabía qué hacer. Simplemente besó mis lágrimas y siguió diciéndome lo hermosa que era cuando lloraba. Cuánto le encantaba escuchar mis gritos por él. Es como si no supiera que estaba sufriendo tanto.

Demyen guarda silencio. Es el tipo de silencio que imagino que llega justo antes de que su puño golpee la cara de alguien.

—No me llevó a casa hasta la mañana siguiente. Apenas pude dormir. Cada vez que lo hacía, él simplemente… me despertaba para volver a hacerlo. No le importaba cuánto llorara o le rogara que me dejara descansar, simplemente seguía diciéndome que era suya y que tenía que darle lo que quería.

Al menos me dejó volver a casa temprano en la mañana. Apenas podía caminar. No salió del auto para ayudarme. Partes de mi ropa estaban rotas, y no tuve la oportunidad de ducharme ni de asearme. Entonces, cuando Mamá abrió la puerta y me vio, pensó lo peor.

En retrospectiva, tenía razón.

—Esa fue la primera vez que vi a mi mamá golpear a mi papá —de hecho, logro soltar una

pequeña risa—. Se abalanzó sobre él como un murciélago salido del infierno. Estaba tan sorprendido que no hizo nada en represalia.

Demyen se ríe. —¿Es de familia?

—Sí. Mamá siempre trató de protegerme, incluso cuando no podía. Ella recibía mis palizas o asumía la culpa y simplemente me hacía la vida lo más fácil posible. Pero esa mañana estaba harta de las mierdas de Papá. Sus palabras exactas, por cierto. En algún lugar entre "cómo pudiste" y "haz algo".

—Entonces, ¿tu papá realmente hizo algo?

Me encojo de hombros. —Debió haberlo hecho. Martin no me llamó durante dos semanas enteras. De hecho, pensé que habíamos terminado, y ¿honestamente? Estaba aliviada. Mamá también. Hasta Papá fue más amable con nosotras dos justo después de que sucedió. Supongo que nunca imaginó que Martin llegaría tan lejos.

Los dedos de Demyen trazan lentos círculos a lo largo de mi espalda. Se siente tan bien, tan reconfortante. No sé cómo logró hacerlo, pero de alguna manera descubrió exactamente lo que necesito para mantenerme firme en el presente incluso cuando estoy dando vueltas en mis recuerdos.

No sé cómo ni cuándo se convirtió en la única persona con la que puedo abrirme así.

Solo me alegro de que haya sucedido.

—Obviamente, no duró —suspira—. Martin regresó.

—Lo hizo —y no porque yo quisiera que lo hiciera. Simplemente apareció un día, flores en mano y disculpas por cualquier malentendido que saliera de sus labios. Esa fue realmente la única pista que tuve de que Papá realmente habló con él—. Al principio, era como solía ser. Me colmaba de regalos y me invitaba a salir.

—Pero…

—Sí. *Pero*. Empezó a toquetearme más. Me besaba más y nunca cuando realmente quería que lo hiciera. Me avergonzaba mucho la forma en que me adulaba en público. Entonces, un día, me recogió de la escuela, me llevó a su casa y cerró la puerta. Dijo que era hora de que dejara de tentarlo y le diera lo que quería.

Siento el brazo de Demyen tensarse a mi alrededor. Es dulce. Presiono mi cara contra su pecho cálido y desnudo solo para aspirarlo y recordarme que estoy aquí, con él. Martin está muy lejos, en tiempo y espacio.

—Tengo la sensación de que no quiero saber qué te obligó a hacer —se queja Demyen.

—Realmente no quieres —suspiro y paso un dedo por la cresta de sus abdominales. Es tan fuerte, tan increíblemente tallado en mármol. ¿Sabe lo que me hace? Incluso ahora me siento muy segura en sus brazos—. Supongo que mi único alivio fue que él no era tan, eh… bueno, digámoslo de esta manera: él no es tú.

Él se ríe, pero sin ningún humor real. Mete otro rizo salvaje detrás de mi oreja. —Entonces, ¿por

qué no lo dejaste?

—Lo intenté. De verdad, lo intenté. Cuando llegó la graduación, recibí cartas de aceptación de tres universidades diferentes de todo el país, de las que no le hablé. Mamá lo sabía, por supuesto. Pero también le ocultamos el secreto a Papá. Por si acaso.

—Inteligente.

—Sí. En ese momento, eran básicamente socios, así que ¿quién sabía? Hice lo mejor que pude para dejar de contestar sus llamadas con tanta frecuencia e intentaba hacer planes cuando sabía que me invitaría a salir. Cuando no podía evitarlo por completo, hacía lo mejor que podía para ser lo más aburrida posible para él. Especialmente en la cama.

Demyen se burla. —Tendrías que estar flácida como un pez para ser aburrida.

Intento no sonreír ante el cumplido. Estamos teniendo una discusión seria sobre el pasado con Martin, no sobre el calor presente entre nosotros. —Bueno, lo hice. Me quedaba ahí tumbada y miraba el techo con la esperanza de que se aburriera. Lo que sea que hiciéramos, quería que él supiera que yo había terminado.

—Supongo que no funcionó.

Sacudo lentamente la cabeza y luego la recuesto sobre su pecho para mirar la costa arenosa mientras el crepúsculo cae sobre nosotros. —Finalmente tuve el coraje de decirle que me iba. Intenté tener una conversación seria con él… esto fue unos días después de mi graduación… y le dije que sería mejor para nosotros. Podría encontrar a alguien que realmente lo quiera, y yo no sería una carga para él.

De nuevo, sus manos se aquietan. Probablemente porque puede oír la inquietud en mi voz.

—Estábamos en un restaurante. Él estaba muy tranquilo y comprensivo, y pensé que ese era el lugar más seguro para terminar las cosas. Ya sabes, porque estábamos en público, rodeados de gente. Martin dijo que entendía y ofreció llevarme a casa —respiro lenta y profundamente—. Debí haber esperado hasta que se fuera. Llamar a un taxi. Algo más que aceptar su oferta y confiar en él.

Demyen mantiene la calma, pero es la misma calma peligrosa de antes. —¿Qué hizo?

Pasé los últimos seis o siete años tratando de olvidar lo que sucedió. Tratando de convencerme de que todo fue solo un mal sueño. —Condujo hacia mi casa y luego giró por un callejón. Siguió conduciendo y no me dijo a dónde íbamos ni qué estaba haciendo. Y cuando finalmente aparcó, fue en una zona abandonada, donde él sabía que no habría nadie a esa hora de la noche. Me arrastró fuera del auto… y esa fue la primera vez que me golpeó así. Con tanta fuerza que caí contra el capó del auto. Me sorprendió mucho. Incluso entonces, no pensé que tuviera eso en él. Ese tipo de maldad, ¿sabes?

Si no fuera por el cuerpo bañado por el sol de Demyen debajo de mí, juro que podría sentir ese frío metal chocando contra mí una y otra vez. El ardor de su mano en mi mejilla.

—Luego volvió a tirarme del cabello y me dijo que era hora de “crecer” y aprender cuál era mi lugar de una vez por todas. Me empujó de nuevo a su auto, me llevó a su casa y me arrastró adentro. Seguía diciendo que esa era mi casa ahora y que yo era su mujer.

Demyen guarda completo silencio. Completamente quieto. Casi tengo miedo de mirarlo a la cara. Puedo sentir la tensión en su cuerpo. Sus puños se curvan a los costados, pero no intenta tocarme. De hecho, lo aprecio. No sé cómo respondería al toque de alguien en este momento.

Dejo caer una lágrima, pero no más que eso. —Mamá murió una semana después. Papá dijo que tuvo un accidente horrible. No pude ver su rostro porque era un ataúd cerrado. Martin presentó sus respetos y me permitió unos días para hacer el luto. Pero, a la semana siguiente, trasladó todas mis cosas de la casa de Papá a la suya. Fue como si solo me hubiera despertado un día y fuera oficial. Yo le pertenecía, punto.

Demyen vuelve a guardar silencio. Así que sigo hablando. Sigo reviviendo los peores días de mi vida.

—A partir de ese momento, fui la sirviente interna de Martin. Ya no salíamos porque no le gustaba la forma en que me miraban los hombres. Dejó de hacer ejercicio porque ¿para qué lo necesitaba? Él ya me tenía. Durante el día, limpiaba su casa, lavaba su ropa y cocinaba su comida. Y en la noche…

Las estrellas comienzan a aparecer en lo alto. Aquí, lejos de las luces de la ciudad, se esparcen por el cielo como un manto de brillo. No quiero irme de aquí nunca.

—Descubrí que estaba embarazada unas semanas después. Y entonces, ¿qué opción tenía? No podía ir a la universidad con un bebé en el vientre. Ni siquiera podía salir de casa sin que Martin me vigilara y supervisara cada uno de mis movimientos. Estaba atrapada en todos los sentidos que importaban.

Demyen hace crujir sus nudillos mientras está acostado conmigo, mirando al cielo también. —Voy a matarlo.

—Dem…

—Lo digo en serio, Clara. Voy a matarlo, joder. Lentamente.

—Él es un policía.

—Nunca me ha detenido antes.

Voy a pasar por alto por completo *esa* declaración y fingir que no la escuché. Tampoco voy a repasar las muertes sin resolver de los colegas de Papá que mencionó y preguntarme…

No, tampoco voy a ir allí.

—Después del nacimiento de Willow, ella se convirtió en su elemento de negociación. No podía tomarla y correr porque ¿qué clase de madre le quita un hijo a su padre? O me recordaba que no tenía dinero, ni trabajo, ni recursos, ni forma de cuidarla por mi cuenta. Yo era pobre y patética y tenía suerte de tenerlo para cuidar de nosotras. Pero cuando me defendí, *realmente* me defendí y traté de irme, él…

Me detengo. No creo que deba terminar esa historia. Demyen ya está alterado.

Se sienta un poco, lo suficiente para poder verme bien. —¿Qué hizo?

Sacudo la cabeza. —Solo olvídalo…

—Clara —levanta mi barbilla para mirarme a los ojos. Está enojado, pero no conmigo. Está enojado *por* mí—. Qué. Hizo.

Después de exponerme a mí y a mi pasado ante él, es esto lo que me quiebra. La forma en que está dispuesto a ir a la guerra por mí por algo que no puede cambiar. Las lágrimas corren por mis mejillas cuando el recuerdo vuelve, demasiado fresco.

—Recogió a nuestra bebé de su cuna… era tan joven y pequeña y frágil… y me recordó que yo podía correr, pero Willow no. Ella era vulnerable. Y, pase lo que pase, él nunca me dejaría quitársela.

Ahora, Demyen se sienta completamente erguido. Es casi como si estuviera listo para asesinar a Martin ahora mismo y de repente recordara la distancia entre él y nosotros. La vena de su mandíbula hace tic mientras estudia mi cara. La suya es una máscara de furia. Está tan enojado que ni siquiera puede hablar.

Presiono una mano suave contra su pecho. —Quizá me lo merecía, Dem. Después de todo lo que hice, quizá fue karma que vino por mí. Castigarme por ser tan estúpida, tan ingenua, tan fácilmente manipulable para destruir las vidas que me rodean. Tal vez…

De repente, toma mi cara entre sus manos. Un pulgar presiona mis labios mientras el otro limpia mis lágrimas. —Clara, te voy a decir una cosa y quiero que la escuches muy atentamente: cállate la puta boca.

Las palabras son tan suaves que casi estoy confundida.

—Mírame. Mírame y escúchame —cuando encuentro su mirada, aparta una mano de mi cara para acariciarme el cabello hacia atrás—. Eras joven. Eras tan jodidamente joven, y las personas que se suponía que debían amarte y protegerte te jodieron. Tu padre usó tu confianza y obediencia para hacerte hacer cosas terribles, porque sabía que harías cualquier cosa para hacer feliz a tu papi. Él te condicionó para el abuso, Clara. Él te entrenó para aprender que el dolor es amor. Y te prometo que sabía exactamente lo que Martin hacía, porque probablemente se lo hizo a tu madre.

No sé qué parte rompe la presa. Lo único que sé es que de repente estoy sollozando y desplomándome en sus brazos. Demyen me abraza, rodeándome con sus brazos y acunándome contra él mientras besa la parte superior de mi cabeza y acaricia mi cabello.

No es que esté triste. O que sienta algún dolor.

Así es como debe sentirse la liberación. Una pesada carga de repente desaparecida, quitada de mi cuerpo, porque alguien se preocupa lo suficiente como para escucharme. Y créeme.

Creo que es eso: Demyen *me cree*.

—Yo también la jodí —susurra en mi cabello—. Y lo siento mucho, Clara. Lo siento muchísimo y profundamente. En muchos sentidos, no soy mejor que ellos.

Lloro hasta que no puedo más, hasta que mis lágrimas se convierten en hipo. Es entonces cuando él me aparte suavemente, lo suficiente para mirarme.

—Pero puedo prometerte una cosa: no puedo deshacer el pasado, pero reescribiré nuestro futuro.

Lucharé cada puto día para ser mejor que ellos.

Ahogo un sollozo, pero esta vez es de felicidad. —Ya lo eres, Dem. Siempre lo fuiste.

CLARA

Sabe a luz del sol y a brisa del océano, y quiero seguir bebiendo sus besos para siempre.

Sus labios trazan un camino de fuego a lo largo de mi mandíbula hasta mi cuello. Cuando inclino la cabeza hacia atrás para darle un mejor acceso, abro los ojos y veo un dosel de estrellas sobre nosotros. Es impresionante.

No recuerdo cómo quedé sentada a horcajadas en su regazo, pero de repente aquí estoy. Las manos de Demyen acarician mis muslos y luego suben por mi espalda. Creo que es para sostenerme, pero luego siento sus dedos desabrochar hábilmente la parte superior de mi bikini.

—¡Dem! —jadeo.

—Playa privada, cariño —murmura contra mi piel mientras me quita la parte superior y la arroja sobre mi tumbona abandonada junto a nosotros—. No hay nadie cerca para vernos. Somos solo tú y yo.

Quiero preguntar cómo funciona eso con su equipo de seguridad, pero de repente mi cerebro se vuelve confuso cuando envuelve sus labios alrededor de mi pezón y succiona. Su lengua rueda y se mueve, enviando ondas de placer directamente a mi centro.

Cuando se mueve hacia mi otro seno, no puedo evitar el lento movimiento de mis caderas. Él gime en respuesta, agarrando mi trasero y acercándome más a él.

Casi de mala gana se aleja, sus ojos siguen el camino de mi rubor excitado desde la parte superior de mis pechos hasta mis mejillas. Cuando su mirada se encuentra con la mía, pasa sus manos hasta mi cintura y me acaricia suavemente allí.

—Dime lo que quieres —retumba. Sus ojos están llenos de calidez y algo a lo que tengo miedo de ponerle un nombre—. Lo que sea.

—¿Lo que sea?

—Lo que sea. Si quieres volver a casa y acostarte, lo haremos. Si quieres ir a comer un tarrito de helado hasta el amanecer, te mostraré mi escondite secreto. Solo dime lo que quieres, Clara, y te lo daré.

¿Cómo se las arregla para hacerme esto? ¿Hacerme sentir tan emocional, querida y cachonda al mismo tiempo? —¿Qué si… qué si no quiero hacer ninguna de esas cosas?

—¿Oh? —alza la ceja, pero me doy cuenta de que está reprimiendo una sonrisa.

Ofrezco una sonrisa tímida y coqueta y paso un dedo por su pecho. —¿Qué si no quiero regresar a la casa todavía?

Él sonríe. —No tenemos que regresar.

—¿Qué si… quiero quedarme aquí? —me inclino más cerca—. ¿Contigo?

—Podemos hacerlo.

—Y qué pasa si… —le doy a su regazo otro giro de mis caderas—. ¿Y si quiero disfrutarte desde ahora hasta el amanecer?

Demyen tararea un gruñido de satisfacción en su pecho. —Dije "lo que sea", ¿no?

Se pone de pie y mis piernas instintivamente se envuelven alrededor de su cintura mientras sus manos agarran firmemente mi trasero. Él nunca deja de besarme. Cada beso es abrasador, hambriento, exige más. Estoy a su merced y no hay ningún otro lugar en el planeta Tierra donde preferiría estar.

Pero, cuando me lleva a la habitación etérea, con todas sus cortinas y antorchas que probablemente deberíamos haber encendido hace un rato, no me tira en la cama y se aprovecha de mí. No como esperaba que lo hiciera.

En cambio, Demyen me sienta en el borde de la cama y se arrodilla entre mis piernas. Sumerge su cabeza en mis muslos y, lenta y tiernamente, besa cada centímetro de piel expuesta entre mis rodillas y la unión de mis caderas. Primero la izquierda, luego la derecha.

Cuando llega a mi coño, me sonríe. Luego, sin decir una palabra, usa sus dientes para tirar de la parte inferior de mi bikini hasta mis rodillas… y luego sus manos me los quitan por completo.

—Recuéstate, bebé —susurra entre suaves besos presionados en los labios de mi coño—. Recuéstate y disfruta.

Incluso después de todo lo que hicimos juntos, todavía logra sonrojarme. Me arqueo hacia atrás en la suave cama al mismo tiempo que él coloca mis piernas sobre sus hombros y rodea mi cintura con sus brazos. Es como si estuviera sujeta a él más que debajo de él.

Es tan amoroso e íntimo que quiero llorar.

El primer toque de sus labios en mi clítoris me hace jadear suavemente. El segundo beso es más firme, y su lengua recorre mi humedad.

Ay. Dios. Mío. Se está besando apasionadamente con mi coño.

La idea me pone repentinamente más húmeda que antes. Me avergonzaría si no fuera por el repentino gruñido de aprobación que deja escapar, o la forma en que comienza a lamer mis jugos.

—Dem… —jadeo. Mi mano busca su cabello, queriendo agarrar algo… preferiblemente, a él.

—Dime lo que quieres, *kiska* —murmura, entre lamidas largas y lentas a lo largo de mi raja—. Dime exactamente lo que quieres.

—Quiero… —quiero todo de una vez. Lo quiero *a él*—. Quiero tus dedos, por favor.

Él se ríe y besa mi clítoris. —"Por favor". Tan educada. Tan sumisa. Qué gatita tan buena.

Dejo escapar un gemido de placer y alivio cuando siento que hunde dos dedos dentro de mí al mismo tiempo. Todavía estoy apretada considerando que di a luz, pero Demyen ciertamente me ha ayudado a adaptarme a su tamaño. Sabe que tiene que abrirme si quiero tomarlo hasta el final, y por la forma en que comienza a meter sus dedos dentro de mí, está muy ansioso por ayudar.

Estoy navegando rápidamente más allá del punto del pensamiento consciente. La mano libre de Demyen presiona hacia abajo, manteniendo mi cintura baja sobre la cama y limitando mi capacidad de moverme contra sus dedos como quiero.

Eso solo hace que el placer sea más intenso. Esa presión, ese control… hace que cada sensación se centre en el lugar exacto.

Quiero más.

—Mi clítoris —logro jadear—. Por favor… chupa mi clítoris…

Joder, me estoy sonrojando de nuevo. No estoy acostumbrada a ser yo quien dé las órdenes en la cama. Suena muy sucio oírme decir cosas como esta.

Pero sabe tan jodidamente bien en mi lengua.

Demyen me sigue sin dudarlo, haciendo girar su lengua alrededor de mi brote antes de envolverlo con sus labios y tirar suavemente, pulsando sus labios con una presión que aumenta lentamente.

—¡Joder! ¡Sí! —maúllo y agarro su cabello—. ¡Justo ahí!

Lo siento gruñir de placer contra mi coño mientras trabaja sus dedos y chupa mi clítoris. Pero luego hace algo que hace que los dedos de mis pies se doblen y, *ayDiosmío*, ya estoy tan cerca de correrme.

Mis gemidos se han convertido oficialmente en llantos. Le estoy rogando que me libere. Retorciéndome por ello.

Lo vuelve a hacer, esta vez con un poco más de fuerza. Baila al borde del peligro y mi cuerpo canta. Mis muslos tiemblan. No sé cuánto tiempo más podré contenerme.

No quiero que esto termine.

No quiero que esto termine nunca, joder.

Cuando su pulgar e índice le dan un suave pellizco a mi pezón, luego lo gira, chupa más fuerte mi clítoris al mismo tiempo y masajea ese dulce punto profundamente dentro de mi cuerpo.

Me destrozo.

Una mano tira de su cabello. La otra araña las sábanas. Pero me agarra la muñeca y lleva mi mano también a su cabeza, así que ahora ambas tiran, jalan y yo monto mi liberación en sus dedos y su lengua.

Estoy temblando.

Chorreando.

Jadeando por aire, porque literalmente me olvido de cómo respirar.

Demyen lentamente quita sus dedos de mí, luego inmediatamente vuelve a lamer y besar entre mis piernas. Pero esta vez, está pasando su lengua por mi raja como para calmarme, para ayudarme a calmarme ante una liberación tan repentina y deliciosa.

Después de varios momentos sin aliento como este, con cuidado quita mis piernas de sus hombros y besa un camino por mi cuerpo hasta mis labios. Me pruebo en su lengua y es tan jodidamente sucio.

Me encanta. Quiero más.

Más, más, *más*.

Pero, en lugar de montarme y destruirme como quiero, Demyen me besa la cara y se desliza sobre la cama. Se estira a mi lado y simplemente me sonríe.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que sabes a caramelo de sandía?

Me río delirantemente. —Tú serías el primero.

No entiendo lo que está pasando aquí. Está duro como una roca… se quitó los bañadores hace un rato y puedo sentirlo palpitar a lo largo de mi cadera. ¿Por qué no me está asaltando hasta el olvido? En cambio…

—¿Qué sigue?

Parpadeo, confundida. —¿Qué quieres decir?

—Tal como te dije —su sonrisa se vuelve sensual, algo aún más sexy ahora con la forma en que mis jugos brillan en sus labios—. Lo que quieras, lo haremos. Te lo daré. Solo nómbralo.

—Espera… ¿en serio?

Él asiente, lentamente, y solo una vez. —En serio.

Esto es nuevo. Muy, muy nuevo para alguien como yo, que casi nunca tuvo elección.

Me estiro y deslizo mis dedos a lo largo de su eje. Inspira profundamente y lo contiene, esperando que continúe. Lo hago de nuevo, disfrutando la forma en que su cuerpo responde a mi toque. Su estómago se aprieta, se contrae cada vez que froto mi pulgar sobre la punta. Sus dedos se mueven sobre su muslo, donde hace todo lo posible por permanecer casual.

Levanto mi mirada hacia la suya. —Te quiero sobre tu espalda.

Demyen arquea una ceja por un momento antes de soltar una exhalación y colapsar contra las almohadas.

Me siento a horcajadas sobre sus piernas. Estoy tan tentada de inclinarme y lamer su eje, de succionarlo en mi boca de la misma manera que él me succionó a mí en la suya. Pero más

profundo.

Debería.

Pero, en lugar de eso, lo miro a través de las pestañas bajas y lenta y sensualmente me arrastro a lo largo de su cuerpo. Espera pacientemente… bueno, tan pacientemente como puede esperar un hombre así de duro. Pero no me toma como suele hacerlo.

Realmente me está dejando tomar las decisiones.

No sé por qué, pero es lo más sexy que ha hecho jamás.

—Pon tus manos detrás de tu cabeza. O sujeta las sábanas. Pero… —deslizo mi lengua a lo largo de su mandíbula—. Puedes mirar. Solo no puedes tocar.

La risa de Demyen se parece más a un silbido. —¿Hablas en serio?

Sonrío. —Mortalmente.

—Pero…

—¿Qué pasa? ¿No crees estar preparado para el desafío?

Él entrecierra los ojos hacia mí. He pulsado el botón perfecto para activar su modo competitivo y conseguir que juegue este juego conmigo.

Estira los brazos y junta las manos detrás de la cabeza con una sonrisa juguetona y cómplice. —Dame todo lo que tienes, cariño.

Joder. Ahora que lo tengo justo donde lo quiero, en realidad no sé qué *hacer* con él. ¿Explorar, tal vez?

La forma en que me mira es como si me estuviera dando permiso para hacer exactamente eso.

Me siento a horcajadas sobre su cintura y paso mis dedos por su pecho. Cuando mis uñas se arrastran ligeramente sobre sus pezones, él respira profundamente y lo deja salir con un gruñido bajo. Pero no dice nada para detenerme. Sus manos no se mueven de detrás de su cabeza.

Me deslizo por su cuerpo. Palpita contra mí y de repente tengo esta perversa idea de disfrutar cada parte de él… excepto *esa* parte. Al menos no de inmediato.

Mis labios presionan la piel de su corte en V. Inspira profundamente otra vez cuando arrastro mis dientes a lo largo de la piel entre su ingle y su muslo. Lo hago de nuevo hacia el otro lado y lo escucho soltar un gemido ahogado.

—Clara…

—¿Hm? —medio beso, medio chupo alrededor de la base de su eje. Salta en respuesta y hago lo mejor que puedo para ocultar mi sonrisa autoindulgente.

—*Joder* —Demyen se aprieta el cabello con los dedos—. ¿Qué estás haciendo?

Casualmente, giro un hombro. —No lo sé.

Su mandíbula se contrae por la tensión. Pero, fiel a su palabra, mantiene las manos alejadas y me

deja continuar.

Hay tantas cosas que me siento animada a intentar. ¿Cómo responderá cuando deslice mi lengua desde la base hasta la punta de su largo y grueso eje? ¿Cómo se sienten esas venas palpitantes debajo de mi lengua?

Más lamidas provocativas. Más gruñidos. Y, para mi sorpresa, lo estoy disfrutando demasiado. Cuando veo una gota de líquido transparente en la punta de su polla, la levanto hasta mis labios y me tomo mi tiempo para lamerla lenta y lánguidamente. Luego, masajeo la cresta debajo de la cabeza para obtener más.

—*Joder* —silba entre dientes.

Por curiosidad, dejo que su polla baje por mi cuerpo hasta descansar entre mis pechos. He oído que esto es algo que a los hombres les encanta, pero no puedo decir que lo haya probado antes. Al menos, no de buena gana.

Ni con alguien tan enorme como Demyen.

Tomando un seno en cada mano, los presiono alrededor de su eje y lentamente los levanto, luego los deslizo hacia abajo. Lo hago una y otra vez, y noto que el mismo líquido se escapa un poco más de su punta. Cuando lo aprieto con más fuerza, gime y gira las caderas. Ahora es más fácil para él deslizarse en mi escote. Y tengo que admitirlo… es emocionante verlo perder parte de su control por lo que le estoy haciendo.

Lo miro a través de las pestañas bajas y envuelvo mis labios alrededor de la cabeza de su polla al mismo tiempo. Me mira, con los ojos muy abiertos por la lujuria y el deseo.

—Clara… —prácticamente me suplica.

Abro la boca con un suave sorbo. —¿Sí? —mi voz suena más sensual de lo que pretendía. Probablemente porque toda esta exploración y provocación me hace sentir dolor entre las piernas.

—Estás… me estás *tentando*, joder…

—¿Qué? —finjo no saber de qué habla—. Solo estoy explorando. Disfrutándote.

Reprimo una sonrisa. Y decido relajarme, al menos un poco, así que libero su polla de mis pechos y lo acaricio lentamente con mi mano. Es tan gruesa que mis dedos en realidad no se tocan.

Mientras acaricio, meto sus bolas en mi boca. Igual que ese día en la cocina, prácticamente se desmorona ante la sensación. Mis labios envuelven un lado de su saco mientras aplico presión suavemente. Chupo, acaricio, lamo con calidez y humedad dentro de mi boca.

Mientras lo hago, siento que se vuelve aún más firme. Más lleno. Más pesado.

Y el frustrado medio gemido, medio gruñido de placer que llena la cabaña es pura música para mis oídos.

Me muevo al otro lado y hago lo mismo. Me tomo mi tiempo para asegurarme realmente de que estoy haciendo un buen trabajo. No puedo empezar a describir su sabor: es una combinación de

rastros del océano, rastros de él mismo y un menos tangible pero más poderoso *sentimiento* imbuido en este momento que me hace gemir de placer.

—Mierda. Clara. Piedad…

Saco mis labios de su saco y me inclino para sonreírle. —¿Hm? ¿Piedad? ¿Es eso lo que pediste?

Demyen se agarra a las sábanas y me mira como si estuviera a punto de devorarme si no le doy un respiro.

Mi sonrisa se amplía hasta convertirse en una mueca. —Ah. Em… no. Lo siento. Ya no hay.

La ola de frustración lujuriosa que recorre su rostro me hace sentir aún más audaz. Quiero saber hasta dónde puede mantenerse fiel a su palabra y mantener el autocontrol.

Mis pezones se arrastran por su piel, yo lentamente me arrastro por su cuerpo y sus abdominales tiemblan con moderación. Cuando me siento a horcajadas sobre sus caderas, giro mis propias caderas para sentir su longitud palpitante a lo largo de cada centímetro de mi raja.

Joder, lo deseo.

Joder, lo necesito.

Esos dos pensamientos se repiten mientras me muevo. De un lado a otro, deslizando mi clítoris a lo largo de su eje hasta que gimo por mi propia necesidad. La mirada de Demyen está pegada a mí, observa cada movimiento que hago mientras jadea.

Cuando me inclino entre nosotros, encuentro su mirada acalorada con la mía.

Cuando me hundo sobre su polla, mi jadeo ahogado hace eco del suyo.

Joder. Sí.

Esto. Esto es lo que quiero. Lo que necesito. Me llena tan jodidamente bien, hasta el punto de que las lágrimas brotan de las esquinas de mis ojos solo por la sensación de ser estirada y frotada en los lugares correctos.

Nunca supe que así se podía sentir el sexo.

Nunca supe que así se podía sentir la *vida*.

Solo ahora me doy cuenta de que el techo tiene una serie de paneles de vidrio, que brindan una vista completa de las estrellas que brillan a través de los cocoteros. Mi cabeza se echa hacia atrás con placer. Mi cuerpo se arquea mientras presiono y tomo a Demyen completamente dentro de mí.

Quiero sentir sus bolas frotándose contra mi trasero.

Quiero sentir la base de su polla abriéndome.

Quiero mirar las estrellas mientras empiezo a montarlo.

Así que hago todo eso a la vez.

Mis manos se deslizan desde su pecho hasta sus muslos, lo que me permite arquearme aún más y

concentrarme realmente en subir y bajar por su polla. El nuevo ángulo envía escalofríos tras escalofríos de profundo placer por mi columna y jadeo. Gimo. Lo siento frotar una y otra vez contra ese dulce punto profundo dentro de mí, que hace que los dedos de mis pies se doblen y mis ojos se cierren…

Pero no esta noche. Quiero ver las estrellas.

—Dios, cariño… —la voz de Demyen respira a través de mi neblina—. Eres tan jodidamente hermosa.

Eso lo hace. No sé cómo ni por qué, pero esas palabras rompen mi control y vuelo, me estremezco con espasmos a su alrededor. Mis manos abandonan sus muslos para tomar mis pechos y apretarlos, amasándolos durante mi liberación. No puedo… no *voy a*… evitar que mis caderas se muevan y lo monten, incluso cuando siento que el orgasmo comienza a disminuir.

Es demasiado bueno. No quiero que termine.

Cuando puedo abrir los ojos y mirar a Demyen, estoy temblando y sin aliento. Mis muslos se contraen con las réplicas. Parte de mi cabello cuelga frente a mi cara, un fino velo de rizos salvajes húmedos por la pasión.

Demyen araña la cama. La vena de su mandíbula late y la tensión es visible desde su cuello, hasta su pecho, hasta donde estamos unidos.

—Clara… por favor…

¿Acaba de suplicar? Apoyo una mano en su pecho mientras la otra me aparta el cabello de la cara y me lamo los labios mientras lo miro.

Me. Siento. Tan. Jodidamente. *Poderosa*.

—Por favor ¿qué? —murmuro. Todavía jadeo, así que las palabras salen más roncas de lo que esperaba—. ¿Cariño?

Arrastra los puños cerrados sobre el colchón, las sábanas enredadas entre sus dedos se amontonan con el movimiento. Es obvio que lucha con cada gramo de control que posee y parece que está perdiendo la batalla.

Giro mis caderas de nuevo, empujándolo hacia atrás.

—Clara —dice con los dientes apretados.

—¿Sí, Demyen? —lo hago una y otra vez. Ahora me inclino sobre él, con mis manos sobre su pecho. Aunque no tiene permitido tocarme, no se siente bien no tocarlo a él—. Sí… *síííí*…

Nuestras miradas se cruzan. Estoy decidida a llevarlo a un centímetro de cordura. Aprieto mis paredes internas alrededor de su eje y me deleito con la forma en que gruñe una serie de maldiciones y se empuja hacia mí.

Cuando de repente grito, él sonríe.

Encontró un puto vacío legal en nuestro pequeño acuerdo.

Sus caderas comienzan a moverse contra mí. Golpes lentos, firmes y profundos en los que me

siento y gruño con cada golpe sólido de mi trasero en sus caderas. *Joder*.

Pero luego empieza a moverse más rápido. Gira sus caderas con las mías para que su polla se frote en diferentes ángulos, me abre. Me acerca a otro orgasmo, más rápido que antes.

—Dem… —me quejo.

—¿Sí, cariño? —él sonríe y mira mi cara mientras empiezo a perder el control. Jadeo, tiemblo, presiono por más. Más. Más.

Más.

Está muy cerca, pero no puedo alcanzarlo. Ese maravilloso dolor en lo profundo de mi núcleo quiere estallar en una avalancha de puro éxtasis, pero le falta algo que lo empuje al límite.

—Dem…

—Dime qué necesitas.

Todo. —A ti —gruño y me estremezco cuando una descarga de placer curva los dedos de mis pies—. Mierda. Te necesito a ti.

La comprensión llena sus ojos. Y luego una sonrisa maliciosa y traviesa se extiende por su rostro. —¿Necesitas que yo… qué?

¡No lo sé! Siento mi labio inferior hacer puchero, luego tiemblo mientras lucho por descubrir qué es lo que realmente necesito de él.

—Tócame. Por favor, Dios, Demyen… tócame…

—Ay, gracias a Dios.

Las manos de Demyen vuelan hacia mis caderas y me atraen hacia él con una ferocidad para la que no estoy preparada, pero *ay, Dios mío, sí, sí, sí*, eso es exactamente lo que necesito. Siento sus muslos levantarse detrás de mí, inclinándome aún más hacia él, y él me empuja hacia abajo con más fuerza.

Pero luego se sienta. No rompe nuestro ritmo y al diablo si sé cómo se las arregla, pero de repente su pecho se presiona contra el mío y me acuna contra él al mismo tiempo que me hace rebotar en su polla.

—Te tengo, cariño —jadea contra mis labios. Me estoy ahogando en un mar de besos, uno detrás de otro mientras él acaricia mi lengua con la suya y bebe mis gemidos y me alimenta con los suyos.

Perseguimos ese dulce olvido. Y, cuando lo alcanzamos, lo hacemos juntos… extremidades enredadas, piel resbaladiza, nuestros gritos resuenan en la noche hasta que son amortiguados por nuestra necesidad de saborearnos el uno al otro una vez más.

DEMYEN

Por un segundo, realmente creo que he muerto.

Pero, *maldita sea*, qué manera de morir sería.

Enterrado profundamente dentro de Clara, apretándola contra mi cuerpo mientras siento el calor de su liberación y la lleno con el mío.

Es la cama debajo de nosotros lo que me asegura que sigo vivo. Me dejo caer sobre ella, arrastrándola conmigo y rodando sobre mi costado para acunarla entre mis brazos, lo más cerca posible.

Su hermoso rostro hace una mueca cuando lentamente me alejo de ella. Sinceramente, no sé si hay una sola expresión que ella pueda hacer que no haga que mi corazón dé un vuelco extra. En este momento, ver sus labios hinchados separados con sus jadeos, sus mejillas sonrojadas debajo de sus pestañas largas y revoloteando…

Mi ego no podría crecer más.

Y en unos minutos, estoy bastante seguro de que mi polla estará a punto de hacer lo mismo una vez más.

No hay forma de que podamos dormir esta noche. No por la forma en que está acostada en mis brazos, mirándome con los ojos entrecerrados con asombro, deseo y gratitud. Si cree que esto es todo, la espera una deliciosa sorpresa.

Pero no tengo prisa. Tenemos toda la noche. El sol acaba de ponerse hace quizás una hora, y quiero saborear cada segundo iluminado por las estrellas con esta hermosa mujer mientras pueda.

Es nuevo. No estoy seguro de cómo describir el sentimiento. Me acosté con otras mujeres en el pasado, claro, pero eso siempre me pareció… transaccional. Yo obtenía lo mío, ellas obtenían lo suyo y cada uno de nosotros tomaba su propio camino.

Esperaba que mi primera vez con Clara fuera similar. Esa primera noche, cuando entró tropezando en mi habitación de hotel, con el tobillo hinchado y el cuerpo lleno de miedo… pensé que una vez que le diera un buen orgasmo y yo tuviera el mío, ambos nos sentiríamos mejor y simplemente nos iríamos.

Pero, en el momento en que la oí gemir mi nombre, supe que no podía dejarla ir. Sentirla

desmoronarse sobre mí, a mi alrededor, debajo de mí… la adicción hundió sus garras en mi piel y su voz llenó mi cabeza con la tentación de más.

Después, cada vez me decía a mí mismo que era un tipo diferente de transacción. Ella me debía. El hecho de preferir saldar su deuda con una buena follada que con el encarcelamiento era mi regalo de misericordia para ella.

Mentiras. Todas.

Todas malditas mentiras.

Cuanto más tiempo me quedo aquí y la veo recuperarse, envuelta en mis brazos con una de sus piernas sobre la mía, más tengo que enfrentar la realidad.

Finalmente tengo que admitirme a mí mismo que la deseo desde el primer día.

Lo que me devora es la pregunta que nadie podrá responder jamás: ¿*cuál* primer día?

Éramos demasiado jóvenes para sentimientos como este cuando nos conocimos. Yo tenía dieciséis años cuando ella subió al estrado contra Tolya, y ella solo tenía ocho. Yo no sabía quién era, aparte de una niña que lloriqueaba mentiras ensayadas frente al juez y encerraba a mi hermano tras las rejas por el resto de su vida.

Pero a partir de entonces, nuestras vidas siempre estuvieron entrelazadas. Greg Everett sabía quién era yo, quién era mi familia. Cada apelación judicial, cada intento de libertad condicional, cada momento de mi investigación y búsqueda de la libertad de Tolya nos mantuvo a una distancia cercana el uno del otro.

Lo que significa que Clara siempre estuvo ahí, justo frente a mí.

Y nunca me di cuenta.

Clara parpadea hacia mí, su mirada soñadora. —¿En qué estás pensando?

—En ti.

Incluso a la luz de la luna, puedo ver su rostro sonrojarse. Nunca me cansaré de eso, ni dejaré de sorprenderme por la forma en que todavía puede sonrojarse incluso después de hacer tantas cosas sucias conmigo.

Uso mi otra mano para girar un mechón de sus rizos alrededor de un dedo. —Te debo una disculpa muy seria.

Su frente se frunce. —¿Por qué?

—Todo —suspiro y paso mi mano desde su costado hasta su cadera—. Principalmente, por pensar que me debías una.

Clara se apoya en un brazo y frunce el ceño cada vez más. —Pero *sí* te la debo. Yo…

La silencio con un beso lánguido. —No, Clara, no es así. Nunca lo fue. Y me equivoqué mucho al suponer que sí.

—Yo no… —ella parpadea y luego sacude la cabeza—. No entiendo.

No sé cómo explicar el nuevo anhelo en mi pecho. El anhelo que rápidamente se convirtió en dolor al darme cuenta de que, si hubiera prestado más atención al mundo que me rodea, en lugar de absorberme en ira, odio y venganza… podría haberla visto. Podría haberla notado. Podría haberla salvado.

Willow podría haber sido mía.

—Tu padre te usó —la rodeo con mis brazos mientras ella se acurruca contra mí, su espalda contra mi pecho y nuestras piernas enredadas con las sábanas. Desde aquí, podemos ver las ondas bioluminiscentes rodar por la arena, enmarcadas por las hojas bajas de los helechos y los cocoteros. Beso la parte superior de su cabeza y la aspiro antes de colocarla debajo de mi barbilla —. Te usó para conseguir lo que quería. Martin te usó para conseguir lo que quería. Yo te usé para conseguir lo que quería. Y tú no nos debes ni una maldita cosa a ninguno de nosotros.

Clara gira la cabeza para protestar, pero nuevamente la hago callar con un beso. Solo cuando la siento relajarse dentro de mí me alejo de su dulce boca.

—Lo siento muchísimo, Clara —susurro. Ojalá ella pudiera sentir cómo cada fibra de mi ser empuja esa única frase—. Lo siento y no dejaré de compensártelo. Jamás.

Levanto suavemente la gruesa cortina de su cabello desde su hombro y la paso sobre el otro. Ella es pura seda y satén, suave y lujosa y todo lo que jamás podría soñar.

No la merezco. En absoluto.

Pero, maldita sea, puedo intentar ser el hombre que *ella* se merece.

Paso mis manos por sus brazos para entrelazar mis dedos con los de ella. Mis pulgares frotan su suave piel y no puedo dejar de enterrar mi cara en su cuello. Si esta es la última noche que paso con ella, quiero grabar cada segundo en mi memoria. Cada olor, cada toque, cada sabor, cada vista. Quiero ahogar mis sentidos en ella hasta que todo lo que quede sea una huella tan profunda que nunca pueda acostarme con nadie más.

La repentina idea de que alguien más comparta mi cama me revuelve el estómago. Es ella o nadie para mí.

Pero si quiero demostrar mi punto, tengo que darle la opción.

—Esto —murmuro contra su hombro—, no es una transacción. Tu cuerpo no es una moneda con la que comerciar. No tienes que entregarte a mí ni a nadie, solo para mantenerte a ti y a tu hija a salvo.

Clara se muerde la comisura del labio por un momento y su frente vuelve a fruncir el ceño confuso como antes. —No entiendo. ¿Te estás deshaciendo de mí?

—¡No! No. Dios, cariño, nunca —acaricio la curva de su cuello—. Lo que digo es que es tu decisión. Siempre ha sido tu decisión. El sexo no está destinado a ser moneda de cambio ni un medio de supervivencia. Y no quiero que sientas que eso es lo único para lo que sirves.

Sus ojos se agrandan un poco. Ella mira fijamente al océano. Me pregunto si la realidad se derrumba sobre ella como las brillantes olas rompiendo en la orilla. No la presiono para que revele sus pensamientos; tengo la sensación de que he hecho lo suficiente para que nos dure

mucho tiempo.

—Entonces… —ella suspira y gira la cabeza para mirarme—. ¿Qué pasa si solo… te quiero… a ti? —su mirada está baja, como si tuviera demasiado miedo para mirarme.

Como si siquiera fuera a rechazarla.

—Hm —finjo pensarlo un poco, aunque ya sé la respuesta—. Creo que podría ayudar con eso.

Su boca se curva en una pequeña sonrisa tímida. —¿Y si solo quiero marcharme? ¿Hacer lo mío?

—Sufriré el peor caso de hinchazón de bolas en la historia de la humanidad. Pero me las arreglaré.

Eso la hace reír. Ella lo contempla y luego me da un suave codazo. —¿Y si quiero algo intermedio? Como… dormir a tu lado. Totalmente vestida.

Me río entre dientes. —Si es lo que quieres.

—¿Qué quieres *tú*?

Trazo los bordes de cada uña con los pulgares, una tras otra. No es que no sepa la respuesta… simplemente no sé cómo resumirla en palabras sencillas. —Quiero…

Clara gira un poco más en mi regazo. —¿Sí?

Sus ojos inocentes parpadean y estoy listo para ahogarme en sus profundidades. —Quiero que me quieras. Que quieras esto. Nosotros. No porque tengas miedo de perder algo o de molestarme o porque sientas que me lo debes.

La rodeo con más fuerza con mis brazos mientras susurro palabras que me asustan muchísimo, pero sé que ella merece escucharlas.

—Te quiero a ti. Quiero esta conexión contigo. Quiero adorar cada centímetro de tu cuerpo y recordarte todos los días lo increíble que eres. Quiero marcar cada parte de ti conmigo hasta que ni siquiera puedas recordar el nombre de ese otro cabrón. Quiero que vengas a mí cuando me desees, cuando me necesites, y quiero que confíes en que haré todo lo que esté en mi poder para poner el mundo a tus pies.

Las lágrimas corren por su rostro. Las beso una por una. Se estremece y derrama más lágrimas, pero sé que es el tipo de liberación que ha estado necesitando toda su vida.

—Quiero que grites mi nombre cuando te esté dando el placer que anhelas. Quiero que llores porque estás tan feliz que es todo lo que puedes hacer —presiono mi frente contra la suya—. Quiero mil noches como esta… pero solo porque es lo que tú también quieres.

Clara asiente. Luego asiente un poco más, riéndose entre lágrimas. —Quiero eso. Lo quiero todo contigo.

Esta vez, hay más en el beso que solo consuelo y deseo. Es un juramento, una promesa y una rendición.

Nos muevo hasta que estemos arrodillados en la cama, desenredando nuestras piernas y dedos para poder acariciar su cuerpo de la manera que realmente merece ser acariciada. Mis palmas se

deslizan por su torso y pasan un tiempo masajeando sobre su útero. La fugaz idea de que ella haga crecer a mi hijo me pone instantáneamente más duro de lo que jamás creí posible por algo así.

El deseo solo se intensifica cuando deslizo una mano entre sus piernas y acaricio suavemente sus labios hinchados. Puedo sentir mi semilla gotear lentamente de su raja y *joder*, eso arranca un gruñido de posesión de mi pecho sin previo aviso.

Clara respira profundamente. —Me encanta cuando haces eso —murmura.

—¿Hacer qué? —sonrío y muerdo el lóbulo de su oreja. Meto un dedo dentro de ella solo para sentir lo llena que está y ella se retuerce con un suave gemido.

—Gruñir —su cara se sonroja—. Para mí. Por mí.

Saco un poco de nuestro flujo mezclado con mi dedo y lo uso para frotar su clítoris en círculos lentos y firmes. —¿Te excita?

Ella vuelve a asentir. —Mucho.

Mi otra mano la agarra un poco más fuerte, presionando para convertir la caricia en un roce. —¿Te gusta cuando te toco así?

La respiración de Clara se entrecorta. Duda, pero vuelve a asentir. —Mucho.

—Dudaste.

Ella baja la cabeza. —Me da pena.

Deslizo mi mano por su espalda, presionando a lo largo de su columna en una caricia lenta y profunda hasta llegar a su nuca. Y luego paso mis dedos por su espeso cabello, aprieto los sedosos mechones y le doy un tirón firme hacia atrás hasta que su cuerpo se arquea para encontrarse con mi mirada.

—No tienes nada de qué avergonzarte —murmuro las palabras a un centímetro de sus labios. En este ángulo, sus hermosos pechos se empujan hacia afuera y sus muslos se abren naturalmente para lograr un mejor equilibrio mientras se arrodilla.

Jodidamente hermosa.

Otro gemido suena en su garganta. Su labio inferior tiembla. —Dem…

—¿Sí, cariño? —beso solo ese dulce labio—. Dime qué quieres.

Ella alcanza mis brazos y me abraza mientras golpeo su clítoris entre mis dedos. Cuando me quedo quieto, ella respira temblorosamente. —Hazme olvidar su nombre. Hazme olvidar que alguna vez me tocó —sus ojos se desvían, pero le doy otro pequeño tirón a su cabello. Cuando vuelve a mirarme, sus pezones se endurecen visiblemente—. Quiero que seas mi dueño. Solo tu.

El pequeño grito de sorpresa que hace cuando de repente la empujo hacia adelante me hace sonreír. Cae sobre la cama y yo la sigo rápidamente, cubriéndola con mi cuerpo mientras mi boca se aferra a su hombro para marcarla con un mordisco de amor.

Cuando termine con ella, las únicas marcas en su piel serán mías. Porque ella me rogó que se las

diera.

Y lo hace. Una y otra vez, Clara solloza mi nombre y me ruega que la marque, que la selle, que sea dueño de su cuerpo y posea su alma.

A lo largo de todo, le recuerdo constantemente que ella tiene todo el control. Cuando la inmovilizo contra la cama, le pregunto si esto es lo que quiere. Cuando empiezo a follarla más fuerte que nunca, le jadeo al oído para que pueda decirme si es demasiado.

Cuando su respuesta es rodearme con sus brazos y clavar sus uñas en mi espalda, casi exploto. Me las arreglo para contenerme, apenas, incluso cuando su voz se convierte en casi gritos de mi nombre, una y otra vez.

Es cuando la tengo empalada en mi polla, su cuerpo retorciéndose por su tercer o cuarto orgasmo, sus labios hinchados por mis besos y su rostro surcado de lágrimas por sollozar de intenso placer, que me mira y alcanza mi rostro.

Estoy tan jodidamente cerca del límite. —Clara…

—Por favor, Dem —logra gemir—. Te necesito. Confío en ti. Te deseo.

Jodeeer.

Las estrellas explotan detrás de mis ojos. Si es posible, creo que me chupa el alma a través de la polla y directamente a su cuerpo.

Nunca en mi vida me sentí así.

Debo haber gemido eso en voz alta, porque, cuando me desplomo encima de ella, ella me acaricia el cabello y susurra—: Yo tampoco, Demyen. Yo tampoco.

DEMYEN

Es un milagro que todavía pueda sentir mis piernas.

Es una hazaña aún mayor que, incluso después de todo lo que acabamos de hacer, todavía puedo llevar a Clara en mis brazos a los baños privados justo detrás de la casa de huéspedes.

La ducha de piedra natural tiene un banco tallado en la pared. Ahí es donde la dejo, con cuidado de no golpearle la cabeza con ninguna de las rocas que sobresalen, para poder abrir la ducha y limpiarnos.

—¿Puedes pararte? —intento reprimir la sonrisa de comemierda, pero o sea… venga. Si su respuesta es "no", mi ego será oficialmente demasiado grande para esta sala.

Clara se sonroja mucho y se acurruca en el banco. —Quizás necesite unos minutos.

Todavía sonriendo, me giro y tomo la esponja de mar de una de las repisas de almacenamiento, la enjabono y me froto la piel.

Recién cuando me estoy enjuagando bajo el cabezal de la ducha en forma de cascada me doy cuenta de que Clara me mira fijamente, con la boca entreabierta. Le lanzo una sonrisa. —¿Qué?

—Yo, em… —ella se burla y niega con la cabeza—. Me pregunto si todavía estoy dormida. Porque estoy teniendo un sueño bastante maravilloso, si es el caso.

—Ah, definitivamente estás despierta.

En lugar de hacerla aún más feliz, de repente le hace fruncir el ceño. Solo un poco, pero lo suficiente como para que me dé cuenta.

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

Clara suspira y se recuesta contra el muro de piedra. —Esto no cambia nada.

Hago lo mejor que puedo para fingir que mi corazón no acaba de caer a mi vesícula biliar.

—Ay, joder, eso salió mal —gruñe y se frota la cara con ambas manos—. Quiero decir… igual voy a ayudarte con Tolya. A eso me refiero con no cambiar.

Mis pulmones reanudan su funcionamiento y dejo escapar una risa que suena más nerviosa de lo que quisiera. —Por un segundo, pensé…

—Joder. Lo siento. Solo quise decir que… Aunque dijiste que no te debo nada, igual voy a intentar hacer las cosas bien. Me equivoqué y quiero arreglarlo.

Camino hacia ella y le extiendo las manos para que las tome. Cuando lo hace, la guío hasta la cascada y dejo que el agua tibia caiga sobre su cuerpo. —Clara, escúchame. Tenías ocho años. Una niña. Solo un idiota haría a una literal niña responsable de la vida de un hombre adulto.

Una de sus cejas sube por su frente.

—Sí, lo sé —continúo—. Yo soy el puto idiota. Me hago cargo. Pero Tolya también lo es, y cualquiera que no haya podido ver claramente que la culpa ha sido de tu padre todo este tiempo.

Clara lo reflexiona. Presiona una mano contra mi pecho mojado y recorre las gotas que se adhieren a mi piel. Es una distracción de la mejor manera. —¿Lo dices en serio?

—Cada palabra.

Me aseguro de cumplir mi palabra enjabonándola y limpiando cada centímetro de sus curvas con la esponja de mar. Tengo mucho cuidado entre sus piernas, cuando hace una mueca y respira profundamente. —Está bien, bebé —le digo en voz baja mientras me arrodillo en el suelo de la ducha—. Solo voy a limpiarte.

Sonríe y me aparta el cabello mojado de la frente. —¿Quieres escuchar algo loco?

—Siempre.

—Mi cuerpo dice: “Uf, no más, ni siquiera puedo”. Pero el resto de mí todavía quiere que me aprietes contra esta pared y me folles hasta el cansancio.

Me río y le doy un cálido beso en el estómago. —Estoy igual contigo —ante su mirada de sorpresa, me río—. ¿Qué? ¿Pensaste que podría seguir y seguir sin que se me cayera la polla?

—Bueno… pareces el tipo de persona que lo intentaría.

Esa es una evaluación justa. No está *equivocada*. —Bueno —le aseguro mientras me pongo de pie—, te alegrará saber que eres oficialmente la única mujer en el mundo que realmente puede dejarme seco.

Clara envuelve sus brazos alrededor de mi cuello y presiona su cuerpo resbaladizo contra el mío. Si me quedara siquiera una pizca de espíritu debajo de la cintura, probablemente haría una jugada por su trasero. Sin embargo, tal como están las cosas… —Aspiraré a superar tus expectativas con regularidad —ronronea.

Beso su frente, luego sus ojos y luego su boca. —No me verás quejándome.

CLARA

Algo está mal.

Lo siento mientras duermo, por muy cómodo que sea. Después de nuestra lujosa ducha y de algunos mimos considerables por parte de Demyen, me envolvió en una suave bata de baño y nos llevó de regreso a la casa principal. —Por mucho que me guste la casa de huéspedes —explicó—, creo que arruinamos por completo las sábanas.

Me recordó que no hay un "paseo de la vergüenza" en su casa mientras nos escabullimos dentro de la casa para dormir y pasamos junto a guardias de seguridad silenciosos que fingían no notarnos. Demyen no estaba avergonzado de que el mundo supiera que acababa de volarme la espalda de todas las maneras posibles, así que ¿por qué debería estarlo yo?

Y así fue como terminamos en su cama, arropados bajo las mantas y profundamente dormidos después de solo unos minutos.

Estaba segura de que dormiríamos hasta al menos tarde en la mañana. Pero algo en mis entrañas me despierta de un sueño maravilloso.

Abro los ojos y veo que apenas amanece… el cielo está un poco más claro, pero los primeros rayos aún no traspasan el horizonte. Demyen está sentado en el borde de la cama, teléfono en mano.

—¿Qué ocurre? —pregunto, porque sé que es algo, incluso sin poder mirar bien su cara.

Suspira y gira el teléfono que tiene en la mano.

—La encontraron.

~

UNAS HORAS MÁS TARDE, Demyen y yo caminamos por uno de los barrios residenciales de Suva, examinando las casas en busca de señales de cuál es la correcta. Sugerí que esperáramos hasta que fuera un poco más tarde en la mañana, pero Demyen está decidido a solucionar esto lo antes posible.

Al principio, pensé que me iba a decir que estaba muerta. La forma en que reaccionó a esa llamada telefónica lo hizo parecer así.

Pero explicó que Helen Cooper está muy viva, muy escondida y que no podemos darnos el lujo de perderle la pista.

Es un duro recordatorio de que se supone que estas no son vacaciones. Estamos aquí por negocios, no por placer.

Es por eso que mi estómago sigue dando bandazos de culpa a cada paso que damos en este camino.

—Lo siento —murmuro.

Demyen sigue examinando las casas, pero frunce el ceño. —¿Por qué?

—Por distraerte —pateo una piedra con mi sandalia.

Se gira para mirarme. Luego, por primera vez en toda la mañana, su expresión se suaviza. —Clara —dice mientras toma mi mano entre las suyas—, no lo sientas. Yo… —suspira y se pasa la mano libre por el cabello—. *Blyat'*. He sido un idiota toda la mañana. Soy yo quien debería disculparse.

No echaré sal en la herida. Aprecio que lo reconozca y admita abiertamente al hecho de que no ha dejado de dar portazos, beber café agresivamente o destrozar tostadas como si fueran las extremidades de sus enemigos desde que recibió esa llamada telefónica. La única razón por la que estoy caminando con él en este momento es porque pasó a mi lado con un "Vamos" y salió por la puerta principal cuando el sol apenas estaba a medio camino.

—Bambi sigue advirtiéndome que mis anteojeras provocarán un accidente uno de estos días.

Me río a medias, todavía sintiéndome rara por todo esto. —Bueno, solo quería que lo supieras. Nunca quise…

Él me mira. —Creo que puedo ser responsable de lo que me distrae y de lo que no. ¿Vale?

Logro esbozar una pequeña sonrisa. —Vale.

Comprueba su teléfono por enésima vez y señala con la cabeza una casa con una puerta verde. —Es esta.

Es una casita pintoresca con un lecho de flores plantado debajo de cada una de las ventanas. Le vendría bien una nueva capa de pintura, pero en general no se ve tan mal. El techo de paja es realmente genial. Caminamos en silencio por el camino de piedra de lava hasta la puerta principal y Demyen toca el timbre.

—¿Crees que esté siquiera despierta? —le susurro.

—Si no lo está, lo estará —gruñe. Le lanzo una mirada de reprimenda y él pone los ojos en blanco—. Vale. Seré amable. Más o menos.

Vuelve a tocar el timbre después de unos minutos más de silencio. Esta vez, escuchamos un arrastre de pies proveniente de la parte trasera de la casa, seguido por los somnolientos gruñidos de la voz chirriante de una mujer.

La puerta de madera se abre. Helen Cooper, ahora conocida como Alice Tremaine, nos mira de

reojo a través de la abertura parcial. —¿Sí?

Demyen se mantiene erguido. —¿Helen Cooper?

Su rostro palidece. Abre la puerta un poco más, nos mira y luego se concentra en Demyen.

Sus ojos se agrandan.

Y luego, le cierra la puerta en la cara.

—Creo que ella te conoce —murmuro.

—Parecido familiar —intenta tocar el timbre de nuevo, pero esta vez, la escuchamos gritarnos que nos vayamos mientras se retira a la parte trasera de su casa. Demyen deja escapar un suspiro.

—Dem —interrumpo—, realmente necesitamos agradarle.

—Realmente no.

—¿Crees que ella responderá a la intimidación?

Lanza una mano a la puerta. —No responde al maldito timbre. La intimidación es la siguiente opción.

Buen punto. Yo suspiro. —Vale. Supongo que harás lo tuyo de jefe de Bratva.

Me ofrece una reverencia sarcástica. —Gracias —luego, se da vuelta y con una rápida patada al pomo de la puerta, tira todo abajo.

Helen/Alice grita. Ella toma una sartén de la estufa y golpea a Demyen cuando él se acerca. Él rápidamente se aparta del camino antes de que ella pueda noquearlo en frío.

Bueno, no *frío*. Noto la forma en que agarra el mango con una agarraollas.

Él no lo hace.

—Dem…

Ahora es su turno de aullar. Su agarre de la sartén demostró que mi suposición era correcta: ella estaba preparando el desayuno.

—¡*Putamadre*!

Ella gira sobre sus talones para mirarme. Su expresión no es más que miedo y pura determinación de sobrevivir a este encuentro. —¡Lárgate de mi casa! —me grita.

—¡Helen! ¡Espera! —alzo las manos en señal de rendición mientras ella se lanza hacia mí—. ¡Espera! ¡Estamos aquí para ayudarte!

—¿Sí? —se ríe y sostiene la sartén sobre su cabeza. Debe estar llegando a sus últimos años, pero joder, es fuerte—. Bueno, tengo noticias para ti, cariño. ¡Helen Cooper está muerta!

Demyen está desplomado contra la pared, acariciándose la mano quemada y siseando entre dientes lo que estoy absolutamente segura son todas las groserías inventadas en el idioma ruso. No está precisamente en la mentalidad adecuada para interrogar a nuestra testiga en este

momento.

—¡Lo sé! —retrocedo para evitar un posible golpe, pero mantengo las manos en alto y me inclino un poco más—. ¡Lo sé! Lo sabemos. Lo siento. Alice. Alice Tremaine, ¿verdad? Helen Cooper murió en Hawái.

Ella parpadea y luego baja lentamente la sartén. —Sí. Así es.

Demyen me mira entrecerrando los ojos y articula lo que parece: *¿Qué carajo?*

Pero aquí está la cuestión: entiendo. *La* entiendo *a ella*. Dios sabe que pensé en hacer exactamente lo que ella hizo: prender fuego a su antigua vida y huir a las colinas. Ocupaba un lugar destacado en mi lista de opciones la noche en la que me encontré con Demyen en la suite de ese hotel.

—Lamento mucho la confusión —me agacho con cuidado y recojo su puerta rota—. Solo tenemos algunas preguntas y estamos un poco desesperados.

Alice suelta una risa escéptica. Se gira y señala a Demyen. —Te conozco. Sé lo que haces. Lo que hace tu familia. ¿Vienes a asegurarte personalmente de que tus sicarios no fallen esta vez?

—¿De qué carajo está hablando, señora? —Demyen respira profundamente. Flexiona la mano y sisea de nuevo.

—¿Me mirarás a los ojos y dirás que no mandaste a que me atacaran una semana después de la sentencia de Tolya?

Miro a Demyen, que ahora tiene tanta curiosidad como Alice. Sus ojos se agrandan y alza su mano buena. —No fui yo. Ni siquiera sabía que existías hasta hace unos días.

Alice entrecierra los ojos hacia él. Luego, se vuelve hacia mí. Al menos ha dejado su sartén sobre una mesa. —¿Y qué hay de ti? ¿Tu papi te envió a acabar conmigo? ¿Los Everett y los Zakrevsky trabajando juntos para silenciar a la forense honesta?

Sacudo lentamente la cabeza. —Mi padre y yo no estamos… digamos, hablando. Él no sabe que estoy aquí.

Ella arquea una ceja y se encoge de hombros. —Bien, entonces. Incluso si *estás* mintiendo, ya es demasiado tarde. Estaré muerta mañana por la mañana. ¿Té?

De nuevo, Demyen me mira y hace un gesto discreto como preguntando si está literalmente loca. Podría estarlo, para ser honesta. Todo este tiempo escondiéndose de las personas que al parecer intentaron matarla podría haber afectado su cordura.

—No, gracias —respondo con una sonrisa amable—. No queremos molestarte.

Ella mira la puerta rota que apoyé contra el marco. —Claro. Solo invitados amables, normales y agradables que no hacen desastres.

Demyen se aclara la garganta y da un paso adelante. —Estamos aquí porque tenemos preguntas sobre su informe original.

—Por supuesto que lo están —Alice frunce la boca en una sonrisa irónica—. El informe que

hacía imposible que tu hermano fuera culpable de asesinato.

Suspira aliviado. —Sí. Eso. Tú…

—No. No volveré a tomar ese camino —ella sacude la cabeza y se deja caer en un sillón gastado —. No, a menos que planees trasladarme al Tíbet. Y realmente me gusta estar aquí, así que… gracias, pero no, gracias.

—Es solo la policía de Las Vegas —trato de razonar—. No tienen jurisdicción…

—Cariño —me interrumpe, poniendo los ojos en blanco con condescendencia—. La jurisdicción solo importa para las personas que realmente siguen las reglas. Que obedecen las leyes. Ya sabes, el tipo de gente que *no* me amenazaría para cambiar el informe de una autopsia y falsificar un certificado de defunción.

Arrugo la frente. —¿Quién te amenazó?

Alice se ríe. —Como si no lo supieras. Eres linda, ¿sabes? Eras adorable en aquel entonces. Creciste muy bien. Aunque sigues siendo tan crédula como siempre.

Quiero agradecerle por la parte que es un cumplido, pero ella agrega el insulto y cae en mi parte que todavía ardiendo de culpa.

Demyen me mira y hace girar la silla de Alice. Él la enjaula con una mano a cada lado del respaldo, su rostro a centímetros del de ella. —No estoy jodiendo —gruñe—. ¿Quieres perder el tiempo con insultos? Empezaré yo, maldita cobarde.

Sus ojos se agrandan. Se agarra a los apoyabrazos. —N-no t-te tengo miedo.

—Sigue así y lo tendrás.

Una parte de mí quiere recordarle a Dem que debemos estar de su lado bueno para que nos ayude.

Otra parte de mí espera que él la asuste muchísimo.

—¡Vale! Vale —Alice levanta las manos en señal de rendición. Ella suspira, cierra los ojos mientras se desploma en su silla—. Te diré lo que sé.

—Excelente —Demyen sonríe y retrocede para apoyarse en lo que debe ser la mesa del comedor. Cruza los brazos sobre el pecho y deja muy claro que no se irá pronto—. Comienza desde el principio.

Acerco una silla de mimbre y me siento en silencio. Demyen me mira y le hago un gesto para decirle que estoy bien. Es mejor concentrarse en obtener respuestas, ahora que Helen Cooper/Alice Tremaine está dispuesta a hablar.

Suspira de nuevo y se frota la frente. —Como ya saben, yo era el médico forense jefe del Departamento de Policía de Las Vegas en aquel entonces. Y, aunque tenía asistentes y técnicos para ayudar con la carga de casos, los casos prioritarios siempre recaían en mis manos. Michael Little, al ser policía, fue un caso de inmediata alta prioridad.

Trago dolorosamente. Debí haber aceptado el té. No sé si es el calor tropical o estar tan cerca de

las respuestas lo que de repente me deja seca la garganta.

—Dijeron que fue una herida de bala lo que lo mató, y solo necesitaban confirmación de la trayectoria, órganos perforados, etcétera. Cosas normales. Pero los requisitos legales como forense me imponían hacer análisis de sangre, comprobar el contenido del estómago, todo eso —Alice quita un trozo de pelusa de su silla—. Y así fue como descubrí que Michael Little había sido envenenado.

—La herida de bala enmascaró el ataque al corazón, ¿no? —intento recordar lo que me dijo su antiguo técnico de laboratorio cuando nos encontramos fuera del complejo.

Alice me frunce el ceño. —¿Qué? No. La bala ni siquiera le rozó el corazón.

Demyen está quieto. —¿Disculpa?

Ella gira su silla para mirarlo a los ojos. —Ay, sí. Esa es la peor parte de todo este asunto. Tu hermano le disparó de lleno en el pecho, no me malinterpretes. Pero esa bala no toco ni un solo órgano vital y salió limpiamente por la espalda. El tiro más afortunado del mundo, si me preguntas.

—Mi hermano no le disparó.

—Claro. Tal vez no. No importa si lo hizo o no. Lo que estoy diciendo es, ¿incluso si lo hubiera hecho? Michael Little habría salido adelante sin problemas.

Me recuesto en mi propia silla. —Si no fuera por el veneno.

Alice asiente. —Exactamente. Pero eso no era lo que querían oír. Tolya Zakrevsky tenía que ser condenado por este asesinato, de una forma u otra. ¿Podría demostrar que envenenó a Michael Little? No. Tampoco podría demostrar quién lo hizo, no sin muchísimas más pruebas. Lo único que pude hacer fue analizar las sustancias, redactar mi informe oficial y presentar el certificado de defunción.

Parece que Demyen quiere golpear algo. En cambio, se mete las manos en los bolsillos. —¿Entonces? ¿Cuál fue el veneno?

—Uno extraño, eso es seguro. Nunca lo olvidaré. Solía oír hablar de ello solo en los cuentos de hadas.

Hago una pausa cuando se me ocurre algo, como un relámpago. —Era pesadilla de lobo, ¿no?

Asiente. —Ese mismo. *Aconitum*. El pobre se lo bebió esa tarde y no tenía idea de lo que había en su organismo. A juzgar por el daño a su corazón, sufrió un paro cardíaco al mismo tiempo que la bala le atravesó el pecho. Tiro afortunado, pero tío desafortunado.

—¿Cómo sabes que lo bebió?

—Contenido del estómago. No comió mucho ese día, pero tenía café en el estómago. A juzgar por la cantidad, el momento de su muerte coincidió con el momento digestivo del café, calculé que bebió una taza de café envenenado alrededor de las cuatro o cinco de la tarde. Solo una, porque de lo contrario habría muerto en cuestión de minutos. Ese veneno actúa rápido.

Demyen se pasa una mano por la mandíbula. Se movió tan rápido esta mañana que se olvidó de

afeitarse, por lo que su rostro está un poco más oscuro con una barba de media tarde. —¿Y escribiste todo esto en tu informe?

Alice asiente. —Cada detalle. Y luego me dijeron que lo reescribiera o me arriesgaba a perder mi trabajo.

—¿Por quién?

Ella me mira. —¿Quién crees? El oficial que arrestó a Tolya, claro. Era *su* caso.

Trago fuerte. Ahora su animosidad inicial hacia mí tiene sentido. —¿Mi padre te amenazó?

—Profesionalmente. Dijo que no podíamos "arriesgarnos a permitir que un matón de la mafia volviera a las calles" y que, si valoraba mi trabajo, haría lo que él decía. Por supuesto que me negué. Presenté mi denuncia y dos días después me despidieron.

—¡¿Por qué motivos?!

Ella se encoge de hombros. —Fabricación de pruebas. El nuevo médico forense se apresuró a cooperar con Everett y logró que pareciera que yo falsificaba documentos y alteraba pruebas para ayudar a una familia del crimen organizado. Los rumores decían que yo estaba en el bolsillo de los Zakrevsky —se vuelve hacia Demyen—. Aparentemente, me debes algunos cheques de pago, joven.

A pesar de todo, Demyen consigue sonreír. —Sí te debo una puerta.

Alice tamborilea con los dedos en los apoyabrazos y suspira. —Una semana después del juicio de tu hermano, me desperté con agujeros de bala en la ventana de mi habitación. Dos días después de eso, tuve la presencia de ánimo de prender mi coche a distancia para encender el aire acondicionado mientras agarraba mi bolso. Estalló mi coche y destrozó mi árbol de aguacate favorito.

—Alguien quería que asumieras que era un golpe de la mafia —Demyen *no* luce contento con esto.

—Funcionó, ¿no? Hui del estado, del continente y luego del país. Helen Cooper murió ahogada y Alice Tremaine se instaló como tejedora de cestas en una pequeña isla en medio del Océano Pacífico.

—Mantendremos tu secreto —le prometo.

Demyen me lanza una mirada exasperada. —A menos que la necesitemos para el juicio.

Alice niega con la cabeza. —Ay, no. Estás solo en eso.

—Pero…

—¿Quieres atrapar al verdadero asesino? Averigua quién le dio el café —ella me dirige una mirada muy fija—. Y pregúntate por qué a tu padre le importaba tanto que Tolya asumiera la culpa.

Es obvio que Alice ya no comparte lo que sabe. Después de todo lo dicho y hecho, parece diez años mayor que cuando llegamos. Las arrugas de su frente son un poco más profundas y los

mechones plateados de su cabello parecen más cenicientos que antes.

Mi corazón se rompe por ella. Solo quiso hacer lo correcto y así la recompensaron.

Exilio.

Demyen no dice una palabra más. Pero saca un fajo de billetes, le quita la banda que lo envuelve, luego lo piensa de nuevo y lo vuelve a envolver. Deja todo el fajo sobre su mesa y asiente para irnos.

—Gracias —digo por encima de mi hombro. Se siente de mala educación no hacerlo.

El caparazón de Helen Cooper me da una sonrisita triste. —Lo siento, cariño. Todos lo sentimos. Solía preguntarme qué pasó con la pobre hija de Greg Everett. Me preguntaba si habrías sobrevivido hasta la edad adulta —sus ojos se dirigen a Demyen—. Me alegra ver que lo hiciste.

Demyen la mira fijamente durante un momento más, luego me pone una mano en la espalda y nos guía por el camino de piedra hasta la carretera. Todavía no dice una palabra y no lo presiono para que lo haga.

¿Si él siente lo que yo siento? Ambos estamos en completo caos.

DEMYEN

Por primera vez desde el arresto de Tolya, quiero estrangularlo.

¿Lo culpo por todo esto?

No lo hacía. No precisamente.

¿Ahora, sin embargo? Quizá. Un poco.

¡¿Qué carajo estabas pensando, hermano?!

Miro a Clara, que toma el sol de Fiyi mientras nuestro barco se desliza sobre el agua, de regreso al complejo de villas. Recuerdo lo que dijo Tolya sobre esa horrible y fatídica noche: que vio cómo secuestraban a una niña y la metían en la parte trasera de un coche. Y él no podía quedarse impasible y dejar que se la llevaran.

¿Sabía quién era ella?

¿Sabía su secuestrador que los estaba siguiendo?

Quiero enfadarme con Tolya por ser tan estúpido y meterse en asuntos ajenos. Por intentar ser el héroe cuando nos criaron para ser los villanos.

Pero esa niña era Clara.

Y no puedo imaginarme a mí mismo sentado de brazos cruzados mientras ella, o Willow, son repentinamente arrebatadas frente a mí y metidas en el baúl de algún tío.

No. Con quién debería estar furioso es con el *mudak* que envenenó a Michael Little. Quien sea que le dio ese maldito café y comenzó toda esta cadena de eventos que ahora me tiene mirando las aguas tropicales mientras una hermosa mujer hace todo lo posible para evitar molestar mis nervios.

El hijo de puta está arruinando mi viaje y ni siquiera sé su puto nombre.

Me paso una mano por la cara y alcanzo a Clara. —Ven aquí.

Me mira, insegura al principio, pero se acerca a mi lado y suspira. —¿Estás bien?

Quiero reír. —Jodidamente fantástico. Mi hermano es o el mejor o el peor tirador en la historia de Las Vegas, y probablemente haya algún idiota por ahí, bebiendo café de la misma taza que le

entregó a Michael Little.

Clara no dice nada en respuesta. Ella simplemente apoya su cabeza en mi hombro y pasa un brazo alrededor de mi cintura.

No hace que sea más fácil dar la siguiente noticia. —Ya que encontramos lo que vinimos a buscar, es hora de regresar a Estados Unidos. Saldremos mañana por la mañana.

Espero al menos una pequeña protesta, pero ella solo asiente. —Suena bien.

—¿Estás bien con eso?

Ella se sienta para sonreírme suavemente. —Sí. Es un viaje de negocios, ¿verdad? No tenías que traernos, pero te agradezco mucho que lo hayas hecho. Son tu tiempo y tus recursos los que has compartido con nosotras. Aceptamos lo que nos ofreces y apreciamos lo que tenemos.

No merezco a esta mujer. Realmente. —¿Quieres que le dé la noticia a Willow? ¿O tú lo harás?

Su boca se tuerce en una sonrisa irónica. —Estoy bastante segura de que podrías decirle que nos vamos a la Antártida y ella iría sin problemas. Ella te adora.

Y yo la adoro a ella. Cada vez más, me siento agonizado por el hecho de que ella no sea biológicamente mi hija. Podría haberlo sido si hubiera prestado más atención cuando era importante.

Darle a Martin Patterson un implante de plomo entre los ojos es lo primero en mi lista de cosas por hacer una vez que regresemos a casa.

~

COMO PREDIJO CLARA, decirle a Willow que mañana regresaremos a casa es más fácil de lo que esperaba. Está emocionada de volver a ver a Gloria y Bambi, y quiere lucir su nueva muñeca sirena y su collar de conchas a juego que compré en el mercado entre la casa de Helen Cooper y los muelles.

Además de algo más para Clara, mientras no miraba.

Pasé el resto del día trabajando en mi laptop mientras las chicas almorzaban y chapoteaban en la piscina. Para la cena, me separé de la computadora para poder asar hamburguesas y hacer castillos de arena en la playa privada mientras el sol se ponía en nuestro último día completo en esta isla paradisíaca.

Si pudiera salirme con la mía, no sé si jamás nos iríamos. Sin Martin, sin Greg, sin Raizo…

Joder.

Raizo.

Se enojará cuando le diga que puede tomar su subasta y metérsela por el culo.

Clara entra de puntillas al dormitorio desde el pasillo, sin duda celebrando su éxito por lograr que Willow se acueste y al menos finja quedarse dormida. Hice lo mejor que pude hace cinco

historias y tres canciones, pero la niña seguía erguida como una margarita llena de bebidas energéticas. Mentí y dije que tenía que usar el baño solo para que Clara pudiera encargarse.

Ahora, ella está en mi… *nuestra*… habitación y cerrando la puerta detrás de ella suavemente.

—¿Ella está…? —empiezo a preguntar, pero Clara agita sus manos hacia mí como si el más mínimo sonido despertara al Kraken.

Se quita la camisa de gran tamaño que ha estado usando sobre su bikini y la cuelga con cuidado en la parte trasera de la puerta. Como no me deja hablar, me siento en la cama y cruzo las manos detrás de la cabeza, perfectamente contento de ver su pequeño número de striptease.

Estoy bastante seguro de que no es consciente de su audiencia embelesada, porque la manera que se quita las bragas de una patada no es el intento más sexy, y sisea una grosería cuando la parte superior de su bikini no se desabrocha de su espalda.

—¿Necesitas ayuda? —susurro a través de la habitación.

Clara se da vuelta, con los ojos muy abiertos. Los míos también se agrandan, pero con deleite ante la completa vista frontal de ella. Aparto las mantas como una invitación para unirse a mí en la cama.

Ella entra, desnuda, cálida y deliciosa, pero presiona un dedo contra mis labios antes de que pueda acercarla para darle un beso. —Tenemos que hacer silencio. Willow está en la otra habitación.

—Puedo hacer silencio.

—Sí, bueno, tú no eres yo. Tomándote. Es un desafío un poco diferente —ella sonríe y finalmente me deja besarla—. Pero, si quieres, puedo encargarme de levantarme temprano y, ya sabes… ser tu alarma.

Alzo una ceja. —¿Incluso con la pequeña al lado? ¿No te preocupa que la despertemos?

Clara me guiña un ojo. —No con mi boca llena.

Joder. Que ya sea de mañana, por favor. —Sabes, podríamos simplemente…

Me besa de nuevo y luego me toca la nariz con un dedo. —Necesitas dormir. Ambos lo hacemos. Y ambos sabemos que, una vez que comencemos, no pararemos *por un buen tiempo*.

Amo y detesto la razón que tiene. Así que suspiro, me meto de nuevo bajo las mantas y hundo la cabeza en las almohadas. —Vale. Eres una adulta responsable.

—Lo has estado haciendo por los dos. Pensé que era mi turno de ayudar a soportar la carga.

Me pongo de lado y me acurruco alrededor de ella, acurrucándola hacia mí. —Cuando regresemos a casa, tendremos que hacer algunos reordenamientos.

—¿Ah? —se acurruca contra mí y cierra los ojos, pero su sonrisa dice que todavía está escuchando.

—Quiero que muevas tus cosas a mi habitación. Si quieres —agrego rápidamente.

Clara se queda quieta. *Mierda*. Puede que me esté moviendo demasiado rápido. El sol de la isla me ha frito el cerebro tal como está…

—Me encantaría —ella me sonríe—. Si estás seguro.

Beso su frente y acaricio su estómago. Mi propia sonrisa se hace más amplia a cada segundo. —Nunca he estado más seguro de nada.



LA CAMA SE MUEVE.

Alguien me da una fuerte patada en las canillas.

¡Joder! ¡Ay!

Me siento erguido, listo para agarrar el arma pegada con cinta adhesiva en la parte posterior de la mesa de noche, pero me detengo cuando me doy cuenta de que es Clara.

Ella frunce el ceño, se retuerce y patalea mientras duerme. Murmura algo que no logro entender, pero, sea lo que sea, de repente se asusta mucho. Su respiración se acelera y comienza a quejarse. Luego sacude la cabeza, lentamente al principio y luego con furia. —¡No, no! ¡No! ¡No iré! No…

—Clara —la agarro por los hombros y trato de sacudirla suavemente para despertarla—. ¡Bebé, despierta!

Su ceño se profundiza y comienza a luchar contra mí. —¡No! ¡Aléjate de mí!

—¡Clara!

No quiero lastimarla, así que hago lo único que tiene sentido en este momento: la beso con fuerza hasta que la siento jadear.

Ella retrocede en la cama y la dejo. Necesita orientarse y comprender que esto no es un sueño. Cuando parpadea y luego se concentra en mí, se estremece. —Ay, Dios, Dem. Yo no… Gracias. Pensé que todo estaba pasando de nuevo hasta que sentí… que… —de hecho, se ríe un poco—. Eso fue nuevo.

—¿Estás bien? —la alcanzo, pero ella todavía se aleja. Intento que eso no me moleste tanto—. Estabas teniendo una pesadilla.

Clara asiente lentamente. Luego comienza a enroscarse sobre sí misma.

No es una buena señal.

—Yo… soñé que era una niña pequeña otra vez. Al principio. Pensé que era *solo* un sueño, pero luego, a medida que avanzaba, me di cuenta de que era un recuerdo —se mete un mechón de cabello detrás de la oreja y mira hacia otro lado—. Fue el día que me secuestraron.

Asiento para que continúe. Que me cuente más. Que ignore la forma en que mi pulso comienza a acelerarse.

—¿Recuerdas que el tío Mike salió temprano del trabajo ese día?

Asiento de nuevo.

—Lo olvide por completo. Papá… él también salió temprano del trabajo.

—¿Por qué?

Ella se encoge de hombros. —No sé. Solo recuerdo… y soñé… que Papá llegaba temprano a casa y nos sorprendió a Mamá y a mí, y él actuaba como si no fuera gran cosa. De hecho, llegó a casa cerca de la hora del almuerzo. Lo recuerdo porque fue la primera vez que él se ofreció a cocinar en lugar de Mamá.

Dado lo que sé sobre Greg Everett, eso parece un poco extraño. —¿Y soñaste esto?

—Sí. Luego, más tarde, vino el tío Mike —ella respira profundamente y abraza sus rodillas contra su pecho.

—Clara… —de nuevo, trato de alcanzarla. Cuando ella se estremece, apoyo las puntas de mis dedos sobre sus rodillas por un breve momento—. ¿Qué ocurre?

Cuando sus ojos finalmente se encuentran con los míos, puedo verla tratando de contener las lágrimas.

—El tío Mike… vino a… tomar un *café*.

Me siento erguido lentamente.

—Y… —ella resuella y se frota la nariz, mirando hacia otro lado de nuevo—. Recuerdo haberle llevado la taza.

No me doy cuenta de que me he puesto de pie hasta que siento el suelo frío debajo de mí. Mis puños se aprietan a mis costados. Mi mente corre a una milla por minuto.

Pesadilla de lobo.

La planta favorita de Clara.

Ella le llevó la taza que lo mató.

Ella… Ella… ¿Qué si hizo más de lo que nunca pensó que podría haber hecho… y luego se obligó a olvidar?

—Demyen, por favor… —su voz se quiebra con lágrimas frescas. Ella me alcanza, pero rápidamente me alejo.

No puedo. No puedo dejar que me toque. No ahora. No mientras lucho por juntar las piezas y la imagen que sigue apareciendo es ella dándole a Michael Little una taza de veneno.

Veneno del que ella sabía todo, gracias a su extraño amor por las plantas exóticas y ese libro que el propio Little le regaló.

¿Sabía que le daba instrucciones para su propio asesinato?

Esa roca está de nuevo sobre mi pecho. Me dificulta respirar. Dificulta ver. Dificulta soportar su

presencia en mi habitación.

—Ve a tu habitación —murmuro las palabras entre labios entumecidos. Me sorprende tener suficiente aire en mis pulmones para pronunciarlas.

Clara suelta un sollozo. —¿Qué?

—Me escuchaste, joder —la miro fijamente. O lo que parece su silueta en la oscuridad—. Vete, joder.

—Pero, Dem…

Ya he tenido suficiente mierda. He terminado. Ya terminé de enamorarme perdidamente de alguien de quien debí haberme mantenido alejado desde el principio.

Así que la agarro, la pongo sobre mi hombro y salgo corriendo de mi dormitorio hacia el de ella.

Tiene suerte de que sienta un poco de misericordia. Al menos la suficiente para tirarla a la cama en lugar del suelo al que pertenece.

—Reúne tus cosas. No quiero verte ni oírte hasta que nos vayamos. ¿Entendido?

Los sollozos son su única respuesta vocal, pero la veo asentir. No debería importarme de ninguna manera. Me digo a mí mismo que no me importa, y lo digo una y otra vez, hasta que me lo creo.

No me importa.

No me importa.

No me importa, joder.

Cierro la puerta detrás de mí y regreso a mi habitación, asegurándome de cerrarla con llave antes de volver a la cama.

Excepto que ahora no puedo dormir. Su olor está por todas mis sábanas, y solo hace que el dolor en mi pecho duela aún más.

DEMYEN

Anoche no dormí nada.

Y sí que no podré dormir un carajo en el avión de regreso a casa.

Evité con éxito el desayuno con Clara y Willow, además de todo el embalaje y la carga en el muelle, que nos habría puesto a poca distancia para hablar. De hecho, las hice ir delante de mí, tomando un barco diferente mientras yo me quedaba atrás con el pretexto de tener trabajo que terminar.

Simplemente no puedo soportar mirarla.

Cuando finalmente subo al avión, hay un silencio sepulcral allí dentro. Clara está leyendo una novela y Willow colorea su libro de actividades. Cuando alza la vista y me sonríe, me doy la vuelta.

Y finjo no ver la forma en que su rostro cae en el rabillo del ojo.

Cuando llega el momento de despegar, me abrocho el cinturón en un asiento lo más lejos que puedo de ellas. Miro la pared frente a mí solo para no tener que mirar la tristeza en los ojos de Willow.

Ella no intenta hablarme. Es como si supiera que algo anda mal.

Joder. Probablemente piense que tiene algo que ver con ella cuando eso está tan lejos de la verdad.

¿La verdad real? Se parece demasiado a su madre. Y se parece demasiado a la niña que envenenó a Michael Little e incriminó a mi hermano a cadena perpetua.

Una vez que estamos nivelados, me desabrocho y busco algo en lo que ocuparme que no implique interactuar con ellas.

Willow avanza lentamente hacia mí. —¿Demmy?

—Clara —no miro hacia arriba. Pero siento su atención centrándose en mí—. ¿Por qué no llevas a Willow al dormitorio? Pon una película allí.

Es lo más cercano a “amable” que puedo manejar en este momento.

Cuando Willow de repente rompe a llorar, me siento como una absoluta mierda. Quiero retirarlo, pero ya es demasiado tarde. El daño está hecho.

Clara me lanza una rápida mirada y abraza a su hija. —Vamos, cariño. Vamos a acurrucarnos viendo una película, ¿eh? Eso suena divertido.

Pero Willow está inconsolable. Solo se sienta ahí, mirándome y llorando.

Yo solo me siento aquí, tratando de actuar como si lo que hay en la pantalla de mi laptop importara más que el corazón roto de una niña de cinco años que solía pensar que yo era su héroe.

Clara la levanta y le frota la espalda, tarareando una suave canción de cuna mientras la lleva de regreso al dormitorio y cierra la puerta detrás de ellas.

Debería sentirme aliviado.

En cambio, me siento peor que la mierda.

Varios minutos largos y dolorosamente silenciosos después, Clara reaparece y camina hacia mí. —Espero que estés jodidamente orgulloso de ti mismo —susurra—. ¿Te sientes mejor? ¿O quieres darle un cachorro y matarlo delante de ella también?

La ignoro. La dejo hacer su pequeño berrinche y cansarse. Tal vez ella capte la indirecta y regrese al dormitorio y se aleje de mí.

Pero Clara no acepta nada de eso. Cierra la laptop frente a mi cara y se acerca. —Te estoy hablando, gilipollas.

A la mierda con esto.

Aparto mi silla de debajo de mí y me alzo sobre ella. —Ten cuidado.

—No, *tú* ten cuidado —ella se encuentra cara a cara conmigo, sin una pizca de miedo en sus ojos furiosos—. Quiero una respuesta. ¿Te sientes mejor ahora que has hecho llorar a mi hija?

—Lo superará.

—Que te jodan.

Aprieto los puños a los costados. No porque tenga alguna inclinación a levantar la mano contra ella… simplemente se me está acabando la paciencia. —Vuelve al dormitorio. No quiero ver tu cara hasta que aterricemos —me doy la vuelta y me alejo, o tanto como lo permite el espacio limitado de la cabina.

Clara me sigue. Su voz se rompe de emoción mientras la ira da paso a su propia angustia. —¿Qué demonios te pasa? ¿Todo esto por un sueño estúpido?

—No. Es por un recuerdo estúpido que de repente has redescubierto acerca de asesinar a alguien e incriminar a mi hermano.

Ella resopla. Realmente *resopla*. —¿Te escuchas a ti mismo? ¿De verdad te escuchas a ti mismo en este momento?

—Sí. ¡Y es la primera vez en mucho tiempo que escucho la voz de la razón en mi cabeza!

Clara se queda congelada a medio paso. Y luego se ríe exasperada y levanta las manos en el aire. —¡No *tienes* voz de razón! ¡Si lo hicieras, te darías cuenta de lo jodidamente *estúpido* que es esto!

Me giro hacia ella, peligrosamente cerca de sacudirle un dedo en la cara. —Te dije que tuvieras cuidado, Clara Everett. No olvides con quién estás hablando.

Las lágrimas caen por su rostro mientras sonríe sin rastro de humor. —¿Cómo olvidar? Eres el tío en la sala del tribunal, que echó un vistazo a mi cuerpo magullado y golpeado y decidió que me odiaría para siempre. Olvida el hecho de que yo era una niña de ocho años, jodidamente aterrorizada por el hombre que estaba a mi lado.

No dejaré que ella gane esto. —Clara…

—No, Demyen. Ay, lo siento… *Sr. Zakrevsky*. No he terminado. Porque sí, sé exactamente con quién estoy hablando. Eres este gran y malvado señor criminal, empeñado en hacer que el universo pague por lo que es básicamente la peor suerte que tu hermano podría tener *a pesar de que* todo terminó siendo la mejor suerte para *ti*.

Mejor podría haberme abofeteado.

Casi se siente como si lo hubiera hecho.

No tengo nada que decir. Así que sigo mirándola en silencio, esperando que sea suficiente para hacer que se calle y me deje en paz.

—No te preocupes —cruza los brazos sobre el pecho y se balancea sobre los talones—. No olvidaré quién eres. Especialmente, el hecho de que eres el tipo de hombre que susurra dulces promesas siempre y cuando consiga exactamente lo que quiere. ¿Cómo lo dijiste? Ah, claro: querías que confiara en que "harías todo lo que estuviera en tu poder para poner el mundo a mis pies" —inclina la cabeza hacia un lado y lucha contra el nuevo flujo de lágrimas—. ¿Fue por el sexo anterior? ¿O el sexo después?

Yo trago. Duro. No necesito esto. No necesito nada de esta mierda de ella.

Asiento hacia el pasillo y simplemente le digo—: Vete.

Clara se tapa la boca mientras estalla un sollozo, pero se da vuelta y comienza a caminar hacia la puerta del dormitorio.

Luego, se da vuelta y golpea su palma contra un lado de mi cara.

No recuerdo hacer lo que hago a continuación. Simplemente "vuelvo en mí" con mi mano alrededor de su garganta y su cuerpo inmovilizado contra la pared. Estoy apretando… no demasiado fuerte, pero sí lo suficiente como para hacer que su cuerpo tiemble con sollozos ásperos.

Ella ni siquiera intenta pelear conmigo. Clara simplemente me mira con los ojos llenos de lágrimas y niega con la cabeza. —Hazlo. Adelante, hazlo. Por lo menos, seguiré teniendo razón en una cosa. Al menos sabré que eres como ellos.

Mi mano se retira como si me hubiera quemado peor que esa maldita sartén en casa de Helen Cooper. Parece como si hubiera pasado hace toda una vida.

Miro a Clara con horror. *No*. No puedo… no lo soy… prometí que nunca sería como ellos. Yo nunca sería uno de ellos.

Pero estuve haciendo muchas promesas que apenas he logrado cumplir.

Esta vez no tengo que decirle a Clara que vaya al dormitorio. Lucha por secarse las lágrimas, pero no puede dejar de llorar, lo que ahora suena como una patética serie de silbidos que desgarran mi corazón, a pesar de mis mejores esfuerzos por ignorar el sonido.

Corre al dormitorio y cierra la puerta con llave, pero no está insonorizada. Así que ahora puedo escuchar a Willow preguntar frenéticamente qué pasó, si está bien, y luego ambas lloran juntas mientras Willow le pregunta a su mami por qué está sucediendo esto.

¿Honestamente? Ojalá lo supiera, joder.

DEMYEN

El avión aterrizó hace una semana.

Parece un siglo.

Raizo está cabreado más allá de lo razonable porque la subasta se ha retrasado una vez más. Puede comerse mi puta pistola si eso significa tanto para él. Sigue estallando mi teléfono exigiendo respuestas, exigiendo un nuevo horario, exige, exige, exige.

Así que finalmente respondo con un solo texto: ***La subasta es este fin de semana***. Me da alrededor de cinco días para resolver las cosas a mi mejor capacidad.

Que, desde que aterrizamos, ha sido mínima en el mejor de los casos.

No he visto ni hablado con las chicas. En absoluto. Me aseguré de estar fuera de ese avión y en mi propio auto antes de que tuvieran la oportunidad de salir del dormitorio.

Me dije a mí mismo que era porque las cosas serían más fáciles de esta manera.

Ignoré la voz dentro de mi cabeza que seguía diciendo: *Maldito cobarde.*

Sus habitaciones han sido trasladadas al otro lado del conjunto. El solárium ha vuelto a su propósito previsto, y todas las cosas de Willow están en una habitación cerca de la otra piscina, al lado de la nueva vivienda de su madre.

Por fin todo está silencioso por aquí.

Lo odio.

Cuando Bambi irrumpe en mi oficina, estoy ocupado mirando una hoja de cálculo, llena de datos que me importan una mierda. Tiene papeles en una mano, y su tableta con los nudillos blancos en la otra.

—¿Puedo ayudarte? —pregunto.

Golpea los papeles sobre mi escritorio. —Mi aviso. Tendré mis cosas listas para fin de mes.

—Vaya —cierro mi laptop y alzo una mano apaciguadora—. Espera. Bam, siéntate y habla conmigo —hago un gesto hacia la silla que apartó cuando entró corriendo.

—Ah, ¿quieres *hablar*? ¿*Ahora*? —se cruza de brazos y me mira, pero al menos se sienta—.

Claro, hablemos. Hablemos de la niña que no deja de llorar desde que llegó a casa y le arrancaron *todo su puto dormitorio* y la metieron en un pequeño armario al otro lado del complejo.

Miro fijamente una mancha de esmalte encima de mi escritorio. —Las cosas cambiaron.

—Ajá. ¿Cómo qué? —Bambi tiembla de ira—. ¿Qué podría haber cambiado tanto para que seas oficialmente el mayor gilipollas del mundo?

—Cuidado, Bam. Estás peligrosamente cerca de la insubordinación.

Ella amplía su sonrisa de tiburón. —Ay, estoy mucho, mucho más allá de eso. Pero no hay nada que puedas hacer al respecto porque renuncié, joder —levanta los papeles para recordármelo y los deja encima de mi laptop cerrada.

—No puedes renunciar. Te necesito.

Sus cejas se alzan y suelta una carcajada. —¿A mí? No, no me necesitas. Los abogados abundan y, créeme, pagas lo suficientemente bien como para poder elegir entre todos. A quién *necesitas* actualmente está escondiendo esos jodidos feos moretones alrededor de su cuello que, lo juro por Dios, Demyen, será mejor que sea por sexo duro o me aseguraré de que *jamás* resuelvan tu caso irresuelto.

Vaya… mierda. He visto a Bambi apasionada, pero… *joder*.

¿Y Clara tiene moretones en el cuello?

Cierro los ojos e insto a la bilis a bajar por mi garganta. —¿Es eso una amenaza, Srta. Watkins?

Odio hablarle así. Pero tengo que mantener el orden, o toda esta Bratva se irá a la mierda. Especialmente, si se corre la voz de que la abogada con tacones de aguja tiene mis bolas cuidadosamente metidas en su maletín junto a sus declaraciones.

—Por supuesto que no, Sr. Zakrevsky —se levanta y me extiende la mano. Dudo en aceptarla, pero lo hago. Ella me sacude la mano un poco y usa su mejor “voz de abogada” cuando sisea—: Es una puta promesa.

Entonces, el torbellino que es Bambi Watkins sale de mi oficina de la misma manera que entró. Cabreada y lista para la guerra.

Nunca pensé que ella declararía la guerra contra *mí*.

Hojeo cuidadosamente sus documentos de renuncia. Luego, los apilo cuidadosamente, me aseguro de que todo esté en orden y los rompo en pedacitos hasta que mi escritorio queda cubierto de confeti.

Bambi no es solo mi abogada. Es familia. Es prácticamente una hermana para mí.

Probablemente por eso sabe que no la golpearé a pesar de que acaba de amenazarme a mí, el *pakhan*.

La puerta se abre de nuevo. ¿Qué es esto, horario de oficina?

Pavel entra. Su propia expresión es sombría. Al menos está mucho más tranquilo que su colega.

No es que me guste la forma en que me mira mientras se sienta lentamente en la silla frente a mi escritorio.

—Tenemos que hablar.

—¿Ni siquiera estamos follando y me vas a dar el discurso de ruptura?

Él logra esbozar una pequeña sonrisa, pero suspira y va directo al grano. —Estás a punto de perder la Bratva.

Me congelo. Sé que no acabo de oír lo que creo que acabo de oír. —¿Disculpa?

Pavel se muerde el interior de la mejilla y mira por la ventana antes de responder. —Se está corriendo la voz sobre cómo estás tratando a Clara. Y a Willow. Y por qué.

—No es asunto de nadie, joder —me quejo mientras busco una petaca dentro de mi cajón superior. Necesito un trago fuerte.

—Lo es cuando demuestra una clara incapacidad para tomar decisiones racionales basadas en evidencias y hechos.

—¿Qué estás…?

—Ella tuvo un *sueño*, Demyen. Un puto *sueño*. Y por eso has desarraigado y trastocado sus vidas —él permanece tranquilo. No levanta la voz ni un solo decibelio.

Pero eso siempre fue lo que hace de Pavel una fuerza intimidante a tener en cuenta.

Entrecierro los ojos hacia él. —Dijo que era un recuerdo. Recordó haber envenenado a Michael Little.

Pavel asiente y reflexiona. —Vale. Justo —se recuesta en la silla por un momento de silencio y luego se ríe—. Hombre, hablando de sueños, debo contarte sobre el que tuve la otra noche. Fue *salvaje*.

—¿Ah?

—Sí. Tan jodidamente sexy también. Me desperté empapado de sudor —él se ríe y sacude la cabeza—. Puedo entender totalmente tu enamoramiento por ella. Si mi sueño sirvió de indicación, Clara es una *loca* entre las sábanas.

De repente, veo rojo. —¿Qué carajo acabas de decir?

Pavel se inclina hacia adelante y baja la voz. —Me escuchaste. Tuve un sueño sexual con Clara Everett.

Mi mandíbula se aprieta. Me está incitando y no voy a morder el anzuelo.

—¿Qué harás, Dem? O sea, sí, puedes llevarme afuera y dispararme frente a tus *vors*. Luego podrás explicarles cómo tu nueva estrategia para el futuro de la Bratva consiste en basar las decisiones importantes que alteran la vida en los sueños de las personas. Ah, y la palabra de niños traumatizados. Ambas tienen mucho sentido como bases sólidas para un liderazgo eficaz.

Quiero decirle a Pavel lo mismo que le dije a Bambi: está muy cerca de la insubordinación.

Algo me dice que a él no le importará de ninguna manera.

—Escuché que Bambi renunció —salta de tema, pero ambos sabemos que están conectados entre sí.

Me recuesto en mi silla y hago una mueca. —Solo necesita tiempo para calmarse. Ella no conoce la historia completa.

—¿Importa?

—¿Qué?

—¿Importa si conoce toda la historia o no? —Pavel se encoge de hombros—. O sea, yo conozco toda la historia y la única razón por la que no renuncio es porque siempre he creído en un buen regreso. Y porque sé que estarás bien jodido si renuncio.

No puedo ignorar las advertencias que está lanzando a diestra y siniestra. Incluso si todo esto socava mi autoridad como *pakhan*. —Las cosas no pueden ser tan malas.

—Mako intentó renunciar al día siguiente de tu regreso. Lo convencí de aguantar por el bien de Willow. Tres de tus *vors* hablan de contratarte un psicólogo. Cuatro de ellos se preguntan si realmente has perdido la cabeza. El resto se prepara para que se arme la gorda y toda la Bratva se desmorone porque su *pakhan* prefiere escuchar las pesadillas de una mujer profundamente traumatizada y utilizar nuestros valiosos recursos para perseguir una venganza personal que centrarse en realmente fortalecer la Bratva.

Mi lógica es realmente escuchar lo que dice. Y estar totalmente de acuerdo. Dicho en voz alta, es ridículo. Es un liderazgo terrible. Es francamente irresponsable.

Mi orgullo, sin embargo, quiere que Pavel se calle para poder volver a contemplar las noventa formas diferentes en que puedo hacer de la vida de Clara un infierno.

El orgullo me asegura que siempre tengo la razón y nunca tomo malas decisiones.

La lógica se está riendo a carcajadas.

—¿Qué crees que debería hacer?

Junta los dedos y me estudia. —Deja ir a la ballena blanca, Ahab. Antes de que tu tripulación se amotine y todo el puto barco se hunda en el fondo del océano.

Frunzo los labios. Luego, sacudo la cabeza. —No puedo renunciar a Tolya.

—No me refiero a Tolya —Pavel inclina la cabeza en dirección a la nueva habitación de Clara—. Me refiero a la mujer que hizo todo lo posible para brindarte la información que tienes porque es una persona buena, decente y amable. No una asesina prodigio que empezó a matar en la escuela primaria.

Junto mis molares. Él no dejará pasar esto. Nadie, al parecer, va a dejar pasar esto.

—Ah, y para que lo sepas —continúa—, recibí informes completos sobre su madre. Fue *asesinada*, Dem. Golpeada hasta la muerte y apenas reconocible. Te ahorraré la lectura completa de su autopsia… pero, créeme, si lo vas a leer, no querrás comer antes.

Arrugo la frente. —Dijo que su madre murió en un accidente.

—También dijo que su madre se suicidó. Su historia cambia porque en realidad no lo sabe, Demyen. Y eso es lo que intento decirte. Su propia madre fue asesinada, probablemente en su propia casa, por alguien que definitivamente no era Clara y que definitivamente no tiene problemas en matar a personas que le molestan.

—No estarás sugiriendo que Greg Everett envenenó a su propio socio y mató a su propia esposa y luego mintió sobre ambos, ¿verdad?

Pavel me mira con incredulidad. —Es una teoría mucho más plausible que la de una niña de ocho años que aprende a preparar café solo para poder envenenar al único tío que realmente fue amable con ella —suspira y lentamente se levanta de su silla—. Sabes, honestamente pensé que la amabas. Realmente, todas las señales estaban ahí… y hombre, estaba tan feliz por ti —me da una sonrisita triste—. Ahora me alegro de haberme equivocado. Ella merece algo mucho mejor que tú.

Mi segundo al mando sale tranquilamente de la oficina, pero se lleva mi cordura con él.

CLARA

La primera mañana en Fiyi, estaba bastante segura de que no había viajado bien.

La segunda mañana, pensé que mis nervios estaban destrozados porque Demyen estaba siendo tan encantador, perfecto y romántico.

La tercera mañana, me sentí tan asqueada por el repentino latigazo de la ira de Demyen.

Y la cuarta… y la quinta… y todas las mañanas durante una semana.

Tal vez sea porque lloro hasta quedarme dormida todas las noches. Se ha convertido en mi nueva rutina: despertarme, vomitar, sentarme en esta habitación vacía y mirar la pared. Luego, saludar a Willow cuando regresa a casa de la escuela como si no pasara nada, cenar junto a la piscina, tratar de acostarla en la cama sin que me pregunte por qué Demyen la odia.

Qué hizo para que él la odiara.

Qué hizo mal para poder arreglarlo.

Cuando termino, apago las luces, cierro la puerta y trato de llegar a mi habitación sin romper a llorar en el camino.

Y luego me acurruco en un rincón y lloro hasta desmayarme.

Luego, lo repito todo de nuevo.

El día que regresamos, el personal de Demyen estaba terminando de trasladar la habitación de Willow del solárium a una habitación de invitados sin ventanas cerca del segundo patio. Ella estaba tan confundida y tan aterrorizada al ver a toda esa gente solo arrastrando sus cosas desde su pequeño paraíso favorito a una pequeña y fría habitación lejos de su Demmy. La cargué en mis brazos mientras ella lloraba y seguía preguntándome qué había hecho mal.

Cuando corrió hacia Mako y sollozó disculpa tras disculpa, él al menos tuvo la decencia de agacharse a su nivel y prometerle que no hizo nada en absoluto.

Logré convencer al personal de trasladar las cosas de Willow a lo que habría sido mi nueva habitación, pues esa era un poco más grande y al menos tenía una ventana que daba a la piscina más pequeña.

Fue durante la mudanza que Gloria se me acercó y en voz baja me hizo saber que me habían

“echado”. Dijo que, por supuesto, todavía estamos obligadas a quedarnos aquí por nuestra seguridad. Pero ya no soy empleada de la casa Zakrevsky.

Me apretó las manos y me aseguró que todo saldrá bien. —Dios no te abandonará ahora, cariño… y a veces, la gente solo necesita un sólido revés cósmico para recuperar el sentido común.

He estado en esta habitación desde entonces. Un colchón doble desnudo, sin ventanas. Un baño básico con una pequeña ducha, pero sin artículos de tocador. Técnicamente no necesito ninguno, pero ya no quiero oler a Demyen.

Cada vez que lo hago, empiezo a llorar de nuevo.

Pavel ha estado llevando a Willow a la escuela. Intenté unirme a ellos la primera mañana de regreso, pero él me detuvo discretamente y solo me dijo—: Lo siento. Órdenes del jefe.

Así que me sorprendo un poco cuando Bambi aparece esta mañana, con las llaves del auto en una mano y un saludo amistoso en la otra. —¡Hola, cariño! —llama a Willow—. ¿Puedo llevarte hoy?

Eso realmente logra animar a Willow. Sonríe y asiente, luego espera pacientemente en la sombra cuando Bambi me indica que quiere hablar conmigo un momento.

—Oye —Bambi respira en voz baja cuando se acerca a mí. Sus ojos se posan en mi cuello y se endurecen—. ¿Clara? Es eso…

—No es nada —inconscientemente me toco el cuello y cubro los leves moretones de los dedos de Demyen con los míos. —Lo que pasa en Fiyi, ¿sabes?

Ella entrecierra su mirada hacia mí como si pensara que estoy llena de mierda, pero no insiste más. —Veo que hay muchos cambios por aquí. He estado principalmente en la ciudad, preparándome para una nueva ronda de apelaciones. ¿Parece que se mudaron?

Asiento con la cabeza. —Demyen decidió que estaríamos mejor aquí.

—¿Ah, así lo hizo? Hm.

—Sí —miro a Willow, cuyo rostro ha vuelto a caer en la sombra de tristeza que ha estado allí desde el viaje en avión—. Él es el jefe.

—Sí que lo es —Bambi se pasa la lengua por los dientes mientras mira pensativamente la piscina —. Sabes que puedes venir a mí, Clara —espeta de repente—. Por lo que sea.

Honestamente, no estoy segura de poder hacerlo. Pero sonrío y asiento en agradecimiento. —Te lo agradezco. Y tú también.

—Sí —se gira y camina hacia Willow, extendiendo su mano—. Venga, princesa. Nuestra cuadriga espera.

Espero hasta que doblan la esquina y se pierden de vista. Luego, entro a mi habitación, cierro la puerta y me siento en el suelo.

Estoy sentada allí desde entonces.

Al menos está silencioso. No tengo que escuchar la voz de Demyen por teléfono ni encontrarme con él en la cocina. No viene mucho a esta parte del complejo, y Gloria ha tenido la amabilidad de abastecer la cocina secundaria con lo suficiente para que Willow y yo podamos sobrevivir.

Me siento enferma.

Me siento enferma de muchas maneras.

El único otro hombre en el que pude depositar mi confianza, sin ningún temor, fue Michael Little. "Tío Mike" para mí. Algo instintivo en mí sabía que él era un buen hombre y nunca hizo nada para demostrar que estaba equivocada.

Cuando veía los moretones por el trato que me daba Papá, preguntaba sobre ellos y se aseguraba de que Papá supiera que estaba preocupado. Por supuesto, Papá siempre lo interpretaba como si yo fuera una niña torpe con un equilibrio terrible. Ambos se reían.

Solo… no puedo recordar, no claramente, esa tarde que vino a tomar un café con Papá. Pero, de alguna manera, ¿lo soñé como si estuviera sucediendo de nuevo? Sacar la taza de café del mostrador, caminar con ella hacia la sala de estar y entregársela al tío Mike…

Pero ¿por qué?

—*Osita Clara, ¿puedes traernos nuestros cafés?*

Papá me envió. Recuerdo que me pidió que fuera a buscar sus tazas a la cocina. Era un juego a juego, uno de esos que vienen con las cajas de vajillas económicas en la megatienda.

Cogí una y se la entregué al tío Mike. Luego volví a buscar la otra para Papá.

Mamá no estaba allí. Ella estaba durmiendo.

Lo que significa…

Otra oleada de náuseas me recorre y apenas puedo llegar al baño a tiempo. Es una arcada seca, pero aun así me tiene de rodillas. Rápidamente me recojo el cabello y me aferro a los bordes del cuenco de porcelana por mi vida.

No había estado tan enferma en años. Debería llamar a alguien, como a Bambi o incluso a Pavel, pero ¿qué les voy a decir? Probablemente sea algún virus que cogí después de tanto viajar. He oído que eso puede pasar, ¿verdad?

La última vez que mi salud estuvo así, Martin se acercó a mí y me exigió saber qué diablos me pasaba. Como si fuera un producto dañado, que podría terminar devolviendo al vendedor.

Su tono cambió cuando descubrimos que estaba embarazada. Ahora que lo pienso, esos fueron algunos de los mejores meses de nuestra relación. Seguía siendo un monstruo, pero un monstruo que valoraba la salud y la seguridad de su prole. Él sabía tan bien como yo que haría cualquier cosa para mantener a mi bebé seguro, feliz y saludable.

Así que lo hice. Día tras día, noche tras noche, intercambiaba tareas domésticas, cocina y sexo a cambio de un mejor trato.

Cuando nació Willow, me vendí a él más veces de las que podía contar solo para que él

redirigiera sus frustraciones hacia mí. Si lloraba demasiado fuerte por la noche, la acunaba para que se durmiera y lo apaciguaba lo mejor que podía. Si derramaba algo o rompía algo suyo, diría y haría cualquier cosa para mantenerlo alejado de nuestra bebé.

Estoy dispuesta a hacerlo todo de nuevo.

Solo que esta vez no estoy luchando contra Martin.

Salgo del baño a trompicones y vuelvo al rincón elegido de la habitación y me deslizo hacia abajo, hasta adoptar una posición fetal arrugada contra la pared. Las cosas se sienten más cómodas de esta manera. Como si no mereciera nada mejor.

Fui demasiado confiada.

Demasiado relajada.

Demasiado apegada.

Dejé que Demyen se convirtiera en parte de mí y de mi vida de una manera que ningún hombre debería, si no estuviera tan estúpidamente desesperada por una pizca de amor.

Ahora… ahora, el recuerdo de lo que pudimos haber tenido crece dentro de mí.

Y cuando la puerta se abre de repente, mientras el alto marco de Demyen oscurece la entrada, decido que si caigo…

Caeré luchando como el infierno por el que él me está haciendo pasar.

DEMYEN

Voy a diagnosticar la repentina agitación en mi estómago como indigestión. Camarones malos, o lo que sea.

Sí que no tiene nada que ver con la repentina comprensión de que Clara está, y ha estado, viviendo en este pequeño armario de habitación sin ventanas desde que regresamos.

Nada que ver con verla acurrucada en el rincón más alejado, en la oscuridad, estremeciéndose cuando me mira.

Y nada que ver con cómo instantáneamente mira hacia otro lado, como si yo la repugnara.

Espero que me grite. "¿Qué quieres?" o "Vete" o "Déjame en paz". Algo imbuido del fuego que llegué a saber que ella mantiene escondido dentro de sí misma.

Pero en cambio, guarda silencio. Apenas puedo oír su respiración. Está tan quieta.

Me gusta mucho menos que su sarcasmo.

—Bambi programará una audiencia judicial para que te retractes —mejor sigo por lo que vine aquí—. Aparecerás ante un juez y les dirás que mentiste…

—No mentí.

Su voz es tan baja que casi no la oigo. —¿Disculpa?

—Me escuchaste —Clara todavía no me mira ni levanta la voz—. No mentí.

Suspiro y resisto la tentación de arrancarme el cabello. —Sí, lo hiciste. Ya hablamos de esto…

—Me obligaron. Mi testimonio fue obligado. Bajo coerción. Pero no *mentí*.

—Vale. Como quieras llamarlo, sucedió. Sucedió y manchó todo el proceso judicial de Tolya, por lo que irás ante un juez y deshacerás todo lo que hizo tu testimonio. Y luego les contarás sobre el café y cómo fuiste tú quien en realidad mató a Michael Little.

Clara se toca algo que tiene en la rodilla. —No.

Paso mi lengua por mis dientes y respiro profundamente. —¿Y por qué no?

—Porque yo no lo maté.

Necesito que coopere, así que decido no atravesar la puerta con el puño. Ese molesto susurro en ese molesto punto dolorido en mi pecho sigue susurrándome que no sea tan idiota.

Cálmate. Escucha a Pavel. Escucha a Bambi.

Escucha a Clara.

—Le diste el café envenenado, ¿no? —respiro profundamente otra vez. *Voy a mantener la calma… Voy a mantener la calma… Voy a mantener la calma…*

Clara de repente se ríe. —Sí, Demyen. Iré ante un juez, funcionarios judiciales y agentes de policía y diré que yo, cuando era una niña de ocho años, tomé lo que sabía de un libro infantil sobre plantas y las planté, cultivé, coseché, extraje y usé lo que sabía que era un veneno orgánico que imitaría específicamente un ataque cardíaco en el café que aprendí a preparar yo misma… todo para poder envenenar al único adulto en mi vida al que le importé un carajo.

Entrecierro los ojos hacia ella. No aprecio el sarcasmo.

—Es lo que quieres, ¿no? —apoya su cabeza contra la pared y me mira con furia—. No te importa que sea verdad o realista. Solo quieres que yo cargue con la culpa del asesinato del tío Mike.

Cierro la puerta de una patada detrás de mí y enciendo el interruptor de la luz. Luego, cruzo los brazos sobre el pecho para no empezar a cerrar los puños. Ella realmente está presionando mis malditos botones. —Eso no es lo que quiero y lo sabes.

Ella fija su mirada en mí. Es solo un poco inquietante. —Pero es lo que obtendrás.

—Quiero que mi hermano salga de prisión. Eso es todo. Quiero que se corrijan los errores y que Tolya sea liberado.

—Bueno, ¿adivina qué? —la voz de Clara de repente atraviesa la habitación, con una ferocidad que no esperaba en absoluto—. ¡No puedes tener todo lo que quieres!

—Cuidado…

—¿O qué? ¡¿Qué harás?! —se pone de pie y me mira con un desenfreno en sus ojos que surgió de la nada—. ¿Qué me harás por decir la verdad, Dem? ¿O es solo *tu* verdad lo que puedo decir?

¿Cuánto tiempo lleva dentro de esta habitación?

Por el amor de Dios, ya se está desquiciando.

—Porque esta es la verdad: quieres que me mate a mí y a mi hija solo para poder recuperar a tu precioso hermano. Que se jodan todos los demás mientras puedas tener tu felices por siempre, ¿verdad?

—Sabes muy bien que eso no es…

—¡Sí que lo es, *joder*!

Casi doy un paso atrás en estado de shock.

Clara nunca me había gritado así antes.

Respira hondo unas cuantas veces y me mira fijamente mientras sus dedos se curvan en las palmas. —Si me obligan a acudir a los tribunales, desacreditarán a mi padre y pondrán en duda toda su carrera. *Tendrán* que arrestarme por asesinato después de que básicamente confiese haberlo hecho. ¿Y qué crees que les pasa a los niños cuando arrestan a uno de sus padres, eh?

Las náuseas vuelven. Extiendo la mano para tocarle el brazo y calmarla, pero ella se estremece y rápidamente se aleja. Mi mano se mueve torpemente entre nosotros antes de dejarla caer a mi costado nuevamente. —Te lo dije. No le pasará nada a Willow.

—¡No tienes opción! ¡No hay nada que puedas hacer! En el momento en que me arrastres a la corte, mejor podrías entregársela a Martin y olvidar que jamás existimos. Porque si mi padre no me mata por volverme contra él, los convictos en prisión que lo odian definitivamente lo harán —Clara solloza con fuerza y sacude la cabeza, apartando la mirada de mí otra vez—. Y, si Martin no la mata en un año, la drenará de todo lo que es hasta que decida morir por su propia cuenta.

Mi lado irritado que solo quiere que todo esto termine piensa que está siendo demasiado dramática. Que es solo una estratagema para retrasar lo inevitable.

La parte de mí que realmente podría preocuparse por Clara y Willow está aterrorizada de que pueda tener razón.

Detesto la posición en la que me puso. Se supone que no debo cuestionar mis propias decisiones. Esta es mi casa, mi Bratva, *mis putas reglas*, y no permitiré que ella ni nadie me diga qué hacer.

—Tú eres la que no tiene otra opción —gruño—. Pagarás por lo que hiciste y por lo que te niegas a hacer de una forma u otra.

Clara niega con la cabeza y me mira con una tristeza a la que no puedo permitirme prestar atención. —Adelante —dice, volviendo repentinamente a su estado debilitado. Es como si su arrebato de treinta segundos hubiera agotado la poca energía que le quedaba. Se apoya pesadamente contra la pared y se aleja de mí—. ¿Qué es peor que el infierno?

Y, justo así, lo registro como un desafío.

¿Cree que sabe cómo es el infierno? ¿Cree que ya ha saldado sus deudas?

No se lo digo. No le doy la dignidad de una respuesta. Simplemente la dejo en esa habitación y regreso a la oficina, enviando algunos mensajes de texto para preparar las cosas para este fin de semana.

Ella no quiere ir a la corte… vale. Jodidamente *bien*.

Hay otras formas de conseguir lo que quiero. Y lo que quiero es que Clara Everett me suplique por una oportunidad para hacer las cosas bien…

Y el placer de decirle que es demasiado tarde.

CLARA

Han pasado días desde que perdí la cabeza con Demyen.

Una parte de mí desearía no haber explotado así con él.

Otra parte de mí se siente más ligera. Aliviada. Reivindicada.

No tiene idea de lo que me está pidiendo… exigiendo, en realidad… que haga. Pero ¿cómo podría hacerlo? No estoy de humor para decirle lo que acabo de descubrir por mí misma. Lo que todavía estoy luchando por comprender en medio de toda esta angustia y tanta mierda.

Porque eso es exactamente lo que es. Es una angustia dolorosa y una mierda total.

Y ocultarle mi embarazo es la única carta de mi mazo que me queda por jugar.

Acabo de acostar a Willow. Todavía está tratando de procesar todos los cambios y me sigue rompiendo el corazón verla tan triste, tan confundida y tan traicionada. No entiende por qué Demyen ya no quiere ser su amigo. No entiende por qué no puede estar en su antigua habitación.

Desearía mucho poder hacer la comprensión por ella. Pero no puedo.

Estoy sentada en el rincón habitual de mi habitación, esperando que el sueño me deje inconsciente, porque mi mente no deja de correr a un kilómetro por minuto, cuando se abre la puerta.

Es Demyen.

Y *odio* cómo mi corazón salta de emoción, como si realmente quisiera verlo.

Agarra una tela con una mano y el pomo de la puerta con la otra. —Vístete. Vamos a algo —tira la tela sobre la cama sin usar.

—A “algo”?

—Un evento de gala. Vendrás conmigo, como mi cita.

Corazón estúpido. Salta de nuevo y tengo que asfixiarlo con los recordatorios de mi cerebro de que Demyen me odia. Que de ninguna manera seré su “cita” en un sentido romántico.

Miro la tela ahora acumulada sobre la cama. Es de un rosa suave y pálido, casi color champán, y parece hecho de la seda más delicada y adornado con diamantes.

O quiere que me vista como una reina o como una puta y, de cualquier manera, tengo la sensación de que estoy jodida.

—¿Tengo una opción? —soy lo suficientemente estúpida como para preguntar.

Demyen me mira fijamente. —No.

—Qué pasa con…

—Bambi estará aquí para cuidar a Willow. Igual que varios de mis hombres.

No hay calidez en su voz cuando lo dice. No como solía haber… garantías de que, por muy alterados que estén mis nervios, siempre mantendrá a Willow sana y salva y alejada de sus monstruos.

Ahora lo hace parecer más bien una amenaza. Como en "Haz lo que te digo o la niña saldrá herida".

Mi corazón se rompe de nuevo, como si aún quedara algo por hacer añicos. Tengo que esperar y rezar para que una parte de él todavía se preocupe lo suficiente por Willow como para no hacerle nada, independientemente de lo que sienta por mí.

—Dem…

—Tienes una hora.

Y luego, se va. No cierra la puerta. En su lugar, aparece rápidamente Bambi. Me hace un gesto en silencio para seguirla, así que agarro el vestido y pienso: *¿Por qué no?*

Lo que sea que esté a punto de suceder será mejor que los tribunales.



EL RIZADOR se siente caliente cuando envuelve mi cabello cerca del cuero cabelludo. Casi desearía que lo quemara todo. Verme tan dañada como me siento.

Por otro lado, empiezo a entender por qué la etiqueta de advertencia dice "*Solo para uso externo*". Alguien alguna vez tuvo ganas de meterle el extremo caliente en el culo a su ex, estoy segura.

Joder. Ahora me refiero a Demyen como mi "ex". Como si alguna vez hubiéramos sido algo para empezar.

La peor parte es que el dolor en mi corazón se siente como si lo fuéramos.

Bambi intenta sonreírme en el espejo, pero está llena de tristeza. —Te ves hermosa —murmura en voz baja, envolviendo otro mechón alrededor de su barril.

Ojalá pudiera sentirme tan hermosa como dice que me veo. A diferencia del último "vestido" que Demyen me dio para usar, este es un vestido de noche real de seda literal que se arremolina alrededor de mis piernas cada vez que doy un paso. Hay una abertura en un muslo que llega casi hasta mi cadera, y la forma en que la tela cubre mis curvas deja poco a la imaginación. Una vez

más, no se me permite usar ropa interior.

Al menos, esta vez puedo agacharme sin mostrar mi trasero a la mitad del desierto.

En días más felices, podía verme tentando fácilmente a Dem para que se olvidara de todo bajo las estrellas con este vestido.

Ahora me siento como un trofeo ignorado al que quita el polvo para mostrarlo.

Bambi coloca suavemente el rizo final a lo largo de mi hombro, luego deja la plancha y la desenchufa. Coge su bolsa de maquillaje, saca una brocha y una paleta de maquillaje brillante y luego me gira en la silla para mirarla.

Puedo notar que está tratando de no mirarme directamente. Al menos no a los ojos. Parece que no ha sonreído en días.

—Willow está a salvo —me echa un poco de polvo dorado brillante sobre la clavícula—. La vigilaré de cerca y me aseguraré de que esté bien.

Hay algo en la forma en que lo dice que me hace retroceder. —¿Bam…?

Ella evita el contacto visual y aplica el brillo en mi otro hombro.

Mis peores temores empiezan a materializarse justo frente a mí. —Yo… no volveré, ¿verdad?

La mujer mano derecha de Demyen se detiene a mitad del brillo. Por primera vez desde que estoy aquí, creo que ella podría no estar en la misma página que su jefe. La forma en que su tristeza se convierte en ira, y luego algo que me recuerda a la rabia…

Pero luego, parpadea y lo oculta todo detrás de su típica máscara de profesionalismo.

—Sé que… —decido que vale la pena intentar conseguir su ayuda, de todos modos. Si hay una pizca de ella de mi lado, quizá haya esperanza. Al menos, esperanza para Willow—. Sé que eres leal. No puedo pedirte que lo traiciones y sé que contarme cosas es un acto de traición a sus ojos.

La mandíbula de Bambi se tensa por un momento. Al menos, me dedica una rápida mirada.

—Pero… si algo parece… si parece que va a lastimar a Willow… ¿puedes sacarla?

Esto atrae su mirada hacia la mía. —Lo prometo —sin dudar. Ella suspira y su rostro cae—. Honestamente, no creo que eso sea jamás un problema. Sí, está siendo un completo gilipollas, pero siente mucho dolor…

En realidad, resoplo. No es mi intención, pero sale sin previo aviso. —¿Demyen? ¿Dolor? Claro.

Antes no me miraba a los ojos, pero ahora Bambi no me deja a mí apartar la mirada. —La gente sufre de muchas maneras diferentes y por muchas razones diferentes, Clara. No seas tan egoísta como para suponer que eres la única que sufre la miseria.

Yo…

No sé qué decir a eso.

Sinceramente, nunca se me ocurrió que Demyen pudiera estar sufriendo tanto como yo. O que

tenía algo por lo que sentirse herido.

Pero, antes de que pueda abrir la boca para preguntar qué está pasando realmente, Bambi suspira y mueve su cepillo hacia un lado. —En cualquier caso, tienes mi palabra. Pavel y yo siempre nos aseguraremos de que Willow esté sana y salva.

Al menos eso ya está solucionado. Espero. —Gracias —me las arreglo para esbozar una pequeña sonrisa.

Alguien toca la puerta. Bambi lanza una rápida mirada por encima del hombro, luego se para detrás de mí y pasa sus dedos por mi cabello para soltar los rizos y alborotarlos en ondas sensuales.

Ella me rodea con sus brazos en un cálido abrazo desde atrás. —Lo siento mucho, Clara —susurra. Por primera vez desde… bueno, *jamás*, escucho su voz entrecortada—. No hay nada que pueda hacer.

Tengo razón… esto es todo. No voy a volver.

Bambi se está despidiendo.

Levanto la mano para darle un apretón y me obligo a sonreír entre lágrimas. —Está bien. Lo sé.

Otro golpe. Ambas saltamos un poco ante el sonido. Coge su teléfono del tocador y comprueba si hay mensajes… probablemente de Demyen… y luego me mira a través del espejo.

Finjo no verla deslizar su teléfono en el bolso que viene con este vestido.

Los golpes se vuelven impacientes y Bambi vuelve a ser como siempre. —¡Ya sabemos! ¡Cállate! ¿O quieres que le arroje un hierro candente y convierta esto en una visita a urgencias?

No más golpes. Me reiría si pudiera sentir una pizca de felicidad en este momento, pero no tengo tanta suerte.

Bambi toma mis manos y me ayuda a levantarme. Me mantiene allí por un momento, buscando algo en mi cara. Me atrevo a preguntarme si lo que quiere es perdón… y, de ser así, ya se lo he dado.

—Bueno, ya sabes qué hacer —murmura mientras aprieta mis dedos.

—Desearía que sí.

—Sí —ella suspira y asiente antes de alejarse—. Yo también.

Abre la puerta para dejarme salir. Demyen no aparece por ninguna parte. Probablemente ya esté en el coche, esperando a que sus guardias me escolten hasta cualquier barco de lujo que haya elegido para pasar la noche.

Mi coche fúnebre, básicamente.

Rápidamente, me giro hacia Bambi antes de que se cierre la puerta. —Por favor. Willow…

—Lo prometo, Clara —ella toma mi mano y la aprieta—. Con mi vida.

CLARA

Estoy más o menos en lo cierto: Demyen está cerca del coche, no dentro, mientras sus hombres me llevan al camino de entrada. Camina de un lado a otro, mirando su pantalla cada dos segundos, pasando una mano por su cabello antes de que parezca recordar que vamos a algún sitio agradable. Luego, inconscientemente, lo alisa nuevamente en su lugar, pero nada puede ayudar a los pocos mechones sueltos que ahora caen sobre su rostro.

Es tan trágicamente hermoso.

Mi ángel vengador.

Mi rey del inframundo.

Mi sueño convertido en pesadilla.

Siento que mis piernas empiezan a fallar. *No*… voy a superar esto. Voy a superar cualquier tortura decadente que me haya preparado y le mostraré que ya no soy la víctima aterrorizada e indefensa que arrastró por primera vez a este lío.

Demyen nos mira. Luego, vuelve a mirar y sus ojos se posan en mí. Lo siento escanearme de pies a cabeza y tengo que apartar la mirada antes de que la acalorada apreciación en ellos arranque cosas de lo más profundo de mi pecho que no quiero que me saquen.

Cuando estoy lo suficientemente cerca, me alcanza, pero me estremezco. No puedo evitarlo. No le tengo miedo de la misma manera que le tenía miedo a Martin o a mi padre… pero igual *le tengo* miedo.

Al menos, podía confiar en que ellos me harían daño.

No puedo confiar en él, punto.

Demyen frunce el ceño. Algo detrás del dolor en mi pecho cobra vida, pero rápidamente lo apago. No puedo darme el lujo de permitir que una pequeña cosa como la esperanza debilite los muros que he construido a mi alrededor.

Abre la puerta del auto y me hace entrar. No entiendo el gesto. Algunas personas simplemente están programadas así. Es una camioneta de lujo con mucho espacio para poder deslizarme muy lejos de Demyen, que es exactamente lo que hago en el momento en que entro allí.

Escucho las puertas cerrarse de golpe y encuentro algo lo suficientemente fascinante en lo que

concentrarme… como, no sé, las costuras traseras del asiento del conductor… para no tener que mirarlo tampoco.

Andamos durante unos momentos en silencio. Podríamos superar esto sin otra pelea.

—Cuando lleguemos allí —Demyen rompe el silencio con su voz suave—, deberás hacer el papel de mi novia perfecta.

Sigo mirando las costuras y hago como si no lo oyera.

—No es una solicitud.

—Nada nunca lo es —apenas me oigo hablar. No sé si me escucha.

Pero toma aire y se revuelve en su asiento. Luego—: Debes ser amable, agradable y respetable. Me representas a mí y a mi patrimonio. Tenemos mucho en juego esta noche y necesito que cooperes. No provoques problemas.

No puedo evitarlo. Mi dolor convertido en pena ahora se convierte en ira una vez más. Le deslizo la sonrisa más seductora y tímida y lentamente aleteo mis largas pestañas hacia él. —Ay, ni se me ocurriría, Sr. Zakrevsky. Siempre estaré feliz de *acompañarte*… por el precio justo.

—¿Qué tal la seguridad de Willow? —con calma se saca un trozo de pelusa de la manga y lo tira —. ¿Es ese un precio justo?

Se me cae el estómago. También el acto. —No lo harías.

Demyen me mira a los ojos con frialdad acerada. —No pretendas saber lo que haría y lo que no haría, Srta. Everett. Soy un monstruo, ¿recuerdas?

De repente, se me forma un nudo en la garganta. —No. No lo eres.

Esa fachada glacial se fractura por un breve momento. Su rostro casi se suaviza. Parece que quiere decir algo más. Algo diferente. Pero luego regresa en un abrir y cerrar de ojos.

—Como siempre, Srta. Everett, te equivocas en eso.

Vuelvo a estudiar costura de cuero y rezo que ofrecerle mi vida a Demyen en bandeja de plata sea suficiente para mantener a mi hija a salvo. Ni siquiera necesita hacer la pregunta, en realidad no.

Daría cualquier cosa por mi niña.



EN EL MOMENTO en que abre la puerta del auto, siento que voy a vomitar.

Es todo un acto. Sé que lo es.

Eso no lo hace más fácil cuando él se adelanta a mí, pone una sonrisa brillante y luego me ofrece su mano para ayudarme como el novio cariñoso que pretende ser.

Todo esto habría sido mucho más fácil de soportar hace un mes.

Cuando no sabía quién estaba detrás del nombre, detrás del glamour y el encanto, detrás de la máscara que usa dentro de su propio mundo.

Cuando no tenía el recuerdo de sus brazos alrededor de mí, sus labios en mi piel, permanentemente grabados como una marca de la que no quiero deshacerme pero que no soporto ver.

O los susurros que acarician mis oídos, recordándome que él nunca me dejará ir.

Yo soy suya y él es mío.

Eso es lo que se supone que debemos hacer creer a todos… y mientras caminamos bajo la estatua dorada de la Diosa de la Fortuna, la Dama Suerte, como se llame, siento que necesito toda la suerte del mundo para llevar a cabo esta farsa.

Hombres vestidos de esmoquin blanco nos reciben en el vestíbulo e inmediatamente nos alejan del piso principal hacia un salón más tranquilo y privado. Unas cuantas vueltas más tarde, con el apoyo rígido del brazo de Demyen mientras camino con estos estúpidos tacones de aguja, nos llevan a un inmenso salón de baile con candelabros de cristal y columnas doradas.

Es… una fiesta de cóctel.

¿Todo esto, para una fiesta de cóctel?

Demyen toma mi mano entre las suyas y envuelve su otro brazo alrededor de mi espalda. El gesto es íntimo. Casi afectuoso.

Y completamente falso, tengo que recordarme a mí misma.

La sala está llena de lo que parecen ser dignatarios extranjeros y mujeres hermosas… probablemente acompañantes de Demyen… todos hablando y bebiendo champán caro mientras se miran no tan discretamente.

Bueno, más bien, los hombres mirando a las mujeres. Y las mujeres o no se dan cuenta o no les importa.

—Quédate conmigo —murmura Demyen en mi oído. Aprieta mi cadera para hacer entender su punto—. No te apartes de mi lado. Por nada. ¿Entendido?

Quiero romperle los dedos para que deje de tocarme. —Claro, Sr. Zakrevsky.

Parece que quiere mirarme con ira fijamente. Pero mantiene su actitud de “novio cariñoso” y me da un beso en la frente. —Buena chica.

Que te den.

Joder.

Un camarero circula por la sección por la que paseamos casualmente y nos ofrece copas de champán, que automáticamente rechazo al mismo tiempo que Demyen las acepta.

Cuando arquea una ceja, obviamente queriendo una explicación, esbozo una pequeña risa falsa. —¡Tengo dificultades para mantener el equilibrio sobre estos tacones estando sobria!

Demyen parece aceptar esa razón plausible, por lo que solo se queda con una flauta. Luego, la bebe de un solo trago y deja la flauta vacía en la bandeja.

El camarero finge no juzgarlo y se aleja en silencio.

Eso me parece interesante. —¿Nervioso? —pregunto con dulzura.

Demyen frunce el ceño. —No.

—Pareces tenso.

—Estoy bien.

Ahora que lo estoy mirando genuinamente… como si me estuviera tomando un momento para estudiarlo…

No parece "bien" en absoluto. Esa vena en su mandíbula sigue latiendo cada vez que olvida que se supone que debe sonreír. Sus ojos siguen deslizándose hacia adelante y hacia atrás como si escaneara la habitación en busca de caras que no quiere ver.

Y es mi imaginación o él me abraza un poco más cerca y con más fuerza.

—Joder —susurra de repente.

Sigo su mirada congelada y casi digo la misma palabra, pero mucho más fuerte.

Papá y *Martin* están aquí.

Peor aún… nos han visto.

CLARA

Es demasiado tarde para correr y esconderme, lo sé porque la mano de Demyen en mi espalda me mantiene clavada en el lugar cuando intento escabullirme de verdad y correr. Mi único consuelo es saber que él no quiere lidiar con esto más que yo.

—Detectives Everett, Patterson —Demyen los saluda, extrañamente enfatizando la palabra "detective". Varias caras miran en nuestra dirección, y aún más dignatarios extranjeros se alejan de nosotros de manera muy obvia, mientras miran nerviosamente a mi padre y a mi ex.

Martin me examina de arriba abajo, muy cabreado. A diferencia de Demyen, que puede contener su ira detrás de una máscara de civilidad y un pequeño tic en la mandíbula, Martin se pone rojo como una remolacha y se pone nervioso casi al instante.

—¡Clara! ¿Qué demonios haces aquí? —escupe, lanzando su mirada entre Demyen y yo.

Por una vez, Demyen no interviene para responder por mí. ¿Es una prueba de mi lealtad a mi propia palabra? Si es así, tengo la intención de aprobar con gran éxito. Así que sonrío recatadamente, pongo una mano suave sobre el pecho de Demyen y mantengo mi voz suave. —Demyen pensó que sería maravilloso salir por la noche. ¿Verdad, bebé?

Demyen logra esbozar una sonrisa e inclina la cabeza encogiéndose ligeramente de hombros. —Parecía una buena idea para un fin de semana. Alejarse un rato, tomarse un descanso de los deberes de los padres —ilumina un poco más su sonrisa y se concentra en Papá—. Tienes una nieta tan maravillosa.

Puede que se sienta tenso, pero también está listo para pelear. Esas palabras bien podrían ser sus puños. Martin farfulla de rabia mientras Papá intenta mantener la paz con una mano tranquilizadora en el hombro de su compañero y una sonrisa políticamente apaciguadora a Demyen.

—Así es —coincide Papá.

Como si él lo supiera, joder… apenas ni le ha dado la hora, y mucho menos le ha dedicado suficiente tiempo para conocerla.

Las lágrimas amenazan con picarme los ojos. Me estoy dando cuenta ahora mismo, en el peor momento posible, de que Demyen ha pasado más tiempo y cuidado por Willow que su padre y su abuelo *juntos*.

Y, sin embargo, aquí estamos. Fingiendo que no todo se ha ido a la mierda.

Papá mira mi apariencia y frunce el ceño. —En serio, Clara, ¿ese vestido es apropiado?

—Es tan apropiado como su asistencia aquí, detectives —bromea Demyen. Logra esbozar una sonrisa tensa, agarra otra flauta de champán que bebe de un solo trago y me aleja de la conversación cada vez más incómoda.

—Gracias —le murmuro una vez que estamos fuera del alcance del oído.

—Malditos idiotas —es su única respuesta.

Esto parece un evento extraño para cualquiera de los dos. A Papá nunca le gustaron mucho los eventos sociales… solo iba a cenas si sus superiores se lo ordenaban o si beneficiaba su carrera en la policía de Las Vegas.

¿Y Martin? Por favor. Me sorprende que tenga algo más que el traje de detective estándar por el que ha estado luchando por ponerse últimamente. Supongo que actualmente lleva puesto algo alquilado.

Lo que plantea más la pregunta: *¿Por qué?*

—¿Qué hacen aquí? —le pregunto a Demyen, con cuidado de mantener mi voz más baja que un susurro.

Sacude la cabeza, sin apartar la vista de la multitud ni una sola vez. —Olvídalo, Clara.

Discutiría con él si no fuera por la clara advertencia en su tono. No es algo que me lance solo por diversión… en realidad me está advirtiendo que me ocupe de mis propios asuntos.

Y, de nuevo, ese agarre alrededor de mi cintura se vuelve un poco más fuerte. Casi como si tuviera miedo de perderme entre la multitud si se afloja.

Definitivamente, algo anda mal.

Deambulamos por el salón de baile un rato más, dejando las bromas y las presentaciones a Demyen mientras yo sonrío, río y felicito a nuestro paso entre la multitud. Un hombre se acerca para tocar las puntas de mi cabello y dice algo sobre “stock exquisito”, a lo que Demyen responde alejándome y lanzándole una mirada. No es una mirada furiosa, sino una advertencia.

—Ah, ¿es tuya? —pregunta el hombre, desconcertado.

—Exclusivamente —Demyen mantiene la calma, pero de nuevo… escucho esa advertencia en su voz.

Y, de nuevo, mi estúpido y jodido corazón que nunca aprenderá da un vuelco y le sonríe, esperanzado.

—Bueno, avísame si alguna vez estás en el mercado —el hombre me guiña un ojo, aunque se dirige a Demyen—. Qué belleza tan exquisita. Te convertirá en un hombre muy rico.

No sé de qué diablos habla, pero me da muy mala vibra. Y parece que a Demyen también, porque su sonrisa es tensa y su asentimiento aún más firme. Cuando me aleja, prácticamente me lleva de los brazos.

—Esta fue una jodida mala idea —murmura para sí mismo. Una vez que nos alejamos del extraño caballero y su recatado séquito, Demyen me mira—. Tenemos que irnos. Ahora.

—Pero acabamos de llegar —no es que esté discutiendo la idea. Estoy más que feliz de dejar esta extraña reunión y regresar a mi habitación sin ventanas junto a Willow. Solo que no puedo identificar lo que está pasando. Por qué esto se siente tan *mal*.

O por qué Demyen actúa como si venir a esta fiesta fuera la peor idea que jamás tuvo.

—No discutas conmigo —pone su mejor sonrisa, pero gruñe con los dientes apretados mientras simultáneamente me acompaña al otro extremo del salón de baile.

—No estoy…

—Sr. Zakrevsky.

Un par de hombres vestidos con esmoquin completamente negro nos interrumpen casualmente antes de llegar a lo que parece una salida trasera. Huelen a colonia cara y miran a Demyen con una combinación de respeto y civismo forzado. Como si no quisieran cabrearlo, pero tampoco estuvieron de humor para discutir.

—El Sr. Watanabe quiere hablar contigo.

—Él insiste —añade rápidamente el segundo hombre.

¿*Watanabe*? Conozco ese nombre. ¿De dónde lo conozco?

Watanabe…

Espera. Raizo.

Raizo Watanabe.

Joder.

Estos hombres son Yakuza. Tienen que serlo. Son Yakuza, interceptando a Demyen, y Papá está justo allí…

La sensación de que algo no está bien se convierte en una alarma a todo volumen con luces brillantes y una sirena ensordecedora.

Demyen aprieta la mandíbula mientras lo piensa. Luego se gira hacia mí y prácticamente me agarra la barbilla para hacerme mirarlo a los ojos. —No te muevas. No te muevas de este maldito lugar exacto. ¿Lo entiendes?

Asiento. Siento que estoy siendo la mayor idiota del mundo al confiar en él una vez más, pero aquí estamos y aquí estoy yo. Asintiendo y escuchando la parte de mí que “sabe” que hará lo correcto. Él me protegerá.

Ojalá.

Tal vez.

—Estaré aquí —prometo. Hay un sillón en el que puedo sentarme, así que lo hago. Parece aliviar

un poco su tensión, porque deja escapar un suspiro y asiente a los hombres.

Una vez que se van, empiezo a rezar para que nadie se acerque a mí. *Déjame en paz, mundo*. No soy nadie, no estoy aquí. No valgo la curiosidad de nadie.

Dios o la suerte o quien sea parece estar escuchándome, porque en su mayor parte no me molestan en absoluto. Uno o dos camareros se acercan para ofrecerme champán, pero les agradezco amablemente y sacudo la cabeza.

No sé a dónde se ha ido Papá y no tengo ganas de averiguarlo. Por un lado, no quiero jugar con el lado bueno de Demyen rompiendo inmediatamente mi promesa y su confianza al dejar este lugar exacto.

Pero tampoco quiero saber por qué está Papá aquí. Definitivamente no está encubierto, pero obviamente tampoco es amigo de todos. Y, como no veo a nadie más de la policía de Las Vegas aquí… hasta donde puedo ver… significa que está aquí a título no oficial.

Pero ¿haciendo qué?

No, no quiero saberlo. No *necesito* saberlo.

Lo que sí necesito saber es dónde está el baño más cercano.

He estado ignorando la creciente presión en mi vejiga desde que llegamos aquí, principalmente porque tenía muchas más cosas en la cabeza y el agarre férreo de un hombre sobre mí adhiriéndome a su costado. Pero, ahora que estoy sola, sentada y algo relajada, mi cuerpo me insta a buscar un baño rápidamente y regresar corriendo aquí antes de que Demyen regrese.

Miro a mi alrededor para asegurarme de que todavía no está antes de agacharme hacia la misma salida trasera por la que nos había estado corriendo. Las puertas se abren a otro pasillo tranquilo, este un poco más pequeño y claramente diseñado para ser un área de baño para que los invitados se empolven la nariz.

Gracias a Dios. Esta será la pausa para orinar más rápida que jamás haya…

Una mano agarra mi brazo y tira con fuerza. Otra mano se cierra sobre mi boca.

—Pequeña puta.

Se me hiela la sangre.

Martin entierra su rostro en la curva de mi cuello e inhala profundamente. Él tararea su aprobación y luego me arrastra de regreso a las sombras, donde ambos sabemos que nadie nos verá.

CLARA

—Pequeña puta. Pequeña puta de mierda.

—¡Quítame las manos de encima! —siseo, alejándome de él.

Martin vuelve a agarrarme del brazo y aprovecha el impulso para golpearme contra la pared. —Cállate o te daré algo por qué gritar.

Me congelo. Ha dicho eso muchas veces antes.

Él siempre cumple.

—Me has estado jodiendo con ese bastardo de Zakrevsky —me agarra la barbilla y me obliga a mirarlo—. Abriendo las piernas para la mafia, ¿eh?

Intento alejarme de nuevo, pero él presiona con más fuerza.

—Ni una puta posibilidad, Clara —la otra mano de Martin recorre mi cuerpo—. Es hora de que finalmente sepas a quién perteneces.

—No… a ti… —me las arreglo con los dientes apretados.

Pasa una mano por mi cintura hasta mi pecho y aprieta con fuerza. Cuando me pellizca el pezón entre el pulgar y el índice, mi gemido de dolor le hace sonreír.

—¿Ves? —dice, como si disfrutara esto con él—. Sé lo que necesitas. Una mano firme. Un recordatorio diario de quién es tu dueño. Ese soy yo, bebé. Yo y nadie más.

Sacudo la cabeza tanto como su mano me lo permite. —Nunca. Vete a la mierda.

La bofetada llega sin previo aviso. Escucho el crujido contra mi cara antes de sentir el ardor del golpe florecer en mi mejilla. El otro lado de mi cara se estrella contra la pared.

Martin me levanta el vestido y mete una mano entre mis piernas para tocarme. —Esto es mío, perra egoísta. Todo mío. ¿Lo entiendes?

Las estrellas explotan en los rincones de mi visión. Su voz a veces se vuelve borrosa en mis oídos. Pero, sobre todo, siento que me agarra y me aprieta donde menos lo quiero. Ya es bastante malo que sienta que se le permite tocarme allí. Es peor cuando comienza a frotar sus dedos y a presionar dentro de mí.

—Toda. Jodidamente. Mía —Martin sonríe y retira la mano, gracias a Dios. Pero luego, se lame cada dedo y sonríe—. Dios, te extrañé, bebé.

—Sigue extrañándome —escupo a sus pies—. No voy a volver contigo.

Me golpea de nuevo, pero esta vez estoy preparada. Giro la cabeza con el golpe para que rebote… pero igual me duele.

—Volverás conmigo. Volverás a casa y te pondré un anillo en ese dedo y un bebé en tu vientre —Martin me agarra del cabello y me acerca a su cara—. Una y otra vez. Cuando termine, nadie… ni siquiera Zakrevsky… querrá tocarte.

Me estremezco. No porque esté aceptando eso como mi destino… sino porque está claro cuánto él realmente cree que eso es cierto. Realmente tiene la intención de esa vida para mí. Reproductora. Y, por supuesto, recoger sus desastres y rogarle las sobras solo para alimentar su hambre de poder.

—En realidad, ¿sabes qué? —Martin se ríe como si hubiera tenido la idea más brillante—. Empecemos ahora.

Ay, Dios, no…

Ahora sería el momento perfecto para que alguien, cualquiera, se topara con nosotros. Pero decidió tenderme una emboscada aquí por una razón: está oscuro, silencioso, y alejado del resto de la fiesta.

Martin vuelve a subir la falda de mi vestido. La tela se rasga y las cuentas se esparcen por la alfombra. Su rostro se contrae en una sonrisa fea y codiciosa cuando ve lo fácil que es separar mis piernas.

Y luego se retuerce en un dolor furioso cuando cierro mis rodillas y lo pateo en la ingle.

Se dobla y lo uso a mi favor, levantando mi rodilla para conectar con su mentón. La cabeza de Martin se echa hacia atrás con un grito ahogado entre dientes apretados. Espero por Dios que se haya mordido la lengua.

Sangre y saliva chorrean de sus labios. Antes de que tenga la oportunidad de rebotar, planto ambos pies contra su pecho y empujo.

No me considero particularmente fuerte. Dios sabe que podría beneficiarme al unirme a un gimnasio.

Pero algo dentro de mí impulsa cada fibra muscular. Algo que sabe a rabia me hace darle otra patada rápida a la cara de Martin antes de salir corriendo para encontrar a Demyen.

Algo muy, muy profundo está saboreando la forma en que, esta vez, es Martin el que jadea por aire y se pregunta cómo terminó allí en el suelo.

¿Qué te parece eso*, hijo de puta?*

No me permito demorarme más, incluso si se siente increíble estar en la cima por una vez. Si no puedo encontrar a Demyen en los próximos cinco minutos, pediré un Uber, agarraré a Willow y nos sacaré de Las Vegas.

Sigo el pasillo para rodear el salón de baile… no quiero ni necesito encontrarme con los hombres de Raizo. No me importa qué negocios tenga con Demyen, simplemente no confío en él.

Y, a decir verdad, ahora mismo también me está costando confiar en Demyen.

Ya casi he llegado a las puertas dobles que conducen al vestíbulo lateral del casino cuando se abre una puerta a mi izquierda.

—Clara.

Joder. No puedo ganar.

Papá se aclara la garganta y me hace un gesto para que lo siga. —Tenemos que hablar.

—Pero…

—*Ahora*.

CLARA

—Realmente necesito irme —suplico.

—No jodas —me lleva a lo que parece un pequeño salón, con puertas que deben conducir al baño de hombres—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Es hora de mentir. —Soy… la cita de Demyen.

Miente mejor que eso.

Papá entrecierra los ojos. —Patrañas. Ese hombre no contrata ni siquiera a sus propias acompañantes para eventos como este.

Me encojo de hombros. Hay muchas cosas sobre Demyen que no puedo empezar a explicar, y mucho menos entender. —No sé qué decirte. Soy su cita y solo estoy esperando que regrese de una reunión.

—Una "reunión" —papá se burla y niega con la cabeza—. Claro.

Se sienta en uno de los sillones de cuero y estira sus extremidades como si viviera allí. Pero esa siempre ha sido su manera: sentirse como en casa donde no pertenece.

No sé de qué quiere hablarme. Pero, cuando lo miro, tengo la molesta sensación de que esta vez soy yo quien debería liderar la conversación.

—Me sorprende verte aquí, Papá. ¿Asuntos oficiales de la policía?

Él se ríe, genuinamente, como si fuera una broma graciosa en la que no estoy involucrada. —Algo así.

—Explica por qué Martin está aquí.

Papá vuelve a dirigirme su dura mirada. —Tienes que dejar de atormentar a ese hombre. Dale una oportunidad.

No voy a dar esta puta vuelta con él. —Se acabó. Debió haber terminado hace años. Y *tú* debiste haberme apoyado todo este tiempo en lugar de…

—¿De qué? ¿Apoyar a mi compañero? —Papá levanta las manos, exasperado—. ¿Qué quieres que haga?

Concentro mi atención en buscar un pañuelito en mi bolso para secarme las lágrimas que me pican los ojos. Estoy temblando, pero no de miedo. Tal vez un poco. Pero, más que todo, tiemblo de adrenalina al darme cuenta de que ahora, aquí, estamos a punto de tener la conversación que deberíamos haber tenido hace años.

Mis ojos se posan en el teléfono de Bambi.

Y se me ocurre una idea descabellada.

—Quiero que dejes a Martin y que de hecho seas un padre y abuelo amoroso y comprensivo para tu propia maldita familia —sollozo y pretendo luchar con la tapa de mi lápiz labial. En realidad, estoy deslizando el dedo por la pantalla del teléfono para que empiece a grabar.

Con un poco de suerte, guardará todo lo que suceda aquí en el almacenamiento en la nube de Bambi.

—Cuida tu tono conmigo, jovencita.

—¿O qué? ¿Me pegarás? ¿Me patearás como solías? Buenos tiempos, ¿verdad?

Papá se queda quieto. Por un segundo inesperado, realmente luce arrepentido. —Osita Clara…

Cierro el pestillo superior del bolso, pero dejo la cremallera abierta. —No entiendo por qué es tan difícil dejar a Martin. Le diste la espalda al tío Mike como si nada. ¿Qué es tan diferente ahora?

Se congela. Luego, se ríe, pero es cuanto menos incómodo. —¿De qué estás hablando?

—Creo que sabes —agarro los bordes de la pequeña bolsa con tanta fuerza que estoy bastante segura de que mis nudillos se están poniendo blancos. Lo que sea que tenga que hacer para ocultar el hecho de que mis dedos tiemblan y mis nervios están fuera de control. Sé de lo que es capaz este hombre. Mi propio padre.

Papá finge una risa y niega con la cabeza. —Estás disfrutando demasiado del champán gratis, ¿eh?

—Michael Little fue envenenado.

Su rostro cae. Esos ojos fríos se centran en mí, y de repente me alegro de haber decidido quedarme cerca de la puerta. —Michael Little fue baleado.

—Sí que lo fue. Pero eso no fue lo que lo mató.

—¿Y tú como lo sabes?

—No lo sé —lentamente, inclino mi cabeza hacia un lado y le devuelvo la mirada—. Tú me lo acabas de decir.

Es poco probable que mi farol funcione. Papá no dijo nada, pero no necesita saberlo. Todo lo que necesita es una fuerte dosis de confusión con un lado de inseguridad.

—Yo no… —Papá comienza a protestar, luego se detiene. Su mirada se suaviza y luego, finalmente, se relaja en su asiento con un profundo suspiro—. Mierda. No pensé que jamás se supiera.

Ay. Dios. Mío.

Aquí va.

Esta es la confesión que necesitamos.

No respiro una palabra. No quiero correr el riesgo de romper el hechizo que claramente se instaló sobre él, obligándolo a hablar. Quizás sea él quien bebió demasiado champán gratis. O tal vez ha estado cargando con esto durante tanto tiempo que ya no puede hacerlo más.

—No lo envenené —Papá vuelve a mirarme, pero ya no hay el frío mortal de antes—. Lo juro, Osita Clara. Quiero… no, *necesito* que lo sepas. Sé lo mucho que significaba para ti.

Intento no fruncir el ceño. No puedo notar si miente. —Pero llegaste temprano a casa ese día. Y luego, vino a tomar un café…

—Sí. Para terminar *conmigo*.

Respiro profundamente.

¿…Qué?

Papá debe ver que estoy desconcertada, porque esboza una pequeña sonrisa irónica y vuelve a asentir. —Sí. Me escuchaste. Mikey se dio cuenta de que estaba sobornando, por lo que me iba a denunciar de todos modos… Pero luego se enteró de que tu madre y yo teníamos algunos problemas matrimoniales, y supongo que decidió que matarme era mejor.

—"Problemas matrimoniales" —mi risa resoplada sale completamente espontánea—. Quieres decir que descubrió que le estabas dando una paliza.

—Clara…

—Llámalo como era, Papá. Al menos, dale la dignidad de la verdad.

Él concede sin argumentos. Joder, *debe* estar borracho. —Tienes razón. La jodí. Mucho. Y Mikey se enteró y, bueno, ya sabes cómo era él. Eran como una familia para él. También pensé que yo lo era, pero me dio la espalda y deslizó ese puto extraño veneno en mi café.

—Papá. Eso es una locura. Estás intentando decirme…

Papá de repente me sonríe. De verdad, sonríe. Es jodidamente espeluznante. —Me salvaste la vida, Osita Clara. No lo sabía. No en ese momento. Pero, cuando llegó el informe del forense y vi que esa mierda de cuento de hadas fue lo que lo mató, lo *supe*.

—¿Cómo lo sabes? Podría haber sido yo. Podría haber sido yo quien lo envenenó.

Él se ríe. De nuevo, es genuino. Y de nuevo, es inquietante por lo genuino que es. —¿Una niña de ocho años que comete un asesinato con veneno? He visto algunas cosas retorcidas en mi carrera. ¿Pero tú, cariño? Por favor.

—Podría haberlo hecho. Tenía el libro.

—Ese puto libro —él se burla y niega con la cabeza—. Fue su primero, ¿lo sabías? Lo consiguió

en una de esas ferias de libro escolares, cuando hacíamos una de esas asambleas antidrogas. Lo leía mientras patrullaba. Siempre le gustó la mierda vegetal. Solía bromear con él acerca de montar su propio invernadero y ganar *mucho* dinero, si sabes a qué me refiero.

Lentamente me siento en el otro extremo del sofá de dos plazas, justo en el borde del reposabrazos. Cuanto más cómodo se sienta Papá compartiendo conmigo, más se abrirá. Ni siquiera me mira. Solo mira al vacío y recuerda.

—Ay, Mikey —Papá se pasa una mano por la mandíbula—. Lo extraño. En serio. Era un hijo de puta entrometido, pero tenía el doble de cerebro que ese idiota de Martin. Y lo triste es que eso fue lo que lo mató.

Mantengo mi voz suave y gentil, como si estuviera de su lado. —¿Qué dices?

Papá me mira. —Dejé que te diera ese libro porque era una mierda inofensiva divertida, y te amaba como si realmente fueras su sobrina. Nunca te dejé hacer jardinería, por supuesto. Demasiado desorden, demasiado caro y no quería que creciera mierda por todo mi césped. Pero suplicaste, suplicaste y suplicaste un poco más. Así que Mike comenzó su propio pequeño jardín para cada vez que lo visitaras. ¿No te acuerdas?

No, no lo hago… bueno, vagamente. No es que fuera a casa del tío Mike con regularidad. Pero cuando trato de recordar cualquier cosa de lo que Papá está hablando, tengo imágenes muy débiles en mi mente de ir a su casa a cenar. Mamá cargando una cazuela y Papá apagando un cigarrillo en el camino de entrada.

Y el tío Mike levantándome en sus brazos y mostrándome su nueva maceta colgante.

—Encontré esa mierda de lobo creciendo en el alféizar de su ventana. Después de la autopsia, quiero decir. Sabía que obviamente no tenías nada que ver con eso y que tu madre había estado visitando a su amiga todo el día. Así que tuve que preguntarme: *¿Cómo llegó el veneno allí?*

Cierro los ojos y trago un pequeño nudo que crece en mi garganta. *Pobre tío Mike*. —Él cultivó el veneno para ti.

Papá asiente. —Eso es lo que me imaginé. O simplemente le gustó su aspecto y se le ocurrió la idea más tarde. Quería matarme, hacer que pareciera un ataque al corazón. Pero las tazas se cambiaron y él olvidó cuál o no se dio cuenta. Joder si lo sé.

Mi cabeza da vueltas con todas estas… estas… No puedo llamarlas “patrañas” porque existe la más extraña posibilidad de que Papá esté diciendo la verdad. Que el tío Mike fue víctima de su propio plan de asesinato.

—Entonces, ¿por qué encubrirlo? Tú no lo mataste.

—¿Cierto? —Papá vuelve a reír—. Joder, esa es la ironía. ¿Quién creería que Michael Little bebió “accidentalmente” su propio veneno? En el momento en que vi ese informe, supe que la atención se centraría en mí. No importaba si lo maté o no, Asuntos Internos empezaría a revisar mi mierda y mi vida personal.

Apoyo mi cabeza contra la pared. —Y descubrirían que sobornabas. Y abusabas de tu familia.

Me lanza una mirada culpable. —No digas esa palabra, cariño. Te amo. Y amé a tu madre.

—Claro.

—¿El hecho de que Tolya Zakrevsky apareciera de la nada? Era como si el universo simplemente quisiera que me escapara sin sudar.

Me pongo rígida. Hay un brillo desagradable y codicioso en los ojos de Papá. —¿Qué tienes contra los Zakrevsky? *Sabías* que era inocente e igual lo traicionaste.

—Se trata de control, cariño. Necesitas aprender esto. He estado tratando de enseñarte toda tu vida. Hay que mantener las cosas bajo control en todo momento. El viejo, Oleg, sabía seguir las reglas. ¿Pero Tolya? Era salvaje. Estaba fuera de control.

—Así que te aseguraste de que se mantuviera fuera de escena —mi estómago se revuelve. Me siento enferma.

—No era parte del plan original, pero sí. Todo salió maravillosamente. El informe de Mikey nunca fue presentado, se suicidó, y el estúpido jodido Tolya solo apareció en ese almacén y, *joder*, si no entré en pánico por un segundo…

—Espera —oficialmente voy a vomitar—. ¿Tú estabas ahí?

Papá me sonríe como si fuera la cosa más dulce y estúpida del planeta. —Ay, cariño. Claro que sí. Tenía que asegurarme de que todo saliera bien.

Me alegro de estar sentada en el reposabrazos. Caería al suelo si no lo estuviera.

¿Papá estaba allí? No recuerdo que estuviera. Nunca, ni siquiera cuando él me "ayudó" a recordarlo para la corte. Tolya estaba allí. También el tío Mike.

Pero…

¿Quién me secuestró?

—Fuiste tú —dejé de temblar. Ahora estoy simplemente entumecida—. Tú fuiste quien me secuestró.

—Mejor yo que un extraño. Algún secuestrador *de verdad*.

Papá está tratando de interpretar toda esta revelación como si tuviera más sentido dentro de toda su locura. Me sonríe e incluso tiene las bolas para acercarse y acariciarme la mano.

—Siempre estuviste a salvo, Osita Clara. Solo necesitaba que pareciera un secuestro para que Mike apareciera en el almacén…

—Para matarlo.

Él asiente. —Lo llamé, le dije que te vi metida en un baúl y te seguí hasta el almacén. Se suponía que debías quedarte dormida durante todo esto y despertarte segura en casa, en tu cama. Todo lo que necesitaba era que Mike apareciera para poder dispararle, colocar pruebas suficientes para el secuestro y llevarte a casa.

Trago la bilis que sube por mi garganta. —Pero Tolya estaba allí. Intentó salvarme.

Papá suelta una carcajada. —¡Imagina eso! ¡Un Zakrevsky, jugando al héroe! Te lo dije, estaba

fuera de control. No sabía cuándo mantener su nariz fuera de los asuntos de otras personas. Intentó atacarme y salvar a Mike también, pero, hombre, ese niño tiene la peor suerte.

—Él no le disparó a Michael Little, ¿verdad?

—No intencionalmente. El arma se disparó en nuestras manos. También lo asustó muchísimo. Si no lo supiera mejor, habría adivinado que ese fue su primer asesinato.

—Entonces… —cierro los ojos y trato de respirar a pesar de las náuseas—. Lo dejaste cargar con la culpa.

Papá se pone serio y vuelve a mirar a la pared. —Hice lo que tenía que hacer. El colapso del imperio Zakrevsky habría significado el ascenso de muchos otros. Sangre nueva, nuevas asociaciones. Nuevo gobierno en las calles. Su hermano menor era demasiado pequeño y Oleg… bueno, ese hombre tenía sus propios problemas.

Esa es la única chispa de alegría que siento en este momento: saber que los planes mejor trazados de Papá terminaron abriéndole las puertas a Demyen. Mi Demyen, que desafió a todos y a todo y ahora es un recordatorio constante de lo mucho que la jodió Papá.

Vuelvo mi atención a mi padre.

—Entonces… ¿al menos obtuviste lo que querías? ¿Tu “sangre nueva” y tus “nuevas asociaciones”?

Lo pregunto como si estuviera orgullosa de él. Como si esperara que lo haya hecho.

Papá me considera durante un largo momento de silencio. Mi corazón golpea dentro de mi caja torácica.

—Lo hice —dice, finalmente—. Y ahora estoy aquí, bebiendo su champán y ayudándolo a vender su mercancía.

Eso me desconcierta. —¿Pero pensé que odiabas a Demyen?

Él resopla. —Demyen no, cariño. Raizo. Raizo Watanabe. Los Yakuzas. Ellos son para quienes trabajo.

DEMYEN

Entre las mil otras cosas que odio de Raizo, está el hecho de que le encanta el sonido de su propia voz.

He estado en la suite del hotel convertida en oficina demasiado tiempo. Lo único que quería hablar era de las transacciones de la noche hasta el momento, criticar a mis camareros y recordarme lo rico que me hará la venta de Clara.

Es todo lo que puedo hacer para no escupirle en la cara y decirle que se vaya a la mierda. No necesito riqueza… ya tengo mucha.

Lo que tampoco necesito es un baño de sangre en mi hotel, que sin duda ocurriría si le dijera a Raizo la verdad: no habrá subasta para Clara. No me importa cuántos postores privados estén dispuestos a gastar hasta el último dólar de su bolsillo.

Clara Everett ya no está a la venta.

No sé cuándo tomé esa decisión. Quiero decir que fue el momento en que la vi salir de la villa con ese vestido como un puto sueño húmedo. O cuando el gilipollas hizo una jugada por ella en el salón de baile y me di cuenta de que preferiría romperle mis muebles en la cabeza antes que dejar que le pusiera una mano encima.

Pero si voy a ser honesto conmigo mismo, no sé si iba a venderla en primer lugar.

Puro hablar, nada de acción. Como un jodido aficionado.

Como un hombre que no puede admitir que una mujer le ha robado algo que nunca pensó que tenía.

Atravieso a los guardias de Raizo sin mirar dos veces y vuelvo al salón de baile. Si Clara obedeció, estará justo donde la dejé. Y aunque ella casi nunca me obedece, todavía tengo la esperanza de que pueda sorprenderme por una vez.

Me escabullo por el pasillo trasero para poder llegar hasta ella más rápido, arrebatársela a estos buitres y sacarnos de aquí. Que pase lo que pase, mientras yo no esté. Me lavaré las manos de todo esto más tarde.

Pero, antes de llegar a las puertas dobles, veo movimiento en el rincón más alejado, cerca de un callejón sin salida.

—Maldita… hija de… puta…

Hago una pausa. —Martin. Te ves…

Se ve como si le hubieran dado una paliza. Sale de las sombras a trompicones, con sangre goteando de un labio. —Mantén tus putas manos alejadas de mi mujer.

—Ella no es tu mujer. Acepta la pérdida y supéralo.

Martin se ríe y sacude la cabeza, limpiándose la saliva ensangrentada de la barbilla. —No es *mi* pérdida. Me aseguré de eso.

El hielo corre por mis venas. —¿Dónde está?

—Ella solo está teniendo una pequeña charla con su papi, eso es todo —Martin aspira otro hilo de sangre—. Una vez que él haya terminado con ella, volveremos a ser una pequeña familia feliz. Y tú puedes volver a irte a la mierda. Hasta que te arreste por algo, claro. Ya se me ocurrirá.

Una vez que él haya terminado con ella...

Joder.

Tengo que encontrar a Clara.

Tengo que encontrar a Clara y alejarla de estos hombres.

No le dedico a Martin ni un segundo más de mi tiempo. No vale la pena. Pero, cuando giro sobre mis talones para ir a buscarla, su mano sale disparada y agarra mi brazo, tirándome hacia atrás.

Mi puño es lo primero que sigue.

La cabeza de Martin retrocede con el golpe, y *joder*, eso me da adrenalina. He querido darle una paliza desde el momento en que nos conocimos, y ahora, no hay nadie por aquí para detenerme.

Así que no me detengo.

En absoluto.

—¿Dónde carajo está? —exijo entre golpes—. Dónde. Carajo. Está. Ella —su cabeza golpeando repetidamente el suelo es música para mis oídos.

Se las arregla para quitarme de encima, rociando sangre en todas direcciones mientras escupe—: ¡Basta, Zakrevsky, joder! ¡Ella es mía!

De hecho, me río en su cara porque, Dios mío, se está engañando. —¿Qué parte del "no" no entiendes?

—¡Tú la secuestraste! ¡Me la robaste!

—Y no hay nada que puedas hacer para detenerme. ¿Eso te mantiene despierto por la noche, amigo? ¿Te preguntas por qué fue tan *fácil* para ella darte la espalda?

La mirada de Martin se oscurece. —Cierra la maldita boca.

Me burlo. —Es por eso que estás tan empeñado en retenerla, ¿no? No podrías llevar a una mujer

al orgasmo ni con un mapa. Si Clara no quiere follarte, ¿quién lo hará?

El tacleo llega sin sorpresa. Martin se lanza hacia mi estómago para hacerme perder el equilibrio, pero lo veo venir desde una milla de distancia en el odio que brilla en sus ojos.

Que es exactamente lo que quiero. Un hombre que actúa en su furia es un hombre que no piensa en sus movimientos.

Lo agarro por la espalda cuando se lanza hacia mi cintura, y rodamos juntos por el suelo, una maraña de puños voladores y codos cortantes. Imágenes de Willow vienen a la mente, y el pensamiento de él cerca de ella… asustándola… me mete en una misión para romperle la maldita mandíbula. O el brazo.

Demonios, cuando termine con él, será más fácil contar los huesos que *no* rompí.

—Será mejor que no la hayas embarazado —jadea Martin mientras intenta hacerme una llave de cabeza—. O la mataré. La mataré y a tu bastardo dentro de ella.

Ahora soy yo quien no piensa con claridad. Ni siquiera sé de dónde viene la imagen en mi cabeza, pero el pensamiento de Clara embarazada de mi hijo me llena de algo que nunca pensé que sentiría. Jamás.

¿Y él quiere quitarme eso?

A la mierda.

Con eso.

Estoy tan cegado por el flujo de ira que no lo veo agarrar un jarrón de piedra de una mesa auxiliar cercana.

Y definitivamente no lo veo golpearme.

Lo primero que registro es el sonido de mis costillas al romperse. El dolor me atraviesa un segundo después.

Baja el jarrón por segunda vez sobre mi cabeza y me dejo caer al suelo. Todo se vuelve negro, luego vuelve a aparecer y luego vuelve a desaparecer.

No voy a caer así.

No lo dejaré ganar.

No voy a dejar que se lleve a Clara y Willow y… joder. *No puedo mantener los ojos abiertos.*

Por pura fuerza de voluntad, logro rodar sobre mi espalda para apartarme de una de sus patadas. Eso lo hace perder el equilibrio, pero solo se ríe y me mira desde donde está.

—Mala suerte, Zakrevsky —Martin se limpia la boca y aspira—. Le diré a Clara que le envías saludos.

Se mueve para pasar por encima de mí.

Gran error.

Es todo lo que necesito para agarrar su tobillo, girar su pierna entre mis brazos y tirarlo al suelo con cada gramo de fuerza que puedo reunir. El sonido de su cabeza al golpear la alfombra es hermoso; el hecho de que se quede flácido casi instantáneamente es un gran alivio.

Me levanto y él gime. En cierto sentido, es una pena que todavía no esté muerto. En otro, significa que puedo hacer *esto*.

Le doy unas cuantas patadas solo para igualarnos. El dolor recorre mi costado cuando lo hago, pero no es nada comparado con la pura rabia y la adrenalina que corren por mis venas.

—Arréstame ahora, hijo de puta.

Le doy un zapato más al plexo solar. Luego, agarro la chaqueta de mi traje y salgo a trompicones para buscar a Clara. Ella tiene que estar por aquí, en alguna parte, y necesito encontrarla antes de que lo haga alguien más.

Antes de que lo haga *Raizo*.



ENTRO a uno de los baños de hombres para echarme agua fría en la cara y limpiarme un poco. Necesito que el shock me aclare la cabeza… por mucho que odie admitirlo, Martin me jodió bien. Por lo que sé, puedo haber pasado justo junto a Clara en este jodido aturdimiento.

—Él no le disparó a Michael Little. ¿Verdad?

Me congelo. Es débil, pero lo escucho. La voz de Clara.

—No intencionalmente.

Greg. Él está con ella. Martin estaba diciendo la verdad.

Mierda.

Me acerco cada vez más a la puerta que da a un salón privado para fumadores, pero no la abro. Por lo que parece, están hablando de Tolya, y necesito saber qué hizo Greg Everett, o qué planea hacer, o… *joder*, me duele muchísimo la cabeza.

—El arma se disparó en nuestras manos. También lo asustó muchísimo. Si no lo supiera mejor, habría adivinado que ese fue su primer asesinato.

—Entonces… —Clara suspira. Casi espero que actúe sorprendida o enfurecida, pero no lo hace. En realidad, suena bastante apática—. Lo dejaste cargar con la culpa.

—Más o menos. El colapso del imperio Zakrevsky habría significado el ascenso de muchos otros. Sangre nueva, nuevas asociaciones. Nuevo gobierno en las calles. Su hermano menor era demasiado pequeño y Oleg… bueno, ese hombre tenía sus propios problemas.

Mis manos se cierran en puños.

¿Qué carajo?

Es él. Ha sido él todo este maldito tiempo. Greg Everett y su método solapado y traicionero para conseguir lo que carajo quiera.

El impulso de atravesar esta puerta y estrangularlo es fuerte.

Pero el latido contra mi cráneo es más fuerte.

—Entonces… ¿al menos obtuviste lo que querías? ¿Tu "sangre nueva" y tus "nuevas asociaciones"?

Clara suena… ¿esperanzada? Como si ella realmente quisiera que él dijera que sí. Como si ella *quisiera* eso para él.

Un nuevo tipo de dolor me atraviesa. Luego, furia. Tropiezo hacia atrás, alejándome de la puerta, solo para no entrar y estrangularla a ella también.

Por supuesto, joder. Ella ha estado jugando conmigo todo este tiempo. Fingiendo ser una víctima cuando en realidad es la Niñita de Papi.

Ella haría cualquier cosa para hacerlo feliz.

Ella estaría con *cualquiera* para hacerlo feliz.

Incluyéndome a mí.

Vale. A la mierda esto. Que se joda. Que se jodan todos.

Agarro mi teléfono y le envío a Pavel un mensaje de texto rápido. Me voy. Voy a salir de este espectáculo de mierda y lejos de los Everett y sus malditos juegos mentales.

Y conduciré, volaré, *nadaré* tan lejos y durante el tiempo que necesite hasta que el dolor en mi pecho, que no tiene nada que ver con las costillas rotas, finalmente desaparezca.

CLARA

Intento no tropezar con mi propia lengua tartamuda. —¿Qué? ¿Por qué… los Yakuza?

—No son tan malos —Papá se rasca el cuello distraídamente—. Sabes, por un segundo, pensé que tu madre estaba jodiendo con uno de ellos —se ríe—. Pero eso habría sido una jodida locura. ¿Mi esposa? ¿La esposa de un policía? ¿Acostándose con los Yakuza?

Le pido a Dios que mi rostro no delate el hecho de que las piezas encajan rápidamente dentro de mi mente.

Mamá.

Raizo.

Todas esas visitas secretas a nuestra casa mientras Papá estaba fuera.

—No sería la primera ni la única vez que me equivoco —Papá se ríe—. Quiero decir, mira a Demyen. Estaba tan seguro… los dos lo estábamos, Raizo y yo… de que el chico no estaba hecho para los negocios de Bratva. No necesitábamos ponerle un dedo encima. Todo lo que teníamos que hacer era esperar el momento oportuno durante el proceso judicial y esperar a que fracasara.

Demyen. Siento que la comisura de mi boca tira hacia arriba y es todo lo que puedo hacer para presionarla hacia abajo. —Parece que eso no sucedió.

Papá se burla. —¿Verdad? ¿Quién diría que el niño era tan jodidamente resistente? No solo logró mantener la calma, sino que terminó convirtiéndose en el *pakhan* más poderoso que jamás haya tenido la Bratva. Vaya, imagínate.

El orgullo crece en mi pecho. *Mi* Demyen.

—De todos modos —se encoge de hombros y lentamente se pone de pie—. Perdimos suficiente tiempo aquí. Parte de mi trato con Raizo es asegurarme de que todo salga bien y sin ningún problema. Ya sabes, postores demasiado entusiastas y todo eso.

—¿Y la otra parte? —*luce interesada. Suena interesada. Finge como si estuvieras de su lado.*

Papá duda. Cuando me sonríe, casi parece un poco… triste. —No entré en el negocio porque quisiera. Solo para que sepas. Tu mamá se enfermó y luego tú también enfermaste… Necesitaba dinero. Y yo tenía lo que ellos querían comprar.

Recuerdo vagamente una época, cuando era pequeña, en la que Mamá y yo contrajimos neumonía. Éramos miserables. Pensé que me estaba muriendo. De hecho, fue uno de los pocos buenos recuerdos que tengo de mi padre. Era cariñoso, preocupado, atento…

Casi no lo reconocí.

Arrugo la frente. —¿Qué vendiste?

Me mira y frota suavemente la parte superior de mis brazos. —Realmente desearía que hubieras usado algo más apropiado, Osita Clara. Los hombres equivocados tendrán una idea equivocada.

Intento no alejarme tan obviamente. Mi paso lateral es tan sutil como puedo lograr. —Estoy bien, Papá. En serio. Igual soy una mujer adulta que puede usar lo que quiera…

—Cuida tu tono conmigo, jovencita —se ablanda—. Perdón por estallar, bebé. Esta noche estoy nervioso y me preocupo por ti. ¡Martin también! Te estaba buscando antes…

—Ah, él me encontró —no puedo contener la burla. O los ojos en blanco—. Créeme, Papá. Por favor. Martin no es el hombre que quieres como yerno. Tú mismo lo dijiste: ni siquiera es el mejor compañero.

Papá suspira. Luego, como si fuera un gran peso sobre sus hombros, él asiente. —Vale. Tendré una charla con él. Solo… ve con calma, ¿vale? Willow necesita a su padre, y tú necesitas el apoyo de un hombre en tu vida.

Joder, que no lo necesito, pero no voy a discutir con él. Esta es una de las primeras conversaciones algo sanas y pacíficas que he tenido con mi padre en mucho tiempo. Todavía necesito alejarme de él, pero no romperé esta tentativa burbuja de paz. Sigue cambiando de tema y sé que es una táctica de evasión, una que utiliza cuando interroga a la gente. Como él dijo, se trata de control.

Además, el hecho de que piense que necesito algo o a alguien me dice que no sabe acerca de mi reciente ganancia inesperada.

Lo que significa que Martin tampoco.

Por primera vez en más de una semana, el alivio corre por mis venas.

Y luego desaparece rápidamente cuando me doy cuenta de que Papá está trabajando con Raizo… que está haciendo un doble trato a espaldas de Demyen. Conociendo a Dem, probablemente haya olfateado los indicios de que algo anda mal con todo lo que sucede aquí… pero claro, tal vez aún no vea el panorama completo.

Parecía distraído en el coche. Y cuando llegamos aquí. Y la mayor parte de la noche desde entonces.

¿Está demasiado distraído para ver el peligro que lo rodea?

Necesito encontrarlo. Tengo que salir de esta habitación, alejarme de Papá y encontrar a Demyen para advertirle. Lo que sea que esté pasando, involucra a mi padre y a Raizo y algún tipo de complot para derribar a Demyen. Si confiaban en que fracasaría tras el encarcelamiento de Tolya, no hay manera de que estén contentos con dejarlo acaparar la mayor parte de los éxitos

del hampa de Las Vegas.

Papá me tiende el brazo y yo deslizo el mío entre el suyo.

Pero entonces, el pestillo de mi bolso se abre con un clic.

El teléfono de Bambi se cae.

Y está, muy claramente, grabando cada palabra que decimos.

No me muevo. Papá tampoco. Pero puedo ver, por el rabillo del ojo, su rostro contorsionándose lentamente en una máscara de ira.

—Clara —su mano gira hasta agarrar mi brazo. Fuerte—. ¿Qué carajo estás haciendo?

Por un segundo, estoy aterrorizada. La niña dentro de mí se encoge de miedo a la sombra de la furia de su padre, lista para suplicar, rogar y sollozar para que no se enoje. *Seré buena. Prometo que seré buena*…

Pero entonces, de repente, no lo soy. Los ecos de las cosas que Demyen solía decirme susurran en mi mente y recuerdo que, en realidad, no soy una niña indefensa.

Soy una mujer adulta.

Una mujer adulta con cuentas que ajustar.

Aparto mi brazo del agarre de Papá y rápidamente agarro el teléfono del suelo. —¿Qué parece que estoy haciendo, Papá? Estoy obteniendo la verdad de ti, y asegurándome de que la escuchen las personas adecuadas.

La sangre sale de su rostro. Su ira se transforma en miedo, y luego vuelve a convertirse en ira. —Pequeña… maldita perra…

—Cuida tu tono conmigo —levanto mi mano para detenerlo cuando se mueve para agarrarme de nuevo. Esta vez no le tengo miedo. Esta vez, lo miro fijamente a los ojos—. No soy tu Osita Clara. Ya no soy tu pequeño saco de boxeo indefenso.

Papá esquiva mi brazo y me agarra el cabello por detrás, jalándolo hacia atrás con fuerza. —¡Tú eres mi hija! ¡Y harás lo que *carajo te diga*!

Al igual que con Martin, sé que lo dice en serio.

Y al igual que con Martin, ya no tengo problemas para defenderme.

Alcanzo detrás de mí y arañó su cara, su cuello, cualquier parte de él que pueda tocar. Cuando tengo una buena idea de qué tan cerca está detrás de mí, lo agarro por el cuello y lo aprieto. No hace nada. Incluso se ríe de mi fracaso.

Pero luego descubro dónde está su tráquea y le meto el pulgar.

Papá tose y tiene arcadas al mismo tiempo, dejándome ir mientras retrocede a trompicones. Me giro para enfrentarlo, mirarlo furiosamente y darle una bofetada para quitarle la mierda de la cara. Una, dos veces… un revés y una bofetada, como solía hacer conmigo cada vez que le respondía cuando era niña.

Las lágrimas me pican los ojos. *Joder*. No puedo mostrar debilidad. No puedo dejar que me vea emocionarme por esto.

—Clara… —Papá tose y se deja caer contra el sofá para recuperar el equilibrio—. Bebé, cariño… lo siento.

¿Qué? Nunca me pide disculpas. Al menos, no con palabras. —No tengo tiempo para tus juegos mentales, Papá. Solo… que tengas una buena noche.

Me agarra del brazo nuevamente cuando intento irme. —Clara. Empecemos de nuevo. Eres mi pequeña y ¿quién sabe? Tal vez te subestimé. Tal vez…

Suelto una carcajada. —¿Tal vez? ¡Maldita sea, Papá! Despierta, joder. Eres un hijo de puta abusivo, que prefiere arrojar a su propia hija a los lobos antes que hacerse hombre y ser padre.

Él frunce el ceño. —No es justo. Ya sabes que te amo…

Sacudo la cabeza. —No. No lo haces. Lo triste es que creo que ni siquiera sabes qué es realmente el amor. Para ti, es posesión y control y conseguir todo lo que deseas; que se joda a quien le duela. Pero eso no es amor, Papá —suspiro. Estoy demasiado cansada para esta conversación. Demasiado cansada en muchos sentidos—. El amor es dejar de lado lo que quieres por otra persona. El amor va hasta los confines de la tierra para hacer el bien. El amor es aprender a soltar y superar para que todos puedan ser felices, no sólo tú.

Las lágrimas vuelven a picar mis ojos.

Lo digo en serio. Cada palabra. Es demasiado poco y demasiado tarde para Demyen y para mí. Este es el peor momento para decirle lo que siento y nunca tendré la oportunidad de hacerlo. Solo tengo que encontrarlo y advertirle sobre Raizo. Mis sentimientos tendrán que esperar.

Y ha dejado dolorosamente claro que no siente lo mismo por mí, así que no tendría sentido ir allí, de todos modos.

—Sí, bueno… —Papá suspira y me alcanza. Creo que esta vez podría ser amable, pero me equivoco una vez más. Me agarra por la mandíbula y aprieta con fuerza—. Soy tu padre y ese es el final de esta discusión. ¿Entendido?

No le doy una respuesta. Intento apartar la cabeza, pero él aprieta con más fuerza.

—Dije: ¿*Entendido*?

Aun así, ni una palabra mía. No se lo daré.

¿Pero un montón de saliva? Estoy de humor para dar *muchos* de esos.

El dorso de su mano golpea contra el costado de mi cara casi al mismo tiempo que mi saliva cae sobre la suya. Por un segundo vertiginoso, me pregunto si le da a Martin tutoriales sobre cómo pegarle a una mujer y eso me hace reír.

Él lo haría. Y Martin se comería esa mierda con ganas.

De repente, el suelo me golpea la nuca. Papá debe haberme empujado mientras mi cabeza todavía daba vueltas, y ahora está parado con un pie sobre mi pecho.

Como si fuera mi dueño. Como si me hubiera conquistado.

—Tú me obligas a hacer esto, Osita Clara —su voz se quiebra por la emoción. De hecho, las lágrimas se forman en las esquinas de sus ojos—. ¿Por qué me obligas a hacer esto? ¿Por qué no puedes simplemente hacer lo que te digo?

Digo lo único que me viene a la mente—: Lo siento, Papi.

—Ay, bebé… —Papá quita su pie de mí y me ayuda a ponerme de pie—. Ven aquí. Dame un abrazo.

Prefiero abrazar una serpiente de cascabel. Pero hago lo que él dice y dejo que me rodee con sus traicioneros brazos.

Y luego, cuando da un paso atrás, le agarro la cara y le empujo la cabeza con fuerza contra la pared de piedra.

No es el golpe lo que le da… sino la sorpresa. Sorpresa y un poco de miedo cuando ve que no me detengo ahí. Giro mi cintura para poder golpear debajo de su barbilla con mi codo, el golpe con el otro contra la parte posterior de su cuello mientras se desploma en el suelo.

Quizás estuve viendo a Demyen entrenar con sus hombres. Una o dos veces. Simplemente nunca he sido lo suficientemente valiente como para intentar esta mierda.

Y ahora que lo he hecho… nada menos que con mi propio padre… no sé cómo me siento. ¿Aliviada? ¿Asustada por las repercusiones?

No pierdo un tiempo precioso reflexionando sobre mis emociones. Solo salgo corriendo de esa habitación. Una vez que estoy fuera, detrás del edificio y parece que estoy a salvo, toco lo que podría ser el código de acceso al teléfono de Bambi e intento desbloquearlo.

La suerte me sonríe esta vez. Ya sea por coincidencia o por un cambio reciente, es el cumpleaños de Willow.

Me desplazo por los contactos hasta que encuentro a Pavel, lo que en realidad me lleva menos de medio segundo. Está justo en la parte superior de sus contactos prioritarios, así que toco su nombre y espero a que suene.

Y suena.

Y suena.

Joder.

—Oye, Pav, soy yo —*probablemente no quieras saber nada de mí, pero pues mala suerte*—. Escucha… envié una grabación a la nube de Bambi. Asegúrate de que lo escuche. Por favor. Demyen también, si consigues que te escuche. No fue solo mi padre el que participó en esto. También fue Raizo. Y están planeando algo…

Oigo un movimiento a unos metros de distancia. Probablemente un gato callejero. Espero.

—De todos modos. Está todo ahí. No sé… —mi voz se entrecorta de repente. *¡Joder, mantén la calma!* —no sé si volveré ni cuándo, así que por favor asegúrate de que esto llegue a todos.

Bambi, Dem, un juez, todos. Y por favor… dile a Willow que la amo.

Cuelgo antes de que los sollozos se apoderen de mí. No puedo darme el lujo de perderme en esta oleada de miedo, pánico, dolor y simplemente… todo. Todo, demasiado, todo a la vez.

Más movimiento. Son pasos y suenan como los de Demyen.

Pero cuando me giro para saludarlo, un dolor agudo florece dentro de mi cabeza.

Y todo se vuelve oscuro.

CLARA

—Oye. Psst, oye. ¿Estás despierta?

Gimo. Intento parpadear, pero me duele.

Una mano suave toca mi brazo. —Realmente necesitas orientarte. O sea, ahora.

Es una mujer hablándome. Suave, silencioso. Suena agradable. Hago lo mejor que puedo para abrir los párpados e inmediatamente entrecierro los ojos ante la luz. —Ay. ¿Dónde…?

—En el jardín. O donde sea, no lo sé. Pero tienes que despertarte.

La urgencia mezclada con el miedo en su voz funciona. Recuerdo que salí y llamé a Pavel, y luego algo me golpeó en la cabeza.

Alguien, aparentemente.

Me las arreglo para abrir los ojos, finalmente, y sentarme. Esas mismas manos gentiles me ayudan, y le sonrío a quienquiera que esté sentado a mi lado en el muro bajo de piedra. —Gracias.

Ella arruga la cara y observa mi apariencia. —Luces como si hubieras ido al infierno.

Casi me río. —Sí, bueno… acabo de regresar.

Sus ojos azul aciano se suavizan con lástima. —Odio decírtelo, pero creo que en realidad te deslizaste hacia un círculo más profundo.

Miro alrededor de la habitación para ver a qué se refiere. Estamos dentro del atrio de El Meridiano… reconozco las flores exóticas que Demyen me señaló la última vez que estuvimos aquí. Cuando realmente nos hablábamos y compartíamos nuestros secretos.

Esta vez, no está aquí. En cambio, el lugar está lleno de mujeres hermosas con vestidos brillantes y diversas formas de vestidos de noche sensuales, con el cabello perfectamente peinado y el maquillaje aplicado impecablemente. Nadie parece feliz.

—¿Qué está sucediendo? —susurro mi pregunta por si acaso no es tan malo como dice mi instinto.

Mi nueva compañera suspira. —Joder. No estás aquí voluntariamente, ¿verdad?

Esa es una pregunta extraña. —¿Quién sí lo está?

Otra mujer interviene en nuestra conversación. Su voz alegre a pesar de que su rostro está marcado por la preocupación. —Ay, ya sabes cómo es. Intentas ganarte la vida, te arrestan por ello, la policía llega a un acuerdo contigo. Se la chupas, tal vez dejas que te folle en la mesa de interrogatorios y luego te disfrazas para algunos grandes apostadores en un club.

—Y luego, cuando llega el momento de la subasta —añade mi pseudoamiga—, nos portamos bien y hacemos todo lo posible para que no nos vendan a un completo imbécil.

Trago el nudo seco atrapado en mi garganta. —¿"Vendan"?

Ambas me fruncen el ceño. —Sí —dice la segunda mujer—. ¿No lo sabías?

La primera suspira y mira a la otra. —No creo que esté aquí por su propia cuenta.

—Bueno, joder. Eso apesta —cruza sus brazos alrededor de su cintura—. Lo siento mucho.

No puedo entender lo que está pasando. De todos modos, está palpitando demasiado fuerte como para entenderlo. —Necesito salir de aquí. Tengo que buscar a…

Ay, joder. Recién ahora me estoy dando cuenta de que la persona que podría y realmente me sacaría de aquí es el mismo tío al que acabo de golpear en la cara.

—Everett. Necesito encontrar a mi papá, Greg Everett.

La segunda mujer, una deslumbrante belleza morena con marcas en el interior de sus brazos y signos de envejecimiento prematuro arrastrándose por su rostro, me levanta una ceja oscura. —¿Everett? ¿*Detective* Everett? ¿Él es tu padre?

Asiento y luego me arrepiento al instante. *Auch*. —Sí. ¿Lo conoces?

Tanto la rubia como la morena resoplan y ponen los ojos en blanco. Pero puedo notar que no está dirigido a mí.

—Sí, lo conocemos. También lo follamos. O, bueno, debería decir que se la chupé y luego me hizo una oferta que no pude rechazar. El hombre es una bestia entre las piernas e igual de descuidado.

Asco. No necesito oír esto sobre mi propio padre.

Pero la rubia que me ayudó asiente con la cabeza. —Sí, para mí era enfrentarme a doce o veinte años tras las rejas, o arrodillarme y rogarle que lo cubriera todo —ella me mira de reojo—. Sin palabras.

Las náuseas florecen en mi estómago.

—Supongo que usa eso como una especie de prueba, ¿sabes? Por ejemplo, si puedes chuparle el alma a través de su polla, él te salvará del juez y te conseguirá un dueño agradable en una subasta.

—Bueno, "agradable" no es la palabra correcta. Más bien, el menos idiota. Algunos compradores realmente cuidan de sus mujeres y cuento con conseguir uno de esos.

Mercancía. Papá estaba hablando de mercancía, de tener algo que los Yakuza querían comprar…

Se me revuelve el estómago cuando miro a mi alrededor de nuevo.

Esclavas es una mejor palabra. Papá tenía esclavas sexuales para vender. Un interminable, interminable suministro.

—Entonces, ¿cuál es tu historia? —la rubia me da un codazo—. Por cierto, aquí no se juzga. No es que tengamos terreno para hablar. Está bien si te puso a "prueba" …

—¿Qué? —giro la cabeza, maldito sea el dolor de cabeza—. ¡No! No. No, él…

Joder.

Estuvo tratando de sacarme de aquí todo este tiempo.

Aunque es un bastardo asesino, Papá igual estaba tratando de hacer lo correcto y sacarme de aquí y alejarme de estos monstruos.

Me miro a mí misma. Puede que esté magullada y ensangrentada, y que mi vestido esté desgarrado y lleno de salpicaduras de sangre, pero no es tan malo como parece. Realmente estoy…

Joder por dos.

Estoy vestida para la venta. Que es lo que debió haber querido decir ese bicho raro en la fiesta de cóctel de antes cuando me llamó "stock exquisito".

—Oye, tienes suerte. Tal vez —la morena se encoge de hombros—. Podría venir a buscarte. La mayoría de nosotras aquí no tenemos familias que nos extrañen. Yo sí que no. Lo único que tengo es amor por la heroína, un traficante cabreado y ahora un proxeneta japonés a punto de venderme al mejor postor.

¿La forma en que ellas están tan… indiferentes? ¿Calmadas? No puedo entenderlo. —Espera. ¿*Quieres* esto?

Ella me mira entrecerrando los ojos. —Nadie "quiere" esto. Pero tampoco podemos luchar contra ello. ¿A dónde más vamos a ir? ¿Volver a las calles para que nos arresten nuevamente? Porque sí que nadie me contratará y me dará un trabajo para que pueda ser legal y tener esa vida de valla blanca —ella suelta una risa burlona y sacude la cabeza—. Esto puede que te sorprenda, princesa, pero algunas de nosotras no tenemos vidas. Ya estamos muertas. Simplemente estamos esperando la siguiente etapa del inframundo.

Miro a la mujer rubia dorada de ojos azules sentada a mi lado. Ella asiente en silencio, pero veo las lágrimas brillando en sus pestañas.

Y es ahora mismo, en este maldito infierno, que me doy cuenta de que sí, mi vida ha sido una mierda desde el día en que nací. Sí, tengo un padre terrible y una madre muerta, un ex abusivo y un dominante lo-que-sea-que-es. Me han golpeado a un centímetro de mi vida. Se han aprovechado de mí. Estoy desgastada hasta los huesos. Me arrancaron el corazón del pecho y lo rompieron en un millón de pedazos solo para volver a pegarlo y romperlo una vez más.

Pero.

Pero.

Maldita sea.

Que todavía estoy viva.

Que todavía estoy jodidamente *viva*.

—Me voy de aquí —rápidamente me levanto e ignoro la forma en que mi cabeza da vueltas. Estoy viva, no estoy destrozada y no me quedaré para descubrir cómo será la siguiente etapa del infierno.

Pero mis dramáticos planes de escape se ven interrumpidos por las puertas que se abren en el frente del atrio, seguido rápidamente por un silencio sobre la multitud de mujeres aquí. Las puertas se cierran de nuevo y un grupo de hombres japoneses con trajes a medida caminan hacia el centro de la habitación.

Raizo Watanabe.

Ocupa su lugar como líder en el pequeño puente que se arquea sobre el arroyo artificial de la habitación, apoyando sus manos en la barandilla como si fuera un podio. —Bienvenidas, señoritas. Supongo que hasta ahora han tenido una agradable velada.

Ahora todo tiene sentido: la ostentación, el glamour, los atentos camareros y las tranquilas "modelos" paseando durante la fiesta de cóctel. Mi padre ha estado abasteciendo el comercio de esclavas de Raizo con drogadictas y prostitutas. Sin hogares. Olvidadas. Mujeres que tal vez *quieren* ser esclavas si eso significara tres comidas completas, ropa decente y un techo sobre sus cabezas.

Las náuseas me golpean en el estómago con más fuerza que antes.

Ay, Dios. Esa soy yo.

He sido esclava de Martin. No me importaba lo que me hiciera en el dormitorio, siempre y cuando eso significara que tuviera comida, refugio, ropa… una vida fuera de las calles para mi bebé y para mí. Le serví de pies y manos a cambio de las escasas sobras que me daba.

Y mi padre me vendió a él. Quizás no con dinero, pero igual lo hizo.

Raizo sonríe mientras escucha el murmullo de las mujeres que asienten, algunas de ellas agradeciéndole por el costoso champán. —Ahora, sé que esto puede ser un evento muy estresante, pero les prometo que mientras sigan siendo los hermosos ángeles que son, nadie tendrá ningún problema y pronto…

—¡Raizo!

Él se detiene. Si está irritado por mi interrupción, no lo demuestra. Pero se gira hacia el lado por donde estoy corriendo hacia el puente.

—¡Raizo! —solo me detengo cuando sus guardias personales me agarran de los brazos. Pero luego, para mi sorpresa, levanta la mano y les indica que me dejen ir.

—¡Clara! —me echa un vistazo rápido y luego frunce el ceño—. ¡Dios mío! ¿Qué te pasó?

Por un momento, olvido dónde estamos. Olvido quién soy yo y quién es él.

Por un momento, soy una niña en casa, y él es mi tío Raizo que me trae dulces de Japón y hace reír a mi madre.

Y es fácil, ay, tan fácil, caer en esos recuerdos cuando extiende la mano y me agarra suavemente por los hombros como solía hacerlo. —Clara. ¿Quién te hizo esto? —él pide. Está realmente preocupado.

Mi corazón se retuerce. Las lágrimas caen de mis ojos sin previo aviso.

—Papá. Y Martin —respiro profundamente para mantenerme firme—. Lo lamento. Lo siento mucho, pero ha habido un error terrible.

—Yo diría que sí —Raizo parece cabreado, pero no conmigo. Cada vez que me mira a la cara, hay una dulzura que recuerdo muy bien. De hecho, podría ayudarme a salir de este lío. Su mirada se agudiza cuando se vuelve hacia sus hombres. Dice algo en japonés, pero reconozco “Everett” y “Patterson”.

Todos sus hombres asienten y luego un montón se marchan rápidamente. No sé qué va a pasar, pero no puedo imaginar que sea nada bueno.

—Clara, lamento mucho este trato —toca con cautela un corte en mi labio y suspira—. Si hubiera sabido que estabas aquí, te habría llevado a mi oficina de inmediato.

Suspiro de alivio ante su compasión. Entonces…

Espera. ¿Qué acaba de decir?

—Ah, yo no… —miro alrededor de la habitación. Quizás me escuchó mal o me entendió mal—. No estoy aquí para… esto. No soy parte de esto.

Raizo sonríe y me da palmaditas en el brazo. —Tienes razón. Estas mujeres están aquí para la subasta general. Pero tú, mi bella Clara… —me mete un mechón de cabello detrás de la oreja—. Tú eres nuestro lote preciado.

Me quedo quieta. Luego, retrocedo lentamente. —¿Qué?

—¿Él no te lo dijo? —chasquea la lengua y niega con la cabeza—. Demyen tiene todo esto arreglado desde hace mucho tiempo. Incluso meses, si cuento bien. Aunque ya he estado contando tanto dinero, mis números podrían estar equivocados.

Comparte una risa con sus hombres. Claramente, no encuentro nada divertido.

Así que se recupera y junta las palmas de las manos frente al pecho. Como si me implorara que comprenda esta locura. —Escúchame, Clara. Eres una joven maravillosa y hermosa y Dios mío, te pareces tanto a tu madre. Tanto que estuve tentado de comprarte para mí. Me duele el corazón cada vez que te veo, porque me recuerdas a ella.

Odio cómo lo dice en serio. Odio saber que probablemente sea así.

De alguna manera, eso solo lo empeora.

—Pero tienes una deuda. Una deuda de vida, para ser específicos. Demyen y Tolya estuvieron de

acuerdo en que esta sería la mejor manera de pagarles la cadena perpetua que les causaste. Y acepté asegurarme de que te fueras con el mejor postor posible. Bueno… —se encoge de hombros—. El postor que mejor *pague*.

Nuevamente, se ríe con sus hombres. Y, nuevamente, no encuentro absolutamente nada gracioso en esto.

Tiene que estar mintiendo. Tiene que estarlo. Demyen me trajo aquí, sí, pero también pareció haber cambiado de… bueno, al menos de opinión, porque no pudo sacarnos lo suficientemente rápido.

¿Qué es peor que el infierno?

Lentamente, cierro los ojos ante el eco del recuerdo. No fue Demyen quien dijo eso.

Fui yo.

Simplemente, aceptó mi desafío.

—No te preocupes, Clara —Raizo me sonríe y vuelve a acariciarme el brazo—. Nadie te pondrá un dedo encima hasta que comience la subasta. Pero… —se acerca más—. Te sugiero que lo aceptes. Porque, después de que termine la subasta…

No termina el pensamiento.

Y, con ese repentino y malvado brillo en sus ojos, realmente no quiero que lo haga.

Raizo se vuelve hacia las otras mujeres y sonríe. —Ahora, señoritas, las acompañarán fuera cuando sea su turno de subir al escenario. Recuerden: sean hermosas, sean encantadoras y compórtense.

Da dos palmadas. En algún lugar afuera, en los pasillos, suena un gong.

—¡Que comience la subasta!

DEMYEN

Si fuera por mí, pondría este whisky por vía intravenosa directamente en mis venas. Tal como están las cosas, necesito ambas manos para vendarme el pecho, así que tomo la mitad de la botella y dejo que el ardor se calme antes de agarrar el rollo de gasa.

Probablemente debería llamar al médico de la Bratva para que revise esto. Pero ahora no estoy de humor para tratar con gente.

A decir verdad, no estoy de humor para estar *consciente* en este momento. Espero que el dolor me mate o que el whisky me deje inconsciente.

No tengo tanta suerte con ninguno de los dos.

Veinte minutos y el doble de maldiciones después, estoy envuelto y vendado y tan miserable como antes de comenzar el proceso.

Camino sin rumbo por el camino. Pero, en lugar de ir a mis habitaciones a pasar la noche, me encuentro deambulando por la villa hasta donde había mudado a Clara y Willow.

Clara. Maldita… *Clara*.

Esto es lo que me pasa por enamorarme perdidamente de un par de ojos inocentes y rizos sedosos… caí perdidamente al abismo.

Ella está en la fiesta con su querido papi mientras yo estoy aquí en casa, *pretendiendo* ser el querido papi de una niña que nunca pedí.

Para ser justos, la niña nunca pidió esta mierda tampoco.

Willow está profundamente dormida en su pequeña habitación. Me apoyo contra la puerta, no quiero despertarla, pero soy incapaz de irme. Incapaz… y poco dispuesto. Es como si estar aquí de alguna manera estuviera pagando penitencia por los pecados que he cometido contra ella.

Mierda. Soy un maldito gilipollas.

No merezco una hija. No sé cómo tratar a alguien que ha sido perfecta desde el momento en que la conocí.

En realidad, no sé qué hacer con Willow. Estoy bastante seguro de que su madre no volverá pronto, pero definitivamente estoy seguro de que no debería ir con el maldito Martin Patterson.

Aunque no puedo quedármela para mí. No importa cuánto quiera hacerlo.

En un mundo perfecto, esto sería fácil. Mantendría a Willow sana y salva aquí en mi casa, mimándola con los deseos de su corazón y trazando un mapa de las estrellas a través del techo de su dormitorio solárium.

Demonios, en un mundo perfecto, ni siquiera estaría aquí ahora mismo, tomando lo que queda de esta botella de whisky y viendo a la niña dormir. Estaría en la cama, sumergiéndome en Clara, bañándome en sus gemidos y saboreando su piel mientras ella se hace añicos a mi alrededor.

En un mundo perfecto, tendríamos varios niños más de quienes preocuparnos. Niños que parecerían como lo mejor de ella y lo mejor de mí combinados.

Pero este no es un mundo perfecto.

En este mundo, soy el líder de una letal familia de la mafia rusa. He amasado una cantidad impía de riqueza y fortuna a costa de jugadores codiciosos y de comerciantes de antigüedades del mercado negro aún más codiciosos. He matado a hombres por parpadear mal ante mí.

Y, en lugar de enterrarme dentro de la mujer más hermosa que jamás haya visto, estoy parado aquí en la puerta del triste dormitorio de su hija, tratando de descubrir qué carajo se supone que debo hacer.

Que me jodan.

Willow frunce el ceño y luego se queja dormida. No me gusta la forma en que contorsiona su dulce rostro. No debería fruncir el ceño mientras duerme. Debería estar sonriendo, riendo y soñando con cosas como helado y girasoles.

Es mi culpa que no lo haga.

No sé qué hacer con ella a largo plazo, pero sí sé que necesito corregir algunas cosas. Ella no merecía las cosas que le hice. A primera hora de la mañana, después de que ella vaya a la escuela, haré que el personal regrese sus cosas al solárium y luego lo llene con más juguetes, juegos y cosas que digan en silencio “lo siento”.

Y haré que Pavel investigue la red de familiares y amigos de Clara. A ver si hay alguien que eventualmente pueda llevarse a Willow muy lejos de aquí.

Alguien que pueda darle una vida mejor que la que yo jamás podría darle.

CLARA

Como prometió, Raizo me acompaña personalmente a su oficina o, al menos, a lo que él llama su "oficina". Se parece inquietantemente a la suite donde me encontré con Demyen esa fatídica noche, cuando pensé que tenía la oportunidad de escapar de Las Vegas y comenzar una nueva vida.

Dios mío, parece que fue hace una eternidad.

Me sorprende ver que no soy la única mujer aquí. Sin embargo, a diferencia de las mujeres en el atrio, estas no parecen estar nerviosas o ansiosas, ni nada en absoluto.

A decir verdad, parecen… muertas. Las luces están encendidas, pero no hay nadie en casa.

Solo hay tres aquí, pero ya parece que son demasiadas. Sus vestidos se parecen más a los que Demyen me hizo usar en su cóctel al aire libre: lo suficiente para estimular la imaginación, pero no lo suficiente como para ocultar nada. Sin zapatos, ni siquiera tacones, en sus pies y su maquillaje parece un poco corrido. Lápiz labial manchado. El rímel corre ligeramente como lágrimas negras.

—No les hagas caso —murmura Raizo en mi oído. Está parado detrás de mí demasiado cerca y apoya sus manos en mis brazos—. Han estado ocupadas brindando entretenimiento a mis hombres.

No le pido que aclare.

Estoy bastante segura de que entendí.

Me lleva hasta el espejo de tocador que hay sobre un escritorio adornado y presiona mis hombros hasta que me siento en el taburete. Tengo la esperanza de que me deje aquí, pero no lo hace.

En cambio, comienza a acariciarme el cabello detrás de los hombros. Acariciando la curva de mi cuello con las yemas de sus dedos. Trazando el caparazón de mi oreja.

—Eres tan increíblemente hermosa —Raizo lo suspira como una oración, mirándome en el espejo—. Es sorprendente lo mucho que te pareces a tu madre.

No sé qué decir, o si se supone que debo decir algo en absoluto. Así que al menos trato de curvar mi boca en una sonrisa más pequeña para que pueda ver que soy dócil. Complaciente. No voy a huir.

Porque realmente no puedo. No puedo huir sin buscar a Willow primero. Y no puedo buscar a Willow sin llevar a Raizo directamente hacia ella.

—Fue en serio lo que dije —me dice—. Quería comprarte para mí. Mantenerte a mi lado, en mi hogar y en mi cama. También te cuidaría muy bien. Mi bella Clara.

Intento no estremecerme.

Él suspira. —Pero el Sr. Zakrevsky dejó muy claro que no quiere verte en ningún lugar cerca de Las Vegas. Y tengo demasiadas propiedades aquí como para solo irme y reubicarme por mi propia satisfacción —Raizo suspira de nuevo y me mira con nostalgia en ese estúpido espejo—. Tendré que contentarme con este poco tiempo que tenemos.

Trago y grazno—: ¿Qué va a pasar conmigo?

Raizo sonríe. Odio la forma en que convierte su hermoso rostro en algo tan asquerosamente siniestro. —Tuve especial cuidado en asegurarme de que solo los hombres más ricos y poderosos que asistieran tuvieran una oportunidad contigo. Lo reduje a seis, para ser exactos. Y tengo una muy buena idea de quién será el postor ganador.

Sus manos rodean mis hombros y luego se deslizan lentamente sobre mi clavícula en una caricia que solo aumenta mis náuseas. Mientras continúa hablando, lentamente desliza los finos tirantes por mis hombros y acerca sus dedos a la parte superior de mis senos. De un lado a otro, de un lado a otro, tocándome como si fuera mi dueño.

Durante estos horribles momentos, supongo que sí lo es. Parpadeo lentamente, esperando parecer recatada y con ojos inocentes mientras en realidad solo intento cerrar los ojos ante la visión de este hombre tocando mi cuerpo.

Y orando. Rezando furiosamente para que Demyen no le dé Willow a Martin.

Por favor, deja que Bambi la encuentre primero…

—Recomiendo encarecidamente… —murmura Raizo en mi oído una vez más, inclinándose y acariciando mi piel con sus labios—, que hagas lo que tu nuevo amo diga, cuando él lo diga, como la buena chica que sé que eres. Estos hombres tienen apetitos voraces y tú, dulzura mía, eres tan deliciosa. Me sorprendería que alguna vez vieras el exterior de su dormitorio, al menos durante los primeros meses.

Hago una mueca, pero no me permito decir nada, aunque lo que quiero hacer es gritar como nunca antes había gritado. Haré todo lo que tenga que hacer para sobrevivir.

Lo que tenga que hacer para sobrevivir.

Lo que tenga que hacer para sobrevivir…

Raizo me respira con su nariz en la curva de mi cuello. —Estoy tan tentado de probarte por mí mismo. Me muero por saber si tus gemidos suenan igual que los de tu madre. ¿Gritarás en mi polla como lo hacía ella?

Esta vez no puedo ocultar el escalofrío. Y tampoco estoy muy segura de poder contener el vómito por mucho más tiempo.

Antes de que pueda comentar, alguien toca la puerta. Mi salvador, incluso si no es su intención.

Raizo refunfuña para sí mismo. Luego retira sus manos de mi cuerpo y camina hacia la puerta. Si está enojado por haber sido interrumpido, no lo sé. El hombre tiene una cara de póquer increíble.

Un hombre habla con él en voz baja. Raizo parece estar de acuerdo con algo, luego le hace un gesto al hombre para que entre a la habitación.

—Debo dejarte por ahora, Clara —lo dice con tristeza, como si me fuera a molestar su ausencia —. Pórtate bien y tal vez pasemos un momento especial juntos antes de que todo esto termine.

Realmente preferiría no hacerlo.

Pero asiento. Sin sonrisas, sin promesas, pero al menos un acuerdo para portarme lo mejor posible. Necesito retocarme el maquillaje, de todos modos… por principio, porque recibir una bofetada definitivamente puede afectar el contorno de una mujer.

Si voy a enfrentarme a demonios, quiero que ponerme mi pintura de guerra.

Raizo sale de la habitación. Su hombre no me presta atención, pero se aparta la chaqueta del traje para que pueda ver el arma enfundada debajo.

Punto hecho. Punto entendido.

Examino los botes y frascos de maquillaje al azar en los cajones del escritorio, preguntándome si esto es lo que estas mujeres usan para su trabajo como el “entretenimiento”. En el reflejo del espejo, vislumbro al chico nuevo llevando a una de las mujeres al sofá de dos plazas. No veo lo que hace, pero sí oigo el sonido distintivo de una cremallera bajando y la hebilla de un cinturón al abrirse.

Y, mientras ella espera lo que sea que él esté a punto de hacerle, sus ojos se encuentran con los míos en el espejo.

El hecho de que ella en realidad no me *ve*… simplemente lo toma, vacía y mirando hacia la nada…

Casi creo que es la amenaza más aterradora que he recibido jamás.

Sé buena…

O conviértete en esto.

DEMYEN

El dolor me despierta.

Probablemente debería llamar al médico, pero soy demasiado testarudo para eso. A pesar de que los vendajes que me estoy quitando y volviendo a poner alrededor de mi torso están cubiertos de un feo tono de sangre carmesí seca.

Estoy tratando de encontrar un método para atar la gasa que no me dé ganas de sacarme mis propios pulmones cuando la puerta se abre de golpe y Bambi irrumpe.

No es la primera vez que se me ocurre que su nombre es completamente incorrecto para ella. Dice “dócil”. Dice “dulce”. La Bambi que oscurece la puerta de mi dormitorio no es ninguna de esas cosas. Ni por asomo.

—Veo que estás en casa —ella mira fijamente las tres botellas vacías de alcohol al azar en mi mesa de noche—. ¿Dónde está Clara?

—Joder si lo sé.

—Patrañas.

La miro. Tiene suerte de ser mi abogada y que la necesito. Este es el tipo de tono y actitud que hace que los hombres más grandes reciban un disparo entre los ojos. —No es asunto tuyo, Bam. Y no sé por qué crees que sí.

Inclina la cabeza hacia un lado y dramáticamente finge pensar en ello. —Hm, déjame ver. ¿Porque me preocupo por ella? Y no importa lo que digas, tú también.

Elijo ignorar eso. —Conocías el plan. Desde el principio.

Bambi me mira fijamente.

Y sigue mirándome.

Joder. De hecho, prefiero las reprimendas. —¿Qué?

Se cruza de brazos y cambia su peso sobre un pie. —Llamó, ¿sabes? De hecho, llamó a Pavel, que estaba demasiado ocupado moviendo el transporte para recogerte para poder escuchar sonar su teléfono. Ella consiguió algunas pruebas bastante jugosas para ti. Así que de nuevo voy a preguntar: ¿dónde está?

Arrugo la frente. —¿Qué evidencia?

—Del tipo que sacaría a Tolya de prisión. Mañana.

Mierda. Me pongo de pie de un salto, luego inmediatamente me arrepiento de haberlo hecho cuando el dolor me golpea en la cabeza como una porra y me hace volver a sentarme. —¿Qué? ¿Dónde? ¿Cómo?

—No-no —Bambi niega con la cabeza y me señala con el dedo—. Esta vez no, *jefe*. No puedes usarla, abusar de ella y luego desecharla como si fuera basura usada. Especialmente, no a cambio de mierda tan buena como esta.

Ahora veo rojo. Me está presionando, maldita sea, y lo sabe. —Qué. Tienes.

Ella suspira y baja la guardia lo suficiente como para ser un uno por ciento menos maliciosa. —Raizo ha estado involucrado en esto todo el tiempo. Raizo, Greg Everett… te están tendiendo una trampa. Te *han estado* tendiendo una trampa.

—No —me abstengo de negar con la cabeza porque todavía me duele muchísimo cuando Martin rompió ese jarrón sobre mi cráneo. Hago una mueca ante el dolor y ante el recuerdo—. No puede ser. Está mintiendo.

—Claro —Bambi se muerde el labio inferior y me mira fijamente—. Porque no hay manera de que Clara intente hacer lo correcto y obtener la información que tanto has estado buscando.

—La escuché. Hablando con su padre. Lo estaba animando. Quiere que él haga toda esta mierda. Ella ha estado jugando conmigo… con *nosotros*… desde el principio.

—¿Y parte de su plan maestro era dejar a su hija aquí contigo?

Hago una pausa. —Escucha…

—No, Dem, creo que debes ser *tú* quien escuche un poco más. Porque yo ni siquiera estuve allí y ya puedo decirte que no escuchaste lo que crees haber escuchado.

Entrecierro los ojos hacia ella. —¿Y cómo lo sabrías *tú*?

Bambi se inclina y coloca su rostro ceñudo a centímetros del mío. —Porque sé lo que es decir lo que sea necesario decir, sonar como sea necesario sonar, para que mi papi no me haga papilla a golpes. O peor.

Yo trago. No me gusta hacia dónde va esto. Peor aún, no me gusta la posibilidad cada vez más fuerte de que ella tenga razón. —Clara es una manipuladora maestra, Bam.

—¡Por supuesto que lo es! —se recuesta, riendo. Una risa calculadora y sin humor combinada con un aplauso triste—. ¿Quién crees que le enseñó? Y no es lo que piensas, aunque sí, fue su padre. Te lo prometo, Dem: Clara Everett es una *víctima*. Una víc-ti-ma. No un depredador. No un asesino. Ha sido presa toda su puta vida y, al igual que las presas en la naturaleza, aprendió a adaptarse. Aprendió a hacer lo que tenía que hacer para *sobrevivir*.

El único sonido durante un rato es la respiración furiosa de Bambi y mis laboriosas inhalaciones y exhalaciones. Me duele la cabeza… tanto físicamente como por considerar todas las posibilidades en juego.

Lo que más me frustra y cabrea de todo esto es que admitir abiertamente que ella tiene razón es lo mismo que admitir abiertamente que yo estaba equivocado.

Que tomé algunas malditas malas decisiones.

Mi posición con la Bratva se encuentra en una situación delicada, dado el último informe de Pavel. Mis habilidades para tomar decisiones han sido puestas en duda entre las filas, y es mierda como esta la que subraya sus preocupaciones.

Preocupaciones *válidas*.

Sin embargo, estar de acuerdo con Bambi significa admitir esa mierda en voz alta. Significa decir que estaba equivocado, que fui estúpido, que estaba ciego y que era miope. Puedo hacer frente a todo eso…

O puedo mantenerme firme.

Y toda una vida de formación de mi padre hace que siempre, *siempre* me mantenga firme.

Así que, en lugar de escuchar el susurro en mi mente y en mi corazón que dice que tengo que volver al hotel casino *ahorita mismo*, me encojo de hombros.

—Lo hecho, hecho está —saco el corcho de la botella más cercana con los dientes, la escupo y tomo un trago. Es un "vete a la mierda" no verbal, y Bambi lo sabe.

Se endereza, luego se cruza de brazos y sacude la cabeza con un suspiro. —Verte es como tener un asiento en primera fila ante una puta tragedia griega. Lo peor es que estás pensando todo este tiempo que no puedes confiar en Clara, Clara miente, Clara es una asesina, Clara, Clara, Clara. Pero *ella* es la que no puede confiar en *ti*. *Tú* eres quien miente. *Tú* eres quien mata. *Tú*, Demyen. Y mientes tan jodidamente bien que casi empecé a creerlo yo misma.

No cierra la puerta de golpe, pero desearía que lo hubiera hecho. El silencio que sigue a su partida es casi peor.

Me siento en mi cama a oscuras, iluminada por una lámpara. Mi cabeza está nadando con un dolor punzante y terribles descubrimientos. Mi corazón amenaza con marchitarse dentro de mi pecho y dejarme con nada más que un recordatorio fantasmal de lo que pudo haber sido.

Mientras me recuesto para intentar conseguir algo remotamente parecido a dormir, me digo a mí mismo que lo que más me duele es el dolor de mis costillas rotas.

Y que es el dolor de mis costillas rotas lo que hace que las lágrimas caigan de mis ojos.

CLARA

Pasa otra hora antes de que finalmente me llamen al escenario.

Me alegro de estar fuera de esa habitación… si tenía que mirar los ojos muertos de esa mujer en el espejo mientras atendía al hombre de Raizo por un momento más, me iba a enfermar del estómago.

Ahora estoy fuera de ese infierno, aunque solo Dios sabe cuán profundo y repugnante será el próximo. Un hombre silencioso y armado me acompaña por un largo pasillo. Un pasillo muy, muy largo, como el de una pesadilla, que se hace más largo cuanto más avanzas.

Ojalá pudiera correr. Pero la escolta armada ha dejado muy claro que esa no es una opción. E incluso si estuviera dispuesta a correr el riesgo por mí misma, hay un bebé dentro de mí al que me niego a arriesgar.

Siento la chispa de vida dentro de mí de la misma manera en que sentí la de Willow. Sufriré todo lo que sea necesario para mantener esa chispa a salvo.

Me pregunto distraídamente si mi embarazo habría cambiado algo con Demyen. Si tal vez, por loco que parezca, él en realidad *quisiera* tener un hijo propio.

Ha sido un monstruo conmigo. Una pesadilla. Un ángel vengador.

Pero también ha sido una luz en la oscuridad. Un padre para mi hija. Una protección contra demonios conocidos y desconocidos.

Así que sí, me pregunto cosas. Tengo preguntas. Pero nunca encontraré las respuestas a todo “lo que debería y podría tener”.

Él tomo su decisión.

Yo tengo que tomar la mía.

Sin embargo, por muy desgarrador que sea, no tengo tiempo para llorar. El guardia abre una puerta y me hacen pasar, instantáneamente arrojada literalmente a un foco de atención.

Mis ojos tardan un momento en adaptarse… hay mucho más brillo aquí que en cualquier otro lugar del hotel. Docenas de hombres vestidos con esmoquin llenan la sala de risas, miradas lascivas y licor. Y humo. *Tanto* humo repulsivo y empalagoso. Zarcillos de esa sustancia se elevan desde las puntas de cigarros caros en bocas que ahora se vuelven hacia arriba en muecas

hambrientas cuando me miran bien por primera vez.

Espera… ¿ese es…?

¿Acabo de ver a Demyen?

Parpadeo. Juro que acabo de verlo parado allí entre la multitud, pero ahora no puedo ver si está o no. O si son solo mis ojos jugando una mala pasada en el caos de la sala de subastas.

Porque eso es exactamente lo que es. *Una sala de subastas*.

Aquí es donde estoy a punto de ser vendida.

—¡Vendida! ¡Al señor de Bielorrusia por cincuenta mil dólares!

Una mujer joven con un vestido rosa pálido me dirige su mirada aterrorizada. Sus dedos tiemblan cuando se los lleva a la cara, cubriéndose parcialmente la boca con horror. Pero, antes de que tenga la oportunidad de romper a llorar, un par de hombres la flanquean y la arrastran fuera del escenario.

Alguien me da un codazo en la espalda.

Mi turno.

Mientras avanzo hacia ese foco ardiente, me doy cuenta de que todo el peso de la realidad de mi situación no se ha posado sobre mí ni una sola vez en toda la noche.

¿Cómo lo sé?

Porque se siente muy jodidamente pesado cuando me cae encima en este momento.

—Y ahora, lo que todos estaban esperando…

El subastador aprovecha su talento para el espectáculo como si esto fuera un puto circo y yo fuera una de las principales atracciones por las que el público pagó un buen dinero. Sería extrañamente divertido si nada de esto tuviera nada que ver con la trata de personas reales. Como si alguien me fuera a dar tres motosierras y me dijera que empezara a hacer malabarismos.

La multitud se queda en silencio. Mil ojos me taladran, escaneando mi cuerpo de arriba a abajo con una especie de aprecio y hambre que realmente no quiero.

No aquí.

No ahora.

Y *no* de *ellos*.

—Nuestro lote ultra exclusivo para esta noche, con una oferta inicial alta por razones obvias —bromea con las últimas palabras para provocar una risa entre los espectadores—. Goza de excelente salud… y, como pueden ver, está en *excelente* condición física. George, ¿por favor?

De repente, aparece un hombre a mi lado y aparta mi brazo derecho del cuerpo.

—Mira ese tono muscular. Esa piel cremosa, pero de alguna manera acaramelada. ¿No luce sencillamente deliciosa?

El hombre… George, supongo… me baja el brazo y me hace darme la vuelta para que mi espalda quede frente a la multitud.

—Como pueden ver, el Lote Tres Sesenta y Siete tiene una figura perfecta para tener hijos. Una hermosa cintura estrechada, con un vuelo ideal en las caderas y glúteos firmes y redondeados.

De repente, George me da una nalgada en el trasero. Quiero gritar de sorpresa, pero rápidamente me lo trago porque de ninguna manera le daré la satisfacción a estos bastardos.

—George, ¿podrías…? —parece que el subastador está haciendo un gesto. Mi suposición parece ser correcta, porque George se arrodilla y tira del desgarro de mi vestido hasta que la tela se desprende de mi pierna.

Y luego levanta mi pie con su mano para que mi pierna desnuda quede expuesta, hasta mi trasero.

—¡Miren eso, damas y caballeros! Belleza exquisita y suntuosa. Verdaderamente una obra de arte que vale cada centavo solo por sentir esos muslos envueltos a tu alrededor, ¿verdad?

La multitud murmura su acuerdo, algunos se ríen ante las burlas… y siento que voy a vomitar.

George baja mi pie con toda la gentileza de un verdadero caballero. Se levanta, me da la vuelta y luego da un paso detrás de mí.

Más risas. Más miradas lascivas. Más indignidad.

—Ahora, para los compradores cautelosos entre ustedes: es posible que hayan notado algunos cortes y magulladuras en nuestra belleza aquí —el subastador alza una mano para aplacar a la multitud, repentinamente decepcionada—. Pero, antes de que empiecen a cambiar de opinión, nuestro benevolente anfitrión quiere asegurarles a todos que esto fue el resultado de ataques injustificados por parte de invitados no deseados, que han sido tratados en consecuencia.

No estoy segura de cómo sentirme al respecto. ¿Mataron a Martin? ¿A Papá?

¿Me sentiría mal si lo hicieran?

—Y, para aquellos de ustedes que *aman* domar a una potranca buena y testaruda, esto les *encantará*: ella se enfrentó a cada uno de ellos. Por su cuenta. Créanme cuando digo: “Deberías ver al otro chico”.

Los que no se ríen de los chistes del subastador ahora me miran fijamente y se lamen los labios. Un hombre en particular hace que se me haga un nudo en el estómago cuando lo veo. Es mayor, aunque no mucho más de cincuenta y tantos años, y de complexión fuerte. Una barba bien cuidada cubre la mitad de su rostro, atrayendo la mayor parte de mi atención hacia sus ojos.

Ojos fríos, oscuros y mortales.

Ojos que me miran con oscura promesa.

—¿Escucho una oferta por ochocientos mil dólares? ¡Sí! Tengo ochocientos mil. Tengo…

—¡Un millón de dólares! —una mujer llena de diamantes y perlas, y claramente no mucho menor de setenta años, grita al mismo tiempo que levanta una tarjeta numerada.

—¿Escucho…

—¡Uno-punto-dos millones!

—¡Tres millones!

Varias personas gruñen y se reclinan en sus sillas. Aquellos que tienen dinero para gastar se inclinan hacia adelante, con sus ojos firmemente puestos en mí.

—¡Siete millones de dólares!

Más gruñidos. Algunas risas afables. Varios siseos de derrota.

El subastador sonríe. —¡Siete millones! ¿Escucho siete-punto-cinco millones?

—¡Diez millones! —el bielorruso, a quien reconozco por la venta de antes, me sonríe y se lame los dientes.

—¡Quince millones!

Más pérdidas se derivan de la guerra de ofertas. Cuando la gente se sienta a ver cómo se desarrolla el resto de esto, queda claro que los postores preaprobados de Raizo son los únicos que quedan.

El hombre de la barba, que sigue mirándome con creciente hambre en su mirada helada, es uno de ellos.

Dios, por favor… que alguien le supere la oferta.

No conozco a este hombre. No lo reconozco de ningún lado. Y, sin embargo, ¿sí lo hago? De una manera muy extraña e incómoda.

Y si bien está claro que todas las personas en esta sala están jodidamente enfermas y deberían ir a prisión por el resto de sus miserables vidas, no todos parecen ser sádicos. La anciana está siendo mimada por los que deben ser sus actuales esclavos, un hombre *y* una mujer. Siguen dándole bocados de comida y susurrándole cosas al oído. El hombre de Bielorrusia se ríe y charla con sus colegas mientras extiende un cheque para un camarero que lo espera. No veo ningún esclavo con él, pero tampoco siento que sea la peor persona del mundo para ser comprada.

¿Pero *este* tío? ¿El barbudo?

La forma en que me mira no solo dice que quiere romperme. Me promete que lo *hará*, lenta y seguramente, poco a poco… y que disfrutará cada momento.

El subastador se aclara la garganta. —¿Escucho…?

—Cincuenta millones.

Ante eso, la sala queda en completo silencio. Todas las cabezas se giran para mirar al hombre barbudo, que no gritó ni saltó de su silla. Continúa mirándome, inquebrantable.

El subastador realmente tartamudea. —L-lo escucharon aquí, amigos. Cincuenta. Millones. De dólares. Para el Lote Tres Sesenta y Siete. ¿A la una?

Los demás postores sacuden la cabeza y se sientan.

—A las dos…

En serio. ¿De dónde lo conozco? Él es…

—¡Vendida!

CLARA

No recuerdo haber regresado a la habitación de Raizo. Es solo un momento intercalado con el siguiente, con saltos discordantes en el medio.

Los ojos del hombre barbudo.

Vendida. El mazo golpea.

Luego, camino en una especie de procesión enfermiza de mujeres. *Los Lotes*. La mujer del vestido rosa solloza mientras camina. Sus hombros tiemblan frente a mí.

Debería llorar. Siento que debería llorar.

Simplemente… no puedo.

Lo único en lo que puedo pensar es en Willow. ¿Está profundamente dormida? ¿Está a salvo? ¿Qué pasará mañana cuando se dé cuenta de que no estoy allí? ¿Preguntará por mí? ¿Qué le dirán?

¿Demyen se quedará con ella? ¿O se la devolverá a Martin en la primera oportunidad que tenga?

Me estremezco de miedo ante ese último pensamiento. No… Demyen desprecia demasiado a Martin como para darle algo parecido a lo que quiere. Aunque sea por rencor, Dem no entregará a Willow.

Quizás Roxy pueda llevarla. Él tiene su número. ¿Es ahí donde terminará Willow?

Lo siento, Roxy. Nunca quise cargarte con mis problemas.

Un pensamiento momentáneo cruza por mi mente: *¿Dónde está Papá?* Me cuesta creer que Raizo lo haya matado. Especialmente ahora que sé que Papá ha sido un importante proveedor de "mercancía". No puedo imaginar a Raizo deshaciéndose de un socio comercial de esa manera.

Mi único consuelo aquí es saber que, a pesar de su retorcida comprensión del amor y de ser un ser humano despreciable, Papá nunca tuvo la intención de venderme. Parecía genuinamente sorprendido y horrorizado de verme aquí.

Me aferro al recuerdo de su rostro un poco más de lo que debería.

Mis pensamientos torbellinos son interrumpidos por los guardias que nos empujan con

impaciencia hacia el interior de la gran suite del hotel. Las tres mujeres de antes se han ido, pero el aire todavía está lleno del inconfundible hedor a perfume, colonia, licor y sexo.

Y encima del tocador hay un montón de dinero.

Una vez que todas somos empujadas dentro de la habitación, los hombres de Raizo se van bruscamente y cierran la puerta detrás de ellos.

Estoy tan tentada a bloquear la puerta. Pero conociendo a los Yakuza solo retrasará su regreso… y los enojará a niveles peligrosos.

Así que busco un lugar para apoyarme contra la pared y me quedo allí. No quiero sentarme en la cama, porque sé lo que ha pasado allí. No quiero sentarme en los sillones por la misma razón. Las otras mujeres no lo saben, así que se sientan y contemplan su próxima etapa en la vida. O lloran.

O simplemente… se peinan con los dedos los enredos del cabello, calmándose, como la rubia que conocí antes en el atrio.

Ella se da cuenta de que la miro. Con una suave sonrisa, se desliza del borde de la cama para unirse a mí en la pared. —Escuché que eres bastante cara —reflexiona.

Me río miserablemente. —Preferiría no tener precio.

—Sí, bueno, mala suerte. No quiero ser mala —añade rápidamente. Un destello de preocupación marca su frente—. Quiero decir, simplemente… esto es lo que nos ha tocado. No hay devoluciones, ni vuelta atrás.

—Tú pareces… ¿bien? Con todo esto.

La rubia se encoge de hombros lentamente. —Nunca tuve una buena vida. Mis padres eran adictos en quiebra y yo he estado en la calle desde que tenía doce años. Supongo que… no sé. El tío que apostó por mí no parecía tan malo. Me imagino que debe ser mejor que trabajar en la parte trasera de la calle Strip, ¿verdad?

Por la forma en que lo dice, parece y suena como si me pidiera que confirme su teoría. Que le asegure que sí, totalmente, convertirse en la esclava sexual personal de alguien es mucho mejor que la prostitución en el lado equivocado de Las Vegas.

Ella no sabe que soy la peor persona para preguntar. Tiendo a tener poco juicio cuando se trata de clasificar el menor de dos males.

—De todos modos —suspira—. Ahora es un buen momento para relajarse y descansar. Escuché a uno de los matones decir que estamos siendo procesadas. Pasarán uno o dos días antes de que nuestros nuevos propietarios nos recojan.

Arrugo la frente. —¿En serio? ¿Por qué?

—Diablos, qué sé yo. Si tuviera que adivinar, para asegurarse de que todos los pagos estén claros. No hay honor entre ladrones, ¿sabes?

—Sí —susurro—. Claro. Ningún honor.

Una estampida de recuerdos pasa por mi cabeza de la nada. *Demyen cargando a Willow riéndose sobre sus hombros. Demyen quitándome la ropa y metiéndome él mismo en un baño caliente. Los ojos de Demyen, brillando como si estuvieran iluminados desde dentro, mientras se enterraba en mí en medio de la noche.*

No es un hombre honorable.

Pero hay un buen hombre en él. En algún lugar.

—Oye —la rubia me da un suave codazo—. ¿Estás bien?

No me doy cuenta de que tengo lágrimas en los ojos hasta que parpadeo y una de ellas corre por mi mejilla. La limpio rápidamente y asiento. —Sí. Simplemente… no lo sé. Lo estoy procesando yo misma.

Ella asiente con comprensión. —Yo también. Por mucho que me haya dicho a mí misma que estoy totalmente de acuerdo con esto, sigo siendo una esclava. Estamos en el siglo XXI y soy una puta *esclava*.

Yo también. Esa parte es la más difícil de afrontar. Todas las que estamos en esta sala estamos en la tierra de los libres, el hogar de los valientes, y estamos esperando silenciosa y temerosamente a que nuestros nuevos dueños nos encadenen.

Y no hay policías pululando por el hotel. Sin SWAT, ninguna organización sin fines de lucro realizando una operación encubierta. Nada ni nadie se interpone entre nosotras y nuestras inminentes vidas de esclavitud sexual.

Por muy largas o cortas que puedan llegar a ser esas vidas.

Me estremezco de nuevo y envuelvo mis brazos alrededor de mi cintura. De repente, agradezco el tiempo de espera antes de que el hombre barbudo venga a buscarme. Sé por qué me compró, y esa mirada en sus ojos prometió que no lo disfrutaré ni por un segundo.

Eso es lo que quiere… que yo llore, grite y suplique clemencia mientras él somete mi cuerpo. Quiere que me vuelva como las mujeres que estuvieron aquí antes. Vacía. Sin vida. Totalmente dócil a cada oscuro deseo que tiene reservado para mí.

¿Qué hará cuando finalmente me rompa?

No puedo dejar que las cosas lleguen tan lejos. Tengo una niña esperándome. Tengo un nuevo pequeño creciendo dentro de mí.

No puedo dejar que me rompa.

Y no lo haré. He sobrevivido tanto tiempo. Sobreviví al temperamento de Papá y al tormento de Martin. Yo puedo con esto.

La puerta se abre. Todas las cabezas se vuelven, temerosas, para ver quién podría unirse a nosotras. ¿Otra ronda de esclavas, tal vez?

Para mi horror, es Raizo… seguido por el hombre barbudo.

Ambos me encuentran instantáneamente entre las mujeres y sus labios se curvan en sonrisas

malvadas. Raizo se acerca a su escritorio y se acomoda en la silla giratoria con un suspiro. Le hace una seña al hombre barbudo, que gruñe en voz baja y coloca una gran bolsa de lona encima del escritorio.

—Está todo ahí —se queja.

Raizo abre la cremallera de la bolsa y comienza a sacar fajos de billetes de cien dólares. —No es que no confíe en ti… —explica con calma.

El hombre barbudo suspira y abre la chaqueta de su traje, saca algunos fajos más de dinero en efectivo y los deja también sobre el escritorio. —Más el recargo, según lo acordado —su voz sale con un fuerte acento eslavo. No puedo ubicarlo del todo, pero hace que sus palabras retumben en su boca en un profundo tono de barítono.

Raizo hojea las nuevas pilas y asiente. —Una vez que haya contado esto…

—La tarifa adicional es para la recuperación *inmediata*.

El jefe Yakuza mira al hombre barbudo por un momento y luego asiente nuevamente. —Está bien. Pero recuerda mi palabra. Si falta un solo billete…

—Sabes dónde conseguirlo.

Raizo de repente se echa a reír. —¡Sí lo sé! Sí lo sé —su mirada se desliza hacia mí y me hace señas para que avance con un rápido movimiento de sus dedos.

Cuando no me acerco de inmediato, uno de sus hombres me agarra del brazo, me gira y me empuja hacia el hombre barbudo.

—Podría ofrecer una reducción significativa en las tarifas a cambio de… —Raizo escanea mi cuerpo, lo que instantáneamente me pone la piel de gallina—. Un ligero retraso en la entrega de esta. Para asegurarnos de que cumpla con tus estándares, claro.

El rostro del hombre barbudo se tuerce en algo que es medio ceño fruncido, medio sonrisa desconcertada. —Si no hiciste tu “control de calidad” antes de la venta, ese es tu problema. No el mío.

La sonrisa del anfitrión flaquea en el rostro de Raizo por un breve momento. Luego, suspira, asiente y le dice algo en japonés al hombre que me empujó hacia adelante. —Muy bien. Debo recordarte que no se permiten cambios ni devoluciones.

Siento que el hombre barbudo apoya una mano pesada en mi hombro y aprieta con una fuerza casi dolorosa. —Eso no será un problema.

—No lo creo —Raizo me sonríe—. Serás buena para él, ¿verdad, Clara? Canté tus alabanzas y le prometí a tu nuevo maestro aquí lo mejor que tenemos en stock.

Traducción: no arruines esto o te arrepentirás.

No puedo evitar cerrar los ojos ahora, justo a tiempo para evitar mirar al hombre que me compró cuando su mano se desliza desde mi hombro para agarrar y apretar mi trasero.

—Creo que tienes razón, Watanabe —se ríe—. Voy a disfrutar romper esta.

DEMYEN

Las palabras de Bambi siguen resonando en mi oído.

El rostro de Clara sigue apareciendo en mi mente.

Pensé que sería más fácil limpiarla de mí, como si de repente ya no pudiera ser adicto a su tacto, su sabor, su olor. Me detuve en seco y ahora estoy acostado en la cama, dando vueltas porque no puedo evitar la sensación de que algo anda muy, muy mal.

Que hice algo muy, muy mal.

—*Raizo, Greg Everett… te están tendiendo una trampa. Te* han estado *tendiendo una trampa.*

—*Ha sido presa toda su vida… Tuvo que adaptarse.*

Me siento y me paso una mano por el cabello. Luego, en un repentino y violento capricho, lo tiro con fuerza desde la raíz, esperando que el dolor me distraiga de mis propios pensamientos.

Spoiler: no lo hace.

Hay un dicho que he oído a Pavel decir antes, y que resuena en mi cabeza junto con la voz irritada de Bambi.

—*Es mejor creer y equivocarse, que no creer y equivocarse.*

Si creo que Clara es inocente y resulta que estoy equivocado… bueno, sí. Puedo deshacerme de ella tan fácilmente como lo hice esta noche. Y entonces, definitivamente podría limpiarme de ella.

Pero si no creo que Clara sea inocente y resulta que estoy equivocado…

Salto de la cama y me pongo la primera camiseta que veo.

En cuestión de minutos, estoy agarrando las llaves de cualquier coche que emita un pitido en respuesta al control remoto que tengo en la mano. No necesito enviar mensajes de texto a mis hombres para pedir refuerzos. El hecho de que esté atravesando el recinto a toda velocidad es suficiente alerta.

La Bratva se acerca.

LA PRIMERA MANO del Yakuza que me toca el pecho para detenerme se rompe.

A la siguiente le pasa lo mismo.

Eso es todo lo que se necesita para transmitir el mensaje. Mientras dos de sus camaradas aúllan de dolor, apretando sus dedos destrozados contra sus pechos, los otros guardias de la Yakuza se hacen a un lado. Me reconocen y, lo que es más importante, reconocen que no estoy jugando. Uno de ellos es lo suficientemente inteligente como para abrir la puerta y hacerse a un lado para dejarme pasar.

La suite está llena de mujeres, la mitad de ellas durmiendo en varios rincones y la otra mitad mirando con indiferencia la nada. Escaneo rápidamente sus rostros, esperando encontrar a Clara…

Pero ella no está aquí.

Me dirijo hacia donde Raizo se instaló en el escritorio. El hombre está reclinado en la silla, contando fajos de billetes. Me sonríe con complicidad cuando me ve acercarme.

—¡Demyen! Ya veo que decidiste ponerte cómodo —él mira mi camiseta sencilla y mis pantalones deportivos con una sonrisa—. La noche ha sido un gran éxito. Tú y tu personal hicieron un excelente trabajo. Bien valió la pena la espera.

Suaves sollozos llaman mi atención. En el suelo, acurrucada entre sus piernas, hay una mujer de rodillas, con el maquillaje arruinado.

Mi corazón salta a mi garganta al mismo tiempo que mi estómago toca fondo.

¿Clara?

No. No es Clara, pero el parecido me hiela la sangre. Esta mujer tiene rizos oscuros similares y casi la misma cremosidad en su piel. Pero, a diferencia de mi Clara, la mujer que se esconde debajo de Raizo es toda piel y huesos, y sus pómulos sobresalen de un rostro desgastado.

¿Es esto en lo que se convertirá?

No soy ajeno a la industria del sexo. Tengo todo un equipo de acompañantes profesionales, por el amor de Dios.

Pero nunca antes traté con esclavas. Nunca me gustó. A mi padre sí, pero yo había visto suficientes destellos de ese mundo de pesadilla como para querer evitarlo en general. Intentó involucrar a Tolya en el negocio, pero mi hermano regresó de esa singular salida con el estómago revuelto y un odio renovado hacia el hombre.

Nunca me dijo lo que vio.

—Debiste haber estado allí —dice Raizo con una sonrisa lobuna—. ¡Ella fue magnífica! Elevó el precio más alto de lo que yo esperaba, y la condición de su rostro solo ayudó a las apuestas…

—¿Qué condición? —chasqueo. *¿Qué carajo acaba de decir?*

Raizo levanta una ceja. —¿No la viste antes de irte? Ella recibió una buena paliza de esos detectives. Lo mejor es que ella se los devolvió del mismo modo. Casi suspendí a mis hombres para que no les dieran una lección porque ella hizo la mitad del trabajo por nosotros —se ríe y golpea una pila contada de cientos sobre el escritorio—. No sé si estoy emocionado por su venta o cabreado por no poder romper un tesoro así yo mismo.

Miro alrededor de la habitación con fingido desinterés, pero la realidad de lo que he hecho me golpea con todo el poder aplastante de un tren de carga. Estas mujeres están aquí por mi culpa. Aquí, en esta sala, observando a un señor del crimen Yakuza contar las ganancias de sus ventas a extraños que creen que personas como ellas tienen el mismo valor que el ganado.

Cada una de estas mujeres es la hija de alguien. La hermana de alguien. La amiga de alguien. Quizás incluso la madre de alguien, como Clara.

En un momento, todas y cada una de estas esclavas fueron dulces niñas con la esperanzada promesa de que la luz de las estrellas las arrullaría para dormir. Como Willow.

Y les di a Raizo y sus jodidos enfermos el lugar perfecto para quitarles la ropa, su humanidad y venderlas al tipo de esclavitud de la que no hay escapatoria.

—Ven, toma asiento —ofrece Raizo con un gesto de la mano hacia uno de los sillones cercanos —. Quédate un rato. No creas que me olvidé de que eres tú a quien debo agradecer por una velada tan maravillosa.

No me lo recuerdes, joder.

Se queda mirando el dinero que tiene delante. Sus propios ojos están casi desprovistos de cualquier emoción, salvo por un frío brillo de satisfacción. La mujer a sus pies sigue sollozando.

—Lamentablemente, no todos nuestros lotes se vendieron esta noche —suspira y se encoge de hombros—. Esta no actuó durante la entrevista. También intentó huir. Anda… lárgate de mi vista. Me ocuparé de ti más tarde.

Los sollozos de la mujer disminuyen hasta convertirse en una respiración hueca mientras lucha por incorporarse y se aleja tambaleándose. Es como si cualquier pelea que pudiera haber tenido antes hubiera desaparecido, eliminada de su cuerpo hasta convertirse en este caparazón de ojos vidriosos y colgados que camina lentamente a mi lado. Ni siquiera me mira, aunque tiene que pasar junto a mi silla.

Ella no es Clara.

Pero es un anticipo horrible de en lo que Clara se convertirá.

…La cagué.

La cagué.

La cagué *demasiado*.

CLARA

El barbudo no me dice ni una palabra en todo el camino hasta su coche.

—¿A dónde vamos? —le pregunto en voz suficientemente baja para que no me escuche. No sé qué es lo que hace enojar a este tío, así que no lo miro. Lo mejor es mirar por la ventana y disfrutar de las vistas de medianoche de Las Vegas antes de no volver a verla nunca más.

—Todavía tengo algunos asuntos que terminar antes de volver a casa —me habla como si fuera un pasajero normal más en su coche—. Pasaremos unos días en una de mis propiedades en las afueras de la ciudad.

Tengo demasiado miedo para decir algo en respuesta. Hasta ahora, aparte del agarre de trasero, ha sido sorprendentemente un caballero perfecto. Incluso me abrió la puerta del coche.

Quizá sea una de esas personas que parecen aterradoras y en realidad son decentes.

Despierta, idiota. Nadie "decente" compra a otro ser humano.

—Necesitamos repasar las reglas básicas —dice de repente. Su voz es profunda, pero no suena enojada ni amenazadora. Solo tranquilo, informal, como si estuviéramos hablando del clima—. Primero, mientras estemos aquí en Las Vegas, no abandonarás las instalaciones. Todo lo que necesitas para cuidarte ya está abastecido, así que no quiero escuchar quejas ni súplicas.

—Vale.

—Inténtalo de nuevo.

Trato de no parecer confundida. ¿Qué quiere decir con "inténtalo de nuevo"? *Ah*. —Sí… señor.

Suspira y agarra el volante con ambas manos. —Me llamarás "Amo" cuando estemos solos, o cuando especifique que está permitido frente a ciertas personas. En público… si alguna vez salimos en público… te dirigirás a mí como "Señor".

—Sí… Amo —tiene un sabor muy amargo en mi lengua. Como la bilis que sigo tragando.

Cuando inspiro, siento mi pecho vibrar. *Mierda*. Creo que de verdad voy a llorar, y no sé si podré evitarlo.

—Mejor —nos saca de la calle Strip y conduce por una calle lateral más oscura. Si algo me pasara aquí, nadie lo sabría—. Hablarás solo cuando te hablen y solo si te doy permiso. De lo

contrario, mantén la boca cerrada. Harás exactamente lo que te digo la primera vez que doy la orden. Si tengo que repetirlo, será la última vez que lo haga. ¿Entendido?

—Sí, Amo.

—Aceptarás lo que te doy. Nada más y nada menos. Eres de mi propiedad y yo cuidaré de ti. Pero en el momento en que empieces a discutir conmigo, desearás no haberlo hecho.

Miro por la ventana. —Sí, Amo.

Me mira, con una sonrisa en sus labios. —Vamos por un buen comienzo, *umnitsa*. Sigue así y puede que convierta tu collar de perro en un collar de perlas un poco antes de lo que planeaba.

Mis ojos se agrandan. *¿Collar?* Ay, Dios… ¿me van a encadenar?

—Estoy bromeando —se ríe y se acerca para acariciarme el muslo—. No me gusta la forma en que los collares cubren el cuello. Necesito un lugar donde meter el diente.

Hago una mueca y eso solo lo hace reír más. Aprieta mi pierna, aprovechando el desgarro del vestido para sentir mi piel y mover sus dedos más hacia arriba. Por reflejo, cierro mis piernas de golpe.

Vuelve la mano al volante. —Déjame dejar algo perfectamente claro.

La forma en que su voz baja repentinamente me hace echarle un vistazo. Está mirando la carretera, pero incluso en la oscuridad, es fácil ver que está un poco cabreado.

—Soy tu dueño. Lo que significa que puedo hacer lo que quiera contigo. Si me haces enojar, te encadenaré en el sótano y dejaré que mis hombres se turnen contigo. Si me *cabreas,* no habrá turnos. Y dudo que quede algo de ti cuando terminen.

Lo malo es que sé que lo dice en serio. Estas no son amenazas vacías destinadas a asustarme. Esta es mi nueva realidad.

Una lágrima rueda por mi rostro mientras el peso de esta nueva realidad se apodera de mí. No hay forma de escapar de él. Si lo intentara, probablemente me atraparía antes de poder abandonar el recinto. Incluso si lo lograra, nunca podría volver a ver a Willow. Hacerlo llevaría a este monstruo directamente hacia ella, y no tengo idea de lo que le hace a los niños.

Tampoco quiero saberlo.

Otra lágrima, y luego otra, cae por mi rostro hasta que siento que empiezo a temblar de sollozos.

Me dije a mí misma que no me rendiría. No me perdería en el dolor y la tristeza como lo hicieron las otras mujeres. Pero ya estoy empezando a sentirme desmoronada antes de que comience esta nueva sombra de vida.

Escucho el crujido justo antes de que el dolor punzante florezca en mi mejilla. Su revés me golpea tan fuerte que mi cabeza golpea contra la ventana. Grito, pero el sonido es tan débil como lo siento.

—Cállate la puta boca —gruñe—. No he empezado a darte una razón para llorar.

Respiro profundamente y me esfuerzo por dejar de temblar.

—Podemos hacer esto por las buenas o las malas, *umnitsa*. Las buenas: reconoces que he sido jodidamente amable contigo todo este tiempo y pasamos una agradable primera noche juntos. Las malas: sigues con esta mierda y yo detengo este coche y te enseño cómo se siente llorar de verdad.

Mi cabeza comienza a asentir frenéticamente antes de siquiera haber procesado una respuesta en mi cabeza. —Sí, Amo —espeto. Intento sonreír también mientras me limpio los ojos rápidamente—. Gracias.

Vuelve a acercarse, esta vez para acariciar mi cabello casi con ternura. —Lo admito —suspira con nostalgia—, sí quiero que pelees conmigo. Quiero que me desafíes. Quiero romper tu cuerpo y tu mente, y quiero que lo conviertas en un desafío. No hay nada más dulce que las lágrimas de una mujer destrozada, ¿no crees?

No llores. No llores. No llores.

Trago la bilis que lentamente sube por mi garganta. Nada de esto tiene un sabor dulce.

—Sí, Amo.

DEMYEN

—Tu parte, según lo acordado —Raizo desliza una gran pila de billetes de cien encuadernados sobre el escritorio hacia mí—. Treinta millones de dólares.

Mis brazos se sienten pesados. No puedo levantar las manos para tocarlo. —¿Eso es el sesenta por ciento?

En realidad, no me importa. Podría ser cero por ciento y una gran parte de mí desearía que así fuera. Pero no puedo pensar en una mejor respuesta que no le permita a Raizo darse cuenta del hecho de que detesto literalmente todo lo relacionado con esta noche, esta subasta y él.

Raizo asiente con una sonrisa cómplice. —Te lo dije, lo hizo increíble. Y ambos sabemos lo increíblemente hermosa que es —inclina la cabeza mientras me mira—. Sabes, estoy seguro de que su hija…

—No está para la venta.

Levanta las manos en señal de rendición fingida. —Vale, vale. Sé que no es del agrado de todos. Simplemente pensé en ofrecerlo.

Si no se calla sobre Willow, podría arrancarle la lengua de la boca.

Me froto la mandíbula con una mano y miro fijamente el dinero maldito apilado frente a mí. —¿Quién terminó comprándola?

—Venga, venga, Sr. Zakrevsky. Sabes tan bien como yo que estas ventas son confidenciales.

Por supuesto que lo son. Contaba con que la necesidad de Raizo de alardear me hiciera un favor y me diera unas cuantas migajas de pan. —Me parece justo. No puedes culparme por preguntarme a quién debería venderle más a menudo —cuando está claro que Raizo se cree mi excusa, me encojo de hombros—. ¿Ella está aquí?

Él se ríe y sacude la cabeza. —Créeme, yo mismo intenté tener unos momentos libres con ella. Pero el postor pagó una prima por la recuperación inmediata.

Se me cae el estómago.

¿Recuperación inmediata? Ella podría estar en cualquier lugar ahora. En cualquier lugar de Las Vegas, en cualquier pista de aterrizaje esperando el despegue hacia quién carajo sabe dónde…

Ella se ha ido.

Clara realmente se ha ido. Y será casi imposible traerla de regreso.

Lo que me sorprende es lo que siento al respecto. En una palabra: devastado. Pero es aún más que eso… está en la forma en que mi sangre de repente se congela, mi corazón deja de latir y mi intestino se vuelve ácido.

Quiero gritar. Quiero rabiar.

Quiero quemar todo este maldito mundo hasta que lo único que quede sea un camino claro entre ella y yo.

Pero no puedo dejar que Raizo vea que todo esto me molesta. En todo caso, tengo que fingir que estoy emocionado de escucharlo. O al menos ligeramente divertido. Así que logro torcer una comisura de mi boca en algo parecido a una sonrisa y hacerle creer que toda esta noticia es genial.

Simplemente… jodidamente… *genial*.

Raizo se recuesta en su silla, finalmente capaz de dejar de tocar el dinero con el que está tan obsesionado. —Entonces, te has vengado de la familia Everett y de una manera tan deliciosa. Vendiste a la hija de Greg Everett como esclava y secuestraste a *su hija* para lo que sea que estés planeando hacer. ¿Crees que esto será suficiente para Tolya?

Hago una pausa y lo miro fijamente. Hay algo en la forma en que lo dice… como si estuviera casi demasiado feliz de que todo esto haya sucedido como sucedió.

Raizo ha estado jugando contigo…

¿Él lo sabe? ¿Descubrió en algún momento quién es Clara para mí? ¿Qué significa ella para mí?

¿O es posible que Bambi tenga razón?

Y si tiene razón… eso significa que Clara también la tenía.

—No puedo hablar por Tolya —respondo con frialdad—. Aunque tengo muchas ganas de compartir la noticia. Estoy seguro de que dormirá mejor.

Puede que Tolya duerma mejor, pero estoy bastante seguro de que estoy a punto de volverme insomne hasta obtener suficientes respuestas para calmar la inquietud en mis entrañas sobre Raizo. No puedo simplemente confrontarlo abiertamente sobre las acusaciones porque lo tengo justo donde necesito que esté: cerca, confiando en nuestras transacciones comerciales y dependiente de mi buena voluntad como anfitrión para prestarle mis lugares.

Me inclino y recojo una bolsa de lona del suelo. Con un solo movimiento de mi brazo, logro meter la mayor parte del dinero en la bolsa. Quiero simplemente dejar lo que quede en el escritorio y largarme de aquí, pero eso haría que Raizo sospechara instantáneamente. Así que hago un barrido más y lo meto todo en la bolsa, cierro la cremallera y me la coloco al hombro.

Técnicamente, no es pesada. Pero, de alguna manera, siento que pesa exactamente lo mismo que Clara si estuviera en mis brazos.

Raizo sonríe, amplia e inquietantemente. —Es un placer hacer negocios contigo, Sr. Zakrevsky.

CLARA

No es una villa en el desierto, pero tampoco es exactamente lo que esperaba de un hombre como él.

Es lindo, no me malinterpretes. Pero cuando nos detenemos en el camino de entrada, me sorprende lo *normal* que parece este lugar. Las paredes exteriores son un patrón moteado de ladrillos de piedra, un arco de adobe sobre la puerta de entrada y largos paneles de vidrio donde las ventanas insinúan los techos abovedados del interior.

No hay señales de esclavos, guardias ni nada que sugiera que aquí vive un traficante de personas.

Una vez más, el hombre barbudo… "*Amo*" …me abre la puerta de pasajero e incluso extiende su mano para que la tome y me apoye sobre mis tacones. Cuando caminamos hacia la puerta principal, me rodea la cintura con el brazo y actúa como si esto fuera totalmente normal para nosotros. Como si hubiera un "nosotros".

Supongo que es inteligente. No se sabe quién podría estar mirando, aunque el vecino más cercano no esté lo suficientemente cerca para ver u oír algo.

—Nos quedaremos aquí hasta que terminen mis asuntos —me informa el Amo una vez que estamos dentro. Se quita la chaqueta del traje y se desabrocha los gemelos, subiéndose las mangas hasta justo debajo de los codos. Para mi alivio, se afloja la corbata en lugar del cinturón.

No sé qué quiere ni qué quiere hacerme primero. Lo que *sí* sé es que las corbatas de seda duelen mucho menos que los cinturones de cuero.

—Necesito un trago —se queja. Me hace un gesto con dos dedos para que lo siga, y lo hago—. Quítate esos zapatos. Arruinarás los pisos.

El suspiro de alivio se me queda atrapado en la garganta cuando me quito los tacones y estiro los tobillos. Los dejo a un lado en el vestíbulo y rápidamente cruzo el suelo de mármol, siguiéndolo hasta el comedor.

En la chimenea de ladrillo brilla un fuego lento. El Amo golpea los troncos con un atizador de hierro varias veces y, por un momento, me aterroriza que se dé vuelta y me golpee con él.

Pero en lugar de eso, lo vuelve a dejar en el estante, se limpia las manos en los pantalones y se dirige al minibar que hay cerca. Saca dos vasos de chupito y luego los llena con lo que parece vodka. De un trago, derriba al primero. Luego agarra el segundo y se vuelve hacia mí.

—Vaya… pero *sí* que eres hermosa —murmura. Sus ojos recorren mi cuerpo de pies a cabeza, tomándose un tiempo alrededor de mi abdomen antes de regresar a mi cara. Cuando se acerca, me obligo a apoyarme en la mesa del comedor para no ceder a mis impulsos y correr hacia la puerta.

—Tan jodidamente hermosa —el Amo pasa lentamente sus dedos por mi muslo desnudo, luego empuja mi vestido hacia arriba y hacia un lado hasta que mis piernas y mi trasero quedan expuestos a él.

No empieces a temblar… Por favor, no empieces a temblar...

No puedo dejar que vea lo asustada que estoy. No puedo dejarle saber cuánto me molesta esto… cómo su toque me hace querer huir al lado opuesto de la habitación.

—Tenían razón: voy a disfrutar de tener estas piernas a mi alrededor, *umnitsa*.

Su risa estruendosa me pone la piel de gallina. La forma en que sus dedos se hunden entre mis piernas me hace estremecer. Pero tengo que ser buena. Tengo que hacer mi parte.

Tengo que mantener a Willow a salvo.

Incluso si nunca la vuelvo a ver.

Se da vuelta y grita una orden a unos hombres que no sabía que estaban parados junto a la puerta. Al menos cuatro entran en fila en la habitación y se acercan a la mesa frente a la que estamos parados. Ninguno de ellos parece sorprenderse de verme allí. Afortunadamente, ninguno de ellos me mira con ningún tipo de deseo. No sé si podría soportar ese tipo de introducción a esta nueva vida.

El Amo retumba otra orden.

De repente me tiran de ambos brazos y me arrastran hasta la mesa. El instinto me hace dar patadas para enderezarme, pero los otros dos hombres rápidamente me agarran las piernas y me sujetan.

—Venga, venga, *umnitsa* —canta el Maestro con una voz enfermiza y tranquilizadora. Me da unas palmaditas en el muslo y oigo el movimiento de una hoja—. Quédate muy quieta. Prefiero cortar este bonito vestido que tu piel, ¿entendido?

Un gemido de miedo es todo lo que puedo lograr. Tengo muchas ganas de liberarme y correr, pero el primer toque del frío y afilado metal en mi cadera me deja paralizada.

—Buena chica —corta y rasga la tela, siguiendo la costura hacia arriba por un lado. Cuando llega a la tira, un movimiento rápido la rompe… hace lo mismo con el otro lado. Uno de los hombres me quita el vestido arruinado del cuerpo con un fuerte tirón.

Ahora estoy completamente desnuda, inmovilizada boca abajo en la mesa del comedor de este enfermo. Temblando, tratando de no llorar y aterrorizada por lo que planea hacerme. —¿Qué estás haciendo? —finalmente chillo entre respiraciones profundas y jadeantes.

—Te lo dije, *umnitsa*: voy a marcar tu cuerpo. Me perteneces. Eres mi propiedad. Mi preciada posesión.

Su voz se mueve por la habitación mientras habla. Algo metálico rechina y chirría.

—Tienes suerte. Este resulta ser uno de los mejores diseños. He visto algunos hijos de puta feos en casa, así que considérate bendecida.

No sé cómo lo hace. Cómo toma lo que deberían ser declaraciones amables y compasivas y de alguna manera las convierte en algo oscuro y amenazante. Ni siquiera sé qué está haciendo en este momento, pero algo en su voz, en la forma en que se acerca a mí por detrás, me hace luchar contra los hombres que me sujetan.

—Respira hondo, *umnitsa*.

Sacudo la cabeza. —¡No! ¡Por favor, no lo hagas!

El hombre que sostiene mi pierna izquierda la levanta más arriba sobre la mesa, obligando a mi rodilla a doblarse. Exponiéndome a todos los ojos que me miran.

La mano del Amo descansa sobre mi rodilla. Algo caliente se cierne sobre mí.

No. No. No.

—¡Por favor! ¡Amo!

—Chito, *umnitsa* —aprieta mi rodilla y empuja hacia abajo—. Haz lo que te digo y respira profundamente.

No lo hago porque confíe en él. Respiro profundamente porque estoy demasiado aterrorizada como para saber qué pasará si no lo hago.

Un dolor candente quema mi piel.

Grito.

El dolor es casi cegador. Lo sostiene allí, en la parte posterior de mi muslo, justo debajo de mi trasero, y grito más fuerte. Solo cuando me lo quita mi grito se corta en un sollozo ahogado.

Y luego jadeo. Sollozo. Tiemblo incontrolablemente contra los hombres que me sujetan.

—Ahora es oficial —dice el Amo con orgullo. Blande lo que parece un atizador al rojo vivo frente a mi cara, pero mis ojos están demasiado llorosos para verlo con claridad. Cuando lo gira, me doy cuenta de que no es un atizador en absoluto.

Es un hierro.

Me han marcado.

—Eres mía, *umnitsa*. Mía para siempre. Nunca olvides eso. Si lo haces, estaré más que feliz de recordártelo.

Los hombres me sueltan las muñecas y los tobillos. El Amo devuelve el hierro a la chimenea. Tengo todas las posibilidades de saltar de esta mesa y salir corriendo.

Pero no lo hago.

No puedo.

No solo porque me duele demasiado la pierna para moverla.

No solo porque esté tan aterrorizada por lo que podría hacerle a Willow.

Principalmente, es porque no puedo ver a través de mis lágrimas. No puedo dejar de temblar. No puedo dejar de sollozar.

Él me va a romper. Me va a romper por dentro y por fuera. Tampoco estará satisfecho solo con mi cuerpo… querrá mi mente y mi alma aplastadas bajo su peso.

Incluso si me mata.

Lo cual, seamos honestos… probablemente hará.

DEMYEN

Han pasado… ¿dos días? ¿Semanas? ¿Vidas?

Ni siquiera lo sé.

Pero se me acabó el bourbon, así que le hago una señal al camarero para que me llene y lo miro con ira cuando me pregunta si estoy bien.

Claro, idiota. Estoy jodidamente fantástico. Por eso estoy sentado aquí, en este agujero de mierda, haciendo lo mejor que puedo para ahogar mi culpa en un licor de mierda.

Está vacío aquí. Probablemente porque es mediodía y todos los que no tuvieron que explicarle a una niña de cinco años a dónde fue su madre están afuera, viviendo una vida normal.

Pensé que estaba a salvo cuando Willow no hizo preguntas la mañana después de la subasta. Bambi la vistió y la preparó para ir a la escuela, y Pavel llevó a la niña a comprar donas como soborno extra para ganar tiempo.

En el momento en que se fue, le pedí al personal de la casa que volviera a colocar todas sus cosas en el solárium y lo hiciera lucir aún mejor de lo que era antes. Juguetes nuevos, plantas nuevas, todo lo que pudiera desear en su pequeño pedazo de paraíso.

La mantuvo ocupada cuando regresó de la escuela. Estaba demasiado emocionada para darse cuenta de que solo habían movido sus cosas y, para mi alivio, no intentó entrar en lo que solía ser la antigua habitación de Clara.

Se repitió todo al día siguiente.

Pero ¿esta mañana? No hubo tanta suerte.

Esta mañana, Willow me encontró preparando café en la cocina y sin rodeos me preguntó dónde estaba su mami. Por qué mami no había vuelto a casa todavía.

Joder. Todavía no sé cómo responder eso. Inventé una excusa a medias sobre una emergencia y que Clara tuvo que ir a encargarse de las cosas por un tiempo, pero la mantuve muy vaga y no creo que ella se lo creyera. La única razón por la que no preguntó más fue porque Bambi entró corriendo y la llevó a la escuela.

Estoy sentado en este bar desde entonces. Bebiendo toda la conciencia para no tener que afrontar las consecuencias de mis acciones durante el tiempo que dure el apagón.

Independientemente de los problemas que tuvimos Clara y yo, no se puede negar que ella es una buena madre. Una gran madre, de verdad.

¿Proyecté en ella mi propio trauma por tener una madre de mierda? Probablemente.

¿Se lo merecía? Probablemente no.

Vender a Clara Everett parecía un plan fácil al principio. Que cumpla su condena a los pies de alguien, o donde la quieran. Una vida por una vida. La suya por la de Tolya.

Pero nunca tuve en cuenta las consecuencias de ese plan. Nunca consideré quién sufriría por su ausencia. Aunque sabía que tenía una hija, nunca pensé que lo que hice con Clara afectaría a su hija.

Definitivamente, nunca conté con encariñarme con Willow tan… mierda, tan *fácilmente*.

Y ahora puedo ver cómo la luz se desvanece de sus ojos. La tristeza se instala. Ya está sucediendo… la vi atenuarse esta mañana justo antes de que Bambi entrara. El pequeño y suave "oh" de Willow, la caída de sus hombros, la lenta caída de su cabeza mientras tomaba la mano de Bambi y se alejaba…

Es más de lo que estoy dispuesto a afrontar.

La culpa que conlleva es aún peor.

Le hago una señal al camarero para que me traiga otro bourbon. Compraré todo su maldito estante si es necesario. No quiero dejar de beber licor hasta que mis hombres tengan que levantarme del suelo con una pala y meterme en el coche.

Prefiero mirar al abismo antes que a los ojos desconsolados de una niña que merecía algo mejor.

Mi teléfono vibra sobre el mostrador. Mis dedos torpes necesitan unos cuantos golpes para agarrarlo, pero lo logro. Es un mensaje de texto de una de mis conexiones dentro de la Yakuza de Raizo… alguien a quien he estado adulando durante años. El texto es exactamente lo que no quería que se confirmara.

Comprador internacional. Salió de Las Vegas esa misma noche. Sin registros ni nombres de comprador o destino.

—Oye —saludo al camarero—. Dame una ronda de Borrador de Mentes.

El camarero arquea una ceja, pero no discute ni me pregunta si espero que esos tragos hagan honor a su nombre.

Lo espero. Sí que lo espero. Necesito borrar de mi cerebro todos los recuerdos que tengo de Clara Everett antes de empezar a lamentar su pérdida.

Porque ella está prácticamente muerta. Y no puedo darme el lujo de empezar a admitir lo mucho que ella significa para mí, o lo mucho que en realidad podría…

No. No puedo ir allí. Es demasiado poco y demasiado tarde.

Tomo el primer trago y rezo para que sea el que me noquee. *Salud*.

No tengo tanta suerte. Aún estoy erguido. Aún puedo leer, pensar y respirar.

Aún recuerdo cómo se siente Clara en mis brazos. La forma en que huele, la forma en que sabe. La forma en que su rostro frunce el ceño cuando escucha un mal chiste. O cómo constantemente se mete este mechón particular de rizos detrás de la oreja sin importar cuántas veces se suelte.

Cómo se siente ese mismo mechón entre mis dedos cuando *yo mismo* se lo meto hacia atrás por ella.

Me paso una mano por la cara y me pregunto si puedo pasar el resto de mi vida con los ojos vendados. Joder, tal vez me saque los ojos yo mismo. He estado tan ciego ante lo obvio incluso con los ojos firmemente pegados a mi cerebro. ¿Qué diferencia haría prescindir de ellos?

Un gilipollas que no sabe cuándo un chico necesita espacio se sienta en el taburete a mi lado. Toda el área del bar está completamente vacía, pero este cabrón elige acercarse íntimamente a pesar de que claramente estoy demasiado borracho.

—Parece que te vendría bien un trago.

Ah, tiene chistes. No le sigo la corriente con una respuesta. Solo tomo el siguiente trago de Borrador de Mentes y dejo el vaso sobre el mostrador con un poco más de fuerza de lo que pretendía.

—También parece que te vendría bien un poco de compañía.

—Escucha… —me vuelvo para decirle que se vaya a la mierda, luego me quedo paralizado.

Mierda.

Un rostro que no he visto en más de quince años me dedica una sonrisa muy condescendiente. Odio esa puta sonrisa. Es la misma que me daba cada vez que sabía que la había jodido y que necesitaba su ayuda para salir de cualquier lío que había creado.

Porque ambos sabíamos cuánto *odiaba* pedirle ayuda.

—Estoy escuchando, *malyshonuk* —agarra uno de los vasos de chupito de la bandeja frente a mí y lo tira hacia atrás, chasqueando los labios con la lengua mientras lo vuelve a dejar—. Tengo la sensación de que tienes una gran historia que contar.

La tengo, pero no para él. Nunca para él.

—Escucha —repito—, no sé quién diablos te dejó regresar a este país o qué diablos estás haciendo aquí. Pero me importa un carajo de cualquier manera. *Dasvidaniya*, gilipollas.

La mano del hombre me agarra del hombro y me empuja hacia el taburete antes de tener la oportunidad de deslizarme hacia la puerta. El doloroso apretón que me da me trae demasiados recuerdos que pensé que *ya* había borrado de mi mente.

Él se ríe. —¿Es esa la forma de hablarle a tu padre?

DEMYEN

—Dejaste de ser mi padre el día en que nací.

Oleg Zakrevsky se encoge de hombros y me suelta el hombro para darme palmaditas en la espalda. —Lo admito, no siempre fui el mejor padre…

—Ni siquiera sabes lo que *es* ser padre.

Sus ojos se estrechan hacia mí. —He tenido tiempo para pensar, *malyshonuk*. Un hombre arrepentido puede ser perdonado por sus transgresiones, ¿verdad?

Curiosamente, eso es exactamente lo que me muero por escuchar ahora mismo… de cualquiera que no sea él. —Estás asumiendo que la mierda que hiciste es perdonable.

Oleg le hace una señal al camarero y pide una ronda de tragos de vodka con un plato de huevos encurtidos. Se queja de que no tienen remolachas encurtidas en el menú, pero lo ignora.

El anciano siempre fue partidario de la comida más tradicional. *Un producto del viejo país* decía con ese marcado acento que comenzó a desvanecerse durante mi infancia, pero que aparentemente ha vuelto con toda su fuerza. Se aseguró de que Tolya y yo lleváramos nombres rusos, aprendiéramos a hablar ruso con fluidez y nuestros cocineros contratados siempre fueran expertos en cocina rusa.

Es exactamente por eso que hago lo mejor que puedo para hablar tan poco ruso como sea humanamente posible, evito la comida casi cada vez que puedo y esencialmente americanizo mi identidad.

Cuanto más me aleje de mi padre, mejor.

Lo que me irrita… cuando no me asusta… es cómo todavía se las arregla para escapar de las grietas de mi persona. Pequeñas palabras, aquí y allá, pronunciadas antes de que tenga la oportunidad de pensar en lo que quiero decir en inglés. Hábitos de aseo, como la forma en que se engrasa el cabello y se manicura meticulosamente su espesa barba.

La única vez que me dejé crecer la barba, vi *su* rostro en el espejo. Me lo afeité tan rápido que me corté las putas mejillas.

—Pensé que habías metido la cola y corrido —mantengo mi voz lo más tranquila y casual posible.

—Los federales no me dieron mucho tiempo para hacer las maletas —Oleg se encoge de hombros y bebe un trago de vodka. Lo persigue con un huevo encurtido. *Qué asqueroso*—. Al menos, no si quisiera conservar mis bienes. Sacaron tanta mierda del caso de Tolya que no los necesitaba husmeando una vez que descubrieron que mi visa había expirado.

Resoplo. —Vaya. El gran y malo jefe de Bratva no podía gestionar una presentación básica.

—Cierra la boca y muestra algo de respeto, muchacho. No vine aquí a escuchar tus réplicas.

—¿*Por qué* viniste aquí?

Oleg toma otro trago de huevo y vodka y se limpia la boca con el dorso de la mano. —La prohibición de quince años en mi contra se levantó hace unas semanas. Me llevó más tiempo del que quería hacer los preparativos, pero los federales están demasiado ocupados persiguiendo a otros delincuentes como para notar a un viejo oso que regresa corriendo a través de la frontera.

—Quise decir por qué viniste *aquí, Otets*. Tú y yo no nos hablamos precisamente.

Me lanza una mirada de reojo. —No, no hablamos. Pero eso tiene que cambiar ahora que he vuelto…

—Si estás pensando en recuperar la Bratva, estás jodidamente loco.

Él se ríe y sacude la cabeza. —No te preocupes, *malyshonuk*. Lo he hecho más que bastante bien en casa. Puedes quedarte con tu pequeña pandilla.

La forma en que enfatiza la palabra “pequeña” me hace querer darle un revés para levantarlo del taburete. Siempre está tratando de superarme, asegurándose de mantener su posición como el macho “alfa” de la familia. Solía pensar que era porque quería mantenernos a Tolya y a mí en su lugar como sus hijos, siempre segundos, siempre subordinados.

Se hizo evidente bastante rápido… cuando me hice cargo de la Bratva que él abandonó… que era porque no tiene tanta confianza en sus habilidades de liderazgo como quiere que todos piensen. Compensa en exceso en múltiples niveles.

Aunque yo era increíblemente joven a un nivel sin precedentes cuando me puse en el lugar de Oleg, mi misión fue ser mil veces mejor que él.

Ahora no tengo que exigir respeto a las personas que me rodean… ellos solo me lo dan. De buena gana y sin cuestionar.

Oleg se gira en su asiento para mirarme. —¿Quieres saber por qué estoy aquí? Estoy aquí para sacar a tu hermano de prisión.

—¿Cómo? —me burlo y le hago un gesto al camarero para pedir una botella de cerveza. Necesito reducir la velocidad para mantener lo que queda de mi ingenio alrededor de este gilipollas.

—Yo tengo mis maneras. Obviamente mejores que las tuyas, ya que no has podido hacer ni siquiera eso.

—¿Qué carajo…?

—Aquí estás sentado, ahogando cualquier maldita pena que creas tener —gruñe Oleg en mi cara. Se acerca y mantiene la voz baja. Casi desearía que hubiera tenido una de sus infames rabietas solo para tener una excusa para tirarlo al otro lado de la maldita habitación—. Mientras tu hermano se pudre tras las rejas.

Le sonrío en la cara. —Él está bien, *Otets*. Ha tenido mucho tiempo para ir al gimnasio y enojo más que suficiente para alimentar sus entrenamientos. Lo están alimentando bien y ha hecho muchos amigos. No me malinterpretes… lo quiero fuera tanto como tú. Pero no está sufriendo.

Oleg me estudia durante un largo y duro momento. —Ya veo. Te veo a ti, *malyshonuk*, y veo a través de ti. Preferirías mantener encerrado a Tolya para que no amenace tu posición entre nuestros hombres.

—*Mis* hombres. *Mi* Bratva. Nunca le envidiaré a mi propio hermano toda la riqueza y los recursos que merece por derecho, pero trabajé duro para llegar a donde estoy. Todo lo que tengo es *mío*.

En el momento en que esa palabra sale de mi boca, siento que la bilis amenaza con seguir rápidamente.

No porque esté bastante borracho. Sino porque el sonido de esa palabra me recuerda una proclamación similar que le hice a Clara Everett. Sobre ella. Junto con una promesa… varias promesas, en realidad… de que nunca la entregaría a nadie más. Jamás.

Solía pensar que Oleg era el puto bastardo más grande del planeta.

Ahora creo que también le he usurpado ese título.

—¿Qué dicen en este país? *Vamos a calmarnos* —Oleg se ríe y me da una palmada en el hombro —. Solo estaba bromeando, *malyshonuk*. No deberías ser tan serio todo el tiempo. Es malo para la presión arterial.

Entrecierro la mirada. —Te estás desviando.

—Y tú me estás poniendo de mal humor. Pasé quince años lejos de mis hijos y, ahora que estoy de regreso, ¿esta es la bienvenida que recibo? Estoy aquí para ayudarte, Demyen. A ti, a Tolya y a todos los demás miembros de nuestra familia.

Darme cuenta me golpea en la cara. Me recuesto y lo estudio con nuevos ojos. Tiene razón… parece que le ha ido muy bien en “el viejo país”, lo que en realidad solo puede significar una cosa. —Te llevaste bien con el *pakhan* en Rusia.

Técnicamente, mi Bratva es una rama de una Bratva mucho más grande y antigua, asentada en los bosques oscuros y en las ciudades aún más oscuras de Rusia. Se remonta a una época en la que las familias llevaban cimeras en sus escudos y cazaban a sus enemigos en el frío con cuchillos dentados.

Krov’ i bratstvo. Sangre y Hermandad. Palabras antiguas. Palabras primordiales.

Palabras violentas y destructivas.

Como los hombres que todavía creen en ellas.

—Hemos tenido algunos acuerdos mutuamente beneficiosos —Oleg esboza una sonrisa y termina con lo último de su vodka—. Me ha ido bien. Y lo hice sin los hombres cobardes que llamas tus "*vors*", así que puedes mantener tu lengua afilada envainada dentro de esa boca insolente tuya.

El hecho de que siga enfatizando lo poco que considera a la Bratva me tiene en alerta máxima. Estoy seguro de que quiere hacerme creer que no está interesado en recuperarla. Quiere que me sienta bien y cómodo con su presencia… hasta que mi guardia esté lo suficientemente baja como para que él pueda hacer su movimiento.

Estará esperando hasta que el infierno se congele.

Mi guardia *nunca* bajará con él cerca.

Oleg me da otra palmada en el hombro y se baja del taburete con un gemido de satisfacción. —Tengo que ponerme en marcha. Tengo una pequeña y dulce belleza esperándome. No quiero ser grosero.

Ahora sí pongo los ojos en blanco. —Solo puedo esperar que tenga edad suficiente para un guardián de la cripta como tú, *Otets*.

Siempre le han gustado las mujeres más jóvenes… mujeres *mucho* más jóvenes. La idea de que él manosee a una chica de dieciocho años apenas legal hace que mi ya volátil estómago se revuelva.

Él se ríe y me guiña un ojo. —No le guardes envidia a un anciano por sus alegrías, *malyshonuk*. Ella me mantiene joven. Me recuerda a los viejos tiempos, con tu madre.

Con ese repugnante pensamiento firmemente plantado en mi mente, arroja algunos billetes sobre el mostrador y sale corriendo del bar.

No tengo estómago para otro trago. Tampoco tengo ganas de volver a casa. Así que tomo mi teléfono y hago una llamada.

—Nunca adivinarás quién está de vuelta en la ciudad —digo con una mueca cuando Pavel responde.

Hace una pausa. —Realmente no quiero adivinar, a juzgar por el sonido de tu voz.

—Recién llegado desde la patria.

—Joder. ¿Qué necesitas?

Por eso Pavel es mi mano derecha. Sabe exactamente cuándo entrar en acción. —Necesito saber cuánto tiempo lleva realmente en este país y todo lo que ha hecho desde que llegó. Me refiero a *todo*. No quiero que desaparezca ni un solo puto viaje al baño.

—Asco. Pero supongo que, si su próstata está mal, es posible que no esté mucho tiempo en este mundo.

—No me hagas ilusiones. Él ya está tratando de hacerme creer algo, y no me creo nada de su mierda, ni por un segundo. Descubre con quién ha estado hablando. Quién de repente se ha vuelto más rico después de estar en la misma habitación que él.

—Entendido.

Hago una pausa. Él también. Mi pregunta queda suspendida en el aire y lo oigo tensarse mientras espera que la haga.

Finalmente, sucumbo al impulso. —¿Cómo está la niña?

Pavel respira profundamente. Estoy bastante seguro de que cualquier respuesta que le venga a la mente de inmediato no es la que quiero escuchar. Aunque probablemente sea lo que merezco. —Llamó el consejero escolar. Están preocupados por sus cambios repentinos de humor y quieren programar una conferencia de padres y maestros.

Mierda. Agreguen eso a la lista de cosas obvias que no tomé en consideración.

Desearía con cada fibra de mi ser poder traer de vuelta a Clara. Mejor aún, desearía poder retroceder en el tiempo y no llevarla a esa puta subasta. O jamás haber aceptado ser el anfitrión para Raizo en primer lugar.

Demonios, desearía poder volver a esas preciosas noches en Fiyi. Esos raros y hermosos días en los que realmente tenía la cabeza bien puesta.

Pero, si pudiera cumplir mis propios deseos, estoy seguro de que no estaría sentado en este bar oscuro y asqueroso tambaleándome después de pasar más de diez segundos con mi propio padre.

Lo que *sí* puedo es hacer lo correcto con Willow. Hacer que su vida sea lo más fácil y alegre posible. Distraerla del dolor de estar separada de su madre.

Y, con suerte, ocultar para siempre el hecho de que soy *yo* el culpable de eso.

CLARA

Solo han pasado unos días en este lugar, pero ya parece una eternidad.

El Amo me dio esta habitación poco después de marcar mi muslo, actuando como si fuera un gran y maravilloso regalo que esperaba que me entusiasmara. Todo lo que pude hacer fue hacer una mueca y un gemido de dolor.

Pensé con seguridad que me lastimaría en ese mismo momento. Pero no lo hizo.

Y no lo hace. En cambio, solo entra en mi habitación para revisar mi herida y mantener el vendaje limpio. Su tacto es suave y sigue preguntándome si todavía me duele. Como si realmente le importara mi bienestar.

No le importa. Sé con certeza que no. Aparte de ser un bastardo enfermo y pervertido que compra mujeres para usarlas como juguetes, apenas me envía comida suficiente para pasar el día. Es un milagro si se acuerda de enviar agua. Si no fuera por el pequeño baño adjunto a este dormitorio y el pequeño lavabo que hay dentro, estaría luchando por tragar las cortezas secas de tostadas que sus hombres colocan en la cómoda junto a la puerta.

No estoy segura de qué sería peor: olvidar de alimentarme hasta que mi hijo por nacer y yo muramos de hambre…

O darme mucha más atención de la que quiero.

Me acuesto en la cama con varias almohadas decorativas debajo de mi pie, para que mi pierna quemada no roce el edredón. La cama con dosel tiene espejos instalados en el marco, lo que significa que puedo ver fácilmente los moretones y cortes que todavía tengo en la cara por esa horrible noche.

No debí haberme subido a ese coche con Demyen.

Debí haberle dicho que se fuera a la mierda.

Mi mano acaricia mi estómago mientras me miro en el espejo con otro “debería” filtrándose en mi cabeza: *debí haberle dicho la verdad*.

Incluso ahora, mi estúpido corazón se aprieta dolorosamente al pensar en Demyen retractándose de cada palabra de odio que alguna vez haya dicho y dando la bienvenida a nuestro bebé a este mundo con la misma calidez y entusiasmo con que recibió a Willow.

Willow…

No. No puedo pensar en ella. No puedo traer sus dulces recuerdos a este terrible lugar. No quiero que la tortura a la que me somete el Amo se llene con los ecos de la risa de mi dulce niña.

Agarro una de las almohadas junto a mi cabeza, me tapo la cara y grito.

Esta vez, grito de rabia.

Esta vez, el dolor viene de lo más profundo.

Lo odio. Lo odio. Lo odio por todo. Por ser tan cariñoso y compasivo incluso cuando juró que quería lastimarme. Por hacerme creer que en realidad teníamos algo, que *éramos* algo.

Odio muchísimo a Demyen Zakrevsky… porque amarlo duele aún más.

Pero, aun así, no puedo detener el horrible dolor en mi pecho, donde solía estar mi corazón. No puedo dejar de llorar por los recuerdos de estar en sus brazos, escuchando sus dulces promesas susurradas, de pasar una eternidad en el paraíso con él.

Quiero que vengas a mí cuando me desees, cuando me necesites, y quiero que confíes en que haré todo lo que esté en mi poder para poner el mundo a tus pies.

Mentiroso.

Mentiroso cruel y despiadado.

La cama tiembla suavemente mientras sollozo sobre la almohada. Cuando termino de gritar, la bajo y la abrazo contra mi pecho para, al menos, poder respirar el aire de mi celda de prisión. Huele a madera de cedro y a humo de cigarro, mezclado con hilos de comida que llegan flotando desde la cocina y que sé que no me permitirán comer.

Mi estómago ruge y se retuerce dolorosamente por el hambre. Froto mi mano sobre mi útero aún no hinchado.

Y rezo… ay, cuánto rezo… para que Dios me mantenga con vida el tiempo suficiente para salvar a mi bebé.

DEMYEN

Mi teléfono vibra sobre el escritorio, sacándome de un sueño que no puedo permitirme. —¿Sí?

—Te necesitamos aquí de inmediato —parece que Mikhail, uno de mis *vors*, está reprimiendo el pánico—. Está mal.

Mikhail ha estado supervisando uno de los almacenes de envío cerca del aeropuerto de Las Vegas durante los últimos meses, rastreando las antigüedades entrantes marcadas para próximas subastas en el mercado negro. Es una de nuestras operaciones más seguras, gracias a que la TSA se centra más en drogas y armas que en jarrones pintados a mano, por lo que estoy realmente sorprendido de recibir una llamada como esta. —¿Qué pasa?

—La mitad del almacén ha desaparecido. Una bomba explotó al mismo tiempo que nos abatían a tiros en un ataque sorpresa. Luka, Sven y Henri están muertos. Recibí un tiro en la pierna. Ni siquiera sé todavía cuántos perdimos en la explosión.

Me levanto de un salto y derribo la silla de mi escritorio. —¿Quién?

Él sabe a qué me refiero. Mis hombres casi nunca necesitan una explicación. —Sé que son nuestros aliados y todo eso, pero te lo prometo, jefe. Los autos, las armas, la ropa, incluso la forma en que atacaron… grita: "Yakuza".

Respiro profundamente unas cuantas veces, para no tirar mi teléfono al otro lado de la habitación. —Llama a Erik y lleva a sus hombres allí para que te ayuden a sacar a todos los que puedas encontrar. Olvídate de la mercancía por ahora. Céntrate en las vidas. Quiero un recuento para cuando llegue.

—Entendido.

El teléfono se siente pesado cuando lo dejo sobre el escritorio. Me apoyo en mis manos para poder tomarme un momento para conectarme. Tengo que concentrarme aquí y ahora, antes de perder la cabeza.

Demasiado tarde.

El papeleo y el material de oficina salen volando del escritorio con un movimiento enojado de mi brazo. No sé qué es más fuerte: la grapadora chocando contra la pared o mi grito de rabia, que me llega desde el fondo del alma.

Necesito romper cosas.

Necesito romper *caras*.

Pavel abre la puerta justo cuando estoy a punto de tirar la silla volcada del escritorio por la ventana. —¿Llamaste?

—Tenías razón. Ella tenía razón —dejo caer la silla al suelo y me quedo ahí. *Inhala, exhala. Más lento*—. Todos tenían razón. Todos menos yo, ¿vale? ¡¿Es eso lo que quieres oír?! —le grito al techo.

No necesito mirarlo para saber que Pavel reprime sus expresiones faciales lo mejor posible. —¿Supongo que quieres que traiga un coche?

—Quiero que retrocedas el tiempo y me abofetees antes de hacer algo estúpido —ahora lo miro y soy muy consciente de lo desquiciado que parezco—. Hazlo y te daré un gran aumento.

—Hombre, lo haría si pudiera, créeme —alza las manos para mantenerme calmado—. Pero no puedo, así que dime qué necesitas para que pueda hacer algo aquí y ahora.

Me limpio la cara con el brazo. De repente, me arden los ojos. Tengo la garganta apretada. —Clara intentó advertirme sobre Raizo. Antes de la subasta, antes de todo… Ella jodidamente lo sabía y trató de advertirme y ¿yo qué hice?

Él sabe que no debe responder esa pregunta por mí.

—Lo juro, Pav, si es cierto que Yakuza acaba de atacar nuestro almacén, los mataré a todos y cada uno de ellos yo mismo.

—¿Empezando con Raizo?

Sacudo la cabeza con una risa. —Ah, no. Lo guardaré para el final. Que me vea reducir su imperio a cenizas. Y luego le daré de comer sus propias bolas como venganza por Clara.

Pavel cruza los brazos sobre el pecho e inclina la cabeza hacia un lado. —Interesante. Pensé que nos vengábamos *de* Clara. ¿Ahora lo hacemos *por* ella?

Eso me detiene a mitad de la diatriba. Sé a lo que se refiere y lo odio. Pero no puedo negarlo.

Suspiro y me dejo caer contra el costado del escritorio. —La cagué. Sé que la cagué y no puedo arreglarlo. Así que sí, nos vengaremos por ella. Porque tuvo razón todo el tiempo. Y Raizo es el hijo de puta que tiene que pagar por lo que le pasó a Tolya. No ella.

—Estoy de acuerdo —se frota la mandíbula mientras piensa—. No tengo ni idea de cómo encaja todo, pero que Raizo sea responsable del encarcelamiento de Tolya tiene mucho más sentido que Clara. ¿Qué tiene ella que ganar con ello? Nada. Pero ¿qué tiene él que ganar con ello?

Me río, porque ahora quiero patearme el trasero. —*Todo*. El propio Oleg lo dijo en el bar: la investigación sobre Tolya provocó su deportación. Entre él fuera del país y Tolya en prisión, parece una buena apuesta hacer que falle la Bratva. No más competencia para la Yakuza, y no más tregua de la que preocuparse.

—Entonces, ¿dónde pone eso a Clara? ¿Accesorio?

Eso es exactamente lo que temo. De alguna manera, Raizo debe haber orquestado el asesinato de Michael Little y culpado a Tolya, apoyándose en la participación de Clara para obtener influencia.

Ella tenía ocho años. Una *niña* literal. De ninguna manera algún Yakuza inventa planes de asesinato con niños en papeles principales.

Porque, a diferencia de *mí*, ellos pueden ver claramente que los niños no suelen cometer asesinatos.

Aspiro aire entre mis dientes y miro a la pared. Sería fantástico si el patrón de estuco comenzara a ofrecer soluciones a todos mis problemas.

Pero sigue obstinadamente quieto.

—Tenemos que andar con cuidado cuando lleguemos al almacén. Y en todos nuestros tratos con los hombres de Raizo. Por mucho que mis entrañas griten que todo es obra suya, no quiero quemar ningún puente sin confirmarlo.

De repente, se me ocurre una idea. Lentamente levanto la cabeza mientras se asienta.

—Y para hacer eso… necesitamos hablar con Greg.

CLARA

Cuando la puerta finalmente se abre de nuevo, es poco después del atardecer. No me he movido de la cama. Simplemente no he sentido la necesidad de hacerlo.

Es más fácil no moverse. No pensar. Entumecida por dentro y por fuera, de arriba abajo… ese es el camino.

El Amo entra con un bol y vendas en una mano y tela en la otra. —Acuéstate boca abajo, *umnitsa*.

Hago lo que dice, rodando sobre mi estómago en el centro de la cama para que tenga espacio para sentarse y examinar mi herida. Cuando lo hace, su tacto tiene la misma dulzura que antes. Es confuso y lo odio.

—¿Cómo se ve? —pregunto, mi voz parcialmente amortiguada por mis brazos como apoyo para mi cabeza.

Sonríe mientras levanta el viejo vendaje y echa un vistazo. —Hermoso. Todavía no hay infección y el enrojecimiento ha disminuido. Lindo y limpio también. Tenía miedo de haberte cortado con los bordes exteriores, pero gracias a Dios no lo hice. No hay vuelta atrás con algo como esto.

Estoy segura de que sería divertido si no fuera mi carne la que chamuscó como un filete. —Gracias.

Espera… *¿qué?* ¿Por qué le di las gracias? ¿Qué demonios?

El Amo cambia las vendas con meticuloso cuidado. Cuando termina, suspira y me tiende una mano. —Ven, levántate. Tengo algo para ti.

Por mucho que no quiera tomar su mano, lo hago de todos modos, solo para mantenerlo de buen humor. Una vez que estoy de pie frente a él, me tiende la tela.

—Ponte esto.

No es mucho más que un camisón de satén, pero lo acepto. Aunque abraza mi cuerpo y revela cada caída y curva ante su mirada acalorada, me siento mejor con algo puesto para cubrirme, aunque sea un poco.

No sé si se supone que debo agradecerle o permanecer en silencio, así que murmuro—: Es

hermoso.

El Amo sonríe. Luego se levanta y toma mis manos entre las suyas. —No tan hermoso como tú. Ahora, ¿nos vamos?

Me inquieta lo amable que está siendo. Es más difícil seguir su estado de ánimo o anticipar su próximo movimiento cuando actúa como un ser humano decente, incluso un caballero, y me lleva a una zona de confort que estoy bastante segura de que resultará ser una fachada.

Como alguien más que conozco.

Me lleva de regreso al comedor e inmediatamente respiro hondo. Mi mirada se mueve rápidamente en busca de cualquier hombre que pueda tener escondido en las sombras, listo para arrojarme sobre la mesa e infligirme alguna otra forma de tortura.

Pero el Amo solo se ríe y me acerca una silla. —Relájate, *umnitsa*. Solo vamos a cenar. Estoy seguro de que tienes mucha hambre.

Me siento con cautela en la silla mientras él toma asiento. La mesa ya está puesta con platos de comida y bols de lo que parece sopa de maíz frente a nosotros.

—Adelante —me anima con un movimiento de la mano—. Come.

Tomo un sorbo muy vacilante de la sopa. *Dios mío, eso está delicioso.*

—¡Vaya, más despacio! —el Amo se ríe y me saca de mi ensueño. Ni siquiera me di cuenta de lo rápido que lo estaba devorando—. Me aseguraré de felicitar a mi chef. Solo no vomites. Esta mesa es de teca amazónica.

Mi cara se calienta. Tomo sorbos más lentos y tomo un panecillo para mojarlo en el caldo cremoso, consciente de ser lenta con eso también.

El Amo se recuesta en su silla y me mira. —Entonces, dime, linda: ¿qué hacías antes de venir aquí?

¿Quieres decir antes de que me compraras para ser tu esclava? Me limpio la boca con una servilleta de tela. —Era ama de llaves.

—¿Hotel?

Sacudo la cabeza. —Residencia privada.

Él gruñe en reconocimiento. —Me cuesta imaginarte trabajando como sirvienta de alguien. Pero me resulta mucho más fácil imaginarte con uno de esos sexys trajes de sirvienta francesa.

—Lamento decepcionarte —digo como prueba de broma—. Mi uniforme era bastante aburrido.

El Amo se ríe. *Gracias a Dios*. —No hay nada en ti que sea aburrido, créeme —arranca un trozo de su panecillo y lo mastica antes de preguntar—: ¿Tienes hijos?

No puedo congelarme, porque eso revelaría mi respuesta incluso antes de decirla. Así que me obligo a seguir comiendo pequeños bocados de comida para que él no note la forma en que de repente mis extremidades se sienten pesadas por el profundo pánico.

—No —me aclaro la garganta y bebo un poco de agua—. Sin hijos.

Algo en la forma en que me mira me da la sensación de que no me cree. No exactamente.

—¿Tienes cuánto? ¿Veinte? ¿Veintiuno?

—Veintitrés.

Él asiente. Una sonrisa de complicidad se extiende lentamente por su rostro. —Una cosa bonita como tú nunca pasaría desapercibida. Y no eres virgen, o me lo hubieran dicho en la subasta.

¿A qué se refiere? ¿Por qué eso importa? Estoy aquí. Es mi dueño y eso es todo lo que importa.

A menos que… no sea suficiente.

A menos que sea uno de esos bastardos especialmente enfermos que nunca están completamente satisfechos.

Vuelvo a mi sopa solo como excusa para no mirarlo. Papá era un padre y un marido terrible, un policía corrupto y un gilipollas traidor… pero, mierda, había cosas que enfrentaba como policía que incluso a él le repugnaban. Cosas que lo hacían sentarse en el sofá por la noche, mirando fijamente la estática en la pantalla mientras intentaba beber para olvidar cualquier horror que hubiera presenciado ese día.

¿Ese es el Amo? ¿El tipo de monstruo que persigue tanto a niños como a adultos?

Incluso si lo es, no dejaré que atrape a Willow. No puedo. Nos mataré a los dos antes de que él la alcance.

—Las apariencias no son todo —respondo, manteniendo mi voz suave y apaciguadora.

El Amo se ríe. —La apariencia es suficiente para hacer el trabajo. No puedes mirarme a los ojos y decirme que ningún hombre se ha metido entre tus piernas y ha plantado un bebé en ese vientre tuyo.

Puedo y lo haré, maldito enfermo. —La medicina moderna es una maravilla.

Exhala por las fosas nasales. Toma un largo sorbo de lo que parece cerveza mientras me estudia, y luego inclina la cabeza hacia un lado con curiosidad. —¿Por qué me mientes?

Siento como si los latidos de mi corazón gritaran en mis oídos. *Ay, Dios. Ay, Dios. Ay, Dios*… una y otra vez.

—¿Qué te hace pensar que te estoy mintiendo? —pregunto antes de meter otra cucharada en mi boca, repentinamente seca.

Me estudia un poco más. Estoy segura de que esa sutil sonrisa suya se convertirá en algo violento… tal vez el cuchillo para carne al lado de su plato entre en acción para darme una marca a juego… pero luego simplemente se encoge de hombros.

—Solo una corazonada —hace una nueva pausa, moviendo la bebida en su mano con sutiles giros de muñeca—. Sabes, odiaría separar a una madre de su hijo. O hijos. Podríamos traer el tuyo aquí…

—¡No!

Todo en esta sala se detiene. Lo juro, hasta el reloj deja de correr.

La cagué.

Y la sonrisa malvada que lentamente se extiende por su rostro confirma que caí en su juego.

—Verás, *umnitsa*, soy un hombre muy poderoso. Tengo conexiones, espías, informantes… como quieras llamar a personas que me son demasiado leales para ocultar algo. O les pago muy bien por su información, o me tienen demasiado miedo como para poner a prueba mi paciencia. La diferencia no es tan importante.

Dejo mi cuchara. De repente, ya no tengo hambre. Si lo que dice es verdad… si lo que insinúa es real…

Él no solo sabe acerca de Willow… *sino que también sabe cómo encontrarla.*

Ve de farol. Hazlo. Tengo que mantener la cabeza recta. Tengo que recordarme a mí misma que estamos jugando un juego muy peligroso y que él tiene todas las cartas. —¿Por qué importa, de cualquier manera? —grazno—. No quieres que un niño corriendo por ahí se interpone en tu camino. Un hombre grande e importante como tú no tiene tiempo para los niños.

—Puedo ver por qué pensarías eso.

—¿Tú tienes hijos? —no sé por qué lo pregunto. Sale volando de mi boca sin previo aviso, pero diré cualquier cosa para desviar su atención de mi hija.

El Amo asiente lentamente una vez. —Sí.

Interesante. Lamo mis labios repentinamente secos e intento esbozar una sonrisa apaciguadora, pero pequeña. —Me imagino que no los querrías cerca de esto.

—Mis hijos son mayores —suspira de nuevo. Por un momento, parece casi melancólico—. Hice mi mejor esfuerzo. Como cualquier padre podría esperar. No salieron como quería, pero es lo que es.

—¿Sabían de tus… em… "negocios"? —hago un gesto sutil. El hecho de que tenga una puta *marca* lista para usar sugiere que no soy su primera esclava.

—No en los términos más específicos. No hasta que tuvieron edad suficiente para comprender la delicada naturaleza del comercio de pieles. Pero, como dije: no tomaron el camino que yo quería.

Traducción: existe una gran posibilidad de que sus hijos adultos no sean completos malditos animales que compran y venden mujeres como si fueran ganado. Hijos que… tal vez, si alguna vez visitan a su padre… podrían ayudarme.

Aun así, necesito saber algo para mi futuro más inmediato. —¿Alguna vez has pensado en tener más hijos?

El Amo suelta una carcajada. Luego, me mira un poco más pensativo. El calor inunda su mirada. —¿Por qué lo preguntas? ¿Ansiosa por reproducir?

Intento ocultar el escalofrío de disgusto. —Difícilmente. Pero, pase lo que pase, pasará, ¿no?

—Así es —sonríe—. Es por eso que, por ahora, he decidido no buscar a tu hijo o hijos para traerlos con nosotros. Ahora que has plantado la semilla en mi cabeza, *umnitsa*, me imagino lo delicioso que será plantar mi semilla en ti.

Joder.

Mi cabeza empieza a dar vueltas. Ya estoy embarazada, así que no me preocupa tener el bebé de este monstruo… todavía… pero él está dejando muy claro que hará todo lo posible para asegurarse de que lo haga.

No debería sorprenderme. Martin tomó un camino similar conmigo cuando lo amenacé con dejarlo.

Ahora es mi turno de sonreír. Mi cabeza todavía se siente rara, pero también me siento un poco más audaz. Un poco más valiente. —¿Cómo sabes que todavía puedes? No eres exactamente joven. Podrías ser estéril.

Su rostro se oscurece de repente. *Mierda*. Pero, en lugar de abalanzarse sobre mí, simplemente me observa luchar a través de mi creciente neblina. —Ten cuidado con esa boca, *umnitsa*. No necesito usar cinta adhesiva para silenciarte.

—Tengo gente buscándome. Policías. Detectives. Gente importante.

Es una ligera desviación de la verdad, pero no una invención total.

El Amo se ríe. —Si eso fuera cierto, lo sabría.

Doble mierda. Además, mis párpados se sienten jodidamente pesados. Mis manos también. Y mis pies.

Miro fijamente mi sopa de maíz. La mayor parte del bol ha desaparecido. Lo bebí como la mujer hambrienta que soy.

Miro su plato. Apenas lo ha tocado. Me doy cuenta. Él lo ve, y esa sonrisa malvada regresa.

—¿Qué… hiciste? —mis palabras suenan confusas. Como si no fueran mis propias palabras. No de mi propio cuerpo.

El Amo se levanta lentamente de su silla y camina hacia mí. Me acaricia el cabello hacia atrás con una mano. —Se trata más de lo que *voy* a hacer. Te enseñaré una lección muy importante, *umnitsa*. Una que necesitas aprender rápido, ahora que me perteneces.

Me alza en sus brazos como si no le pesara nada. Y aunque quiero pelear con él, quiero zafarme de su abrazo y salir corriendo…

No puedo.

No puedo moverme. No puedo pensar con claridad.

—Todo lo que tienes es gracias a mí. Todo lo que eres es lo que te digo que seas.

Para mi horror, comienza a llevarme por un pasillo desconocido. Uno que conduce muy claramente a dormitorios *diferentes*, aún no vistos.

—Si decido que es hora de que te calles, te obligaré. Y si quiero disfrutar de tu dulce cuerpo sin luchar, eso es exactamente lo que sucederá.

Empuja una puerta para abrirla con el pie. Es un dormitorio. Un dormitorio muy grande, muy masculino, que huele igual que él.

—Eres mía, *umnitsa*. Mente, cuerpo y alma. Permíteme demostrarlo.

DEMYEN

Creo que tengo un problema con la bebida.

Es decir, no hay suficientes bebidas en mi sistema para ayudarme a olvidar todos mis problemas.

Veinte hombres.

Veinte. Malditos. Hombres.

Desaparecidos.

Y esos son los que no pudimos recuperar. Hay otros diez en el hospital en este momento, y al menos tres están en cuidados intensivos y, según las actualizaciones por mensaje de texto que sigo recibiendo de Pavel, es posible que no sobrevivan la noche. Ha sido un alboroto desde que los sacamos de los escombros y los subimos a las ambulancias.

Normalmente, organizaría una limpieza encubierta mucho más fluida. Pero esta vez es diferente. Esta vez, no me importa si empiezan a hablar de quién soy y qué hago en las sombras.

Esta vez, quiero que la atención del público se centre directamente en el muy obvio ataque de los Yakuza.

Miro fijamente el fondo de la piscina mientras me siento en el borde del sillón y observo la forma en que las leves ondas del agua hacen bailar el reflejo de la luna.

Me pregunto cómo se verá Raizo ahí abajo, mirándome mientras lucha por su último aliento. Mientras lucha por liberarse de los zapatos de cemento que yo personalmente le calzaré.

Nadie me jode.

Nadie.

El rostro de Clara aparece de repente en mi mente y trato de cerrar los ojos. No puedo. Hay una voz dentro de mi cabeza que me pregunta si estoy más enojado porque Raizo es probablemente el bastardo que mató a mis hombres…

O porque es el bastardo que secuestró y vendió a mi mujer.

No, no "secuestró". La llevé allí yo mismo. También podría haberla atado con un gran lazo de satén y agregarle una etiqueta de regalo. ***Para Raizo. Con cariño, Demyen.***

La cuestión es que no la llevé allí para venderla. No precisamente. Hice que Clara se vistiera elegante para colgar la zanahoria frente a Raizo, para que su hambre y avaricia lo cegaran ante mis propias ambiciones.

No, eso tampoco es cierto.

Sé honesto contigo mismo por una vez, gilipollas.

La llevé conmigo a esa estúpida subasta para ponerme a prueba. ¿Realmente estaba tan enojado con ella como para venderla como esclava sexual? ¿O sacaría la cabeza de mi propio trasero y finalmente reconocería lo que ella ha llegado a significar para mí?

Fui *yo* a quien le colgó la zanahoria delante.

Y, tan pronto como ese *mudak* la llamó esclava, supe que era mía, ahora y siempre. Supe que no podía seguir adelante. Supe que necesitaba convertirme en el hombre que Clara y Willow necesitaban que fuera.

Intenté sacarla. Lo hice.

Pero fallé.

Quizás soy yo quien merece usar zapatos de cemento.

El suave sonido de pequeños pies golpeando el frío pavimento hacia mí. En un instante, el corazón se me sube a la garganta y no necesito mirar hacia arriba para saber quién es.

—Señor… Señor Zak-zakrem…

Me aclaro la garganta para ahogar la angustia. —Willow, puedes llamarme Demmy. Está bien.

Es la primera vez que me habla desde Fiyi. No hay forma de escapar de *esa* culpa.

—Mami dijo que no debería —Willow mira al suelo—. Por si te enojas otra vez.

Maldito infierno. Soy oficialmente el peor ser humano de este puto planeta.

Se limpia la nariz con el dorso de la mano. —Lo siento.

—¿Por qué?

—No sé.

Me siento más erguido para poder verla mejor. Son más de las diez; está en camisón y sostiene uno de sus animales de peluche en la mano. —Willow —le pregunto suavemente—, ¿qué está pasando?

Las lágrimas brotan de sus largas pestañas y todavía evita mirarme. —¡Lo siento! ¡Lo siento por lo que hice! ¡Siento haberte hecho enojar! ¡No… no sé lo que hice, pero prometo que no lo volveré a hacer! —ella tiene hipo y luego rompe a llorar.

Las piezas se juntan de la peor manera.

Fiyi.

El avión de regreso.

La forma en que la hice a un lado con frialdad y actué como si fuera un equipaje extra.

Cómo la obligué a entrar en ese pequeño armario de habitación sin pensarlo dos veces.

He sido un monstruo para una niña que creció en un mundo lleno de ellos. Yo era el caballero que ella necesitaba… y también le fallé.

—Dios, Wills… ven aquí —le tiendo la mano. Cuando ella no se mueve, extiendo la otra mano hasta que básicamente le ruego que me abrace. Porque… bueno, lo necesito—. *Dorogaya*, por favor. Solo ven aquí.

Ella se atreve a echarme un vistazo rápido.

Luego, corre hacia mis brazos para llorar un poco más, con su carita enterrada en mi pecho.

Al principio, solo quiero darle unas palmaditas en la espalda y asegurarle que estamos bien. Pero algo dentro de mí gruñe: *¡Eso no es suficiente!* e instantáneamente la atraigo hacia mí para abrazarla fuerte. La levanto en mi regazo para acunarla mientras llora. Beso la parte superior de su cabeza y murmuro cosas que merece escuchar.

—No hiciste nada, Willow. En absoluto. Yo soy el que se equivocó. Yo fui malo y lo siento mucho. Lo siento muchísimo. No te lo merecías. No merecías nada de eso. Cometí un gran error y… Dios, lo siento muchísimo, joder.

Sí, le solté una bomba a esta niña. Necesita saber cuán profunda es mi culpa y mi sinceridad.

Willow solloza e hipo un poco más. —Te extraño —logra gemir.

—Yo también te extraño —decirlo en voz alta me hace dar cuenta de que lo digo en serio. Extrañaba a mi pequeña y dulce Willow. Escuchar su risa, verla jugar y simplemente…

Joder.

Extraño ser una familia.

El hecho de que haya sido necesario perder a Clara y destrozar el corazón inocente de una niña pequeña para darme cuenta de lo que tenía… y de lo bueno que lo tenía… es solo un testimonio de cuánto merezco esa vida.

O sea: no la merezco en absoluto.

—Extraño a Mami.

Mierda. No estoy listo para esta conversación. Apenas puedo tenerla conmigo mismo, y mucho menos con esta mini-Clara que oficialmente me tiene envuelto en su dedo meñique.

—¿Por qué mami se fue sin mí?

Porque soy un idiota, chiquilla.

La aprieto más contra mi pecho mientras me levanto lentamente del sillón. —Vamos. Es hora de dormir.

Willow no protesta. Simplemente se acurruca en mi calidez y me deja llevarla de regreso a su dormitorio solárium. Pero, antes de que pueda bajarla, ella se aferra a mi camisa. —¿Te quedarás conmigo? ¿Por favor?

Me canso instantáneamente. Quiero dormir. No quiero caminar sobre una cuerda floja inestable sobre los detalles delicados pero vagos de la repentina desaparición de su madre.

Pero ¿quién más se asegurará de que se duerma? Yo soy el gilipollas que se deshizo de la mujer que solía hacer esto todas las noches.

Así que reprimo mi gemido y nos acomodo en la hamaca. Es la elección perfecta: es cómoda, mece, y a Willow le resulta fácil acurrucarse bajo la cálida manta que la envuelve mientras le acaricio el cabello y miro las estrellas.

Como si ellas *fueran a ayudarme.*

—¿Demmy?

—¿Sí?

—¿Cuándo volverá Mami a casa?

Realmente deseo de todo corazón tener una respuesta para eso. —No sé, chiquilla.

Willow parece pensar en eso por un tiempo. —¿Y si ella nunca regresa?

—¿Qué te hace pensar eso?

Ella se encoge de hombros. —No sé —su voz es tan suave y baja, como si tuviera miedo de decírmelo—. Por favor, no me hagas volver con Martin.

Me quedo quieto. Luego, con cada gramo de sinceridad dentro de mí, le hago una promesa que sé que cumpliré sin dudarlo. —No te haré volver allí. Y nunca dejaré que te atrape.

Willow me mira fijamente. Sé que busca cualquier señal de engaño en mi cara y no la culpo. Rompí demasiadas promesas para que ella crea que esta es diferente. —¿Lo prometes?

Le coloco un mechón de cabello rizado detrás de la oreja y asiento. —Lo juro. Y el juramento de un *pakhan* es algo que no se puede romper.

Grandes palabras de un mentiroso aún más grande. Al menos así me siento estos días. Es cierto… cuando el *pakhan* de una Bratva hace un juramento a su gente, es inquebrantable.

Definitivamente estoy viendo las fallas en mi liderazgo. Para empezar, se supone que no debo tener ningún defecto, y me cabreó muchísimo cuando Pavel me dijo que la Bratva estaba considerando amotinarse. Pero si no puedo cumplir la promesa de devoción a una mujer bajo mi protección, ¿cómo pueden confiar en mi palabra cuando les prometo sus vidas y sustentos?

Puedo empezar con la niña. No es una reforma completa, pero es un comienzo.

Y es mejor que lo que hice con su madre.

Willow se acurruca en mi pecho y mira las estrellas conmigo. —¿Crees que Mami me extraña?

—*Sé* que Mami te extraña.

—¿Cómo?

—Ella es tu madre. Tú eres su bebé. Ella te ama más que a nada en el mundo.

Ella parece considerar esto muy pensativamente. O se quedó dormida. Pero luego, suspira y dice —: Mami también te extraña a ti.

Me alegro mucho de que no pueda ver mi cara en este momento. —¿Cómo lo sabes?

—Porque sí —Willow lo dice como si esa fuera la única explicación que necesito.

—¿Porque…?

—Porque le gustas.

Ya no estoy seguro de que sea una afirmación precisa. En algún lugar, allá afuera, Clara probablemente maldice cada centímetro de terreno que camino. —No lo sé, Wills. Lo arruiné. Me equivoqué *mucho*.

—Mami dice que debemos perdonar a las personas cuando cometen errores.

—Tiene razón —no es nada fácil, pero tiene razón. Solo desearía poder estar cerca de merecer el perdón de Clara… y desearía aún más saber cómo encontrarla para al menos tener la oportunidad de rogarle por ello.

Ahora, cuando es demasiado tarde para hacer algo al respecto, se me ocurre que estas palabras de una niña pequeña suenan más verdaderas y profundas de lo que yo quisiera. ¿Cuánto de este lío se habría evitado si hubiera perdonado a Clara cuando era niña? ¿O si Tolya lo hubiera hecho? Ambos pasamos muchos años guardando rencor a una niña aterrorizada que solo quería sobrevivir. El perdón nunca pasó por nuestra mente.

Willow juega distraídamente con el anillo con el escudo familiar en mi dedo. —A Mami le gustas mucho más que Martin. O sea, a ella le *gustas* mucho. Así que creo que ella te perdonará.

No creo que la Bratva tenga una buena opinión de que tome a una niña de jardín de infantes como nueva asesora. Pero, mierda, esta chica es sabia. Y demasiado perspicaz para alguien tan joven.

—Eso espero —es todo lo que se me ocurre decir como respuesta.

Ella vuelve a quedarse callada. Una vez más, creo que finalmente está dormida… hasta que aparece de nuevo con otra pregunta. —¿Puedo contarte un secreto?

—Claro.

Willow suspira. —Desearía que fueras mi papi.

Algo aprieta *con fuerza* dentro de mi pecho.

No estoy hecho de material paternal. No tengo un hueso paterno en mi cuerpo. No tengo un buen ejemplo de cómo debería ser un padre decente. Ni una sola vez, en toda mi vida, he sentido el deseo de ser padre.

Hasta que conocí a esta niña.

—Yo también lo deseo —sale volando de mi boca antes de terminar de procesar los sentimientos que inundan mi cabeza y mi pecho.

Willow se gira para poder abrazarme con sus diminutos brazos. —Está bien, Demmy. Igual te quiero.

Sin palabras. No tengo palabras. Tampoco puedo ver muy bien a través de la repentina niebla en mis ojos. Tengo que parpadear un par de veces antes de poder volver a ver el cielo.

—Yo también te quiero, Willow.

Y hablo en serio.

Estoy muy sorprendido, pero lo digo en serio.

—¿Me cuentas una historia?

La niña sabe cómo mantenerme alerta, eso es seguro.

—Está bien —vuelvo a colocar la manta a su alrededor y le froto la espalda mientras ella se acurruca—. Pero tienes que cerrar los ojos, ¿vale?

—Vale.

—¿Lo prometes?

Ella sonríe y cierra los ojos. —Lo prometo.

—Vale —suspiro y trato de sacar a la luz una historia, cualquier historia, que no involucre violencia o sangre o familias desmembradas miembro tras miembro, metafórico o literal. Finalmente surge algo de mi infancia… y me sorprende aún más cuando me doy cuenta de que es el recuerdo de mi propio padre contándome un cuento antes de dormir.

De verdad un *buen* recuerdo de mi padre.

Probablemente el único.

—En cierto reino, en cierto país…

—¿Qué significa *eso*?

Suspiro. —Así es como empiezan las historias en Rusia.

—Ah.

Abro la boca para empezar la historia de nuevo. —En cierto…

—Pero no estamos en Rusia.

Otro suspiro. Creo que me comprometí a mucho más de lo que esperé. —Vale. *Érase una vez,* en cierto reino de cierto país, ahí vivía y habitaba…

—¿Qué es “habitaba”?

Nota mental: guarda los artículos de limpieza y los golpes de cabeza para el próximo prisionero al que tenga que atormentar. Solo los haré intentar contarle a Willow un cuento antes de dormir. Contarán todo en cinco minutos. —Significa “vivir en”.

—Pero ya dijiste eso.

—Bueno, es como si la persona estuviera viva y viviera dentro de una casa.

—Entonces, ¿por qué no dices eso?

—Porque así no es como comienza la historia.

—Tus historias empiezan raras.

—Bueno, niña, aquí hay un giro de la trama: también terminan raras.

Willow se ríe. Es ese pequeño sonido musical que me hace sonreír en lugar de empezar a hacer crujir los nudillos por la frustración.

—*Érase una vez*, en cierto reino de cierto país, viva y viviendo dentro de una cabaña de precio decente, había una princesa.

—Las princesas no viven en cabañas.

—Lo hacen si es temporada de impuestos.

Willow me arruga la cara. —¿Ah?

Cubro sus ojos con mi mano. —Chito. Cierra los ojos. *Esta* princesa aún no sabía que era princesa. Y así, esta princesa, aunque era muy hermosa, vivía con un hombre muy feo. Uno de esos hombres feos por dentro y por fuera.

—¿Porque era malo?

Imágenes de Martin pasan por mi mente. —Exactamente. Muy malo. Lo peor. No le gustaba que ella saliera porque sabía que, cuando lo hiciera, otras personas verían lo hermosa que era y tratarían de robársela. La princesa quería huir por lo malo que era, pero también tenía mucho miedo…

—¿Por qué?

—Bueno, ella no sabía cómo era el resto del mundo. Solo sabía cómo era el interior de su casa, por lo que pensó que todas las personas eran tan malas como el hombre feo.

Dulce y misericordioso cielo, Willow permanece en silencio.

—Un día, la princesa se escabulló fuera de su casa y corrió al pueblo más cercano. Ella no sabía que ese era el día en que el príncipe planeaba pasar y ver su reino…

—¿Era guapo el príncipe? —pregunta Willow, esta vez un poco más adormilada.

—Muy guapo.

—Porque era bueno, por dentro y por fuera.

Dios, si tan solo. —Le gustaría pensar que sí. De todos modos, la princesa tropezó y cayó justo delante del caballo del príncipe y casi fue pisoteada. Pero el príncipe se detuvo y la ayudó a levantarse, y fue entonces cuando vio lo hermosa que era.

—¿Él… se la… robó? —ella está luchando contra el sueño. También está dando una buena pelea, pero va a perder.

—Él quería. Él le mostró su castillo y todo su oro y tesoros y le mostró lo poderoso que era. Y, cuando ella accedió a vivir con él, el príncipe se jactó ante todos en su reino de lo increíblemente hermosa que era su mujer. Escuchándolo alardear y alardear y alardear estaba la malvada bruja del bosque, Baba Yaga.

—¿Quién es Bobby Yay Guh?

—Baba Yaga no era nada hermosa. Y por eso estaba celosa de la princesa, y quería su belleza para ella. Entonces, una noche, Baba Yaga distrajo al príncipe con promesas de oro y fama… y luego agarró a la princesa y huyó hacia el bosque.

La única respuesta de Willow es un suave murmullo de reconocimiento. Lo acepto.

—El príncipe lloró por su amor y luego comenzó a buscarla por todas partes. ¿Quién podría encontrar a Baba Yaga? ¿Quién vio a la bruja llevarse a la princesa al bosque? ¿Hacia dónde se fue? Nadie tenía respuestas, pero el príncipe nunca se rindió. Finalmente, un día decidió internarse en el bosque hasta encontrar a Baba Yaga y su casa. Cuando llamó a la puerta, exigió que Baba Yaga le devolviera a su princesa. Pero la única forma en que ella estaría de acuerdo sería si él respondía correctamente tres acertijos.

La respiración de Willow es uniforme. Ella ya no responde a la historia. Estoy bastante seguro de que está profundamente dormida.

Así que… concluyo la historia para mí mismo. Rápido y pasando por alto muchos detalles, porque aún hay cosas que no tengo resueltas en la cabeza. —El príncipe obtuvo todas las respuestas correctas y llevó a la princesa de regreso a su castillo. Pero ella estaba enojada con él, por permitir que Baba Yaga la secuestrara, así que le hizo demostrarle que esto nunca volvería a suceder. Y así se convirtió en princesa: el príncipe le dio una corona y le prometió el mundo.

Le meto el cabello a Willow detrás de la oreja y suspiro.

—Y, a diferencia de cierto *pakhan* en cierta Bratva en cierta ciudad del desierto, el príncipe cumplió su palabra. Le dio el mundo a su princesa, y ella lo amó por eso.

CLARA

No sé dónde estoy.

Mis ojos se adaptan lentamente a la tenue iluminación mientras respiro profundamente para comenzar a hacer un inventario de mi entorno.

Empezando por el hecho de que estoy desnuda.

Estoy desnuda y *me duele. En todos lados.*

Bueno… casi en todos lados. Afortunadamente, y literalmente digo una pequeña oración de agradecimiento por esto: no me duele entre las piernas.

Es algo extraño de evaluar, pero no puedo imaginar ninguna otra razón por la cual el Maestro sentiría la necesidad de drogarme y dejarme inconsciente. ¿Por qué usar una droga para violar a menos que planee violarme?

Lentamente me levanto e inmediatamente me arrepiento de haberme movido tan rápido. Me palpita la cabeza y me duelen todos los músculos de los brazos y el torso.

Cuando coloco mis piernas sobre el costado de la cama, hago una mueca. Si tuviera la energía para jadear, probablemente lo haría.

Mis muslos están cubiertos de moretones.

También lo están mis brazos, mis senos y… estoy bastante segura por el dolor… mi trasero. El único lugar donde no estoy cubierta de moretones del tamaño de huellas y marcas de dientes es mi estómago. Pequeños favores, supongo. Pero, en lugar de llenarme de alivio, este hecho me llena de pavor.

¿Qué sabe él? ¿*Lo* sabe?

Hay una nota en la mesita de noche, con una letra pulcra y masculina. ***Umnitsa: me llamaron para atender algunos asuntos personales. Terminaremos lo nuestro más tarde.***

Entonces, ¿tal vez no me tocó? Pequeño alivio, pero alivio, al fin y al cabo. Igual me siento asquerosa, y no solo por dentro a nivel emocional. Mi piel se siente pegajosa y húmeda en algunas partes. Apesto a humo y vodka. Me pica en lugares que no tienen sentido.

No sé de qué estoy cubierta. No *quiero* saberlo.

Quiero una puta ducha.

Gracias a Dios hay un baño adjunto al dormitorio y, aún más, estoy sola para hacer lo que tengo que hacer. Lo cual es arrastrar los pies por la habitación, tropezar con el lujoso baño y buscar a tientas el pomo de la ducha.

Me pregunto si puedo calentar el agua lo suficiente como para quemar la asquerosidad de mi cuerpo. Y quizá mi mente también.

Me meto en agua bastante caliente y me quedo allí, observando cómo el vapor se eleva por encima de la puerta de cristal y rápidamente empaña el espejo.

Aquí hay artículos de tocador básicos, claramente destinados a un hombre. Abro una de las botellas para olerla e inmediatamente reconozco el olor del Amo.

No.

Absolutamente no.

Era diferente con Demyen. Frotaba mi cuerpo con su aroma para volvernos locos de deseo a ambos. Y, a veces, lo hacía solo para sentirme más segura. Más cerca de él, incluso. Estar envuelta en su aroma era un recordatorio constante de cómo él siempre estaba cerca, siempre cuidándome, siempre asegurándose de que no me metiera en problemas.

Me recordaba que Willow estaba a salvo.

No me atrevo a usar el gel de baño de este otro hombre. No algo suyo tan específicamente. Al menos, el champú es más una menta genérica. Puedo lidiar con eso.

Ojalá pudiera disolverme en vapor y alejarme flotando. Sería muy fácil. No más Amo. No más esclavitud. No más juegos mentales ni drogas ocultas. No más marcas ni moretones en mi cuerpo. No tendría que ver hasta dónde llevará las cosas conmigo ese bastardo enfermo, hasta cuándo querrá prolongar esta pesadilla.

Pero…

No.

No. Tengo a Willow.

Tengo a Willow y tengo la responsabilidad de llevar esto adelante por su bien. También tengo este bebé creciendo dentro de mí, que no merece sufrir y morir dentro de mi útero solo porque tomé el camino más fácil.

En el centro de todo esto, solo estoy harta de ser la pobre niña mansa de todos.

Voy a sobrevivir… por puro maldito rencor si es necesario.

Es ese pensamiento el que alimenta el resto de mi ducha. Froto cada centímetro de mi cuerpo con champú de menta y me enjuago con el acondicionador correspondiente. Claro, el agua se siente más caliente de lo que probablemente debería, pero no me sentiré limpia a menos que pueda estar segura de que todo se ha derretido.

Me tomo mi tiempo para secarme. Odio tanto tener que usar las toallas del Amo porque eso

significa que estoy envolviendo mi cuerpo en algo que le pertenece. Odio aún más lo suaves y lujosas que se sienten.

¿Qué pasa con los criminales imbéciles y sus hilos de lino?

Ahí está… ese fuego dentro de mí que he estado tratando de mantener encendido durante todo esto. El que se encendió en algún momento con Demyen, cuando decidí que ya estaba harta de su mierda. O la mierda de cualquiera.

Cuando salgo del baño, lo hago con la renovada determinación de darle al Amo una gran pelea.

Pero, cuando veo lo que de repente hay sobre la cama para mí, ese segundo aire rápidamente sale volando de mis pulmones en un suspiro de mitad frustración, mitad desesperación.

Un uniforme de sirvienta francesa.

Un diminuto uniforme de sirvienta francesa “sexy”.

Reviso los cajones y el armario, pero no hay nada más que pueda usarse ni remotamente como ropa. Estoy segura de que no es un accidente.

Cuando finalmente me lo pongo, queda muy claro que este “uniforme” es más para el Amo que para mí. Los bombachos con volantes son básicamente solo una tanga, con mechones de tela en la parte superior de mi trasero, y apenas cubren mis partes privadas por delante. La falda apenas es lo suficientemente larga como para cubrir mis caderas, y ni siquiera hace mucho, porque el tul debajo la mantiene hinchada hacia los lados.

El corpiño es un corsé con cordones que cubre mis senos desde los lados y los presiona dramáticamente hacia arriba y hacia adentro. Tanto es así que mis pezones se asoman por encima del borde superior del corsé y mis senos se tensan contra las costuras.

Junto a este camisón en una caja rosa hay un par de zapatos de tacón de aguja sobre los que sé que no tengo elección. Es usar o ser usado, más o menos. Así que me preparo, me los pongo y lucho por mantener el equilibrio durante cinco minutos antes de finalmente recuperar el equilibrio y taconear hacia la puerta.

Está claro que el Amo quiere que vaya a buscarlo. ¿Por qué más me enviaría ropa sin quedarse para verme ponérmela?

Antes de ir a buscarlo, rápidamente me recojo el cabello en un moño prolijo y lo anudo en su lugar. Si quiere el look completo, lo obtendrá.

El Amo es bastante fácil de encontrar… mi primera suposición, la sala de estar, es la correcta. Está sentado en un sillón reclinable de cuero, vestido únicamente con una bata y fumando uno de sus gruesos cigarros.

—Justo a tiempo, *umnitsa* —me hace un gesto para que me acerque y lo hago. Lentamente y con mucha consideración por mis tobillos—. Empezaba a preocuparme.

Fuerzo una pequeña sonrisa en mi rostro. Tengo la sensación de que, si quiero evitar que se repita lo de anoche, tengo que seguir sus juegos enfermizos.

Su mirada oscuramente acalorada viaja lentamente sobre mi cuerpo. Mueve su mano para

hacerme darme la vuelta y luego murmura su aprobación. —Muy bien, *umnitsa*. Ahora… limpia.

No puedo evitar que mi ceño toque mi línea del cabello. —Disculpa, ¿qué?

—Me escuchaste —señala con una mano casualmente la habitación que nos rodea—. Limpia.

Arrugo la frente. —No entiendo…

—Es sencillo. Tienes experiencia como ama de llaves. Necesito una ama de llaves. Llevas uniforme de ama de llave —tamborilea con los dedos sobre el brazo del sofá—. Ahora. Limpia.

Es entonces cuando veo el cubo de productos de limpieza en una mesa auxiliar cercana.

Él *literalmente* quiere que yo limpie.

¿Vale…?

Supongo que es mejor que ser golpeada, drogada, marcada o cualquier mierda enfermiza que se le ocurra a este pervertido. Así que tomo una botella de esmalte en aerosol y un trapo, me acerco a la mesa de café y me pongo a trabajar.

No hay nada sexy en pulir muebles. Rociar el limpiador sobre un trapo, frotar y repetir.

Pero la forma en que el Amo gruñe y me mira me hace darme cuenta de que esto es un juego para él… uno en el que me inclino con ropa escasa y le muestro mis curvas constantemente.

Me concentro menos en hacer un buen trabajo puliendo y más en pasar rápidamente de una tarea a otra. Quizás pulir muebles no fue el mejor lugar para empezar, pues casi todo lo que lo necesita requiere que me agache.

Estoy limpiando otra mesa auxiliar cuando escucho al Amo gemir.

Y luego, el sonido revelador de su mano golpeando piel. Repetidamente.

No sé por qué me doy la vuelta para mirar. Realmente no quiero. Pero creo que me sorprende su franqueza y su audacia, y también me da cierta curiosidad ver si mi suposición es correcta.

Lo es: se ha quitado la bata y ahora se acaricia abiertamente la polla delante de mí.

—Sigue limpiando —el Amo asiente para que continúe. Reduce el paso cuando me giro, lamiéndose los labios con aprecio en sus ojos—. No te saltes ningún lugar.

El miedo me recorre la espalda y froto con más fuerza en la primera mesa. No me importa si mis pechos se salen volando en este punto… solo quiero terminar con esto lo suficiente como para que me deje en paz.

Pero no pasaron ni cinco minutos cuando siento su gran mano apretar mi hombro.

Y, antes de que pueda parpadear, me hace caer de rodillas.

El Amo aprieta esa misma mano alrededor de mi moño y tira de mi cabeza hacia atrás para que lo mire. Él sostiene su polla con la otra mano, que gira hacia mí.

—Tienes una opción, *umnitsa* —su fuerte agarre sobre mi cabello dice lo contrario—. Puedes abrir esa bonita boca tuya y mostrarme lo bien que me la chupas. O puedo abrirte esa bonita boca

y yo mismo hacer que te ahogues con ella. ¿Cuál será?

—Sí, Amo —parpadeo lentamente, haciendo lo mejor que puedo para mostrarle lo dulce y dócil que puedo ser. Su muñeca de sexo perfecta, si eso es lo que quiere.

Gruñe en señal de aprobación y guía mi cabeza hacia atrás. —Abre grande, *umni*…

—¿Señor?

El Amo silba una maldición en voz baja. —¿Qué? —le grita al intruso, que, afortunadamente está parado lejos en la puerta y muy deliberadamente *sin* mirarnos.

—Hay una llamada para usted, señor.

—Estoy jodidamente ocupado…

—Es urgente, señor. ¿Por su petición? —la forma en que el hombre lo dice suena como si instara al Amo a recordar haberle dicho que hiciera algo para no tener que deletrearlo.

El Amo mira al hombre, todavía agarrando mi cabello con el puño mientras acaricia lentamente su polla. Luego, como si acabaran de accionar un interruptor de luz dentro de su cabeza, respira profundamente y asiente. —Muy bien. Atenderé la llamada en mi estudio.

El hombre asiente y se marcha rápidamente.

El Amo suspira profundamente y vuelve a concentrarse en mí. —Me temo que debo dejarte una vez más. Pero no te equivoques: volveré para terminar esto.

Parece tener más que decir, pero el mismo hombre de antes aparece por la puerta para recordarle discretamente al Amo la llamada telefónica. El Amo gruñe, pero cede y me empuja con fuerza contra el suelo, para poder caminar sobre mí mientras se va.

Otro hombre se acerca rápidamente, me toma del brazo y me lleva por un pasillo desconocido. No dice una palabra y no me mira. No sé si estoy agradecida por alguna de esas cosas. ¿Al menos no es demasiado rudo?

Me empuja dentro de una habitación diferente a las dos primeras. Es mucho más pequeña que las otras dos, pero igual hay un baño de tamaño decente con ducha.

Sé que acabo de tomarme una hace unas horas. Ya siento que necesito volver a tomarme otra hirviendo.

DEMYEN

Miro a la geisha sirviendo nuestro té. No puedo evitar preguntarme cuánto es para mostrar y cuánto es realmente real. ¿Es una camarera normal que usa bisutería y maquillaje barato…?

¿O una de las esclavas de Raizo, con "deberes" que van mucho más allá de servir bebidas?

—Siempre he sido partidario del sake —dice Raizo, rompiendo el silencio antes de que tenga la oportunidad—. Pero supongo que té es mejor, ya que es mediodía y todo.

—Será mejor que mantengas tu ingenio —le ofrezco una sonrisa irónica y le levanto mi taza de té—. Odiaría verte tropezar con un simple error.

Como traicionarme, estúpido hijo de puta.

Fui yo quien insistió en encontrarnos y elegí un lugar muy público para que nos relajáramos, pidiéramos algo de comida y al menos fingiéramos que no estábamos a punto de asesinarnos el uno al otro: la querida casa de té de Raizo, llena de turistas desprevenidos y los inocentes miembros del personal. Es su zona de confort, y uno de los pocos lugares que lo mantiene bajo control de la misma manera que el piso principal de mi casino me controla a mí.

Regla básica: mantén el negocio criminal alejado de tu negocio legítimo para siempre tener un recurso alternativo.

Y para que la policía no venga a husmear cuando investiguen las muertes.

Raizo me sonríe. Se siente tan lobuno. —¿Cómo están las cosas ahora que Clara está fuera de escena? ¿Puedes relajarte más?

—Es gracioso que preguntes eso —tomo un relajante sorbo de té antes de continuar—. *Planeaba* relajarme más, pero entonces alguien decidió volar mi almacén y asesinar a varios de mis hombres.

—Ay, Dios, ¿estás bien? —Raizo frunce el ceño. Lo he visto farolear antes, y no es muy bueno en eso. Esta no es una excepción.

Joder. Clara tenía razón.

—Estoy cabreado. Eso es lo que estoy, Raizo —dejo mi taza de té con cuidado—. Estoy cabreado con quien le hizo esto a mis hombres y a mí.

Alza su taza de té hacia mí en un saludo burlón. —Brindemos porque encuentres al bastardo. O la perra, supongo. Quienes sean.

Malditas patrañas. Parpadeo lentamente. Mejor ahora que nunca. —No sabrás nada sobre los ataques, ¿verdad? Hay rumores, por así decirlo.

Raizo baja su taza a paso de tortuga, entrecerrándome los ojos. —Me siento honrado de que pienses tan bien de mí —dice finalmente en respuesta—. Pero en realidad no sé todo lo que sucede en esta ciudad.

—No te subestimes, amigo mío. Tienes ojos y oídos por todas partes de Las Vegas. Y manos.

Él se ríe, pero no lo creo ni por un segundo. Es demasiado forzado. Demasiado teatral. —No tanto como Greg. No estamos hablando exactamente en este momento, por lo que tendrás que ir tras él tú mismo.

—No sabía que eras amigo de la policía —comento con calma.

—No lo soy.

Ahora es mi turno de entrecerrar los ojos hacia él. —Ah, pero creo que sí lo eres. El detective Everett estuvo presente en la subasta, junto con su pequeño protegido. Estoy seguro de que yo no los invité. Espero que no te hayan causado ningún problema.

Raizo sorbe su té, encogiéndose de hombros. —Nada que no pudiera manejar. De todos modos, siempre quise una excusa para darle una buena paliza a Marty.

Me recuesto y reflexiono. ¿Lo hace a propósito? ¿O realmente no se da cuenta de cuánta información está revelando?

Hay una parte de mí que todavía quiere aferrarse a la obstinada idea de que Clara mintió sobre todo para salvar su propio pellejo. Principalmente, porque eso me exoneraría de toda culpa por perderla a manos de Raizo y su pervertida subasta.

Pero tendría que estar ciego, sordo y con muerte cerebral para perder las pistas no tan sutiles que el señor de los Yakuza sigue dejando caer. *Él sabe lo que está pasando.*

Estoy a punto de dejar el farol y tal vez, finalmente, arriesgar mi propia reputación pública rompiéndole el brazo a Raizo sobre esta mesa baja cuando suena mi teléfono.

OLEG: ***Tenemos que hablar.***

Mis dientes empiezan a rechinar. ¿Qué es lo que quiere *él*?

DEMYEN: ***No, realmente no***

OLEG: ***No seas atrevido conmigo, muchacho. Tengo algo que enseñarte.***

DEMYEN: ***Parece que esta podría ser una llamada telefónica***

OLEG: ***Confía en mí. Te odiarás si no vienes***

Confiar en él. Sí, claro. Ese es el chiste más divertido que ha contado en años.

DEMYEN: Vale. Pero no iré solo.

—¿A quién le escribes? —pregunta Raizo como si fuera asunto suyo. No es agresivo al respecto, solo… entrometido.

—Solo un familiar —digo con un suspiro casual—. Tratando de hacer planes para ponerse al día antes de volver a casa.

Raizo sonríe y asiente. —Hace años que no veo a Oleg. Dale mis saludos de mi parte, ¿quieres?

Finjo que mi pausa repentina de todo el cuerpo se debe a que estoy tratando de pensar en algo nuevo para enviar un mensaje de texto, y no en absoluto porque Raizo haya revelado su carta triunfal.

Nadie sabe que mi padre está en el país. Ni siquiera su propia Bratva.

Así que, ¿cómo diablos lo sabe *Raizo*?

—Absolutamente —una vez más, pongo una de mis sonrisas características—. Estoy seguro de que estará feliz de saber de un viejo amigo.

O: *Mi mansión en las calles 78 y 5.*

Raizo termina su té y mastica un pastel de arroz. —Solía ser uno de mis mejores clientes. Todavía lo es. Simplemente, no con tanta frecuencia.

Mantengo mis ojos en la pantalla del teléfono como una especie de máscara sobre mis propias respuestas internas. Porque ahora mi mente da vueltas a las posibilidades respecto a mi padre. —Es una lástima que se haya perdido tu subasta reciente.

—Oh, él estaba allí.

—No lo vi en la fiesta de cóctel.

Raizo se ríe. —Bueno, tú lo conoces. Todo tiene que ser jodidamente exclusivo para sus gustos. Nunca quiere “mezclarse con la chusma”, como expresó con tanta delicadeza cuando confirmó su asistencia.

—¿Y no pensaste en advertirme? —respiro lenta y profundamente y hago todo lo posible para no sonar como si hirviera de rabia.

Raizo se encoge de hombros. —Tus problemas familiares no son asunto mío.

—Ah, ¿no?

Es todo… el enfrentamiento entre nosotros, que parece necesario desde hace mucho tiempo. Raizo me mira fijo. Su rostro es ilegible. Le devuelvo la misma expresión. Ninguno de los dos está dispuesto a dejar que el otro vea las grietas en nuestra fachada.

No nos movemos.

No hablamos.

La única diferencia es que hay miedo en sus ojos.

Miedo y una comprensión progresiva de que todo se acabó. El telón se descorrió. Estoy tras él. Ya no puede esconderse de mí.

—En cualquier caso —digo para romper el silencio—, es hora de irme. Reuniones de negocios, y todo eso. Gracias por el té.

El primero que rompe el silencio pierde. Lo sé, y sé que él lo sabe. Quiero que sienta esta pequeña victoria, que piense que estoy desconcertado por su control revelado sobre todos los diferentes aspectos de mi vida. Mi padre, mis enemigos, mi mujer.

Es esa última parte la que me hace dudar en la puerta de entrada.

Porque eso es lo que ella era para mí. Clara era mi mujer. Fui demasiado estúpido y demasiado ciego para verlo o aceptarlo, pero teníamos una relación que la hacía merecer un trato mucho mejor que el que yo le di.

Y el jodido *Raizo* está sentado allí, bebiendo tranquilamente su té, como si no la hubiera arrancado de los brazos y la hubiera vendido a algún monstruo del otro lado del mundo.

Mis puños se aprietan.

Podría hacerlo. Podría darme la vuelta y sacarle la mierda eterna a golpes. Podría romperle ambos brazos y quemar su cara engreída en el hibachi antes de que su Yakuza invada el lugar.

Es la vibración de mi teléfono en mi bolsillo lo que me salva de hacer algo estúpido. —¿Qué?

—Sentí que tenía que llamar en lugar de enviar mensajes de texto —la ceja arqueada de Pavel es prácticamente audible por teléfono—. ¿Todo bien?

Salgo por la puerta principal y decido dar una vuelta a la manzana para calmar mis nervios. —Clara tenía razón… Raizo está tramando algo. Necesito saber hasta dónde llega antes de eliminarlo.

Pavel silba en voz baja. —Vaya. Vale, ¿qué tienes? Mandaré a mis antenas.

—Él sabe lo de Oleg. Sabe que Oleg está en la ciudad y, aparentemente, mi querido papi fue un invitado de honor en la subasta. No pensó en decírmelo. O quizá decidió no hacerlo a propósito.

Hay una pausa larga y pesada por parte de Pavel. Luego—: No crees que…

—No sé qué pensar sin que me dé una jodida migraña. Comencemos con Oleg y veamos qué tan cercanos son. Ah, y vendrás conmigo de visita.

—Ay. Qué lindo —no poca cantidad de sarcasmo gotea de la voz de Pavel—. ¿Traigo una botella de vino?

—Solo si está envenenado.

Pavel se ríe. —No voy a limpiar ese desastre. Envíame la dirección y te veré allí.

CLARA

—Abre.

Contengo el suspiro y hago lo que dice, abriendo obedientemente la boca mientras mantengo la mirada baja al suelo. Presiona la única uva entre mis labios y la tomo de mala gana. Al menos su gruñido de aprobación significa que me ahorraré su revés durante uno o dos minutos más.

Y al menos esta vez no estoy arrodillada en la alfombra. Mis rodillas se están poniendo rojas y en carne viva, y creo que el Amo se dio cuenta porque frunció el ceño la última vez que estuve de pie. Después de arrojarme una botella de loción y decirme que "arreglara esa mierda", no me ha hecho arrodillarme.

Hoy me ha puesto un camisón sedoso con ribetes de encaje a lo largo del cuello, que llega tan bajo que no estoy segura de que cuente como cubierto. El dobladillo apenas cubre mis nalgas y, por supuesto, no puedo usar ropa interior.

El Amo me quiere "disponible" en todo momento. Y, aunque todavía no me ha llevado a la cama, lo complace atormentarme con constantes amenazas de que cualquier momento podría convertirse en *El Momento*.

Como ahora mismo. La mano del Amo baila sobre mi muslo, arriba y abajo, arriba y abajo. Su otra mano sigue alimentándome con uvas. Cuando el jugo gotea de un bocado particularmente lleno, el Amo se acerca y arrastra el pulgar por el camino.

—Hoy vendrá un invitado especial —el Amo me mete otra uva en la boca—. Quiero que te comportes lo mejor posible.

—Sí, Amo —mantengo mi voz suave. No sirve de nada ser más que cooperativa. Necesito que confíe en mí. Es demasiado pronto para intentar escapar, pero, una vez que empiece a mostrar señales de confianza…

Bueno, no estaré esperando para ver hasta dónde llega. Tengo demasiado en juego, y demasiada gente esperando a que me vaya de aquí.

—No se te ocurra pedirle ayuda. Él es la última persona en este mundo que te salvará.

En contra de mi buen juicio, mi cuerpo se queda quieto. ¿Este hombre sabe leer mi mente? ¿Sabe que justo ahora estaba pensando en escapar?

La mano libre del Amo me agarra bruscamente por la barbilla y alza mi mirada para encontrar la suya. No está enojado, pero tampoco está de humor para juegos. Su agarre en mi barbilla se aprieta hasta un nivel doloroso. Estoy bastante segura de que habrá moretones en unos minutos.

—Escúchame ahora, *umnitsa*. Él no te ayudará. Nadie te ayudará. Me perteneces y nadie se atreverá a robarme. Si siquiera parpadeas hacia él de manera incorrecta, no dudaré en tirarte al suelo y follarte crudo justo en frente de él. Y luego, tal vez, si me lo pide amablemente, dejaré que tenga su turno contigo también.

No puedo ocultar el escalofrío de miedo que me recorre. Hace que su rostro se contraiga en una sonrisa enfermiza. No es difícil ver que me imagina actuando mal solo para tener la excusa de hacer exactamente eso… y estoy segura de que su "invitado" es tan horrible como él.

¿Cuánto tiempo tendré que soportar este infierno antes de vislumbrar una posibilidad de escapar?

—¿Dejarás que me lastime?

El Amo me mira como si considerara las opciones. Sus ojos bajan para beber la vista de mi escote más profundo. —Toda mi gente son hombres peligrosos. Pero el que viene hoy es el peor. Despiadado, desalmado, y no dudará en matarte si lo permito. Después de que haya disfrutado muchísimo hacerte gritar pidiendo piedad, claro.

Me muerdo el labio para que deje de temblar. Le creo. He visto lo suficiente para saber que dice la verdad sobre la compañía que mantiene.

El Amo se relaja y se ríe. —Pero, como pagué tanto por este dulce coño, no lo perderé por el temperamento de algún chico petulante. No dejaré que te mate, *umnitsa*. Pero, si me jodes, dejaré que te lastime hasta que me supliques la muerte.

Bajo los ojos y asiento. —Sí, Amo.

—Buena chica —se pone de pie—. Entonces, hora de prepararse. Estará aquí pronto.

Respiraciones lentas y constantes. Necesito seguir respirando lenta y constantemente para poder mantener mis pensamientos en orden y no perder ninguna posibilidad de escapar por estar demasiado aterrorizada para verlo.

No sé quiénes son los amigos del Maestro. Pero puedo suponer, por su transacción en la subasta, que probablemente sea Raizo quien pase por aquí para ver cómo va todo.

O, peor aún… uno de los otros postores que todavía quiere probar.

DEMYEN

En un esfuerzo por evitar ver a mi padre durante el mayor tiempo humanamente posible, hago una parada en el complejo de la villa para comprobar cómo están las cosas.

Willow todavía está en la escuela cuando llego, pero probablemente eso sea lo mejor. Hay algunas cosas que necesito ajustar en su vida para asegurarme de que se mantenga segura y protegida, y ya se ha visto bastante sacudida en las últimas semanas. No la molestaré con ningún cambio nuevo hasta que todo esté en su lugar y las transiciones se puedan realizar sin problemas.

Cuando camino por la casa principal hacia el patio, veo que la Fase Uno está en marcha.

Roxy está bebiendo un Mai Tai, sin duda una oferta de paz dada por Bambi para aplacar sus demandas por Clara. Ella y Bambi están inmersas en una profunda discusión, con las cabezas inclinadas juntas mientras hojean algo en la pantalla de la tableta de Bambi.

En el momento en que me escuchan acercarme, ambas se levantan suavemente de sus sillas y caminan tranquilamente hacia mí.

La bofetada de Roxy es *mucho* más fuerte de lo que esperaba.

—Hijo de puta —me sisea. Bambi le lanza una mirada de advertencia e intenta guiarla de regreso, pero ella se sacude a mi asistente, sin apartar la mirada de mí—. ¡Se suponía que debías mantenerla a salvo! ¡Se suponía que debías *protegerla*!

Estas mujeres serán mi fin. Se supone que soy un jefe de la mafia inamovible e inquebrantable… pero, en lugar de eso, un técnico de laboratorio de cinco pies de altura me está pateando el trasero.

Y no la voy a poner en su lugar. Porque merezco su ira.

—Lo lamento…

—¡¿Lo lamentas?! —Roxy se ríe y casi se dobla por la exasperación—. ¡¿Lo *lamentas*?! ¿Qué carajo clase de excusa tonta…?

—Cuidado —advierte Bambi en voz baja.

Roxy resopla. —Dile eso *a él*. ¿Todo este poder, todos estos recursos, todos estos hombres, y no pudiste evitar que secuestraran a mi Clara? ¿Qué carajo de tipo de operaciones tienes aquí?

Miro a Bambi, que vuelve a hojear cuidadosamente algo en su tableta. *¿Secuestrada?* ¿Eso es lo que ella piensa? Eso explicaría por qué Roxy solo me abofeteó y actualmente no está tratando de sacarme los ojos con una cuchara dentada.

—Estamos haciendo todo lo posible para localizarla y traerla a casa.

Bambi rápidamente me mira y no me pierdo la expresión de sorpresa que rápidamente disimula en su rostro.

Vale. Quizás no he sido el más proactivo en ese departamento.

Pero es en serio lo que acabo de decir: haremos todo lo posible para encontrar a Clara y traerla a casa.

Hasta entonces, necesito la ayuda de Roxy.

—La cuestión es —digo mientras me vuelvo hacia ella—, que tengo un presentimiento bastante claro de que a quien se la llevó no le importa el bienestar de los niños. Ahora piensa lo que quieras de mí, pero resulta que amo a esa niña —señalo el dormitorio de Willow solo para dejar las cosas más claras.

Roxy parece vacilar en su ira contra mí. Incluso da un paso atrás cuando ve de quién estoy hablando. —¿Qué necesitas que haga?

—Ayuda a Willow.

—Estoy totalmente de acuerdo, claro, pero…

—¿Pero?

Se burla, encogiéndose de hombros. —Estoy agotada, tío. Viste mi casa. Apenas gano lo suficiente para alimentarme a mí misma, mucho menos a los demás. Yo…

—No tienes que preocuparte por el dinero —le aseguro—. Nunca tendrás que preocuparte por el dinero cuando se trata de Willow. Y ella tampoco lo hará, incluso cuando sea mayor.

Es una decisión que tomé el día después de perder a Clara. Todo el dinero de su venta se siente maldito. No puedo descansar mientras arde en mi bolsillo, recordándome mis pecados.

Pero entregárselo todo a Willow significa que *Clara* es quien la cuida. Es *Clara* la que paga su educación, su vivienda, su ropa y, algún día, su carrera o su propia familia.

En este momento, es *Clara* asegurándose de que nadie pueda encontrar a Willow, mientras yo persigo al cabrón que la tiene.

La frente de Roxy casi toca su línea de cabello. —Quiero saber cómo. O por qué.

—No. Pero debes tomar a Willow y mantenerla escondida hasta que sea seguro.

—Lo que significa dejar Las Vegas —añade Bambi—. Mantenerla alejada de Martin.

—Hecho —Roxy no duda en aceptarlo. Pero luego frunce el ceño—. Tendré que dejar mi trabajo, ¿no?

Asiento. —Es lo mejor. Te mantiene alejada de problemas con la policía de Las Vegas y podrás vigilar constantemente a Willow. Por supuesto que tus propios gastos estarán cubiertos.

—Por supuesto —Roxy suspira y se mete los dedos en los bolsillos traseros—. Vale, entonces. Supongo que debería empezar a buscar apartamento en Reno.

Bambi teclea algunas cosas en su tableta. —Tendremos una casa segura lista para ti en Colorado. Algo privado en Breckenridge —me mira—. Mako acaba de confirmar que las acompañará en el vuelo. Está reuniendo a tres más para la guardia rotativa.

—Bien —asiento—. Asegúrate de que haya duplicados exactos de todo listo para Willow, para que la transición no sea tan intensa. Y Roxy, avísame si alguna vez necesitan algo —rápidamente le envío un mensaje de texto a su número para que sepa cómo contactarme.

Por su parte, Roxy permanece en silencio. Nos mira a Bambi y a mí, y tengo la impresión de que se está comiendo sus palabras anteriores. Y la bofetada.

Bien.

Porque en realidad no me quedo sentado sin hacer nada mientras la gente jode mi mundo y los míos. Tengo una política de cero tolerancias para cualquiera que ponga sus manos en lo que es mío.

Incluso si me lleva un minuto recuperarme de un momento de estupidez.

—Así que… solo… voy a… —ella hace un gesto con sus pulgares para indicar que se dirige hacia la habitación de Willow, lo cual está bien por mí. Hay mucho de qué ponerse al día en términos de lo que le gusta a la niña, qué traer consigo y el tipo de estilo de vida al que se ha acostumbrado.

Incluso si no logro encontrar a Clara, no le fallaré a Willow. Ella merece lo mejor de este mundo, lo mejor de su vida y, aunque no pueda estar a su lado para dárselo, siempre me aseguraré de que lo tenga.

Bambi no me mira, pero igual veo que su frente se arquea con elegancia. —¿Esto significa que vamos a la guerra?

No respondo de inmediato. No porque sea un “no”, sino porque escucharlo en voz alta añade un cierto peso que no había sentido hasta ahora.

Si hacemos esto, si cumplo con mi palabra de localizar a Clara y descargar mi furia con su captor, hay una gran probabilidad de que resulte en una guerra total con otra Bratva, mafia, o demonios… un país pequeño, dada la extensa lista de invitados de Raizo.

Y la propia participación de Raizo significa que la guerra con los Yakuza está básicamente asegurada. Ya sea que esté enredado con mi padre en otros asuntos turbios o no, tengo algo que discutir con él.

Mi suspiro está cargado al saber que responder sí a la pregunta de Bambi significa poner en juego la vida de mis hombres. Pero, al mismo tiempo, descubrí rápidamente que vale la pena quemar el mundo hasta las cenizas por Clara Everett.

Y, si el rostro expectante de Bambi, los constantes informes de Pavel y la moral general de mi Bratva son una indicación, parece que están totalmente de acuerdo.

—Sí —saco el teléfono del bolsillo para llamar al número de Pavel—. Así es.

Finalmente, Bambi levanta la cara para darme la sonrisa más grande que he visto en años. —Ya era hora.

DEMYEN

Pavel se pone a mi lado en cuanto salgo de la oficina. —Me alegro de que estés en pie de guerra, porque no te gustará lo que encontré.

Aprieto los dientes y me recuerdo… a través de las llaves del auto mordiéndome la palma de la mano… que aquí no hay nadie ni nada que valga la pena convertir en polvo. Mejor reservar esa energía para quienes la merecen.

Como Oleg.

Como Raizo.

Como Martin.

Como Greg.

—Dime.

Exhala una bocanada de aire y mantiene abierta la puerta lateral del garaje para mí. —Oleg lleva un *buen tiempo* en el país. Estoy hablando de al menos un año, si no dos años enteros, haciendo Dios sabe qué en cualquier callejón…

—¿No sabes lo que ha estado haciendo?

Pavel me lanza una rápida mirada de irritación, que se quita casi de inmediato. —Tú eres bastante bueno cubriendo tus propias huellas. ¿Qué tan fácil esperabas que fuera tu viejo?

Gruño. —Vale. Continua.

—Todavía estamos investigando, todavía repartiendo sobornos, y encontré un punto débil en Salt Lake City, con un grupo de mormones a los que cabreó.

Odio que eso me haga reír. —Imagínate, joder. ¿Que tenían para decir?

—Que necesita a Jesús.

Pongo los ojos en blanco y subo al lado de pasajero del Rezvani. Es mejor dejar que Pavel tome el volante porque tiene la cabeza más tranquila.

Necesitaré el viaje por carretera para despejar mi mente tanto como sea posible. No me había sentido tan tenso en mucho tiempo, y no puedo darme el lujo de perder el equilibrio al

enfrentarme a la estrella principal de mis pesadillas infantiles.

Mi padre trama algo. Siempre lo hace, siempre lo hizo, pero Tolya y yo solíamos estar al tanto de sus tratos hasta que todo se fue a la mierda con Michael Little. Una vez que Oleg nos abandonó rumbo a Rusia, nada de lo que hizo tuvo ningún efecto en mí, en Tolya, ni en nadie de la Bratva.

Así que ha sido "ojos que no ven, corazón que no siente" durante unos benditos quince años, más o menos.

—Supongo que no se topó con ellos en un bar —me quejo mientras Pavel nos saca del garaje y recorre el largo camino de entrada.

—En realidad, saliendo a trompicones de uno. Dijeron que "apestaba a alcohol, sudor y malas decisiones". Intentaron orar por él y preguntarle sobre su fe, pero él les dijo dónde meter su religión y les lanzó algunos golpes. La única razón por la que no lo arrestaron fue porque no tenían ganas de presentar cargos.

—Deberían haberlo hecho. Nos habría ahorrado todos los problemas.

—Sí, bueno, aquí estamos.

Aquí estamos, joder, de hecho, conduciendo hacia la última persona que quiero ver. —¿Qué más lograste encontrar? ¿Registros bancarios?

Pavel asiente. —Solo unos pocos, pero todavía estamos investigando. Tú y yo sabemos que está moviendo el dinero a través de varios canales, pero logré conseguir que un tipo se involucrara en algunas cuentas extraterritoriales —hace una pausa—. Ha habido mucha actividad en las Islas Caimán. Recientemente, sacó un montón de dinero en efectivo en una sola transacción.

Arrugo la frente. —¿Cuánto?

—Millones. Decenas de millones. Lo mejor que sabemos es entre cuarenta y sesenta millones de dólares americanos. Y esto fue hace solo unas semanas.

—¿Antes de la subasta?

Pavel respira discretamente, pero todavía lo oigo. La subasta es un tema delicado para él porque, independientemente de mi estatus sobre él, todavía me culpa por llevar a Clara allí y perderla en un mundo en el que ella, como él dijo, "no merecía ser arrojada".

Él asiente solo una vez y ajusta sus manos en el volante. —Poco antes.

Raizo dijo que Oleg estaba presente. —¿Pensando en una sola compra? O…

—Esa es otra anomalía que encontramos en sus cuentas en Hong Kong.

Giro mi mirada para mirarlo con incredulidad. —¿Hackeaste Hong Kong?

Pavel se burla. —Ya quisiera. No, tengo a un tío dentro que conoce a un tío que le debe un favor a otra persona, así que solo… ayudé a un hermano. Y luego él me ayudó.

Le hago un gesto con la mano para que continúe.

Él sonríe. —Así que nuestro hombre en Hong Kong dice que Oleg ha estado realizando negocios

bastante lucrativos durante la mayor parte de la última década. Los retiros y depósitos están equilibrados y consistentes con las transacciones de compra y venta. Sin embargo, son cientos de miles, por lo que estamos seguros de que es más grande que las antigüedades. Lo que sea que Oleg esté haciendo en la Madre Patria, está generando un promedio de diez millones de ganancias semanales, más o menos.

Solo se me ocurre una industria del mercado negro que impulse tanto producto, a ese precio, *tan* fácilmente. —¿Sabemos si recientemente le proporcionó alguna mujer a Raizo?

Pavel niega con la cabeza. —Por lo poco que hemos podido deducir en Estados Unidos, Oleg está aquí por algo más —de nuevo, duda—. Pero, por lo que estamos escuchando en Rusia, Ucrania e incluso Bosnia…

La forma en que se deja caer y solo mira por la ventana me pone nervioso. —¿Qué?

—Es… —suspira—. Bueno, no está confirmado que definitivamente sea él, así que… tenlo en cuenta.

—¿Pero…?

—Pero sí que suena como algo que él haría. Atiende a un cierto tipo de clientela que paga tarifas superiores por una experiencia sin límites con su "producto".

Mi mandíbula se aprieta y me recuesto en el asiento. —Una experiencia sin límites —repito, principalmente para mí mismo.

—Supongo que no necesitas que complete los espacios en blanco.

—No.

Y preferiría que no lo hiciera. En el negocio de pieles de Oleg, decir "no" no es una opción.

Mi propio negocio tiene oportunidades de exclusión voluntaria en cada punto del camino. Mis acompañantes trabajan como les viene en gana, libres de dar o no las experiencias que quieran. Saben que también tienen el poder de la Bratva detrás de ellas… en el momento en que un cliente grosero levanta una mano contra cualquiera de mis mujeres, rápidamente descubren que esa mano ya no funciona tan bien como antes.

Lo que Pavel está describiendo es otro nivel completamente diferente de trata de personas. Es el lado que profundiza en la oscuridad de la depravación humana. Del tipo que tiene lugar en habitaciones de hormigón con paredes construidas para tragar gritos.

Se me revuelve el estómago al pensar que mi propia carne y sangre esté asociada con algo así. Peor aún… que pueda provenir de alguien que *participa* en algo así.

—¿Cuál es su tasa de supervivencia? —casi no quiero la respuesta. Déjame soñar en un gran número y rezar para que sea cierto.

Pavel mira fijamente la carretera y guarda silencio durante un largo e inquietante momento. —Diez.

—¿Por ciento?

—Diez *mujeres*. En total —me lanza una mirada—. Que pudimos encontrar. Es bien sabido que una vez que *Khozyain* pone sus manos sobre una chica, nunca más se la vuelve a ver.

—Entonces, explica las diez.

—Cuatro lisiadas, una amputada, dos paralizadas de cintura para abajo y tres instaladas permanentemente en salas psiquiátricas de toda Europa.

Cierro los ojos y respiro. Lo voy a matar. Ya quería… Oleg Zakrevsky ha hecho suficiente daño en mi vida como para justificar una sentencia de muerte. Pero algo dentro de mí ruge con justa ira al pensar en esas mujeres sufriendo en sus manos. Si fácilmente le romperé los dedos a un gran apostador que le dé un revés a una de mis acompañantes, ¿por qué no mataré fácilmente a mi propio padre para salvar a sus víctimas?

—Dijiste que no se puede confirmar del todo que este tío *Khozyain* sea Oleg.

Pavel me lanza otra mirada. —Si parece un pato y suena como un pato, sí que no es un caballo, hombre.

Aprecio su intento de aligerar el ambiente, aunque sea marginalmente. No funciona. Lo único en lo que puedo pensar es en cómo Oleg podría atreverse a continuar con un comportamiento tan despreciable en mi propio terreno.

Y lo único que puedo preguntarme es cuál pobre mujer que vi en la subasta está ahora a su merced.

Me resigno a mirar el Mojave durante el resto del viaje, incapaz y sin ganas de seguir hablando de las enfermizas perversiones de mi padre.

Raizo ha indicado que él mismo se ha desviado hacia un territorio sin límites, lo que significa que no es difícil suponer que están trabajando juntos en algo destinado a hacerlos más ricos y más poderosos.

Algo vil, construido sobre las espaldas de víctimas anónimas que nadie echará de menos.

Cuando traspasamos la frontera exterior de Las Vegas, me muevo en mi asiento para agarrar mi teléfono y empezar a escribirle un mensaje de texto a Bambi. —Antes de entrar, haz que Mako lleve a Roxy a recoger a Willow de la escuela y la lleve a nuestra casa segura en Reno. No dejes que regresen hasta que tengamos ojos y oídos sobre Oleg en el futuro previsible.

Pavel asiente. —Entendido.

Podrían ser solo unas pocas horas, pero también podría ser pasar la noche, por lo que sé. No quiero que Willow se acerque a estos monstruos, y no quiero que se enteren de su presencia en mi mundo más de lo que Raizo ya sabe.

Por encima de todo, me aseguraré de estar diez pasos por delante de esos hijos de puta, sin importar en qué dirección vayan.

Tengo dedos que romper.

DEMYEN

Por una vez, mi padre me sorprende gratamente.

No es que esperara que viviera en alguna choza húmeda debajo de un paso elevado o en algún hotel de mala muerte donde solo la vista de las sábanas me hace querer actualizar mis vacunas. Solo no esperaba encontrarme por un camino adoquinado hasta una mansión humilde, que parece propiedad de algún ejecutivo corporativo, su esposa y dos-punto-cinco niños mocosos.

Incluso hay una serie de jardineras en las malditas ventanas.

A nivel estratégico, tiene sentido. Nadie sospechará jamás lo que sucede en una casa como esta. Está ubicado lo suficientemente cerca de la calle Strip para suministros y reuniones, y lo suficientemente cerca del otro extremo de la ciudad para que Oleg pueda escapar rápida y limpiamente si lo necesitara.

Y el tamaño del césped hace que las miradas indiscretas no tengan nada que ver.

No puedo envidiarle a mi padre su astucia. La mía la saqué de *alguna parte*, y sí que no fue de mi jodida madre.

A Pavel y a mí nos recibe un mayordomo silencioso en el vestíbulo. Conocemos el procedimiento… sin armas, sin cuchillos, sin bombas. Esta es una reunión pacífica para discutir los negocios familiares.

Además, no necesito armas para matar a Oleg Zakrevsky. Si las cosas se ponen feas, puedo romperle el cráneo con mis propias manos.

Una mujer joven con el uniforme de sirvienta francesa más diminuto que he visto jamás nos recibe bajo un gran arco que conduce a lo que parece una sala de estar.

—Si me siguen, señores —dice en voz muy baja—, me han ordenado que los lleve a su jardín.

Pavel le sonríe cálidamente y le hace un gesto con la cabeza para que le indique el camino. Es un milagro que no se resbale y se rompa el tobillo… o el cuello… con esos tacones que desafían la gravedad.

En una segunda mirada… me recuerda a los tacones que hice que Clara usara en la fiesta de cóctel en mi villa.

Me siento mal del estómago.

Seguimos a la “criada” a través de la sala de estar, a través de un comedor rústico y elaborado, y llegamos a lo que parece ser un patio con jardín. Sentado en una tumbona, bebiendo un cóctel de frutas y riendo con otra mujer ligera de ropa en sus rodillas, está Oleg.

Apostaría una buena cantidad de dinero a que aquí se fueron exactamente todas esas decenas de millones de dólares de las Islas Caimán: vino, mujeres y alojamiento de lujo.

—Qué bueno que finalmente hayas venido —comenta Oleg sin molestarse en darse la vuelta y mirarnos.

—Tenía algunos recados que hacer.

—Y Pavel, muchacho… —cuando Oleg finalmente se da vuelta, fija su mirada penetrante en Pavel como si yo no estuviera justo frente a él—. ¡Ha pasado mucho tiempo! ¡Mira cómo has crecido!

El hecho de que éramos niños cuando se fue no significa que pueda tratarnos con condescendencia a ninguno de los dos. Puedo ver que a Pav se le erizan los pelos de punta al instante, pero por respeto, tanto a mí como a Zakrevsky padre, permanece en silencio.

Yo, sin embargo, me interpongo entre ellos y me cruzo de brazos con impaciencia. —Estoy aquí. Estoy ocupado, así que debemos hacer esto rápido. ¿Qué quieres discutir?

Oleg suspira profundamente y ahuyenta a la mujer de su regazo para poder ponerse de pie. De ninguna manera es obeso, pero verlo desde este ángulo definitivamente resalta el peso extra que ha ganado a lo largo de los años.

Bien. Significa que es más lento.

—Siempre con tanta prisa —me saluda con una mano molesta y desdeñosa y termina su cóctel con un sorbo fuerte—. No puedo imaginar qué carajo es tan importante que no puedes pasar una hora o dos con tu propio padre.

Quiero replicar algo mordaz, como que no puedo dedicar cinco minutos con su trasero hinchado. Pero tengo que recordarme a mí mismo: necesito que baje la guardia. Necesito una idea de lo que sea que esté haciendo, especialmente en lo que respecta a Raizo.

Así que pretendo estar de acuerdo y desempeñar el papel de un hijo cariñoso que *no* se pregunta si el tallo de esa copa de vino podría perforarle el cráneo con un golpe lo suficientemente fuerte. —Llegan nuevos envíos y alguien voló mi almacén más grande. Estoy un poco nervioso.

—Bah. Eso es lo que te pasa por contratar seguridad de mierda.

Pavel cambia su peso entre sus pies, la única señal de irritación que dará delante de Oleg. Sabemos que no debemos darle al hombre una excusa para alardear de su autopercibida superioridad sobre nosotros. Lo hará sin nuestra ayuda o invitación.

—De todos modos —Oleg hace un gesto a las dos mujeres que ahora están de pie en silencio a un lado—. Nuevas adquisiciones que estoy entrenando para la venta. Dos de las que mejor se portaron de la cosecha reciente, pero tengo seis más en el sótano, que parecen muy prometedoras.

Le doy una mirada furtiva a Pavel mientras seguimos el lento paso de Oleg de regreso a la casa. Él me da asentimiento muy sutil y rápido: si tenemos la oportunidad, veremos qué podemos hacer para ayudar a liberar a esas mujeres.

En los viejos tiempos, me importaba un carajo la gente que no conozco o en la que no tengo acciones personales. Pero, después de Clara, después de la subasta, después de todo…

Ya me está costando bastante dormir con las imágenes de lo que presencié grabadas para siempre en mi memoria.

—Tenemos una gran oportunidad de expandir nuestro imperio —continúa Oleg—. Entre Rusia y los estados, estamos viendo proyecciones de al menos el triple de la facturación normal.

Nos lleva a un estudio amueblado con sillones de cuero, un sofá envolvente de cuero y mesas de caoba oscura. Las astas adornan el muro de piedra que rodea un sistema de entretenimiento de pantalla plana, y estoy bastante seguro de que los ceniceros están tallados en ébano.

Esta debe ser su habitación favorita. Es un estudio sobre la sobrecompensación masculina.

Hace un gesto hacia el sofá para que nos sentemos y se acomoda en un sillón con un suspiro de orgullo. Unos cuantos insultos rusos más tarde, una mujer nueva en bata le trae silenciosamente una bandeja con un cigarro encendido y un vaso de vodka.

Él gruñe cuando la bandeja se coloca a su lado. Luego, la señala con el pulgar. —¿Quieres probarla?

—¿Disculpa?

—Esta tiene una boca que puede chuparte el alma a través de la polla —él le golpea el trasero y sonríe cuando ella grita—. Sin embargo, todavía necesita algo de trabajo en follar. Pensé que podrías enseñarle un par de cosas sobre cómo follar duro.

Es sutil, pero ella tiembla. Puedo verla hacer todo lo posible para no mostrar lo aterrorizada que está de él… y de mí… en realidad.

Finjo desinterés y opto por ni siquiera mirarla, aunque desearía poder hacerle saber que está a salvo conmigo. Nunca me gustó el placer comprado, y mi tolerancia hacia la industria está cayendo rápidamente.

—Estoy bien —muevo mi mano en señal de despido, lo que ella toma con precisión como una señal para irse—. Necesito mantener mi concentración. Y prefiero la emoción de la caza.

—Una polla drenada es una cabeza despejada. Pero haz lo que quieras —Oleg toma un gran trago de su bebida y se relaja más en su silla—. Me aseguré un lugar en el comercio de pieles que abarca el mercado del suroeste, y estas mujeres iniciales generarán un buen dinero mientras construyen nuestra reputación como proveedores para una clientela exclusiva.

Me obligo a abstenerme de fruncir la nariz con disgusto. —¿“Clientela exclusiva”?

Oleg se encoge de hombros y da una calada a su cigarro. —Siempre es mejor expandirse a nuevos territorios. Una vez que descubrí dónde estaban los grandes apostadores en la oligarquía rusa, el dinero empezó a fluir como agua. Pensé, ¿por qué no recurrir a Estados Unidos? Llevar

ese mismo éxito a la Bratva de mi hijo.

—Estoy muy bien, Otets.

—No me refería *a ti* —se burla Oleg.

Lo estudio más de cerca. *¿Qué está tramando?* —¿Tienes otro hijo del que no sé? Porque Tolya está cumpliendo cadena perpetua. Te quedas sin opciones, en mi opinión.

—No recuerdo haberte preguntado. Y Tolya no estará mucho más tiempo en prisión.

Me recuesto en el sofá y escucho el cuero chirriar bajo mi peso. —Continúa.

Oleg parece bastante satisfecho consigo mismo mientras toma un sorbo de vodka y vuelve a fumar el cigarro. —Tú y yo sabemos que toda la investigación estuvo jodida desde el principio. Tolya no estaba cerca de ese almacén. La evidencia fue plantada y todo fue un plan ideado por la policía de Las Vegas para socavar a nuestra familia.

Le lanzo otra mirada a Pavel. *Definitivamente* Oleg no ha estado hablando con Tolya. O Tolya le confía información tanto como yo: cero por ciento.

—Tengo que admitir que solía soñar despierto con asesinar a esa pequeña perra justo en frente de su padre.

Se necesita muchísimo autocontrol para no girar la cabeza ante la mención de Clara. Se necesita aún más autocontrol para fingir que de repente no me siento protector de ella, incluso ahora.

—¿Ah, de verdad? —es lo que logro soltar con la mayor naturalidad posible.

Oleg asiente y se encoge de hombros. —¿Por qué no? La perra mintió en el estrado y encarceló a mi hijo. Y usó a su querido papi para ayudarla a hacerlo.

Estoy empezando a escuchar lo que todos los que me rodeaban escuchaban cuando solía hacer peroratas similares sobre Clara y su testimonio de la infancia.

Es jodidamente ridículo.

Así que dejo que se me escape la risa resoplada. —Era una *niña*. Ni siquiera tenía diez años y, de todos modos, ¿qué tipo de rencor le tendría una niña a nuestra familia? Estás hablando como si esa niña fuera un cerebro criminal con una venganza personal.

Oleg pone los ojos en blanco, como si tuviera que ser jodidamente obvio para mí. —¡Ella tuvo ayuda! ¿Te preocupas tan poco por tu propio hermano como para olvidar quién era su padre?

—No lo olvidé, Otets. Simplemente no soy tan tonto como para culpar a literal una *niña* de los defectos de toda una investigación de asesinato.

Ya no. *Ya no* soy tan tonto.

—Cuida tu tono, muchacho —Oleg me mira entrecerrando los ojos—. Puedes sentarte aquí y juzgarme todo lo que quieras, pero soy yo quien sacará a Tolya de prisión. Tuviste tu puta oportunidad. Fallaste —suspira y tira la ceniza del cigarro—. Pero supongo que eso no es del todo culpa tuya. No debí haberte dejado la Bratva. Tanto peso sobre tus hombros a una edad tan temprana. Y, de todos modos, nunca estuviste destinado a liderar.

Fuerzo una sonrisa con los dientes apretados. —Sí, bueno. Aquí estamos.

Él se ríe. —Aquí jodidamente estamos. Dentro de unas semanas más, Tolya estará aquí con nosotros y entonces podrás relajarte por fin.

Esa misma sonrisa ahora se extiende sobre los dientes al descubierto mientras inclino la cabeza hacia un lado. —¿Qué carajo quieres decir?

Oleg suelta una carcajada y me mira como si me hubiera vuelto loco. —Qué, no planeas guardarte todo para ti, ¿verdad? Es la Bratva de Tolya la que diriges. Es su casa en la que vives. Una vez que lo saque, todo volverá a ser suyo.

Pavel se aclara la garganta casualmente. Es un recordatorio para mí de que debo mantener la calma.

Algo bueno, porque estoy a unos cinco segundos de cometer parricidio, al diablo con las consecuencias.

—Creo que piensas en una casa diferente —respondo, mi voz llena de falsa genialidad—. Y, además, ya me ocupé del tema de Everett.

Él resopla. —Difícilmente. Si poseyeras la mitad de la fortaleza testicular de uno de mis *vors*, y mucho menos de tu hermano, Greg Everett ya estaría tomando una siesta bajo la tierra. Y su pequeña hija de puta con él.

Mis molares empiezan a rechinar. —Estas cosas llevan tiempo.

—Ay, lo sé. Al menos, sé todo acerca de tu pequeño proyecto paralelo, que ha estado consumiendo demasiado tiempo de *mi* Bratva y de *mi* empresa.

Me siento más erguido. Todas las pretensiones y máscaras desaparecen. Me quedo con las terminaciones nerviosas en carne viva al darme cuenta de pronto de que definitivamente está hablando de Clara.

Y me sonríe como si hubiera hecho algo.

Algo que voy a odiar con cada fibra de mi ser.

—Tengo que admitirlo: al principio estaba cabreado —bebe lo último de su vodka y chasquea los labios con un suspiro de satisfacción—. Seguía pensando, *¿En serio? ¡Solo deshazte de esa perra!* ¡Deshazte de ella y vuelve a ayudar a tu hermano! Pero luego… —Oleg sonríe ampliamente y me señala juguetonamente un dedo en la cara—. Me di cuenta de lo que hacías. Eres un perro astuto. El único problema con tu plan fue cuánto tiempo estaba tardando. Así que pensé en ayudarte.

Siento a Pavel tensarse a mi lado.

Oleg le hace un gesto a un guardia que está parado en la puerta. —Tráela.

No. *No*. No es posible.

—Como dije, sacaré a Tolya en unas pocas semanas. El tiempo que sea necesario para someter a la perra.

Mi sangre no solo se enfría… está jodidamente congelada.

Es por eso que no puedo darme vuelta cuando escucho los pasos familiares entrar a la habitación detrás de mí.

La sonrisa de Oleg amenaza con abrirle la cara. —Y disfruto rompiéndola todos los putos días —él pasa su mano por la parte posterior de su muslo, apretando en la unión donde se encuentra con su trasero—. ¿No es así, *umnitsa*?

Mi corazón está en mi garganta. *Clara… por favor…*

Pero ella no me mira mientras susurra con un tono desgarrador—: Sí, Amo.

CLARA

Me sentí increíblemente aterrorizada cuando el Amo me habló de su invitado esperado. No solo por las amenazas que hizo, sino porque fue la primera vez que reveló que no soy la única esclava en esta casa.

Solo soy la única a quien aún no ha follado.

Entonces, cuando uno de sus hombres vino a buscarme a mi habitación y llevarme con él, honestamente no sabía qué esperar. ¿Entraría en una orgía? ¿Me vería obligada a unirme a algún festín de carne enfermizo y depravado con sus otras esclavas? ¿Con sus compañeros? ¿Será este el momento en que me derriba y me rompa… y frente a una audiencia?

Todas estas diferentes posibilidades…

Y, sin embargo, ninguna de ellas me preparó para la sorpresa de ver a Demyen… y a Pavel… sentados en el sofá favorito del Amo.

—Es casi injusto, ¿no? —el Amo reflexiona en voz alta, presionando mis caderas para darme la vuelta y mostrarme ante sus invitados—. Que alguien que escupe mentiras tan sucias pueda llegar a ser tan hermosa.

La única respuesta de Demyen es un gruñido desinteresado.

Y ahora tiene sentido. El Amo me advirtió. *No se te ocurra pedirle ayuda. Él es la última persona en este mundo que te ayudará.*

Demyen es quien me vendió a Raizo, que luego me vendió al Amo. Supongo que no está aquí por ningún otro motivo que no sea el de “garantía de calidad”.

La parte de mí que murió a manos de su traición está demasiado afectada para que me importe.

La parte de mí que se niega a dejar morir la esperanza… esperanza de que todo esto sea de algún modo un gran error, esperanza de que esto sea solo una pesadilla, esperanza de que Demyen todavía pueda amarme… quiere hacerse un ovillo y llorar.

Mierda. Ya siento las lágrimas picando mis ojos.

No ayuda que esté usando este ridículamente diminuto traje de sirvienta. Al principio, casi pensé que Demyen quería que lo mirara a los ojos… pero eso fue claramente un error de mi parte. No alza la mirada para mirar mis senos apenas ocultos, y mucho menos mi cara.

En cambio, él simplemente está… estudiando la diminuta falda alrededor de mis caderas, supongo.

—Estuve tan tentado de follarla en el momento en que la traje aquí, pero… —el Amo se ríe—. Ha sido mucho más entretenido alargar las cosas. Romperla, poco a poco. Ella era una gata infernal cuando empezamos, pero, como puedes ver…

Cuando se da unas palmaditas en el regazo, quiero correr. Quiero saltar por la ventana más cercana y simplemente *correr*.

Pero, en cambio, me apego a mi plan original y hago lo que él dice. No quiero poner a prueba su temperamento mientras las tensiones sean altas. Con cuidado, me bajo sobre su regazo.

El Amo me está exhibiendo. Como si fuera un trofeo del que quisiera alardear.

Y Demyen se queda ahí sentado, mirándome. Viéndome con ira.

Odiándome.

—También por eso todavía no he matado a Greg Everett —el Amo frota lentamente sus manos sobre mi muslo—. Disfrutaré la expresión de su rostro cuando vea lo que podría hacer.

Ay, Dios. ¿Es eso lo que está planeando este bastardo enfermo? ¿Secuestrar a mi padre para atormentarnos a los dos al mismo tiempo? Si ese es el caso, honestamente no sé si sobreviviré.

O si me permitiré sobrevivir el tiempo suficiente para que él lo haga.

Demyen observa el rastro que el Amo deja en mi piel con sus uñas, las tenues marcas rojas que se unen a varios moretones más oscuros en el interior de mis muslos. —Tengo que admitir que me has decepcionado —comenta.

No suena decepcionado, solo… desinteresado.

Las manos del Amo se detienen. Solo por un momento, pero lo suficiente como para darme cuenta de que está un poco desconcertado. —¿Ah?

—Todo tu poder, todos tus recursos, toda tu información… y Everett camina sin un rasguño —Demyen gira el hombro—. Bueno, ninguno de *ti*, de todos modos.

—Necesito que se sienta cómodo. Seguro. De esa manera, cuando quite la alfombra de debajo de él… Será mejor, ¿ves?

Honestamente, en realidad no me importa lo que le pase a mi papá. No hubo ningún intento por su parte de venir a buscarme, como cuando desaparecí en la casa de Demyen. Y hablando de poder, recursos e información, mi padre *detective* tiene mucho de todo eso a su disposición.

Pero ¿no puede molestarse en investigar la desaparición de su propia hija?

Probablemente sepa exactamente dónde estoy. Pero, debido a todo lo dicho y hecho en esa pequeña habitación de El Meridiano, probablemente no le importe.

¿O aún más probable?

Es demasiado cobarde con respecto al Amo para intentarlo.

Dejo que la voz del Amo sigua sonando sin prestar atención. Durante mi estancia aquí, aprendí que es mejor simplemente dejarle tener lo que quiere, hacer lo que quiere y desconectarse cuando se presente la oportunidad.

En este caso, distraerse también ayuda a ignorar el hecho de que Demyen, *mi* Demyen, está sentado aquí conmigo, a solo unos metros de distancia.

Y no está haciendo nada. No dice nada.

Solo me mira con ira.

Tal vez, si me distraigo, pueda volver a Fiyi. Solo flotar en recuerdos de cálidas playas soleadas y olas de color azul cerúleo… la risa de Willow mientras hacíamos castillos de arena… el manto de estrellas en lo alto como nada que haya visto en toda mi vida…

Y Demyen. Ahí conmigo. Rodeándome de cariño. Envolviéndome en su amor, incluso cuando no podía ponerle nombre. Susurrando promesas que tenía toda la intención de cumplir.

Es alucinante cómo una persona puede convertirse en dos personas completamente diferentes. El Demyen en Fiyi está a mundos de distancia, literalmente, del Demyen sentado en el sofá, escuchando al Amo hablar sobre lo que sea.

Incluso Demyen en el complejo de la villa antes de que nos fuéramos a Fiyi era diferente. Por muy conflictivo que pareciera, seguía siendo divertido. Juguetón. Considerado. Compasivo. Y Willow lo amaba por eso.

No. No pienses en ella. No ahora.

Obligo a mi mente a desviarse en otra dirección porque, si empiezo a preguntarme por mi dulce niña mientras miro al hombre que se supone que debe cuidarla…

Le lanzo una rápida mirada a Pavel. Prometió, a través de Bambi, proteger a Willow de Demyen. Y aunque mira deliberadamente a cualquier parte menos directamente a mí, tengo que imaginar que está tan sorprendido como yo al ver a Demyen compartir una conversación amistosa con el hombre que me compró.

Que me lastimó.

Que tiene planes de hacer cosas mucho, mucho peores.

Las manos del Amo de repente se mueven sobre mi abdomen inferior. El toque me saca de mis pensamientos.

—Creo que será la venganza más dulce —arrastra las palabras mientras extiende una mano grande sobre lo que es esencialmente mi útero—. ¿Te imaginas la expresión de su rostro cuando me vea follándole un bebé dentro de ella? Y también haré que lo tenga. Nunca desperdicies una buena semilla, especialmente cuando la mujer está hecha para reproducirse.

La sangre se va de mi cara. Una cosa es literalmente llevar un secreto ante las narices del Amo, confiando en su lujuria para encubrir la verdad.

Otra es escucharlo desearlo… y justo en frente del *verdadero* padre de mi hijo por nacer.

Demyen no reacciona. Por un momento, su frente se mueve, pero eso no significa nada. Tampoco la rápida curvatura de su labio, que vuelve a caer en una línea plana. Si realmente le importara lo que me pasa, ya habría dicho algo.

—¿Te gustaría eso? —el Amo suena contentísimo—. Sería un bastardo, por supuesto. Pero la sangre Zakrevsky sigue siendo sangre Zakrevsky, y sé que serás bueno con tu nuevo hermanito o hermanita.

DEMYEN

Oleg y yo tenemos dos conversaciones completamente diferentes. Él está concentrado en alardear de su plan maestro para salvar a Tolya y vengarse de toda la policía de Las Vegas, el sistema de justicia judicial y su nuevo juguete sexual personal.

Yo estoy concentrado en no arrancarle los malditos dedos de su maldita mano.

Me sorprende no estar sudando a través de mi camisa a estas alturas, dado el gran ejercicio que cada músculo de mi cuerpo está recibiendo por el singular acto de restringirme.

Lo único que me impide volverme completamente loco con Oleg es el hecho de que Pavel usó uno de nuestros códigos de señal secretos para hacerme saber que estamos demasiado superados en número como para siquiera intentarlo.

Tengo que concentrarme en otra cosa. Como el hecho de que Clara está aquí. Justo aquí, justo frente a mí.

Todavía en Las Vegas. Todavía en mi terreno.

Y mucho más cerca de mi literal territorio de lo que pensé originalmente.

El alivio inunda mis venas hasta el punto de que casi me siento abrumado. De hecho, podría desmayarme. Pero no puedo arriesgarme a eso aquí, así que encuentro algo más una vez más para equilibrar mis nervios y mantenerme centrado en el momento.

Como los moretones con forma de huellas dactilares moteados por todo el interior de sus muslos. El vendaje pegado a su piel. Y la forma en que sigue tocándola como si fuera su dueño. Como si él no fuera completamente consciente de quién es ella para mí, de lo que significa para mí…

No me importa cuánto pagó por ella… ella no le pertenece.

Clara Everett es *mía*.

—¿Te gustaría eso? —Oleg me pregunta con enfermiza alegría—. Sería un bastardo, por supuesto. Pero la sangre Zakrevsky sigue siendo sangre Zakrevsky, y sé que serás bueno con tu nuevo hermanito o hermanita.

Pavel se revuelve en su asiento a mi lado. Es su forma de recordarme que romper las cuerdas vocales de Oleg a través de su caja torácica no es, de hecho, el mejor curso de acción en este momento.

Incluso si ambos sabemos que él sujetaría al viejo para que yo lo hiciera.

Oleg está expectante, esperando que responda. ¿Qué digo? ¿Qué *puedo* decir que no nos ponga inmediatamente en peligro a Clara o a mí?

Me obligo a encogerme de hombros y recostarme en el sofá. —Mierda, hombre, me importa un carajo lo que hagas.

Oleg me mira fijamente. No le doy ningún motivo para que no confíe en mí, pero nada puede impedirle ni impedirá que sea un hombre demasiado sospechoso. Tal vez estoy jugando *demasiado* casualmente. Especialmente, porque insinuó que Clara y yo tenemos algo especial.

O, más bien, tuvimos.

De repente, Oleg empuja a Clara de su regazo, con tanta fuerza que ella cae con fuerza al suelo, de rodillas, y deja escapar un suave grito de dolor.

Ese sonido casi me tira del sofá a su lado. Pero no puedo.

No si los tres queremos salir vivos de aquí.

Él le agarra el cabello con brusquedad y le tira la cabeza hacia atrás. —Me acabo de dar cuenta, *umnitsa*, de que no has recibido adecuadamente a nuestro invitado. ¡Y es un viejo amigo tuyo! —él se ríe entre dientes y le toca el labio inferior—. Estoy seguro de que le encantaría volver a familiarizarse con tu bonita boca.

No me gusta, pero lo aceptaré. Lo que sea que tenga que pasar para acercarla a mí y alejarla de él.

Pero entonces, Oleg le tira la cabeza hacia atrás con fuerza, otra vez, y usa su mano libre para juguetear con la cremallera de sus pantalones. —Pensándolo bien, ¿por qué no le mostramos todo lo que has aprendido mientras has estado aquí?

Dos cosas.

Uno: *no* quiero ver ninguna parte de mi padre que tenga que ver con cremalleras.

Dos: si él está diciendo lo que creo que está diciendo, es posible que tenga que hacerlo de todos modos. Porque lo voy a castrar, carajo.

Clara de repente me mira, puro terror en sus ojos. Sus labios tiemblan. Es tan leve que en realidad no sé si vi su boca pronunciar las palabras “por favor”.

Pero está bien. No tiene que hacerlo.

Estoy a unos tres segundos de terminar esto con su cabeza empalada en unas astas.

Intento transmitirle que estoy aquí, estoy con ella, la tengo. Va a estar bien. No voy a dejarla con este monstruo.

Pero, antes de que pueda, ella mira hacia otro lado. Su rostro se desmorona y una escalofriante sensación de resignación se instala en su cuerpo. Cuerpo que, para mi horror y furia, es mucho más delgado que antes de la subasta.

Joder, Clara…

¿Qué diablos te está haciendo?

Miro a Oleg. Parece menos que divertido. Casi aburrido, en realidad. —Ay, bah, no eres divertida. Vete a la mierda —se queja con un rápido y fuerte empujón con el pie contra su hombro.

Clara frena su caída inicial con las manos, pero la patada de Oleg la obliga a caer completamente en el suelo.

Empiezo a inclinarme hacia adelante para ayudarla a levantarse, pero Pavel me detiene con un sutil carraspeo.

Mis dedos se aprietan en puños. Me está matando por dentro no poder hacer nada para ayudarla. No poder simplemente llevarla a un lugar seguro y luego regresar y darle una paliza al hombre que se atrevió a ponerle un dedo encima.

Lo haré. Pronto.

Pero, por ahora, tengo que sentarme y esperar.

Clara se levanta lentamente. No me pierdo la forma en que le tiemblan los brazos cuando se apoya en la mesa de café para mantener el equilibrio, o cómo hace una mueca de dolor cuando estira un lado de las costillas.

Evita mirarme. Ni siquiera me mira los pies mientras se levanta, sino que se limita a mirar a media distancia, con la misma resignación vacía en sus rasgos.

Eso duele más que cualquier cosa que Oleg o sus hombres pudieran hacerme.

—Dije, ¡vete a la mierda! —Oleg chasquea.

Clara hace una mueca. Luego se aleja, encogiéndose a cada paso. Ni siquiera intenta echar un vistazo por encima del hombro.

Hay un dolor creciendo dentro de mi corazón, justo al lado de la furia.

Oleg pone los ojos en blanco una vez que ella se va. —A veces me pregunto si valió la pena el gasto.

Así es. Oleg apostó por ella. Es el gilipollas de cincuenta millones de dólares al que he estado intentando localizar todo este tiempo.

Lo que significa, además de todo, que sus negocios en Rusia realmente tienen mucho éxito. Lo que también significa que probablemente tenga aún más recursos, conexiones y aliados de su lado de los que puedo permitirme, en caso de que cometa un error al eliminarlo.

Porque *lo voy* a matar. Esa es una certeza.

Solo tengo que asegurarme de hacerlo bien la primera vez. Un disparo, un muerto. Si fallo, me arriesgo a iniciar una guerra que no puedo ganar.

Me obligo a sonreír. Se siente más conspirativo que cualquier otra cosa. —Tengo que admitir

que es bastante impresionante lo que está pasando aquí. No digo que tus otras chicas no sean tan buenas, pero… ¿Cincuenta millones de dólares? ¿Para una sola mujer? ¿De dónde diablos sacaste esa cantidad de dinero?

Oleg simplemente se encoge de hombros. —Ella es un caso especial. Vale cada centavo. Y no hay nada que yo no haría, ningún lugar al que no iría, para garantizar la libertad de Tolya. Follarla hasta someterla para que se retracte de su testimonio es solo una ventaja adicional. Embarazarla sería la guinda del pastel.

—Entonces, ¿ese es tu plan? ¿Follarla hasta sacarle la verdad? Lo siento, Otets, pero no existen las pollas mágicas.

—Te olvidas —responde—, de que he estado trabajando con una clientela de élite en Rusia. Yo proporciono los productos y ellos me han enseñado algunos trucos del oficio. —Suspira y sacude un trozo de pelusa invisible en el brazo de su silla—. Aun así, se está volviendo bastante aburrida. Esperaba mucha más lucha. Mucho más fuego.

Quizás esa sea otra razón por la que aún no se ha acostado con ella. Esa… gracias a Dios… es probablemente la mejor noticia que me pueden dar en este momento. —Sí, bueno, algunas veces se gana y otras se pierde.

Oleg se pasa la mano por la barba. —Estoy pensando que podemos animar un poco más las cosas con ella. He sido demasiado suave. Le di demasiado espacio para moverse a mi alrededor, en esta casa.

Me congelo. No me gusta a lo que se refiere.

—¿Estás pensando en solo hacerlo? —pregunto lo más casualmente posible.

Una sonrisa enfermiza y retorcida se extiende de repente por su rostro. —Debería, ¿no? Domarla para siempre. Y estoy bastante seguro de que recuperará su lucha una vez que vea la fila de hombres formándose en su puerta. Incluso te dejaré entrar justo después de mí —me guiña un ojo como si se supusiera que debo apreciar la consideración—. ¡Eso debería ser divertido! Hagamos de esto toda una cena. La comeremos de postre.

La risa más falsa que consigo suena rara saliendo de mi garganta, pero es lo mejor que puedo hacer en estas circunstancias. —Envíame la invitación y estaré allí.

Pavel se une a mí en silencio. Nos levantamos del sofá y caminamos casualmente hacia la puerta principal de la casa. No podemos hacer nada repentino o inusual. No si queremos que Oleg siga pensando que estamos de su lado.

Pero, en el momento en que salimos del camino de entrada…

—La recuperaremos, ¿no? —Pavel lo dice más como una afirmación que como una pregunta.

Ni siquiera tengo que pensarlo. Cero dudas. Furia cien por ciento asesina contra el hombre con el que lamentablemente comparto genes.

—La recuperaremos. Esta noche.

CLARA

No puedo respirar.

No puedo respirar.

No puedo respirar.

Estoy respirando demasiado rápido y no en absoluto al mismo tiempo. Siento una presión en el pecho y parece que no puedo tragar suficiente aire para llenar mis pulmones, pero luego estoy demasiado llena y a punto de estallar.

¿El Amo es el padre de Demyen?

Estoy jodida.

Frita.

El Amo me romperá. Pero luego me matará y Demyen lo verá hacerlo con la misma mirada oscura en su rostro.

Demyen. Él estaba aquí. Estaba sentado justo frente a mí.

Hablando con su *padre*.

Agarro una de las almohadas más grandes de la cama y la pongo sobre mi cara. Luego solo grito. Y grito. Y grito.

Solo cuando rompo en sollozos me permito caer sobre la cama y ceder a la desgarradora angustia y desesperación. Se me acabó el tiempo y ahora me doy cuenta de que no tenía mucho para empezar.

El Amo sabe quién soy y lo que hice.

A Tolya. A su *hijo*.

Pensé que esta nueva vida como su esclava iba a ser difícil por si sola… pero tiene una cuenta pendiente conmigo. Una venganza que desarrollar. Lo que sea que le haya hecho a las mujeres antes, me lo hará mucho peor a mí.

¿Hace cuánto lo sabe? ¿Siempre lo supo? ¿Es por eso que hizo todo lo posible con Raizo para comprarme?

¡¿Cómo no lo reconocí como el padre de Demyen?!

De repente, se me ocurre una idea. Una teoría, en realidad. En realidad, nunca vi el símbolo con el que el Maestro me marcó… ni en su totalidad ni a propósito, pues normalmente he hecho todo lo posible para evitarlo.

Ahora necesito verlo. Necesito ver lo que ha quedado permanentemente grabado en mi piel por el patriarca Zakrevsky, quien, de todo corazón, con cada fibra de su ser, cree que soy personalmente responsable del encarcelamiento de Tolya.

Me levanto de la cama y abro la puerta del armario para poder usar el espejo del vestidor y ver bien. O al menos, una vista lo suficientemente buena. Me quito las vendas y miro fijamente la carne ondulada debajo de mi trasero.

No puedo distinguir los detalles específicos de la marca en sí… ¿un escudo, tal vez? …pero hay una característica que, sin lugar a dudas, veo muy claramente.

La letra Z.

Z de Zakrevsky.

No sé cómo logro llegar al baño antes de vomitar el poco contenido que tengo en el estómago. Incluso después de que ya no queda nada que vomitar, los músculos de mi estómago se contraen y sufren espasmos y todavía trato de expulsar *algo*.

Mis dedos buscan a tientas la cadena. Descargar mi bilis no debería parecer tan poético, tan *definitivo*, pero lo es. Me siento en el suelo de baldosas, con el cabello cayendo delante de mi cara, y observo cómo el agua se arremolina, se sumerge y arrastra mis lágrimas goteantes con ella.

Si tan solo fuera lo suficientemente pequeña como para escapar de esta manera también. Demonios, incluso el sistema de alcantarillas sería mejor que quedarse aquí.

La puerta del dormitorio se abre y luego se cierra rápidamente. Si tengo suerte, será solo un ama de llaves o una de las otras esclavas.

Pero soy yo y esta es mi vida, así que, por supuesto, no tengo suerte. Por supuesto, es el Amo, que rápidamente entra al baño, me agarra del cabello y me pone de pie.

—¿Qué te pasa, *umnitsa*? —me susurra desdeñosamente en la cara—. ¿Las piezas finalmente encajan en su lugar?

Por primera vez desde que estoy aquí, dejo que me vea llorar. Tampoco me contengo… todo mi cuerpo tiembla con sollozos, y no me importa que me vea derrumbarme frente a él.

Para mi sorpresa, no se enoja ni me tira contra el lavabo. En cambio, me suelta el cabello y me toma la cara con ambas manos. —Chito, chito, chito —susurra mientras limpia mis lágrimas con sus pulgares—. Mírame, cariño. Mírame.

Sí. Sé que es una trampa, pero maldita sea, miro hacia arriba y encuentro su mirada.

—Fue en serio lo que dije —su voz es suave, como si en realidad me estuviera tratando como a una amante. Es raro. Inquietante—. Yo… —besa una mejilla suavemente—, voy… —otro beso

en la otra mejilla—, a romperte.

Me pongo rígida. Él sonríe y alisa el cabello que aún se me pega a la cara.

—Y voy a disfrutar la forma en que pateas y gritas debajo de mí mientras lo hago. —agarra el cabello de mi nuca con una mano y lo usa como palanca para arrastrarme hacia la cama—. Quiero tu pelea, *umnitsa*. Quiero tu fuego.

No. No, no, no. Ahora no.

Él no puede hacerme esto ahora. No… no puedo…

El rostro de Demyen sigue apareciendo en mi mente. Me odia. Demyen me odia. No quiere tener nada que ver conmigo y no tiene ningún problema con todo lo que el Amo le dijo que quería hacerme.

Entonces, ¿por qué esto se siente como una traición contra él?

—¡No! —grito de pronto. Apoyo mis pies en el borde de la cama, empujándome hacia atrás y haciendo que el Amo tropiece. Y aunque su mano en mi cabello se retuerce y tira dolorosamente, sigue siendo una pequeña victoria para mí—. ¡No puedes!

El Amo gruñe y me arroja con fuerza sobre la cama. Me pone boca abajo y, con un suave tirón de mi falda, me lanza un golpe abrasador con la palma de la mano a mi trasero.

Estrellas estallan en mis ojos.

Ni siquiera puedo gritar correctamente. Mi boca simplemente se abre mientras el calor y el escozor se extienden por mi piel. Y, antes de que pueda respirar profundamente otra vez, lo hace de nuevo hacia el otro lado.

Esta vez, un sollozo se ahoga. Intento acurrucarme sobre mí misma, pero el Amo simplemente usa ese ángulo para sacarme de la cama por las piernas y me deja caer al suelo. El viento se me escapa y tengo que quedarme ahí tumbada un momento solo para recordar cómo respirar. O ver.

—Sí que puedo, joder —lo dice con tanta calma, como si regañara a un niño pequeño. Utiliza su pie para ponerme boca arriba—. Me debes, Clara Everett. Me debes, joder, le debes a mi hijo, y voy a tomar tu pago en cada gota de tu cuerpo, alma y mente.

Me estremezco de miedo y disgusto, pero no cedo ante sus burlas. Me niego. Porque, si me rindo ahora, también me rendiré con mi bebé. Todavía existe una pequeña posibilidad de que me reúna con Willow nuevamente en esta vida… y no dejaré que ese rayo de esperanza desaparezca.

Es *entonces* cuando me defiendo.

Es *entonces* cuando me lanzo del colchón y golpeo su espalda con un grito furioso.

El impacto en realidad lo hace tropezar hacia adelante. Lo uso a mi favor y me vuelvo absolutamente loca contra él. Lo arañó, lo muerdo, le tiro del cabello, le rasgo la barba. Cuando le clavo las uñas en la cara y tiro *con fuerza*, él ruge de dolor y siento el cálido y satisfactorio hilo de sangre en las yemas de mis dedos.

Se las arregla para tirarme de encima, pero no tan fuerte como probablemente quisiera. Puedo

rebotar bastante rápido y lo esquivo hacia un lado cuando se lanza hacia mí.

Veo una de las lámparas de la mesa auxiliar cerca. La tiro, con cordón y todo, y lo balanceo tan fuerte como puedo hacia su cabeza.

Elegí bien, aparentemente, porque en lugar de romperse como una lámpara de cerámica normal, golpea repugnantemente contra su cráneo.

El Maestro cae al suelo, ya inconsciente. La sangre gotea tanto de su oreja como de su cara.

Quizás esté muerto. No estoy segura. No estoy exactamente preparada o dispuesta a comprobarlo.

Lo que sí sé es que está inconsciente, aunque sea temporalmente, y necesito aprovechar al máximo este descanso inesperado.

No puedo arrancarme este estúpido uniforme de sirvienta lo suficientemente rápido. Definitivamente, no me importa si lo hago trizas en el proceso; es una pena que no tenga tiempo ni suministros para quemar esta puta monstruosidad.

Hurgando en los cajones de la cómoda y en el armario solo consigo opciones que pertenecen todas al Sr. Zakrevsky… ahora me niego a llamarlo "Amo" …pero me voy a conformar con lo que tengo. Una camisa de botones, jeans que son demasiado grandes para mí y un cinturón para asegurarme de que no se caigan cada otro paso serán suficientes para salir de aquí.

Echo un vistazo más al armario y suspiro de alivio. Son demasiado grandes, pero este par de pantuflas funcionarán hasta que pueda conseguir algo mejor.

Esta es una habitación de planta baja, que probablemente no era la mejor opción para alguien que intentaba ejercer su control sobre esclavas rebeldes como yo. *Mala suerte*, es todo lo que pienso con una última mirada al cuerpo inconsciente o posiblemente muerto de mi captor mientras abro los pestillos de la pequeña ventana.

Hay un pequeño parterre debajo del alféizar de la ventana, pero al menos no son cactus. Susurro una rápida disculpa a las delicadas flores cuando se arrugan bajo mis pies.

Guardias caminan de un lado a otro en el camino principal, lo que significa que tengo que atravesar el patio y saltar la valla trasera. Es un alambre de cadena y definitivamente alertará a los guardias sobre mi escape, pero, en este punto, no me importa.

Me arriesgaré porque soy demasiado cara para que Zakrevsky permita que sus hombres me disparen.

Las voces cruzan el patio y me hacen congelarme contra la pared de adobe. Por lo que puedo oír a través de las voces apagadas, parece que los guardias apostados aquí están escoltando a las otras esclavas al sótano.

Ojalá tuviera el tiempo y los recursos para liberarlas.

Pero ahora tengo que concentrarme en volver con mi pequeña.

Espero a que las voces se apaguen antes de arriesgarme a cruzar el patio. Afortunadamente, las lámparas solares no dan suficiente luz para anunciar mi presencia… y los guardias que quedan

cerca están demasiado ocupados sirviendo bebidas en la cocina. No me arriesgo a detenerme el tiempo suficiente para mirar a mi alrededor; lo mejor es apuntar a la valla.

Casi.

Solo tengo que escalar y…

Unos brazos fuertes me rodean y me alejan de la valla. Una mano se cierra sobre mi boca.

No. No, no, no…

Estaba tan, tan cerca de la salvación.



CONTINUARÁ

La historia de Demyen y Clara concluye en el tercer y último libro de la trilogía de la Bratva Zakrevsky, *RAPSODIA DE DOLOR.*

¡Haz clic aquí para seguir leyendo!